leoncio Lasso de la Vega y la ronda del diablo

adolfo agorio

MONTEVIDEO, 1957
LIBREROS EDITORES: A. MONTEVERDE Y CIA. PALACIO DEL LIBRO

Con motivo del curso de conferencias de Adolfo Agorio sobre Humanismo en la Cátedra Mayor de la Universidad de Córdoba, dijo el Dr. Alfredo Poviña, profesor de Sociología en la Facultad de Derecho:

La Universidad de Córdoba tiene el honor de recibir a quien tiene ya un lugar consagrado entre los pensadores de América. Es un espíritu selecto, porque es un filósofo y es un literato. Ser filósofo es ser mucho, porque vive sólo preocupado de los problemas del pensamiento y del mundo. Ser literato también es ser mucho, porque vive devoto del culto de la forma y del buen decir. Pero cuando el filósofo es también literato, es decir, cuando se estudian las elevadas cosas de la vida y se las expresa bellamente, es un espíritu selecto. Tal es Adolfo Agorio. Espíritu ágil; de ahí buen periodista. Colaborador de revistas científicas y de diarios, entre ellos, **La Nación** de Buenos Aires. En Montevideo **El Día** lo conoció como Jacob. El periodismo lo atrajo, ese periodismo que, como él dice, es "la fiebre de lo contemporáneo, la ataraxia de la actualidad, que constituye una energía transformadora de substancias, un valor intuitivo que no conoció la cultura antigua. Ese elemento de conciencia actual y de adivinación histórica, que crea armonías y deformidades". Espíritu filosófico, pero de una filosofía vital, viviente, de carne y hueso, porque filosofar es vivir y vivir dos veces. "El hombre vulgar vive solamente. Los espíritus superiores filosofan". Filósofo teórico: profesor de la materia. Filósofo práctico: auscultador de la vida, conocedor de sus problemas y descubridor de sus complicaciones. Se inspira en ella, analiza el momento social, extrae el pensamiento humano y somete a la crítica todas esas cuestiones. La guerra europea del 14 le inspiró **La Fragua.** A él siguieron **Fuerza y Derecho** y **La Sombra de Europa.** Refiriéndose a estas obras ha dicho Cejador: "Tres libros deslumbradores e incitantes por la novedad y atractivo, fuerza y color; cualidades de acabado artista". Espíritu de singular cultura. Domina varias lenguas, especialmente el francés, a tal punto que ha podido publicar en ese idioma tres libros importantes.

.....

Espíritu literario. El soñador, el artista de **Ataraxia,** donde estudia magistralmente la ataraxia de lo inactual y de lo actual, "la ataraxia gigantesca de los fracasos, de los derrumbamientos, de las catástrofes", la ataraxia que es intensidad de ideal y ausencia de vanas supersticiones, que "nos vuelve a la acción sin reposo, la acción que nos salva del ensueño, según la frase melancólica de Alfredo de Musset". Tal es la labor múltiple, mejor dicho, los diferentes aspectos de la obra del profesor Agorio. Espíritu ágil de filósofo, sociólogo, literato. Facetas que aparecen conjuncionadas armónicamente en su libro, quizás el más profundo por su es-

8636.
LAS.
Ago

ADOLFO AGORIO

Leoncio Lasso de la Vega y la Ronda del Diablo

☆

☆ ☆

32234

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
INSTITUTO DE FILOLOGIA
Entró el 7-VIII-957
N.o 2824

A. Monteverde y Cía. "PALACIO DEL LIBRO" 25 de Mayo 577
MONTEVIDEO 1957

DEL AUTOR

La Fragua. Prefacio de Joseph Caillaux, ex-presidente del Consejo de Ministros de Francia. Claudio García, editor. Montevideo. 1915.

Fuerza y Derecho. Claudio García, editor. Montevideo. 1916.

La Sombra de Europa. Con una carta de Pierre Decourcelle, presidente de la *Société des Gens de Lettres*. Claudio García, editor. Montevideo. 1917.

La Sombra de Europa. 2ª y 3ª ediciones. Con carátula de Rafael Barradas, prólogo de Alberto Ghiraldo y una carta del ex-premier británico D. Lloyd George. Hernando, editor. Madrid. 1920 y 1921.

La Rishi Abura. Editorial Atlántida. Buenos Aires. 1919.

De la tecnología en el lenguaje. Edición oficial de la Real Academia Española. Madrid. 1920.

L'Amérique Latine et la France. H. Diéval. París, 1917.

La Fournaise. H. Diéval. París, 1918.

Les premières conséquences de la guerre (Propos d'un Francophile) Adhémar, editor. París. 1921.

Ataraxia. Hernando, editor. Madrid. 1923.

Bajo la mirada de Lenin. (Viaje a la Rusia soviética) Editorial Pax. Buenos Aires. 1925.

Pasteur y otros ensayos. Ediciones Uruguay. Buenos Aires. 1930.

Roma y el espíritu de Occidente. A. Monteverde y Cía., editor. Montevideo. 1934.

Impresiones del Tercer Reich (Un viaje a Alemania) A. Lista, editor. Montevideo. 1936.

Introducción al humanismo. Ediciones Uruguay. Buenos Aires. 1941.

Civilizadores. (El drama de los gauchos éuskaros en el Río de la Plata) Ediciones Uruguay. Buenos Aires. 1947.

☆

DEDICATORIA

A la memoria de Claudio García, *mi primer editor.*

Vino de su tierra gallega con el alma cargada de sueños absurdos. Algunos siglos antes se hubiera embriagado con la aventura magnífica de los descubridores. Pero en llegando a un mundo ya transitado, en el cual todo lo temerario estaba hecho, abordó la empresa no menos heroica de publicar libros donde nadie lee.

A. A.

COPYRIGHT. (DERECHOS RESERVADOS)

Prohibida la reproducción de cualquiera de los capítulos de este libro sin el consentimiento expreso de sus editores.

PROEMIO

La Historia de un Sueño *podría ser el título de este libro. Que no otra cosa fué la vida de Leoncio Lasso de la Vega. "Porque es sueño el vivir, y hemos soñado", escribió en su lecho de hospital, ya pisando los umbrales de la sombra. Sueño tumultuoso y desordenado, sin atisbos trémulos, siempre con una decisión en el pensamiento. Ni aun moribundo cejó en su loca empresa de quimeras. Despertó en una madrugada al fenecer el año atormentado y bélico de 1915. Aquella maravillosa fantasía que fué su vida dió en desvanecerse cuando despuntaba borrascoso sol de verano. A través de un suspenso de cuarenta años ha trabajado en la sombra la larva del milagro, y ha tejido estas páginas febriles, estrepitosas, incoherentes, como la misma vida de Lasso de la Vega, melancolía reflexiva, emoción autobiográfica, con algo de su fatalismo, con algo de su locura, con algo de su remordimiento. Historia de un sueño magnífico, acaso insólito en su placidez, si el Diablo no hubiera venido a enturbiar con suplicios de duda la gloria mental de un vivir acerbo, pero lleno de esperanzas. Músico, artista, poeta, médico, folletinesco novelador de absurdos, Lasso de la Vega fué un espíritu del Renacimiento azotado en la bohemia contemporánea por el complejo de su variedad creadora. Casi adolescente, se sintió defraudado en sus ilusiones (1). Y alguno de sus paisanos, allá en Sevilla, escribió de la intriga de amor, cuya dramática frustración, le forzara a dejar para siempre su tierra natal. La flecha de oro, lanzada al espacio, dibuja su parábola de irrealidad a través de mundos diversos, para clavarse en nuestro suelo un 23 de diciembre, antes del alba. En el sótano del hospital todavía desierto, tendido sobre una mesa de mármol, cubierto hasta el cuello por un lienzo blanco, yacía el cuerpo sin vida de Lasso de la Vega. Amanecía, y una luz indecisa se filtraba por los vitrales, cuando Víctor Bonifacino lo vió el primero, el rostro espantosamente pálido, los cabellos grises enmarañados, la boca entre-*

(1) En su cuento Ideal Cumplido, que aparece en el Ahijado del Diablo, aunque con desenlace inverosímilmente feliz, Lasso relata algunos episodios juveniles de su propia experiencia amorosa.

abierta, y un reflejo de plata debajo de los párpados. Las pocas personas que iban llegando se miraban en silencio, asombradas. Habían leído, casi escondida en la página 5.ª de El Día, *una noticia escueta, escueta, apremiante, de último momento, bajo el epígrafe*

Leoncio Lasso de la Vega

"A la hora de cerrar nuestro diario, se nos da la triste noticia del fallecimiento de Leoncio Lasso de la Vega, ocurrido en el Hospital Español. Sin tiempo para otra cosa en este momento, no hemos querido dejar entrar en máquina el diario sin dar a Lasso de la Vega la despedida cariñosa a que era acreedor aquel gran bohemio de nuestro periodismo." (1)

Nada más. ¿Quién había escrito aquel suelto emocionado y breve, fugaz como la propia vida, con urgencias de indecible angustia? Palpitante, casi al pie de los linotipos, cuya voz imperiosa se mezclaba a sus lágrimas, Juan Carlos Moratorio rompió su corazón, rezando un adiós salmodiado por el himno metálico del taller obrero. Era la despedida no sólo a su amigo, sino también, sin sospecharlo, al hogar periodístico donde había enlazado su vida. Porque aquel salterio de congojas fué lo último que salió de su pluma. Pocas horas le quedaban a Moratorio para juntarse con Lasso. Al caer la nochebuena, pasaría él también, silenciosamente, a habitar la gran ciudad de las sombras.

"Y pensad ahora lo que las cosas han querido en el caprichoso acaecimiento de los hechos y los causales designios de la fatalidad. Las últimas líneas de Moratorio fueron para llorar a un amigo y compañero de la casa. Anteayer moría Lasso de la Vega, y sin tiempo como para derramar en una extensa nota toda la amargura de aquella dolorosa desaparición, sintetizó en un sentido párrafo toda la congoja de una despedida cariñosa y dulcemente resignada. Hondamente sentimental su alma hecha para las nobles emociones de la amistad, tuvo para esta delicada consagración la última palabra del compañero, las últimas líneas del periodista." (2)

Han trascurrido ya más de cuatro decenios desde aquella fecha. Y a través de esa larga sombra de duración que llamamos tiempo y

---

(1) El Día, diciembre 23 de 1915.
(2) El Día, diciembre 25 de 1915.

que llega casi al medio siglo, nada me ha conmovido tanto como esta simultaneidad de destinos. Juan Carlos Moratorio pertenecía al núcleo selecto de los que habían logrado comprender el misterio espiritual de la vida de Lasso de la Vega. Muchas veces reñía con él por interpretaciones baladíes de un hecho o de una idea. ¿Con quién no peleaba Lasso de la Vega? Pero el encrespamiento de un segundo no le impedía regresar casi de inmediato al remanso de la intimidad afectiva. Sus relaciones con Carlos Reyles, señaladas en otra parte de este libro, eran un concierto de acritudes confusas y de comprensivas condescendencias. Una arrogancia mosqueteril que se deshacía en galanteos ante la Roxana interior, el Cyrano que prestaba su inspiración a la majestad visionaria del ensueño.

"Es un consolador privilegio de los que amamos al arte, poner en música nuestros propios dolores". Así escribe Lasso de la Vega en las palabras preliminares de su ¡Anatema!, *la increpación cantada, que editó* El Diario *de Mercedes, con carátula de Blanes Viale, y que, según reza en su colofón, se acabó de imprimir el 27 de julio de 1902. Bella edición, por cierto, que refleja honor sobre ese culto pueblo mercedario que Lasso amó tan entrañablemente. Tal vez sea uno de los primeros gritos que se oyeron en América contra el imperialismo, y acaso el más desgarrador de todos. La exaltación del drama boer, con los heroicos altibajos de la guerra de Sud Africa, está allí retratada en las esperanzas de la victoria y los reveses de la fortuna. Trasciende el alma del compositor que alentaba en el bohemio inquieto, cuyo estro sabía arrancar a las notas del piano la mística de su propia angustia. Porque amamos se sabe algo del morir, y porque hay amor sobre la tierra conocemos el sentido heroico de la vida. Lasso supo de la encendida brasa de tales sobresaltos, y es por ello que sus airadas estrofas no mienten el dolor lacerante que le consume. No ignoraba que la opresión en lo internacional trae el desencadenamiento revolucionario de las patrias, del mismo modo que ahogar la libertad en el orden interno provoca a la larga el atentado individual y el terrorismo. La indignación restallaba en el prólogo de* ¡Anatema! *al pensar que pudieran violarse impunemente todas las leyes humanas y divinas.* Nihil dultior hominis, quod hominen, *advierte Lasso. Y la guerra, con todas sus infinitas amarguras, con todas sus salvajes violencias, es la respuesta de los africanos de origen holandés contra el invasor. Pero él también se envuelve, como en una bandera, en la beligerancia de sus versos:*

En el deber de luchar
se concentran sus deberes,
y hombres, niños y mujeres
se aperciben a lidiar.
Aquel pueblo que en labrar
los campos, cifró su anhelo,
hoy, con mortal desconsuelo,
tan sólo en buscar se aferra,
o independencia en la tierra
o vida eterna en el cielo (1).

El místico de rebeliones que vivía en Lasso de la Vega, se olvida de la vestidura satánica de aquel Tifón que aparece en su Ahijado del Diablo, *frente a la puerta de lo insondable. Lo prohibido despierta la sed, y siempre lo imposible es lo más deseado. "Si en la vida no hubiera un obstáculo delante de cada deseo, escribe, la existencia sería más insoportable ,aún, de lo que es". Pero el Diablo viene siempre a su anhelo, aunque declare que a la felicidad no se llega por la sabiduría, sino por el amor. ¿Para qué, entonces, aquel postrero ¡ay! que recogemos en las páginas que escribiera sobre* La Batalla de los Dioses? *No podríamos decir si esto es signo de entregamiento o de impotencia. Pero lo cierto es que Lasso de la Vega vuelve por sus desasosiegos cabalísticos, cuando exclama: "Aun se yerguen en su primera grada, vigilantes, irascibles, implacables, feroces, los dioses nunca vencidos, los eternos rebeldes... Satán, Tifón y las Euménides!... ¡Esfinges indescifrables!... ¡Trinidad eterna!"*

☆

Esta huella sutil, enérgica casi siempre, esfumada a veces, la descubrimos en casi todos sus escritos, aun en aquellos de temas áridos, donde parecería impropio el asomo de preocupaciones teológicas. Hasta en los senderos más triviales del pensamiento se adivina la confusa y extraña mezcla de ateísmo y de piedad (2). Desde

---

(1) ¡ANATEMA!, pág. 32. Ed. de EL DIARIO — Mercedes — 1902.

(2) Léase CAÍDA DEL PODER TEMPORAL. ROMA LIBRE. Ed. EL DIARIO — Mercedes — 1903.

LA DIADEMA. Comedia en un acto. Imp. de EL DIARIO. Mercedes. 1903.

EL DERECHO A LA HUELGA. LA LIBERTAD. LA VIOLENCIA. REVOLUCIÓN SOCIAL. TIERRA, CAPITAL Y TRABAJO. LA PENA DE MUERTE. UTOPÍAS. Imprenta la Nueva Central. Montevideo. 1905.

EL SEGURO DE VIDA Y LA MORAL. Dornaleche y Reyes. Montevideo. 1908.

SALPICONES por Ossal. Imprenta LA RURAL de E. Ramos. 1910.

EL PERFUME DE LA DAMA VESTIDA DE NEGRO (continuación del MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO de Gastón Leroux). Bertani, editor. 1908.

CANALEJAS. (Ya habló la prensa. ¡Ahora hablo yo!) — Bertani, editor. 1912.

MI ARTÍCULO, desde enero de 1913 a abril del mismo año.

EL AHIJADO DEL DIABLO. O. M. Bertani, editor. Montevideo. 1913.

Lasso de la Vega en 1914, un año antes de su muerte

los primeros escritos de fin del siglo en las costas del río Negro al Morral de un Bohemio, *aparecido dos años antes de su muerte, la compleja personalidad de Lasso de la Vega no padece de cambios fundamentales. De toda su inmensa y dispersa obra he destacado al final de este volumen un par de relatos que son verdaderas obras maestras. Por la fineza del cuadro psicológico, supera lo mejor de Anatole France, no sólo en la intención social, sino en la traviesa ironía. Muchas páginas marchitas por el olvido, sin saber con certeza dónde han sido escritas, perdidas en la selva casi impenetrable de diarios y revistas, necesitarían del explorador intrépido, capaz de adentrarse en lo desconocido. Los años lentos, pausados, cuando no entierran tenazmente como el polvo, barren cual las ventiscas ásperas, desoladoras de esperanzas. Porque Lasso de la Vega fué de asombrosa fecundidad. Su concepción fulmínea le permitía concebir y realizar casi al mismo tiempo obras tan disímiles como contradictorias.* El perfume de la dama vestida de negro *fué escrito en una semana. Encerrado en su cuarto, de noche, Lasso iba desparramando las cuartillas en desorden. Así hasta que, rendido de sueño, quedaba dormido. Por la mañana, un empleado de Bertani recogía los papeles del suelo para llevarlos a la imprenta. La clasificación de aquel entrevero de manuscritos resultaba casi una obra de arqueólogos. Porque, simultáneamente, Lasso escribía otro romance folletinesco para Claudio García, el cual nunca llegó a publicarse, y cuyos originales nacían a la luz al mismo instante que la "dama vestida de negro". Su pasmosa facilidad imaginativa era proverbial. Hallándose en un pueblo fronterizo, su fantasía incansable le hizo plasmar una intriga romántica que encendió las aficiones literarias de la hija del hostelero. La exaltada adolescente firmó luego la novela. La niña satisfizo su precoz vanidad intelectual, y Lasso encontró una manera elegante de pagar su hospedaje. Poseía una memoria infalible, que se mostraba a veces con sorpresas inesperadas. Al profesor X, español como él, que abriera el acto en Mercedes, un 12 de octubre, con peroración calurosamente ovacionada, Lasso recitó de inmediato el mismo discurso, con gran asombro del auditorio, finalizando con estas palabras: "Demos las gracias a Emilio Castelar por haber pronunciado esta magnífica oración antes que nosotros".*

☆

Como veremos en el curso de este libro, la vida entera de Lasso de la Vega se halla abundantemente salpicada de episodios dignos de

ser relatados para arrancarlos al olvido. Su desbordante espontaneidad no conocía trabas que pudieran restringirla. Era un derroche de inteligencia audaz, que espoleaba al adversario despavorido. No faltaron tontos que le prodigaron consejos ni asexuales que reputaran excesiva su virilidad. Como el Zola de Mis odios, *prefería el malvado al zonzo. El bandido no es bandido en todos los momentos de su existencia. Tiene minutos de verdadera grandeza y hasta de misericordia. Pero el zonzo no cambia ni descansa jamás. Es siempre zonzo. Así razonaba Lasso de la Vega respecto de esta insoportable plaga. Es posible que el errabundo sevillano se sintiera inadaptado en el periodismo actual. Más escuetamente podría decirse que no tendría cabida. Algo de eso le aconteció a principios del siglo en Estados Unidos al escritor socialista Upton Sinclair, en la época en que ser socialista no era ser jefe de gobierno como ahora, ni mucho menos una sinecura, sino un sacrificio heroico de todos los días. El solitario de Pasadena, que había escrito su famoso* The Jungle, *de resonancia mundial, sobre los faenadores de cerdos de Chicago, relataba en otro de sus libros sensacionales,* Brass check, *sus peripecias en el gran periodismo, aprisionado por los tentáculos de poderosos sindicatos financieros. Nada o casi nada de su producción podía ser publicada, y cuando alguna imprenta se prestaba a difundir sus ideas era inmediatamente ahogada, mediante presiones económicas de toda clase. El fenómeno que Upton Sinclair denunciaba en* Brass check, *se ha universalizado, por desgracia. La libertad de expresión de las minorías desamparadas va en camino de desaparecer por completo en el mundo. Cuando no está a merced de los gobiernos arbitrarios, se doblega bajo el despotismo de fuertes consorcios industriales, de los tenedores de acciones, de todas las complejas formas de lucro, que dictan su voluntad por medio del anuncio y que se convierten a la postre en los verdaderos amos. Muy pocos escapan a esta terrible empresa de comercialización. Quedan, empero, algunos islotes de pensamiento puro, sin mezcla de intereses. Pero ello no bastaría para que un espíritu rebelde, sin cortapisas, como el de Lasso de la Vega, pudiera moverse desembozadamente. Gran parte de la antigua riqueza privada ya no existe como función social. El capitalismo de Estado ha substituido con desventaja al espíritu de empresa que forjó a las grandes civilizaciones de la Historia. La burguesía se ha deslizado hasta fundirse con este híbridismo anémico. Así ha logrado oficializar sus privilegios y enriquecerse más pronto a costa de la miseria*

de los desposeídos. Arriba una casta policíaca de estilo posbélico, en perpetua orgía. Y abajo la más horrenda esclavitud, en padecimiento sin esperanza. A tal clase de gelatinosa convivencia es lo que actualmente se llama marcha hacia el porvenir. Han sido suficientes cincuenta años de vida para marcar esta irremediable decadencia.

☆

Ocasionalmente, la perplejidad del observador desinteresado consiste en definir el caos actual como prudencia ante respetables egoismos. Otras veces surge como algo vergonzante, que debe ocultarse porque flota en las fronteras del miedo. De ahí que aquel soñador insobornable que entusiasmaba a Lasso, el obrero del espíritu para el espíritu, es casi un fósil que ha desaparecido entre los torbellinos del presente. En su lugar brotan como hongos los seres viscosos, sin honradez intelectual, que deben prosternarse ante los patrones de la hora para merecer favores y prebendas como galardón de su mansedumbre. Y acaso sea Pío Baroja, ya desaparecido, el ejemplar exótico que reclamaba Lasso de la Vega como antídoto contra el bergante literario, que se embarca en cualquier navío con tal de hallar servida una buena mesa. Derrota sin esperanza para quien, en mundo mejor que el nuestro, el alcohol era el combustible que le permitía separarse de la materia y alcanzar en vuelo mágico moradas siderales. Pero cuando se le derretían las alas como a Icaro, y volvía a caer, humillado, en su miserable condición humana, se refugiaba a la sombra de los grandes espíritus. No sabemos si esto sería en verdad un consuelo. Porque, después de todo, daba en sorber con melancolía del fondo amargo de su copa aquella meditación desolada de Quintiliano sobre los grandes talentos. Summi sunt, homines tamen. *Son eminentes, pero hombres al cabo. Desgraciadamente hombres, y esto era su desesperación. ¿Cómo poder superar la naturaleza de las cosas y fundirse en un devenir casi divino? Su sana estructura mental lo hacía incompatible con el presidiario de la pluma, como Balzac, o sentirse devorado interiormente por la neurosis trágica de Edgard Allan Poe. Hubo ciertamente horas tempestuosas y sombrías en su historia terrena. Pero la vehemencia de claridad espiritual limpiaba de odio su corazón y le devolvía la fe casi extinguida en el destino humano. Entonces lucía de nuevo dentro de él un cielo profundo y sin turbulencias, comparable a la radiante*

fascinación estelar de la noche sevillana. No sé lo que posee de tierno sosiego ese maravilloso firmamento meridional, que parece hablar en secreto a las almas atormentadas de la tierra y apaciguarlas en una permanente manifestación de milagro. No se debe olvidar que para el que ha nacido en Sevilla el hecho de ser sevillano es ya una ejecutoria. No escapó Lasso de la Vega a este imperativo hispalense ni tampoco Rodríguez Marín. En el uno era el segundo yo de su personalidad que lo acompañó hasta la tumba. En el gran cervantista se expandía como un efluvio de solidaridad sentimental que dulcificaba aún más la cara rosada, con su barba blanca de padre Noel y sus ojos vivos y bondadosos. Porque hay que tener a Sevilla metida muy adentro, como Rodríguez Marín, para interpretar la maravillosa confidencia nocturna de su cielo. En cuanto a Lasso, diríase que marchaba sobre las huellas de otro de sus familiares ilustres, aquel Javier Lasso de la Vega, miembro número uno de la Academia de Medicina, el primero en verter al castellano la obra de Claude Bernard. Hombre de ciencia, jinete de quimeras. Este otro Lasso descansaba de su fatiga de disector en la alta noche, traspasando los mundos. Abandonaba el bisturí sobre los cadáveres en el anfiteatro de la Facultad para embriagarse con la visión del cielo andaluz. Interrumpía su paciente tarea, sumergiéndose en la maravilla sideral, cual si quisiera segregar de esa otra anatomía del infinito el aliento de poesía que necesitaba para seguir viviendo sus sueños.

☆

El 26 de noviembre de 1920, en mi discurso en la Real Academia Española contestando a D. Antonio Maura en nombre de las delegaciones hispanoamericanas, hice una breve referencia a mi primer encuentro con Sevilla (1). Se trataba de restablecer, de acuerdo con el proyecto del ilustre hombre de ciencia Leonardo Torres Quevedo, allí presente, un lenguaje tecnológico propio, de acuerdo con las mejores tradiciones del pensamiento científico español. Finalizada la

---

(1) Véase sobre el particular el A B C de Madrid n.º 5582 noviembre 27 — 1920, las correspondencias de "La Prensa" y "La Nación'" de Buenos Aires, escritas por Francisco Grandmontagne y Leopoldo Basa, respectivamente. Véase Leopoldo Basa, de la Real Academia Gallega: EL MUNDO DE HABLA ESPAÑOLA (Prólogo de Federico García Sanchiz). Página 40–41. Cuadernos de Cultura — Valencia — 1930.

solemne ceremonia, vino hacia mí D. Francisco Rodríguez Marín con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas. Maura, que me estrechaba la mano en ese momento, miró con fijeza a don Francisco, dejando caer una de aquellas chispeantes frases que le habían hecho famoso en las Cortes, y que provocó la hilaridad de la concurrencia.

—No crea usted en esta felicitación —exclamó—. ¡Usted lo ha comprado con su elogio a Sevilla!

Muchas veces, durante mi permanencia en Madrid, nos encontrábamos a menudo con él, con José Ortega Munilla, autor celebrado de Sor Lucila, *y con Torres Quevedo. Cuando le recordaba el episodio de la Real Academia, sonreía traviesamente, y aludiendo al origen balear de Maura, decía con su natural gracejo andaluz:*

—No todos hemos tenido la suerte de nacer en Palma de Mallorca...

Este orgullo de su tierra y de su ciudad lo lleva encima el sevillano sin arrogancia, naturalmente, como el perfume de sus claveles. Leonardo Torres Quevedo, aquella gloria inmarcesible del mundo hispánico, que no era andaluz, sino de Santa Cruz de Iguña, en la región de Santander, comprendía maravillosamente a la gente del sur, y parecía descansar en el paisaje luminoso, ardiendo con chisporroteo de palabras. Aquello era un bálsamo para sus brumosas nostalgias montañesas. Don Francisco no le ahorraba sus intencionadas ocurrencias, cuando le decía que, para verle, había que andar con sobresaltos, pues el sabio matemático vivía, en efecto, en la calle Válgame Dios n.º 3. El inventor del telekino, con su movimiento a distancia; de la máquina de calcular; del ajedrecista mecánico que daba siempre mate y encendía una luz a cada error de su contrario, abandonando las piezas a la tercera falta; el que concibió el transbordador que cruza sobre el Niágara, se regocijaba silenciosamente, con aire casi tímido, en aquellas inolvidables tertulias. Admirado en Francia por Emile Borel, Henri Poincaré, Paul Appell, cuando todavía en España se le discutía. Ortega Munilla era, en cambio, vehemente, y de ruda franqueza. Tenía algo de nuestro criollo irascible, que estalla por cualquier nimiedad, pero que entrega su corazón en ondas amistosas de infinita gracia. Nos reuníamos indistintamente en el Casino o en su hospitalaria casa de la calle Claudio Coello, 81, donde también conocimos a su hijo Pepe, atareado en esa época con las abrumadoras cargas del Espectador *y la* Revista de Occidente.

—Discutimos a veces con mi hijo Pepe —me dijo un día— aun-

que en ciertos problemas es de un vuelo mental donde yo no podría seguirlo...

Y luego agregó, sonriendo socarronamente:

—¡Bueno, hombre!... Tendríamos que no ser españoles para estar de acuerdo en todo...

Su hijo Pepe no era otro que José Ortega y Gasset, nacido en Madrid, expresión viva de ese pueblo español al cual uno no ha podido aproximarse un segundo de la existencia sin amarlo después todo el resto de su vida. Poseía la humildad milenaria y renovadora del pensar hispánico, sin menosprecios ni resentimientos. Lo perdí de vista desde que salí de España hasta encontrarlo de nuevo en Buenos Aires en 1928. Hacía seis años que el gran Ortega Munilla había muerto. El semblante de mi interlocutor se iluminaba con relámpagos de ternura cada vez que, al recordar mis lejanos días madrileños, evocaba el nombre de su padre. Volví a verle de nuevo a mi regreso de Alemania, al cabo de la tercera década de este siglo, cuando el sangriento vendaval que flagelaba a su patria lo arrojó hacia nuestras playas. Hijo de un hombre de América que había optado por la nacionalidad española, decía que esas raíces americanas le permitían una visión más libre del fenómeno mundial. Recordaba mi vieja interpretación hispánica, meneando la cabeza en silencio, cuando le había dicho en otras épocas más dichosas que si existe una nación vertebrada en Europa esa nación es España. Vertebración geográfica con sus Pirineos imponentes de fuerza cósmica, vertebración endógena con su pensamiento universal, desde los tiempos en que Gerberto explicaba a Aristóteles, casi tres siglos antes que Alberto de Sajonia y Santo Tomás. Fueron españoles los que dieron a un continente desintegrado el nuevo sentido humanista internacional con Francisco de Vitoria, inspirador de Grocio, con Francisco Suárez y el valenciano Vives. ¿No fueron también españolas las leyes de Indias, donde existía ya en germen el principio de la emancipación de América? ¿No era español el propio Ortega, el único que en ese momento despertó a la Europa desesperada con el estímulo de una nueva fe? De ningún modo vemos tal invertebración de España ni tal decadencia. Hasta en el padre Mariana descubrimos las primeras huellas del contrato social que resurge tres centurias más tarde con Rousseau. Como esas especies que se recuperan en la letargia, España se mece en la modorra de su larga noche invernal. Es pueblo de creación, no de imitación. No ha desertado de

sí misma, agotada, después de haber parido un mundo. No ha huido de su misión histórica en Europa. Sus despertares bruscos, sus luchas intestinas, crueles y desgarrantes, no demuestran la impotencia de esos eternos novios de la muerte, sino todo lo contrario: la rabia histórica de no ser lo de antes, la furiosa misión creadora desviada por destinos adversos.

☆

La densa vida interior ha salvado históricamente al español, y por consiguiente a España. Hasta los guerreros más denodados han substituído en el infortunio las inquietudes bélicas con la gran aventura de la meditación. Vida obscura e ignorada, por ejemplo, la del sevillano Diego de Mejía, que he tenido ocasión de recordar en otros ensayos (1). Lo poco que se sabe de él es que era uno de los tantos cruzados de la conquista. Naufragó en el Pacífico, pudiendo alcanzar la costa desierta, sin otro equipaje que un volumen con las Epístolas *de Ovidio. Caminaba durante el día en la dilatada soledad, en lucha artera o franca con los salvajes, con las fieras, con los insectos. En las noches del trópico o en las horas de calma de la madrugada traducía en tercetos castellanos las nostalgias cantadas por el quejoso desterrado de Ponto Euxino. Cuando se publican en Sevilla los tercetos, en 1608, el poeta soldado reside a la sazón en la capital de Perú, y dedica su obra al oidor de la cancillería limeña Juan de Villela. En la defensa del imperio de Apolo y las nueve musas, Cervantes se refiere sin duda a él cuando dice* (Viaje del Parnaso *C. VII):*

Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, y acompáñale Mejía,
Poetas dignos de alabanza inmensa.

Este español es un símbolo de eternidad como lo fuera Lope de Aguirre en su audacia sin ejemplo. Porque aun en la disciplina épica de los conquistadores, el vivir austero es virtud que linda con el crimen. Cada español es una soberanía sin vallas, que nace con su fe de hierro y que solamente se desangra en la oración. Aquél que formara en los veintiuno de Pizarro ¿no firmaba Lope de Aguirre el traidor? *Cuando escribía su filípica a Felipe II se sentía tan rey*

(1) Ataraxia — Madrid. 1923. Pág. 55.

como el taciturno monarca. Y su acre invectiva tenía algo del rezo de un penitente. "Diatriba de soberano a soberano", recuerda Lugones, aunque no escupía a la majestad la soberbia de su sarcasmo, sino la independencia de América, que ya crecía en el desorden de las almas del siglo XVI. España se abrasó en la lumbre de un pensamiento lento y abismal, que es la llama que consume por dentro. Esto lo vió claro el hijo de Ortega Munilla. No necesitaba, pues, del postizo de las invertebraciones para llevar a España fuera de España: Que no otra cosa era colocarla casi a remolque del pensamiento alemán, el cual, para mantenerse vivo, había necesitado más de lo que suponemos de la substancia hispánica. Tampoco universalidad es sentido de lo inmenso en el territorio ni de poder sin límites en lo temporal. Carlomagno y Napoleón fueron omnímodos en su voluntad de dominio y su instinto de imperio, pero no universales. El español marcha en cambio por encima de sus emperadores y de sus reyes para volverse intemporal como el anhelo de los místicos. La idea de traer Europa a España, por más contraria que sea a la experiencia histórica, poseyó siempre algo de heroica seducción, como todas las empresas descabelladas que luchan contra lo imposible. Lo paradójico en Ortega es que con su venero propio, vivo, sanguíneo, hizo todo al revés: llevó España a Europa, interesando al pensamiento europeo en el enigma creador del genio hispánico. No había ni sombra de malevolencia en mi crítica a una intención recta y honrada. Tampoco reproches innecesarios a su sinceridad de pensador. Pero sí rebeldía, incontenible resistencia a la maraña de opiniones brotadas a la sombra de su pensamiento. Acaso salieron de ahí las caravanas de dromedarios que aprovecharon de la postración de España para fingirle pecados históricos que nunca existieron. Y esto se lo decía, no un español cavernario, exasperado por locos sueños de grandeza, sino un americano humilde, de cultura más francesa que hispánica, pero que se había acercado al terrón del señorío y lo había visto sin deformaciones.

Lasso de la Vega lleva la ventaja de que no pretendía curar a España de su españolismo, buscándole tutores tan frágiles como la misma dialéctica que los había inventado. Hay un resplandor indeciso y fugitivo detrás de ese pueblo como detrás de cada español. Es la luz mala *de nuestros gauchos, un fuego inasible que desconcierta a los mejores observadores. Al fin del pasado siglo, en una*

declaración al director de Review of Reviews, *decía Joaquín Costa: "Soy aragonés o sea dos veces español" (1). Era en la época en que la obra del conde Gobineau empezaba a hacer sus estragos, y que las primeras supercherías étnicas asomaban en el horizonte. No puede negarse a Gobineau talento dialéctico, pero sus inferencias cayeron en terreno estéril de este lado de los Pirineos, y sonaron a falso en el mundo hispánico. De ahí que la frase de Joaquín Costa supera todas las infantiles maquinaciones del mito racial, y podría haberla pronunciado, con la misma propiedad, otro español de cualquiera de las regiones de la península. La fuerza inmaterial de España es su verdadero vitalismo histórico, su sentido de universalidad. Un gallego tiene más parentesco de sangre con un escocés que con un andaluz, y un catalán está más cerca de un provenzal que de un asturiano. Ambos son de personalidad inconfundible, y han dejado huellas imperecederas de su estilo de vida, el primero a lo largo de la costa atlántica. En cuanto al segundo, llevó sus ideas y su arquitectura hasta el seno más oriental del Mediterráneo. Sin embargo, viven el milagro de la hispanidad y se sienten doblemente españoles, según el axioma de Joaquín Costa. Escapa esta sutil revelación a la mayoría de los europeos, cuyos grupos intelectuales continúan la inveterada tradición africanista de dividir a España en clanes raciales irreconciliables, con reyezuelos o caciques útiles para fines de descomposición nacional. Funesto espejismo que conduce fatalmente a simas de escarnio. De ahí el auténtico* background *de las siniestras voracidades de Europa y de Asia, cuya engañosa imagen ha extraviado a tantos soñadores de imperios, desde Napoleón hasta Stalin.*

☆

La racha que se ha llevado tantas ilusiones, sopla todavía sobre ese occidente que de tan vertebrado se destruyó a sí mismo. La

---

(1) Lasso de la Vega podría haber dicho de sí propio, cambiando los términos de su origen, lo que dijo entonces el gran solitario de Graus: "Soy español dos veces, porque soy andaluz". Repetiría luego, con Joaquín Costa, ese sorprendente paralelismo de vidas: "Empecé a vivir cuando España había llegado al límite de su decadencia. Llegué a la madurez mental en días en que esa decadencia degeneró en catástrofe. Yo había estudiado la historia de mi país, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó de mi pensamiento truenos de ira. Este es el resumen de mi historia". (Véase Antonio Puig: JOAQUÍN COSTA Y SUS DOCTRINAS PEDAGÓGICAS. V. Sempere y Cía., editores. Valencia 1911).

barrera germánica está definitivamente rota, y hay un hueco espantoso por donde puede despeñarse la marea asiática e inundarlo todo en pocas horas. A la humanidad actual se le prometió un mundo mejor, y hoy vive ahogada por la angustia de una promesa incumplida. Los hombres, humillados, se interrogan en silencio. El futuro de terror les sobrecoge. Se extinguió entre cenizas la comarca paradisiaca de Tomás Moro. El mundo pide ahora a gritos un aplazamiento del porvenir. Pero nos consta que no se conformaría siquiera con la prórroga del presente. Anhelaría más bien una vuelta al pasado plácido de los abuelos. ¿Habremos al cabo llegado demasiado tarde a un planeta despiadado, ni viejo ni joven? ¿Dónde está el progreso del espíritu humano? Olvidamos a menudo que la civilización no es otra cosa que la imagen móvil del suicidio universal. Es el reflejo cambiante de una realidad eterna e inmutable, que es la barbarie. Ahora la civilización parece más refinada que en tiempos de Julio César, porque es técnica. Y si el oriente asiático no puede convivir con la pesadilla de espanto de una bomba de hidrógeno sobre cualquiera de sus ciudades, del lado occidental pensamos también, horrorizados, lo que sería la caída de un artefacto termonuclear en el eje de Times Square. Como antes luchó por acercarse a las gratas quimeras de los utopistas, la humanidad quisiera ahora escapar a su amenazante porvenir. Adivina que nada lograríamos con preterir la ilusión del paisaje que sabemos quieto, pero que se mueve a la inversa de nuestro tren en marcha. Cierto que nos resistimos, como Bertrand Russell, a formar parte de ese mundo venidero en el cual únicamente los muertos serán felices. Quisiéramos arrojarnos por la ventanilla y marchar hacia atrás con la tierra y los árboles que huyen de nosotros. Pero ya no es posible: el tren va demasiado rápido. Y después de todo ¿para qué? Nuestro destino está fijado, más que por la crueldad y el egoísmo humanos, por el vértigo de un siniestro orgullo.

☆

No hay duda que esa tierna y melancólica evocación de los muertos que "presintieron algo", el llamamiento de los que todavía quedamos pegados a la costra del planeta, trae cierta tibieza a los azares de ultratumba. Millares de seres pasan por la vida y mueren de verdad. Pero hay otros que empiezan realmente a vivir después de la muerte. Son contados los que desparraman su obra como fermento de nuevas almas. Su existencia de consunción corporal, de desfalle-

cimiento, ha sido siempre llamarada de espíritu, luz eterna que alumbra porque se muere, porque se traspasa a sí misma en el deseo de honda inmortalidad. ¿Qué importa sucumbir antes, ahora o después, si todo es el mismo ayer? La corriente alegre de la vida seguirá su curso implacable, bordeando el silencio de las tumbas. Porque el espíritu admira en secreto la combustión de la materia humana que se acaba irradiando pureza y no sombras deletéreas. El sér de selección piensa en la muerte, pero no cree en ella. Y no cree en ella, porque la ignora. La mayor calamidad que puede acaecerle al hombre, es la de saber que ignora. Por eso los pensadores y los artistas han sido siempre los más infortunados de los seres que creemos vivir porque soñamos. Hasta los santos no han hallado reposo, sino en el sufrimiento. Para ellos, conocer ha sido padecer. La extraña sensibilidad de los poetas agranda todavía ese universo de angustias. ¿Quién podría afirmar que Apollinaire, Machado o Wilde no fueron realmente desdichados? En cambio, el carbonero de la esquina es el hombre más dichoso de la tierra. Me resuelve en dos segundos los problemsa abstrusos que han preocupado a los filósofos de todos los tiempos. No sabe que ignora, y ésa es su bienaventuranza. Más ladino el gaucho de José Hernández, quien de ningún saber se asombra desde que aprendiera a ignorar. Más atravesado, sin duda alguna, pero menos feliz. Bien hace Lasso de la Vega en descargar únicamente sobre el Diablo toda la responsabilidad de la sabiduría. Seamos desde luego menos atormentados, aunque triviales. El pedantismo nos transfigura en vulgares epígonos de Lucifer y todo su lote de desgracias. Aunque Satán acecha desde su retiro, con siniestra admiración, a quienes rompen relaciones con los tres cuartos del linaje humano. Porque la rebeldía es la ejecutoria trágica de la soledad. Hay naciones y seres pegajosos que buscan aglutinarse, fundirse en los otros y desaparecer en el mar uniforme del rebaño. El exceso de personalidad es pecado mortal, que se purga con escarmientos de soledad. He ahí el caso desgarrador y dramático de Joaquín Costa. También Lasso de la Vega responde, como español, al mito solitario de la España que se resiste a ser paje de armas de nadie, si ella misma no ha de embrazar la adarga y blandir la espada. ¿Qué puede hacerse en nuestra infecciosa y transida vulgaridad contemporánea contra una profesión de fe de eterno descontento, contra un cruzado de tremendos cataclismos, matador de imposibles y absurdos basiliscos? La palabra del boer a sus implacables agresores es la misma respuesta altiva del español de soledad, desde el Cid hasta Méndez Núñez:

32234

Vano es que aflija y maltrate
a mi patria tu arrogancia,
pues más quiero, sin jactancia,
yo, que defiendo y no ataco,
ser soldado de Espartaco,
que sitiador de Numancia (1).

Vemos cómo, aun dentro del drama sudafricano, revive la intención furiosamente obstinada de salvar a España de su angustia finisecular, del derrotismo trasmigrado a la literatura, y cuyas chispas ya casi extinguidas se encienden de nuevo en el pensamiento de Ortega. A Almafuerte le sedujo ¡Anatema!, *sin duda porque se parecía algo a su propio estilo imprecatorio y blasfemante, no exento de ripios. Cierto que al tipo frívolo, desabrido, sensiblero, que es lo más representativo de al época actual, chocan esta clase de poemas. Ni siquiera lastiman las altisonancias del otro siglo. Ahora hay nuevas formas de amansamiento más hipócrita que en aquellos tiempos en los que Lasso de la Vega y Almafuerte hacían vibrar sus estrofas incriminantes y acusatorias. Las maldiciones líricas son hoy impotentes para quebrantar el sentido faústico de la vida. Los pueblos han aprendido a elegir ellos mismos su propio despotismo. No vaya a creerse que con eso el hombre ha cegado definitivamente el manantial de su rebeldía. Hay un momento en que se toca la más baja abyección, en que el buey humano, manso, sufrido, domesticado por la violencia y la mentira, pierde el sentido de su soledad. Su piel embotada no siente ya ni el clavo de la picana ni el peso del yugo. Hay que volver al latigazo de las arengas cantadas, peligrosas de recitar y mucho más de escribir, que despertaran la conciencia de una época. Hay que regresar al sacudimiento cósmico, que renovó las esperanzas de un mundo agotado. Aquellos apóstrofes de fin del siglo, no obstante sus imperfecciones, poseen cierta secreta grandeza que los ha hecho vivir hasta ahora y los hará sobrevivir de nuevo.*

☆

Con envidiable versatilidad, Lasso salta del dicterio tremebunda de ¡Anatema! *a lo sutil y delicado, el atractivo casi aéreo de* La Diadema. *En pocos meses el estro bravío se dulcifica, y su predilecta ciudad de Mercedes vuelve a rubricar con el aplauso otra genialidad del gran sevillano.* La Diadema, *que se estrenó el 23 de setiembre*

(1) ¡ANATEMA! pág. 33.

de 1903, es una comedia de un acto o más bien un entremés de diálogo ligero, salpicado de ocurrencias felices. Todo el asunto reposa sobre un equívoco de amor. Juego escénico intrascendente, con desenlace dichoso, donde centellean la gracia, la emoción y la ternura. Y se cierra con el proverbio que repite uno de sus personajes, el millonario Pedro Valdemora, cuyo deseo es ser algo más que un fuelle, "que respira, pero no vive". La comedia, impresa luego en los talleres de El Diario, *en la calle Colón 63 del mismo solar mercedario, está dedicada a Enrique Queirolo, veterano periodista, empresario, granjero, autor teatral, todo al mismo tiempo. Fué Queirolo quien impulsó a Javier de Viana hacia el teatro. De ahí surgió su* Pial de volcao. *Espíritu ingenioso, de extraordinaria agilidad mental, vivo en la respuesta, concurría una década más tarde a nuestra peña en el antiguo café* La Giralda, *con Juan Carlos Moratorio, Héctor R. Gómez, Hermenegildo Sábat, Agustín M. Smith, fundador de* El Terruño, *su hermano el ingeniero Juan T. Smith, Otto Miguel Cione, Julián Nogueira, y algunos otros que escapan a la memoria. Era allá donde Queirolo enriquecía nuestro acervo de anécdotas con sus chispeantes vicisitudes mercedarias a la vera de Lasso de la Vega y otros personajes que desaparecieron sin ruido, lentamente, en la perspectiva del tiempo. El cuadro se ha ido esfumando en el recuerdo, borrándose con el horizonte, como se disipa en el mar un barco que se aleja. Pero todas sus figuras, aun las más humildes, viven ahora el lampo de otra vida, la eternidad de un pensamiento que se adentra hasta en las generaciones que están por nacer. Porque la chispa de lo indiferente es casi siempre la que atraviesa los siglos.*

☆

Una década más tarde se encendió la guerra en Europa, y las teorías de Lasso de la Vega sufrieron la primera prueba de fuego. Su castillo, penosamente levantado, de fraternidad humana y solidaridad internacional, amenazaba venirse al suelo. Fué entonces que empezaron a aparecer en El Día *algunos artículos firmados por Jacob. Aquellas modestas interpretaciones de la contienda no tenían mayor importancia. Simplemente se trataba en ellos de devolver la fe en los grandes ideales humanos que parecían naufragar entre oleadas de angustia y de sangre. El interés por las cotidianas meditaciones no procedía de un valimiento real, porque aquellos escritos no lo tenían, sino del estricto secreto que rodeaba a su autor. Eran muy pocos los que podían señalarlo, aun entre los mismos camaradas que*

se codeaban con él diariamente. El misterio había dado pábulo a conjeturas de todo calibre. Fué entonces que Lasso de la Vega, arrastrado por su generosa impaciencia, violó la consigna de mantener su reserva sobre la identidad de Jacob. Y lo hizo en un artículo notable, como todos los suyos, que publicó en El Día del 29 de setiembre de 1914. Desde que Lasso destruyera el hechizo, el interés público, que había sido aguijado por el enigma, empezó a decaer. Lo cual quiere decir que lo que salió de aquella pluma torturada por la tragedia no tenía importancia por lo que escribía, sino por la razón de que se ignoraba quién lo escribía. A Lasso le divertían sobremanera estos episodios. La inagotable tontería humana era su mayor fuente de solaz y de regocijo. Había que dejar al hombre tal cual era, y en el ejercicio de sus libertades estaba también contenido el derecho a la necedad. Suprimir el sér físico no tendría importancia, puesto que dejamos atrás nuestra historia. Lo grave es arrasar el sentido de la persona humana. ¿Por qué rehuir los desatinos? Si sabemos de antemano que nada hay seguro, ¿por qué enquistarnos en absolutismos de razón? La historia nos enseña que el despropósito de hoy es casi siempre la verdad de mañana. Hay que barrer las idolatrías que nos entumecen, los sofismas que nos encadenan, los puntos fijos que nos engañan. Lo disparatado se convierte entonces en la escala mensurable que nos sirve para contrastar los ritmos lógicos del pensamiento. Por lo tanto, no existe verdadera libertad cuando se nos niega el derecho al absurdo.

☆

Pocos meses antes de su muerte, Lasso de la Vega me recordaba con emoción aquella lucha implacable que hubimos de sostener allá por los años 11 y 12 de este siglo en defensa de los derechos de la mujer. Daniel Muñoz, que colaboraba entonces en El Día, había escrito un artículo, entre festivo y serio, no desprovisto de interés. Lo lamentable era que renovaba la concepción muslímica de la mujer, consagrada únicamente a su papel doméstico, "pata quebrada y en casa", según el añejo refranero. Contestamos de inmediato a Sansón Carrasco que el mundo moderno se rebelaba contra la superchería de origen masculino respecto de la inferioridad mental de la mujer. Teoría injuriosa para nosotros mismos que habíamos permitido hasta el presente que la humanidad caminase cojeando, vale decir, nada más que con el pie del hombre. A mi primer artículo siguió otro, y luego varios, que levantaron gran polvareda en aquel ambiente pacato

y gazmoño de principios de siglo. La burguesía se sentía horrorizada, y este horror era explicable sin esfuerzo, en momentos en que un mundo de prejuicios inveterados y arcaicos empezaba a ser demolido. No faltaron oponentes que salieron a la palestra, y en la tribuna de los centros políticos la controversia se hizo más viva y sugestiva. La defensa de nuestras ideas no perdió en ningún momento su estilo polémico. Hubo noches que hablamos en siete zonas distintas de la capital. Lasso de la Vega nos acompañó algunas veces, y aunque la madrugada nos sorprendía rendidos, sobraba entusiasmo y juventud para emprender sin desmayos la jornada siguiente. Ahora nos asombra el pensar que el triunfo de ideas tan simples y claras haya costado tantas fatigas. Y hoy todo estaría olvidado, si no fuera por Emilio Frugoni, cuyo recuerdo cordial le hizo revivir en uno de sus más notables discursos, el cuadro de aquellas noches de rudas batallas (1). La acción de la pluma, al cabo, es labor de obrero. Lenta y persistente, va sembrando la muerte de las idolatrías. Frágil herramienta que acaba derribando murallas. Y los que hemos sido obreros hasta el fin, empezamos a sentir la alegría del descenso. Vemos entonces ponerse el sol de nuestra vida sin melancolía, porque sabemos que otros vendrán después. Y ellos recogerán de nuestras manos inertes la idea que, en el hueco de la péndola, como en una cuna, duerme su sueño inmortal.

☆

No era raro, pues, que Lasso de la Vega manifestara su asombro por el desgaste gigantesco de tiempo y de espacio que demanda el esfuerzo por imponer la idea más sencilla. En los albores del novecientos, como huésped de algunas de las estancias del departamento de Soriano, se había familiarizado con nuestras costumbres criollas. Su vehemente simpatía por el hombre autóctono era inocultable. Y la extrañeza de que nada se hubiera hecho todavía para perpetuar el recuerdo del gaucho, le hostigaba el espíritu con fantasmas de olvido que asumían las formas más irritantes de la ingratitud. Traje a colación todo esto en los comienzos de 1918, cuando Lasso, por desventura, no era ya de este mundo. Fué en una reunión íntima, en la redacción de la revista El Terruño, *con Agustín Smith, César Mayo Gutiérrez y mi hermano Américo. En la ágil mente de Smith hizo carne en seguida la iniciativa de erigir un monumento al gaucho.*

(1) Emilio Frugoni. Los Nuevos Fundamentos. M. García, editor. Montevideo. 1919. Pág. 47.

Más aún. Había que consagrar especialmente a esta idea un número de El Terruño. *La vasta comprensión del fundador de la revista abarcó de inmediato la grandiosidad de la empresa. No en balde decía de él, con su fino ingenio, Hermenegildo Sábat: "Si no fuera por su avasallante modestia, el gran talento de este hombre lo haría insoportable" .Lo cierto es que había de destruirse primero el mito de la barbarie gaucha, que se adentraba fuertemente en las conciencias desde la época de Sarmiento. Ya en nuestro siglo, los prejuicios del indomable autor de* Facundo *fueron renovados por Lucas Ayarragaray. Su apasionado libro, no por eso menos interesante,* La anarquía argentina y el caudillismo, *fué entre la gente culta de las ciudades algo así como la palanca para disminuir el valor histórico del gaucho. "No resulta bastante valedera, escribe Acevedo Díaz, la opinión que le niega méritos, y no le contempla digno de ser rememorado en escultura". Se refería a una lectura de C. M. Urien, en mayo de 1916, a los miembros de la* Junta de historia y numismática americana. *Brotaban más numerosos de lo que se piensa los majaderos que oponían, como verdadera "civilización", el lunfardismo extranjerizante de las ciudades a la "barbarie" del gaucho, quien era en realidad el heredero legítimo de las virtudes y los defectos de los conquistadores hispánicos. Esta prevención antigaucha alcanzó casi hasta el primer cuarto de la centuria. En cambio, Acevedo Díaz reclamaba por revivir el personaje de tradición, no en mármol o bronce, porque* en el bronce suele haber también mentiras. *Quería un gaucho de ñandubay o de quebracho que "sería símbolo de su idiosincrasia y su rudeza" (1). Si Miguel Cané consideraba que decía la verdad el remoto viajero Wittembach, cuando descubría que en estos países "todo el mundo tenía algo de gaucho", ¿por qué la insistencia en la creación de falsos antagonismos entre la ciudad y el campo? Innecesario aniquilar en sectores esa estructura viva de la "barbarie". Era como marchar contra una fuerza de la naturaleza. Más lógico reconocer nuestra impotencia, como Alberdi, y procurar soluciones de trabajo pacífico, sembrando elementos vitales nuevos en las cosas nativas, poblar el desierto. La ética rural tenía ya una sedimentación de cuatro siglos, y no era fácil cambiarla como por ensalmo. No olvidemos que ni el propio José Hernández escapó a la furia de Sarmiento. El futuro autor de* Martín Fierro, *que había defendido en la*

(1) Eduardo Acevedo Díaz: El Mito del Plata, pág. 78. Talleres Gráficos Ríos. Buenos Aires. 1916.

prensa a Peñaloza y que se había alistado luego con López Jordán, debió asilarse en nuestra tierra después del encuentro de Naembé. Vino acá con todo su apero mental, y aunque se encontraba entre orientales, vale decir, en su propia familia, la nostalgia de los dispersos compañeros de patriada le ayudó a plasmar quizás el poema de sus acendrados amores. Entre los mesías de la verdad nativa fué al más inesperado. Payador de tristezas cerriles, pulsó el alma gaucha como si fuera una guitarra, y le arrancó notas hasta entonces inigualadas. No escapaba nada a su fino escrutinio, allí donde lo más oculto es luminosamente visible, donde

hasta el pelo más delgao
deja su sombra en el suelo.

Esto lo sabía Smith mejor que yo, porque era más ducho que cualquiera en asuntos nativos. Y por tanto sonreía de las nebulosidades sociológicas que toman como pretexto la historia para extraviarse y extraviar a los otros. La gauchocracia de Ayarragaray, en su sentido más despectivo, fué vocablo que tuvo en su época singular fortuna. Se exageró su significado. Llegó a emplearse contra todo lo que tuviera sabor campero. No sólo los tropos insidiosos de Sarmiento desbordaron su época. En 1904 las nuevas fórmulas más pedantescas que ofensivas, fueron usadas contra las huestes de lanceros en guerra. Se había desacreditado al gaucho. Para el hombre llamado culto, era algo así como el símbolo de la infrahumanidad rural. Había que echar, sin embargo, las bases de su monumento y restablecerlo en su verdadera interpretación histórica. ¿Cómo hacerlo? La empresa fué intentada, en 1918. Si el gaucho era modelo de perversidad montaraz, sus adversarios no le rehusaban hidalguía. Hacer el bien contrariando nuestra voluntad proclive hacia el mal, tiene algo de santidad. Pero hacer el bien de manera oblicua, nada más que por sentirnos felices, es la forma favorita de nuestro egoismo. El gaucho no conoció, por suerte, esa clase de culterano rebuscamiento. Fué simple y claro, devastador o fecundo, como todas las fuerzas de la naturaleza. Smith hizo, pues, su número de El Terruño. *La revista había cumplido un año de existencia, y es hoy una verdadera curiosidad bibliográfica (1). Así quedó consagrado el voto de impetración. Era el ansia de sentir de nuevo al gaucho con la vida perenne del bronce. En el vértice de las pasiones aquel deseo enérgico tenía algo de adivinación y de sortilegio. ¿Quiénes colaboraron en la memorable edición de* El

(1) El Terruño, n.º 12. Junio de 1918. Montevideo.

Terruño? *Se abre con un relato breve de Soiza Reilly:* Había una vez un buey... *Luego una carta en verso de Antonio D. Lussich, que en literatura era el gaucho Luciano Santos. Estilo regocijado, frescura de ingenio, el autor de los* Tres gauchos orientales *se refiere a Pintos Valdez que lo defiende del apodo de* venerable, *impreso en las páginas de la revista:*

Ciriaco Pintos Valdez,
mi defensor generoso,
campo ajuera valeroso
se largó con altivez.
Protesta por mi vejez,
mis "Tres gauchos" los alaba,
no encuentra ninguna traba
a mi esfuerzo y mi bravura:
¡Que hasta "suerte"' en la hermosura
de amores, echa mi taba!

Viene luego una honda evocación de la guitarra campera, por César Mayo Gutiérrez. Y se embriaga al igual que el gaucho con el encanto de la caja sexticorde, como él la llama, "cuyos temas eternos son el amor, el patriotismo y la muerte". Bella página la de este inolvidable Rosendo Aldao, que era su nombre literario, y a quien también alude el viejo trovero Luciano Santos en su famosa carta a Agustín Smith:

Rosendo Aldao a terciar
ahora le salió al camino,
y me lo pone al ladino
como plato sin fregar!

Y en otra parte, recordando la payada entre Aldao y Ciriaco Pintos:

¡Ah, diantre! Rosendo Aldao
de tan mala encarnadura!
Si al viejo Ciriaco apura,
éste, a Aldao, como una torta,
lo aplastará en fecha corta,
dándole en la matadura!

Luego aparece una epístola de D. Juan Smith, compañero de Acevedo Díaz en la lucha revolucionaria del 97, y donde lanza la idea de una gran Federación de las Mujeres Rurales, es decir, "de las damas de fortuna que tienen intereses rurales, para crear las escuelas que a mi no me fué dable llevar a cabo". En seguida, un epigrama

de Ricardo Sánchez. Luego Emilio Frugoni se hace presente con su canto a La Décima:

Caballo de Santos Vega,
cuerpo y alma de centauro,
también se merece un lauro
porque compartió la brega!
Flete el que ritmo despliega
de un andar escarceador,
tiene por dueño y señor
el numen franco y desnudo
del gaucho lírico y rudo
que ha sido su domador.

Después... Un cuadro de emoción campera, trazado con brochazos vivos para El Terruño *por aquel gallego con médula de coronilla que fué el Viejo Pancho.* Canta la noche *es el nombre del bello poema. Un gaucho arisco, "como cansao de asujetar las riendas" va saliendo del monte y orilla la cañada, buscando el rancho de su china que duerme bajo la fronda de un molle. Desconfiado, el matrero se agacha "pa ver el horizonte":*

No se mueve ni un pasto en la llanura
Ni el tero ni el chajá sienten el trote
Del overo que sabe, como su amo,
Que hay que juir de la luz y de los hombres...

¿Qué más podía pedirse para enaltecer la luminosa trayectoria gaucha? Aquel dichoso número 12 de El Terruño *era ya un monumento. Smith había recogido la bandera de Alcides De María, que volvía a flamear de nuevo, con la misma gallardía de antes, sobre las cenizas de* El Fogón. *Desde luego, no podía faltar a la cita Elías Regules, que revive con sus mejores arreos en* Flor del Campo:

Meció su cuna el pampero
sobre silenciosa loma
sahumada por el aroma
del toronjil y el romero.
Brotó robando al lucero
sus más relucientes rayos,
tejió la flora los sayos
que orlaron su galanura
y creció con la frescura
de los campos uruguayos.

El homenaje nativo se cierra con dos sonetos gauchos de Horacio Dutra, que animan el recuerdo. Trasfoguero vigilante en la noche, guardián del rescoldo que ha de encenderse de nuevo al amanecer, El Terruño *se convirtió en el custodio del fuego sagrado que ardía en el altar huraño de los gauchos. Y aquí la frase de Lasso de la Vega: "Cuando una idea lucha por imponerse cuajará algún día. No importa cuándo. A menudo aparece de súbito, fuerte y lozana, en momentos en que todos creen que va a desintegrarse sin remedio". El monumento al gaucho se levantó al finalizar 1927. Fueron necesarios casi diez años, desde que viera la luz aquella histórica edición de* El Terruño, *para que la semilla germinara y cumpliera con la misión de sus sembradores.*

☆

A Lasso de la Vega le seducían las costumbres gauchas, porque el sevillano poseía algo de la señorial criolledad de los primitivos pobladores hispánicos. Más que todo su íntima y solidaria comunión con el genio chúcaro y andariego de su propia vida. La polémica era para él un contrapunto de payador. Relucía en el entrevero su broma inofensiva, sin frases malignas. No era amigo de zaherir sin motivo ni de abusar de la gracia vacía. Difícil encontrar en sus Salpicones *el ataque acerbo o el vocablo descomedido. Sabía diluir el rocío satírico de sus versos en una cordial y delicada ambigüedad. De esta manera su contrapunto acertaba casi siempre, despistando al antagonista y confundiendo las alusiones. Al vacilar sus fuerzas, sintió como si lo aspirasen para atrás mil impulsos atávicos. Sorbido por el recuerdo, se encerró en su soledad. Otras veces he citado un proverbio de oriente, al que Gustavo Le Bon atribuye origen chino; lo cual quiere decir que tiene una juventud de diez mil años: "Así como la arena de los ríos arrastra oro, la vida de los viejos arrastra recuerdos". Vital y palpitante esta honda verdad. El recuerdo es, en efecto, el oro de los viejos. Y en Lasso de la Vega, prematuramente agotado, llameaba todavía la luz de un fulgurante trayecto por la vida. La prosa y los versos de esa época poseen un soplo litúrgico. Rezuman la intimidad dolorida de Andalucía, y parecen temblar con las quejumbrosas reminiscencias del "cante jondo". Sin familiares ni deudos que pudieran prestarle ayuda, cuando sintió que las energías le flaqueaban desaparció de la escena diaria. Se había encerrado en su bohardilla para morir. Le faltaban fuerzas con que explayarse en las tertulias amigas. Esperó en su admirable calma la cita definitiva con el Diablo, porque conjeturaba que, por mala que fuese su compañía,*

nunca sería peor que la experiencia vivida en este mundo de lágrimas y de miserias. Victoreó en él de nuevo el impulso solitario del hombre hispánico. Y más que todo el coronamiento de su santidad por obra del genio, de la pesadumbre y de la pobreza. Impulsos ariscos de un matrero de las ideas, ya cansado por la larga ruta. No le faltaron sin embargo, amigos que, al notar su prolongada desaparición, acudieran en su socorro. Era de penosa urgencia prodigarle los cuidados que su salud requería. Primero en el Hospital Español. Luego en una quinta del Paso del Molino. Así pasaron tres meses de espantosa agonía. Después de la intervención quirúrgica a que se sometiera, su organismo gastado y maltrecho se resistía, a pesar de todo. Luchaba terriblemente con la muerte, como otrora había peleado sin tregua con la vida. Fué necesario volverlo al Hospital Español. Como médico él mismo, se conocía demasiado. Ninguna verdad, por más dura que fuese, podía ocultársele. Hablaba horas enteras sobre el proceso de su enfermedad, y sabía que su fin se acercaba. El irremediable desenlace, el tiempo que faltaba para morir, fué la prueba de fuego de su estoicismo. La midió primero por semanas, después por días, luego por horas, sin alardes ni falsas angustias. En los raros momentos en que las drogas daban alguna calma a sus dolores, recitaba a Stecchetti en un italiano purísimo. De la Canción del odio *daba en silabear las más bellas estrofas, cual si intentara desangrarse de sus rencores contra la iniquidad social que había destrozado su existencia. Y exclamaba, señalándose a sí propio:*

Io saró quel rimorso!

Se avenía a su remoto origen itálico, y dejaba entrever una maravillosa orquestación de siglos. Envolvíase a ratos en silencio, cual si escuchase la voz de la tierra que había soportado tantas civilizaciones milenarias conocidas, con muchas más que todavía ignoramos y que los arqueólogos irían descubriendo en el futuro. Entre hipos de fatiga y estertores de moribundo, escuchaba. Sentía la música interior en ese modo de coordinar las centurias. Música por cierto inaudible para los demás, honda para él, y en cuya cadencia seguía recibiendo la divina y silenciosa gracia de la cultura. Los vocablos de nuestra lengua están a disposición de todos. Pero no hay más que un Cervantes. Cualquiera puede usar las notas musicales a su antojo. Pero no hay más que un Beethoven para combinarlas. La naturaleza nos da a todos por igual la forma y el color. Pero no hay más que un Miguel Angel o un Velázquez. ¿Por qué? Anochecía sobre Lasso, y aún saltaba afuera de su círculo de sombra, acosado por inmensas

preocupaciones. Unas veces frío y coherente; otras, con agudas notas de delirio. ¿Por qué? repite nuestro eco a una distancia de casi medio siglo. Al fin y al cabo todo está hecho y todo está dicho. Renovar los aciertos interesantes que están olvidados es ya casi una hazaña. La originalidad de los que persistimos consiste en repetir las cosas viejas con acentos nuevos. No sólo los dramas de Shakespeare, como pensaba Spencer, flotaban en potencia hace millones de años en la nebulosa primitiva de donde salieron los mundos. Ni la geometría de Euclides, ni las experiencias de Pasteur, ni las óperas de Wagner estaban ausentes. También dormitaban en ellas cosas que ni el mismo Spencer hubiera sospechado jamás, como ser los descubrimientos de Fleming, las extravagancias de Picasso, los dibujos de Walt Disney, el radar y la bomba atómica... No hay creadores en el caos, sino pescadores azarosos de cosas que ya existen Somos vehículos de intenciones larvadas, que vivieron ocultas en los plasmas del primitivismo cósmico. Estos campeadores de lo absoluto están encerrados en la historia universal del desatino, y no podrán escapar de ella. Ahí bullen tanto los bajos apetitos como los más altos idealismos. Todo ha sido registrado friamente, sin distingos de orden moral, ya que para dicha clase de crónica vale lo mismo la sublime inmolación del santo que la negra infamia del bandolero. Sucede que el pensamiento humano se muestra ilusorio como todos los espejismos, y lo desesperante es que no logremos vivir sin esas ilusiones. La muerte corta trágicamente la cadena de supercherías con su llamado de lo eterno, que es la única realidad que nos espera. Si el solo hecho de vivir es ya motivo de piedad, despertar en el otro mundo sería la prueba de que, viviendo, hemos soñado. Lástima que hasta ahora nadie ha podido dar fe de ese despertar. No podríamos decir si en Lasso aquello era el desahogo de las cargas tormentosas que nos flagelan desde adentro, o simplemente una confesión. Porque, aún muriéndose, se sentía joven. El vigor mental no es una improvisación diuturna de lo presente. Viene de las centurias idas. Ya Marco Terencio Varrón nos sugiere que la juventud del árbol hay que buscarla en las raíces y no en el engañoso verdor del follaje. Nuestro organismo no vive por nuestros cabellos negros o blancos, sino por la edad de nuestro sistema circulatorio. El pasado nutre la eterna mocedad de la especie. Acaso Bacon en su latín macarrónico, pero convincente, de su antiquitas sæculi juventus mundi, *plasmó la fórmula de una enseñanza desprendida de la cultura antigua, sin darse cuenta de que rozaba un descubrimiento tan grande como el de Newton. El hombre*

no morirá por viejo si aprende a sumergirse en la eterna juventud de los siglos. No alcanzará el tránsito de su propia vida a agotar los tesoros de optimismo vital que la suerte ha puesto en sus manos. La voluntad de envejecer, por encima del entregamiento de sí mismo, refirma una inconcebible frustración del pasado.

☆

Más esclarecía Lasso de la Vega su vida interior, cuando daba en acuciar su espíritu para el postrer encuentro con la verdad total. Y así esperó, en sosegada dulcedumbre, la hora sin nuevos amaneceres, ce jour sans lendemain *de los esponsales con la muerte. Pudo habérsele llamado laico de la misericordia, lo mismo que a Marino Moretti. El Diablo se interpuso entre él y su piedad, desvistiéndole de complicadas liturgias, mostrándole indefenso y desnudo. Su fervor sin hipocresías pone, en efecto, algo de aquel modernismo crepuscular del poeta de* La Sereranata delle zanzare, *cuyas verdades incineradoras lastiman como las de Lasso. ¿Qué nos sugiere Marino Moretti al repetirnos que no vale la pena mentir para buscar engañarse? "Ahora que me hablo a mí mismo, me confieso, escribe, y no tengo nada que decir".*

Perché continuare a mentire
cercare d'illuderse? adesso
ch'io parlo a me, mi confesso:
io non ho niente a dire.

El mutilado espiritualmente ignora su caos interno. Sordo para su propia intimidad, no le llega desde adentro el rumor de la querella entre Dios y el Diablo. El bien y el mal no tienen sentido. La impotencia para dirigir sus sentimientos le vuelven incapaz de percatarse de lo moral. Para liberarse de las escorias, no sólo se necesita fuego, sino que haya algo que pueda quemarse. Lo ético no consiste únicamente en reglas de conducta. Es dentro de la moral que el sér humano se completa a sí mismo y aprende a dominar las circunstancias. El hombre común vive de reflejos mecánicos, y procede por adaptaciones al grupo social en el que se encuentra sumergido. Solamente el artista, el pensador, el cruzado científico, son individuos de estricta completidad. Poseen dos morales: la suya propia, que es la valedera, y la social. Están, pues, por encima de la moral colectiva, cuyo mimetismo les sirve como defensa contra las impertinencias del vulgo. Al que se coloca por debajo de la noción gregaria, designamos arbitrariamente con el nombre de inadaptado. Es a veces la resaca de una materia humana que se lleva el oleaje. Pero hay quienes viven

al mismo tiempo por debajo y por encima de los convencionalismos sociales. Aunque esto parezca un contrasentido, su matemática simultaneidad se muestra en un mundo dimensional de realidades que contemplan certidumbres biográficas y comprobaciones de la historia. Son los intemporales, los que buscarían el suicidio si no amasen el placer, los que han hallado un primo hermano de la muerte en el desorden lírico. La eternidad les sigue como su sombra. Porque la concentración reflexiva ha sido la manera de aligerarse de cargas irremediables, que inciden con su peso en el maravilloso error de la vida. Y caen también, soldados heridos de muerte, envueltos como en una mortaja en la osadía de sus imágenes. Este es el caso de Poe, de Verlaine, de Lasso de la Vega, y de tantos otros que esquivaron las evidencias psicológicas para salir cantando del cuarto saturado por inciensos de ámbar y de venenos. Podría decirse que el alma de este libro flota alrededor del mito de la muerte y la verdad de la resurrección de Lasso de la Vega. Su cárcel terrena fué el júbilo enervante y la loca angustia. Y hubiera seguido empujando sus sueños absurdos a no atascarse su fe en el primer peldaño, dando al traste con el anhelo creador de bellas incoherencias, sin sanciones para el pecado ni estímulos para la amargura. La muerte le cobijó en su silencio, y el dolor de los que todavía se sostienen de pie lo devuelve ahora al ruido de la vida.

☆

Si alguna vez se le ocurriera a alguien la idea de trasladar con el cincel la figura bohemia y errabunda de Lasso de la Vega, no existe en el Uruguay otra ciudad como Mercedes que pudiera ser la base de su estatua. Este perpetuo sublevado contra el prejuicio y la mentira, este recalcitrante sedicioso contra las fórmulas trilladas, atacó sin dar cuartel a los regímenes de su tierra, pero nunca desfiguró su historia. No cumplió, por tanto, con una de las premisas esenciales que caracteridan al hombre hispánico: hablar mal de España. Pero este noble olvido, que es una de las fallas más graves que puede cometer un buen español, se presenta atemperado por el torrente de amor que derramó sobre nosotros. Los criollos le debemos su monumento frente a las aguas de ese Río Negro que él cantara tantas veces. Lo queremos altivo en su vestidura de bronce, los ojos mirando hacia el norte, que es como mirar también hacia España. Y así tendrá que ser, y así tendrá que levantarse algún día, contemplando al mundo desde el silencio de su noche mercedaria, como una visión de honda serenidad sobre el loco ajetreo de nuestro siglo.

A. A.

XI/956.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA Y LA RONDA DEL DIABLO

Adversario de fórmulas cristalizadas, Alberto Ghiraldo carecía de dogmas literarios. La revista que fundara en Buenos Aires, abierta a todas las corrientes del espíritu, fué clarinada de renovación. Su estética era una suerte de conducta, donde la belleza moral poseía también valor de creación artística. Sentía fascinación, particularmente, tanto por la obra dispersa y bohemia de Lasso de la Vega como por su propia vida errabunda. En Madrid, sobre su mesa de trabajo, había pegado una copia de la última composición del poeta. Ghiraldo recitaba aquellos endecasílabos, rotos por hemistiquios de acento agudo a la manera de Stecchetti. Los recordaba antes de comenzar la labor cotidiana. Era su oración matinal. Pero la historia de estos versos merece ser contada. Los originales quedaron, probablemente, entre los papeles de Virgilio Sampognaro, hombre público y diplomático de notable actuación, dotado de fino tacto y extensa cultura. Su buen gusto intelectual y su certero sentido de los valores, no podía soportar la literatura antorreica de Hispano América, que Paul Groussac definiera como un culto permanente del floripondio. Hallaba, y no sin razón, al noventa y ocho por ciento de la gente que escribe en nuestro continente, como majaderos faltos de interés. Se rebelaba contra este culto palabrero, prodigado en autores blandos e infantiles, verdaderos maestros en el arte aburridor de amontonar vocablos. Esta ausencia de densidad,

que hace sonreir al europeo de cultura media, exaltaba la fina sátira de Sampognaro, siempre alerta contra las invasiones declamatorias. Pero Lasso de la Vega le interesó desde el primer momento. (1) Lo había conocido al principio del siglo, cuando las rachas de un destino aventurero, después de hacerlo deambular por la Argentina, dieron en el Uruguay con el cuerpo y el alma del bohemio. Fué sobre una pequeña draga, fondeada en el río Negro, frente a la ciudad de Mercedes, donde el ciclo de las divagaciones insubstanciales pareció cerrarse con la presencia del desconcertante sevillano. Médico sin vocación, retoño de una secular familia de galenos, la carrera impuesta por la autoridad paterna se torció hacia los claustros de Filosofía y Letras, después de presentar su tesis sobre el "flemón difuso" y graduarse en la Facultad de Medicina de su ciudad natal. Era muy joven cuando el estudio de las humanidades y el culto de las disciplinas clásicas le alejaron aún más de un ejercicio profesional que hubiera sido tan grato a las tradiciones de su familia. Los parientes que encontré en Sevilla, no atinaban a comprender qué impulsos extraños habían llevado a Leoncio a perderse en lo que era para ellos la mitológica inmensidad de América. Alberto Ghiraldo que trató a Lasso en Buenos Aires durante sus épocas de esplendor y de mayor penuria económica, cuando tocaba el piano en una casa de remates, conocía sin duda alguna el drama íntimo que lo arrojara como desecho humano sobre la costa oriental del río Uruguay. Pero el autor de *Alma Gaucha*, envuelto en fría reserva, cambiaba de tema cada vez que alguien rozaba el asunto. Sabemos, sin embargo, que desde la draga, que era algo así como su propia casa, escribía para el periódico que el poeta Lista editaba en Mercedes. La lucha intestina de 1904 lo alejó de sus amigos. El general Dufrechou, entonces comandante, lo llevó consigo, y con él compartió todas las alternativas y peripecias de la guerra civil. En el combate del Paso de los Carros estuvo a punto de perder la vida. Lasso se había colocado junto a la picada, sin protección alguna, en medio de los fuegos cruzados que tumbaban a los infantes de las avanzadas. Todo esto sin actitud bélica ni fanfarronadas, las manos sobre el cañón de la cara-

(1) *Véase del autor:* Civilizadores, *págs. 19 a 23.*

bina, como sonámbulo que divagara con algo remoto. Era acaso hartura de frustraciones, inaprensibles desencantos de ácrata, mezclados con saudades de allende el gran mar, donde había dejado quizás la raíz de su vida. Muchos años más tarde, Dufrechou me confesaba, intrigado, qué raro enigma gravitaría sobre el destino de ese hombre que buscaba inútilmente el peligro, y a quien parecía difícil hacerle comprender que su despreocupada conducta era pasible de reconvenciones disciplinarias. Lo cierto que en esta clase de seres se encuentran los ejemplares menos deshumanizados de nuestra raza. Almas sin claudicaciones a las cuales les interesa el hombre por el hombre mismo, no el esclavo de sus pasiones, ni de sus intereses, ni de sus vicios. No el títere del Estado, el individuo sin destino humano, fantoche que consume energía y la devuelve luego de modo regresivo, sin impulso creador. Mientras la juventud sea una máquina de comer y descomer, algo que se mueva en un desierto de inquietudes, no podrá parir meteoros esplendorosos como Ghiraldo o como Lasso. Será una cosa aparentemente viva, pero con todos los signos de la muerte espiritual. ¿Acaso el Estado moderno, con su atroz materialismo, sería el único culpable de torcer el destino de las generaciones? Todo lo desabrido se sazona con una llovizna de lugares comunes. Abusamos de la inepcia y del sentido equívoco. Hablamos de poner el Estado al servicio del individuo, lo cual tiene tanto sentido como poner la noria al servicio de la mula. No se marcha adelante con bellos y sobados paralogismos. He ahí la bestia aherrojada como el hombre, vendados los ojos, revolviéndose furiosamente en torno a un eje absurdo, para darse una pálida ilusión de libertad. Mientras existan esclavos en el mundo, el ejemplar humano seguirá con su cruz a cuestas, cualesquiera sean las fórmulas más o menos felices con las que se pretenda abrillantar llagas repugnantes. Hay necesidad de verdaderos hombres para agitar las aguas inertes. Y esos hombres no pueden sobrevivir sin espíritu, vale decir, sin sentido de eternidad. Los que entonces proclamaban derechos sagrados de resistencia, de insurrección, de rebeldía, contra aquellas formas tan vagas como ingenuas de avasallamiento, ¿qué dirían ahora frente a esta nueva servidumbre que significa la burocratización de la inteligencia, internacionalizada por medio de congresos farsaicos

y donde la dignidad del artista libre naufraga entre oleadas de literatura curialesca? No por más impersonal e invisible el enemigo resulta menos funesto. Lo cierto es que el mundo ha retrocedido, y que la ilusión del progreso moral que señalara en la pasada centuria Georges Sorel, la experimentamos ahora entre punzadas de dolorosa e irremediable comprobación. Pero ni a Lasso ni a Ghiraldo les preocupaba tanto el pernicioso retorno a la primitiva teocracia, con toda su gama de idolatrías fiscales, como el culto de los falsos valores, las misteriosas entidades groseramente divinizadas, protectoras de la prevaricación, del dolo, del peculado... Para cegar esas fuentes inagotables de materialismo y de abyección, lucharon como titanes. Había que espiritualizar al hombre, darle un ideal cualquiera, y liberarlo de la sórdida monotonía de la rutina. No eran ellos muñecos frívolos que se disipan en jaculatorias de miedo y desvarío, impetrando gracias imposibles. Y todo lo que pudiera ser la negación de la moral utilitaria en boga, estaba latente aún en sus manifestaciones más desenfadadas de epicureismo y de incontrolado amor a la vida.

☆

Leoncio Lasso de la Vega, originalmente, se nos presenta, más que como cáustica contradicción, en ardorosa querella entre su vida real y su arte salpicado de quijotescos idealismos. En su prosa, en su poesía, en las composiciones musicales que él mismo escribiera e interpretara en el piano con singular maestría, se observa esa despiadada lucha de la quimera contra las sórdidas negaciones del orden material. Por encima de sus rachas sentimentales y sus relámpagos de ira, descubrimos un deseo vehemente de superar nuestra fatalidad física y reintegrarse en la pura emoción de lo imponderable. Anacreonte sableado de rebeldías y erizado de espinas, su hedonismo no es más que una postura de esgrimista para defenderse de lo invisible. Fanfarronada de mosquetero, detrás de la cual había desasosiego espiritual, profunda inquietud humana. Era la actitud del hombre eternamente en guardia contra sí mismo, que resume en su corazón todo el sufrimiento incomprendido del mundo. Intimo y silencioso duelo por desesperadas empresas. Muda confesión de sueños frustrados. Y

hasta en el pudor de su propia flaqueza latían resabios de arrepentimiento, confundidos con hambres insaciables de barbarie moral, anhelos de locas aventuras. Cóleras desfallecientes de impaciencia, atemperadas a ratos por atriciones de místico deslumbramiento. Ganado poco a poco por la tristeza, como resultado de su lucha impotente por alterar la visión de un mundo roto en pedazos por el egoísmo de los pueblos. Amarga y soberana inquietud que, con su riqueza de motivos, podría ser juego de retórica para los filisteos, pero que en él era verdadero arte. Esta suerte de lujo, de exceso de energías, de vanidad suntuaria, escondía una súplica de humildad, del mismo modo que la noche oculta el penoso camino hacia la luz del día. Por algo escribía Lasso en **Mi oro y mi oropel**:

No quiero que nunca nadie
sienta lástima de mí
¡No sepan cuánto he llorado!
¡Piensen que siempre reí!
Quiero, altivo, caminar
con semblante quijotesco.
Por eso el llanto lo guardo,
y las risas las ofrezco.
Y orgulloso siempre y fiero,
repartir es mi divisa,
lágrimas para mi alma,
para vosotros, la risa.

Su arte era compleja asociación de elementos plásticos con fuentes en los sentidos ordinarios. No faltaba la sonoridad lírica, traducida en figuras tangibles. Descubríamos debajo del oropel la línea palpitantes en ondas de angustia, el trazo dramático, la orgía luminosa, con su incoherencia de colores y su torbellino de imágenes. Habría que agregar a todo esto la inextinguible sensualidad del sevillano, su fervor amatorio y genético, la sinfonía de los perfumes enervantes, con vahos de dehesa abrasada de sol, entre claveles rojos como heridas y olor de hierba recién cortada. Tampoco estaba ausente la gula de los buenos platos ni los vinos dorados, la embriaguez de las milagrosas cepas por donde circula el alma estoica de los andaluces, "flor heráldica que dió lises a los escudos de los Almanzores". La obsesión de esta tierra lejana dominó casi toda su obra, matizándola de melancólicas año-

ranzas. "¡Oh, mi buena Andalucía, exclama, hija de los árabes almoravides, hermana de Zulema, descendiente de Fátima, heredera del pródigo Abderramán el Magnífico y del melancólico Boabdil, que vertió sobre su perdida patria la primera inundación de lágrimas!" Y Lasso lloraba también, al igual que el rey moro, pero de este lado del océano. "¡Oh, bella Andalucía de mis nostalgias! escribe. Siempre, aun a despecho de las crueles catástrofes, resonará el rasguear de las guitarras bajo los toldos de los patios, sobre la fuente murmuradora, sobre los cármenes regados por surtidores en las altas terrazas de los esbeltos minaretes. ¡Salve, hija del Sol!" Y esa divina Andalucía, para la cual el dolor fué aceite de sus lámparas, "paga como Cristo, las bofetadas del infortunio con la sonrisa del color que empurpura las azotadas mejillas". La sucinta y conmovedora evocación, titulada **Mi Terruño**, quedará como una de las páginas más bellas de la lengua castellana de todos los tiempos. ¿Por qué no habría de ser Lasso de la Vega sino la Andalucía misma? ¿No era él, acaso, "la conjunción deliciosa del paraíso cristiano colmado de misticismos al eco triste de las campanas sonoras, y del paraíso musulmán, preñado de besos, al son alegre de las guzlas afrodisíacas"? Y ése es el drama inédito de Lasso. Detrás de todo erotismo, aun del más ingenuo, se esconde un creyente frustrado. El espíritu de Lasso era demasiado analítico para creer en preceptos establecidos. Despreciaba las mentiras convencionales que niegan o limitan la grandeza del pensamiento humano. Por cierto que el dogmatismo es el único refinamiento de los simplistas. Y él no quería jaulas que estorbaran el batir inmenso de sus alas. Sus fugas hacia el arte de reconocerse por medio de sonidos, diríase que vinieran como a cohonestar esta defección al concepto geométrico de la vida. Hasta en su composición **Mis Campanas** fluyen las reminiscencias de su cultura musical, que llama en su socorro "a todas las notas de la escala, y los plañideros semitonos de los sostenidos y los melancólicos descensos de los bemoles". Y luego, junto a lo inmaterial, a lo incorpóreo, a lo desfalleciente, manchas de estilo dionisíaco que recuerdan las telas de los pintores flamencos, robustas matronas semidesnudas, recostadas con licenciosa indolencia sobre los toneles que rezuman espumante mosto. Es evidente el deseo de acentuar el contraste entre el

beodo coronado de pámpanos, bamboleante, de párpados hinchados y encendida nariz, y los austeros monjes curtidos por el estudio, que ahondan sobre el rostro macilento las mismas arrugas del pergamino de sus infolios. El alma de Andalucía zigzaguea como un relámpago en la obra de Lasso de la Vega. No desdeña la gloria islámica de una tierra que estalla en florescencias lúbricas, con su tibeza enervante de cantáridas, con sus locas tentaciones de lascivia. Las odaliscas del serrallo musulmán entran por la puerta principal. Se pasean por la prosa y la poesía de Lasso con incomparable gracia. Nunca desmesuradas ni torpemente obscenas, sino que se mueven sin crispaciones, cual sombras angélicas, desmayadas de música y de incienso, como diluídas en nieblas de divina voluptuosidad. Y los elementos cristianos, manejados de mano maestra por este furibundo enemigo del clero, poseen la dulce penumbra de una nave de catedral gótica, que es al fin y al cabo el postrer refugio contra el brillo ofuscante de la gloria muslímica. Su sensualismo pagano era extraño, sin embargo, a las trivialidades y cursis deformaciones. No cabalgaba Lasso por sendas extraviadas. No asoman en su espíritu las corolas malditas de Baudelaire, ni los sutiles venenos destilados por la alquimia literaria de Jean Lorrain, ni las monstruosas amapolas de pecado del Marqués de Sade. Todo en él es puro y sin la mácula de inconfesables pensamientos. No hay lugar tampoco para la grosería ni el desenfado. Porque a la vera de las apariencias equívocas distinguimos corrientes de inocencia, baños de frescura en aguas susurrantes y cristalinas, rosas místicas, lirios transparentes de castidad, así como un amargo gusto de batallas, de heroísmo sin freno, el sacrificio por lo verdadero y por lo justo. Lo sedujo, por tanto, la gallardía y la intrepidez de aquellos ruidosos varones de la Gascuña, tan sobrados de valentía como faltos de mesura en el lenguaje. Amadores, belicosos, troveros, amigos de francachelas. Tahures donjuanescos, con la misiva que finge amor junto a la espada que desenvaina la muerte y el dolor a cambio de quimeras absurdas y de bellas mentiras.

En este Montevideo,
cuya gloria admiro y veo
resplandeciente lucir,
fértil campo encontrar creo,

donde cumplir mi deseo
de amar, trovar y reñir.

Acaso porque los gascones son los andaluces de Francia, Lasso sentía un extraño parentesco, no sólo con D'Artagnan, sino también con Cyrano de Bergerac. Su instinto de pendenciero superaba toda afectación, como su audacia excluía toda idea de riesgo. Despreciaba tanto la bravata como hallaba ridícula la fanfarronería. Prefería disimularse en el silencio, ya que le irritaba toda estéril jactancia. Su incidente con Luis Martinelli, veterano periodista; su opúsculo **La Verdad de la Guerra**, que le valiera un duelo con Carlos Roxlo; sus lances obscuros o notorios en las jornadas sangrientas de 1904, eran para él episodios sin interés alguno, tan naturales e insignificantes como beberse una manzanilla, y en consecuencia, indignos del menor comentario. En cuanto a su estetismo amoroso puede reputarse de raíz profundamente humanista, y si a veces recuerda a Ovidio, no va más allá de Catulo. Sentía el enemigo adentro, y lo ahogaba con el trabajo, martillando sobre el imperecedero molde de los clásicos. **El lupus in fabula** de Terencio no avanzaba gracias al **carpe diem** horaciano. Y como todo achaque trivial tenía sus altos y bajos, momentos de plenitud y de decepción, sin mayores motivos que los explicaran fuera de la mecánica de los cambios. Como las lunas del Virgilio de las **Geórgicas**, percibimos *lunasque sequentes ordine*, aunque a veces *neque insidiis noctis capiere serenæ*, y comprenderíamos cómo se puede seducir tanto con la indiferencia de las mutaciones, como por la serenidad de una engañosa noche. (1) Pero el acero implacable templado en la lucha sin cuartel por el absurdo, se volvía tierno como fruta madura para amar. Lo mejor de la vida espiritual de Lasso de la Vega se volatilizaba en el perfume delicado de sus madrigales. Sutileza, gracia, señorío, sin sombra de lujuria, discreteaban en sus versos con la fresca sonoridad del canto de la lluvia sobre los vitrales de su santuario. No era

(1) *Si vero solem ad rapidum lunasque sequentes*
Ordine respicies, nunquam te crastina fallet
Hora, neque insidiis noctis capiere serenæ
Luna, revertentes cum primum colligit ignes.
(Geórgicas. Lib. I-424-27)

Lasso ajeno a esas aromas de espíritu, tan difíciles de definir, que se desprenden como vaho milagroso de la vieja poesía latina. Al rato de manipular el barro humano en sus formas más impuras, saltaba de improviso a lo etéreo, a lo impalpable, a lo irisado de niebla, al frágil e incierto fulgor. Veamos como trasciende lo incorpóreo a la realidad vital en este exquisito campeador de la ternura:

¡Hay gotas de rocío que evaporadas
elevan hasta el cielo las alboradas!
¡Son llanto de la noche, muertos amores
que por mortaja tienen hojas de flores!
Cuando yo ¡desdichado! del mundo huya,
una sola, una sola lágrima tuya,
como cándida gota de albo rocío,
vertida sobre el yerto semblante mío,
me dará de la gloria la eterna palma,
levantando a otras zonas mi pobre alma.
¡Que hay gotas de rocío que evaporadas
elevan hasta el cielo las alboradas!

La simpatía de lo confidencial, que es cerrazón de esencias interiores, ensombrece a veces el sentido de la frase hasta desvanecerse discretamente en leve murmullo. En el **Morral de un Bohemio**, libro en que Lasso condensó lo que él creía que mejor representaba el espíritu de su inmensa y dispersa obra, se adivina este noble afán de superar la materia. Huelga, pues, la inútil retórica. Los disfraces verbales, las apariencias y hasta las paradojas, agonizan cuando la potente realidad rompe el molde de los transitados convencionalismos. Nadie como Lasso esquivó con tanto tacto como donaire aquel fastidioso atildamiento de los afrancesados que prosperaron entre el final de la centuria XVIII y el primer cuarto del siglo siguiente, empañando las limpidez y reciedumbre de las letras castellanas. Y aunque evoca las estrofas de Alfred de Musset.

Chanterons-nous l'espoir, la tristesse ou la joie?
Tremperons-nous de sang les bataillons d'acier?

o el Leopardi de

Due cose belle ha il mondo:
Amore e Morte...

Lasso se queda con una vidalita que oyó o que él mismo compuso en su querida Mercedes, cuando bañó los "inquietos

pies entre los arenales de las islas, roció mis sienes con espumas del Dacá y embalsamó su aliento y el mío con flores de ceibo" agrega, no sin suave y casi imperceptible melancolía. "Cuando vea hundirse en el horizonte, cual despedida eterna, las divinas estrellas de la Cruz del Sur, y renazca en mi seno, como visión nostálgica, huyendo en lontananza, la florida ribera, la alta cúpula del templo, y el jardín mercedario... entonces brotará en mi garganta, con voz vacilante entre el amor y el lamento, el eco de una vidalita que, cadenciosa, diga:

Costas del Río Negro
vidalita
donde enciende el sol,
en los ojos gloria
vidalita
y en el alma amor.
Desde aquellas playas
vidalita
en que amé y sufrí,
los que me quisistéis
vidalita
Acordaos de mí.

☆

Ut fata trahunt, escribe Lasso de la Vega en el epígrafe de una de sus composiciones. Así, fría, sobriamente, define la irreparable naturaleza de su destino. No se desprende impotencia ni resignación del conciso apotegma, sino descarnado conocimiento de la propia vida. En esta tierra fragosa de los sobresaltos laten risueños contrasentidos, aunque la ironía del contraste solape un enigma desgarrador y trágico. Es el absurdo del hombre que había hecho ostentación de celo epicúreo, y que, en un segundo de amargura, renuncia a su profesión de fe hedonista, impetrando la gracia de subir al infinito, sin arreos fastuosos, envuelto en el vaporoso celaje de una lágrima. Todo Lasso de la Vega está ahí, sin artificios ni complejos, en ese llamamiento desesperado de sus madrigales. De él podría escribirse lo que mandó grabar el gran duque Leopoldo sobre el pedestal de su ídolo: *Tanto nomini nullum par elogium.* ¿Y todo por qué? Porque la simple grafía de su

nombre despierta recuerdos de leyendas, de jornadas de luz espiritual, de lampos de historia, donde varones esforzados amaron y murieron por la conquista del cielo y de la tierra. Todos persiguiendo un ideal inasequible. Poetas en lucha por aprisionar la imagen fugitiva de la belleza, místicos detrás de lo intemporal, guerreros desangrándose por cosas que hoy nos parecen absurdas. El Lasso con doble s denunciaba su abolengo itálico. No se resistía a nombrar, sin orgullo a este remoto antepasado que emigró de la tierra del arte y del refinamiento para engastarse en la austera y desolada estepa castellana. Luego vinieron los servidores de los reyes belicosos, entre ellos el que diera nombre definitivo a la familia. La reconquista, palmo a palmo, de la tierra hispana, que se prolongara desde Covadonga por más de siete siglos, encontró al Lasso que, en la vega de Granada, venciera en singular combate a un jefe moro. El atávico personaje cercenó la cabeza de su enemigo, poniéndola como trofeo a los pies de Sancho IV de Castilla. Este monarca legendario, llamado **El Bravo**, autorizó al héroe a añadir al patronímico el distintivo **de la Vega**, en recuerdo de su hazaña, otorgándole castillos y blasones, con derecho a trasmitirlos a sus descendientes de acuerdo con las prerrogativas del mayorazgo. He ahí cómo apareció en el mundo, gracias a la voluntad del hijo del Rey Sabio, el primero de todos los Lasso de la Vega. Entre tantos miembros ilustres de la familia aparece un Diego Lasso de la Vega, en los albores del siglo XVIII, presidiendo la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá. La rama del linaje que entró al servicio del rey Don García de Navarra, vale decir, los García Lasso de la Vega, retajaron o apocoparon el nombre y perdieron una s de su apellido, que fué, según la cáustica frase de Leoncio, una vergonzante dimisión del origen itálico de los Lasso. De ahí proceden los Garcilaso de la Vega, entre ellos el poeta conocido por el Petrarca español, luego el guerrero que figuró entre los conquistadores de Perú, y su hijo, llamado el Inca.

—Y así fué mi familia a través de los siglos: una mescolanza de bárbaros y civilizados —repetía a menudo con mueca exasperante.

Muchas veces agregaba que el mote de civilizado tampoco era una exaltación de virtud, sino hipócrita convencionalismo. Para él, no había nada más feroz ni salvaje que el civilizado,

el que ponía la ciencia al servicio de sus instintos. Lo presentían las bestias agrestes y también los hombres puros que vivían de acuerdo con las invioladas inocencias de la naturaleza. Evocaba sus excursiones con el poeta Lista en los matorrales indígenas del Río Negro, y recordaba a los muchachos de los carboneros, juntadores de leña, quienes a la vista de los intrusos, cruzaban cual exhalaciones a través del follaje, y desaparecían en la espesura como alimañas montaraces. ¿No sería ello un recuerdo atávico en los días luminosos y amargos de la conquista? Lasso vivía atormentado por el recuerdo de la leyenda negra de España en América, la manida conseja inventada por las nuevas potencias que asomaban al dominio mundial, devoradas por la codicia de las vastas tierras donde nunca se ponía el sol. La España de los siglos, desangrada por la inmensidad de su sueño, tuvo sus manchas, sin duda alguna, sus ángulos de sombra, rincones de contraluz que sirvieron para resaltar aún más la loca fascinación de su epopeya. Y no hay que echar al olvido la hora fatal de la decadencia, que aprovecharon las fieras menores que siguen desde lejos la huella del león para alimentarse con los despojos del festín.

☆

Aún crucificada, España prosiguió su ciclo incomparable. La proeza era demasiado grande para sus fauces, y algo tendría que dejar atrás, irremediablemente abandonado, para aplacar el hambre de los chacales. Todo fué nuevo para los leños victoriosos, cuyas proas surcaron por primera vez el gran mar: las aguas, la tierra, el aire, la flora, hasta las constelaciones australes, con los cuatro diamantes de la Cruz del Sur, brillando su esplendoroso misterio ante los ojos fascinados y atónitos de los rudos hombres de España. Y en la suprema angustia del desfloramiento, entre el caos de los seres vivos que eran en sí mismos una invitación de lo desconocido, y la sorpresa de las almas que descorrían apenas glorias de riquezas, de enigmas, de deslumbramientos, el conquistador avanzó tambaleando por la embriaguez de su propia locura. Hasta Georges Sorel, tan mesurado y frío en el análisis de los valores históricos, no escapa a la sutil intoxicación de la mentira.

¿No escribe acaso en el libro que consagrara a las ilusiones del progreso que **América fué descubierta dos veces: primero por los conquistadores, famosos por sus rapiñas; después por los misioneros, que revelaron la existencia de una nueva humanidad?** Es indudable que el incentivo del oro y la voluptuosidad de la guerra fueron factores de heroísmo, aunque esto no aparecería muy claro al espíritu de Lasso de la Vega. No en vano a Voltaire la imagen del héroe le sugiere el sarcasmo del bandido con idéntico objetivo: la caja de hierro. Para él, es el bandolero que vive y muere de acuerdo con los convencionalismos de la historia, mientras el heroísmo del salteador común quema las etapas y echa por tierra los prejuicios tradicionales. La historia de España en América está llena de estos ejemplares fantásticos que harían conmover el genio creador Esquilo, ya que parecen despoblar sus tragedias de mitos para desparramarse por las tierras inexploradas del nuevo mundo. ¿Cómo juzgar a Francisco Carvajal y Lope de Aguirre, mitad héroes, mitad truhanes, pero genuinos representantes del férreo conquistador del siglo XVI? Mientras se sacrificaron por el amor a la aventura y su voluntad de imperio, ensanchando los dominios del rey, fueron los más fieles intérpretes de su época. Pero no dejaron de encarnar el espíritu de su tiempo, ni aún cuando se entregaron al saqueo y asesinaron por su propia cuenta, derribando las mentiras de conformidad que constituían la ley imperial. Ambos murieron de muerte infamante, pero como héroes de tragedia antigua, entre los esplendores del coro que exaltaba la pasión dionisíaca de su fatalismo.

Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo, no de España

Esto escribió Quintana en los albores del pasado siglo, definiendo de mano maestra las irremisibles predestinaciones de la supervivencia hispánica. Y lo plasmó en su oda a la expedición pacífica para propagar la vacuna en el inmenso imperio de ultramar, acto extraordinario del genio civilizador español, si se tiene en cuenta que aún actualmente, en la segunda mitad de la vigésima centuria, una empresa tal sería resistida, más que por la hostilidad de los salvajes, por los preconceptos de la gente culta. Y esa predestinación, adivinada por Quintana, fué la intriga dramática, inexorable ἀνάγκη que marcó

un derrotero fijo a los personajes surgidos sobre el carro de Téspis. Desterrado de Atenas, el poeta recorre las aldeas de Grecia, y se inicia el eterno diálogo con el coro, hasta entonces desnudo de réplica. Con sentido más profundo que una farándula de histriones, el tablado de Téspis rueda ya como el carro de la historia. Si el genio helénico encontró que el teatro se parece tanto a la vida, fué por haber descubierto antes que la vida se parece demasiado al teatro. Porque si el azar hubiera deparado a Lasso de la Vega la fortuna o la desgracia de vivir hasta el presente, habría comprobado cómo las encrucijadas del destino se repiten con la misma exactitud mecánica que las situaciones en los dramas de la ficción. Lo mismo que en el siglo XVI son hoy los triunfadores los que hacen la historia y se convierten en jueces de su propia causa. En una época de refinada hipocresía, cuando el vencedor ha inventado a los criminales de guerra, olvidando que la guerra misma es de por sí el mayor de los crímenes, la causa de España en América aparece limpia de toda culpa. Al menos, el conquistador español, cruel por necesidad, practicaba la venganza a su modo, entre mandobles, aunque a veces solía llamarla justicia. En las guerras de hoy los vencedores asesinan a los prisioneros de categoría, después de armar el escenario pedantesco de lo espectacular, entre discursos grandilocuentes y citas latinas, con auditorios atraídos por una morbosa curiosidad de circo romano. La España de los conquistadores no conoció por ventura esta clase de farsas. Fué menos sombría de lo que cuentan los cronistas. Generosa con los jefes librados a su merced, ni los humilló inútilmente, ni avizoró siquiera la peligrosa teoría del mundo actual, en que los criminales victoriosos deben perseguir en los vencidos la sombra de sus propios crímenes. Funesto precedente que traba el progreso hacia el bien y retarda la reconciliación de la raza humana.

☆

Lasso de la Vega no hubiera comprendido ni aceptado jamás la extraña doctrina de que se ha servido la civilización actual para extinguir los últimos restos de hidalguía, cebando su crueldad en vencidos inermes. Su breve experiencia personal en una sangrienta contienda donde los actos de barbarie,

aunque fueron raros, aparecían como inevitables, le había enseñado que no hay virtuosos ni criminales de guerra. Que el sér humano frente al peligro de la muerte, rotos los frenos morales, desborda su personalidad atávica sobre si mismo, y se convierte en la más feroz y salvaje de las criaturas. Muchas veces, en sus lentas y reflexivas disquisiciones sobre la sabiduría, le adivinábamos el trasudar de su escepticismo sobre el valor del conocimiento, considerado como ruta cierta para mejorar el destino de la especie. Era aquel miraje engañoso de ciencia, en el cual Condorcet creyó encontrar la fuente de la perfectibilidad humana y que fué matando una a una, sus últimas ilusiones de renovación.

☆

Acaso usara de mayor lógica un siglo más tarde, su compatriota Ferdinad Brunetière, quien no se valió del veneno para huir del mito de lo perfecto por las puertas equívocas de la muerte, sino que proclamó lisa y llanamente la bancarrota de la ciencia como medio de calmar las grandes inquietudes del pensamiento. No en balde los primitivos cristianos identificaron en la malicia del demonio el inusitado deseo de saber secretos inviolables. De ahí el hábil humorismo de Lasso de la Vega que se disimula en aquella encantadora y sugestiva definición del Diablo, "consejero de las mujeres que ofrecen a muchos hombres el placer de engañar a uno solo". Y agrega, que, sin ninguna duda, "Lucifer es más inteligente que San Francisco de Borja". Si Lasso escribió sobre el problema de la sabiduría, fué tal vez porque su conocimiento de la dialéctica cristiana, encarnada en los arcaicos representantes de la patrística, lo llevaron al convencimiento de que Satanás es fuente de toda tentación, porque sabe demasiado sobre el enigma de la vida. El árbol de la ciencia del bien y del mal nos brinda su fruto maldito. Y en la enseñanza bíblica, con el Diablo que toma la forma de artera serpiente, *callidissimus omnia animantia*, reside el primer misterio teológico de esa insaciable curiosidad humana que es la antesala del pecado. Saber, saber... ¿Pero qué? ¿Dominarlo todo por el conocimiento, sin dejar rincones de tinieblas ni campos inescrutables? "Cuando se busca la verdad, lo más terrible es que se la encuentre", es la frase desolada de Rémy de Gourmont. Comprobación desgarradora, más an-

gustiosa aún por lo que posee de certidumbre que por su inevitable sombra de duda, y que un ilustre biólogo, Félix Le Dantec, insertó como divisa de su libro **L'Athéisme.** A la postre no es otra cosa que el eterno retorno, el comenzar de nuevo, en lo que creemos la verdad, como punto de partida para llegar a la nueva verdad. El hombre de ciencia no hizo más que traducir al lenguaje geométrico el consejo visionario de San Agustín. "Busquemos, pues, como buscan los que deben encontrar, escribe el autor de **Las Confesiones,** y encontremos como encuentran los que deben buscar todavía, pues ha sido dicho: el hombre que llega al término no hace más que comenzar". ¿No hay algo de diabólico en esta condena similar a la piedra de Sísifo? Una vez que hayamos logrado arrastrar nuestros ensueños hasta la cumbre, volverán a rodar de nuevo al abismo, inevitablemente, al igual que el peñasco del rey de Corinto. Empresa ardua, por cierto, el cumplimiento de esta ley fatal, sin compensaciones de esperanza. Aunque sin desprenderse de su profundo sentido irónico, Lasso de la Vega veía en todo esto la sagacidad y el subterfugio de su gran amigo Lucifer. Nosotros buscamos su identidad en la confabulación, la intriga, la tolerancia culpable. Pero no es así. Más allá de lo paradójico, veía en el espíritu demoníaco connivencias de bondad. Se adelantó por tanto en más de medio siglo a Giovanni Papini. No impetraba desde luego el perdón de Dios para el Diablo, porque le parecía mezquino, sino su exaltación. La luz, aun la más excesiva, tiene sus consecuencias, y una de ellas es la sombra. Era, como vemos, tan inexorablemente ortodoxo como Barbey d'Aurevilly, que creía sin recato en las influencias equilibradas de Dios y del Diablo. (1) Pero esa sombra que proyectan nuestros cuerpos y también nuestras almas bajo la luz divina, no es una cosa muerta, sino fermento de sugestiones y aliento de gérmenes. Pobres gusanos, pegados a la corteza del planeta, ¿qué sería de nosotros si la fortuna no hubiese de depararnos fecundas márgenes de ignorancia? Es ahí precisamente donde se encuentra la dicha y la alegría de vivir. Lasso de la Vega se mostraba inconmovible en su fe negativa de lo ignoto. Su agnosticismo no era postura de comodidad, sino una fortaleza que lo preparase para la lucha. El οἶδά οὐδὲν εἴδως socrático, aparecía ante sus ojos

(1) Véase el prólogo de *Les Diaboliques,* Arthème Fayard, ed. París.

como una inocente confesión de pedantería. Prefería, desde luego, el **Que sais-je?** con el cual se confortaba aquel devoto de la sabiduría antigua que fué Montaigne. Alguna vez oímos de sus labios la maravillosa confidencia de que, si lo supiésemos todo, la vida perdería su interés para nosotros. Desesperante ese secreto que la ciencia del Diablo nos vuelca con cuentagotas. Si nada se sabe, seremos felices; si sabemos demasiado, todo nos parecerá soso, pueril y desabrido. Lo mejor del sér humano no será nuevo. Creeremos siempre que ya lo hemos visto en alguna parte. He ahí nuestra gran tragedia. "Bendito y alabado sea el humilde cabrero, exclama Lasso, que ni siquiera sabe que nada sabe".

☆

Lo que podríamos llamar la preocupación satánica de Lasso de la Vega aparece de nuevo en su breve poema **La mujer y el vino.** Vuelve a dar vueltas en su cráneo, cual serpiente de fuego, el gran brebaje del demonio, cuando, después de beber, siente que los vapores del mosto le suben por las venas, "haciendo hervir el cerebro bajo su diabólico poder". Sin embargo, encuentra frescura y consuelo en esas manifestaciones visibles de un genio invisible que, aunque no sea más que por algunos instantes, secuestra su dolor, "amordazándole el corazón".

Y trabando la razón,
multiplica la alegría,
suelta la imaginación,
amordaza el corazón
y exalta la fantasía.

Pero esa claridad de pensamiento no aparece del todo trabada, cuando es capaz de mostrar paisajes milagrosos que, de otra guisa, permanecerían ignorados, Escuchad:

El hombre más ignorante,
por estólido que sea,
es capaz, sin que le espante,
de abarcar en ese instante
del infinito la idea.

La verdad en una copa. El universo entero en la euforia dionisiaca del vino. (1) Todo el historial de Lasso de la Vega está contenido en esos cinco versos. Aun para los que fuimos sus amigos, la leyenda ha ganado terreno en la aureola de aquel incorregible bohemio. Y tal vez en el futuro sea la leyenda su única y verdadera historia. Y este François Villon, que había nacido en Sevilla y que escribia a veces entre los toneles de los bodegones, sin libros a la vista, confiando siempre en su prodigiosa y certera retentiva, podría decir:

Je plaings le temps de ma jeunesse.
Ouquel j'ay plus qu'autre gallé
Jusqu'a l'entrée de viellesse...

Y podría cantar sus lamentos de mejores épocas en la rancia lengua de Castilla, como el otro evocó su pasado con el denso sabor de tierra de las Galias y aromas de **magnitudinem silvarum** que maravillaran los sentidos del Julio César de los **Comentarios.** Y cosa estupenda. Para ninguno de entrambos el pasado era óbice de modernidad. Ni siquiera para el auténtico Villon, que escribió sus poemas algunas décadas antes del descubrimiento de América, **en ce temps que j'ai dit devant,** cuando en la estación muerta de Navidad, la tierra se cubre de nieve y los lobos famélicos se alimentan de viento... ¿No parece este lenguaje obra de orfebre, obra tallada por un autor de nuestros días? (2) Eso es cabalmente la leyenda, la nube de fantasía que empieza también a envolver el nombre de Lasso de la Vega. Las visiones no están desnudas de valor histórico. Son tan reales como las voces que

---

(1) In vino veritas, *traducción de* ἐν οἴνῳ ἀλήθειά *refrán al cual se refiere Plinio el Viejo en su* Historia Natural *(XIV-141). Pero Lasso de la Vega se habría inspirado sin duda en otro proverbio de sentido más hondo:* el vino muestra la razón (οἶνος ἔδειξε νοον

(2) *En ce temps que j'ai dit devant*
vers le Noël morte-saison.
Que les loups se vivent de vent.
Et qu'on se tient à la maison.
Pour le frimas près du tison...

escuchaba la doncella de Orleans. Lo sugestivo del historiador es cuando se cierne sobre la verdad sin mancillarla. No creamos que solamente es certidumbre aquello que tocan nuestras manos, o que pisamos terreno falso, guiándonos por alucinaciones. En la juventud me atrajeron siempre Michelet y Lamartine, mientras Thiers y el más moderno Aulard me aburrían soberanamente. ¿Por qué? Porque los hechos y los documentos cuentan menos en la historia que el espíritu de quien la escribe.

☆

Y esa historia, ¿no sería también obra diabólica? Lasso de la Vega recitaba de memoria, en su idioma vernáculo, páginas de Quintiliano, de Séneca y de Marcial. Tenía singular preferencia por estos tres grandes representantes de la Hispania latina, y especialmente por el autor **De institutione oratoria**, aquel hijo ilustre de Calahorra, la Calagurris de los romanos, de quien decía Lasso, con fina sátira, que su gloria se hallaba un poco obscurecida por la fama de los embutidos y los pimientos de la región en que viera la luz. Luego venía el cordobés Séneca, su coterráneo andaluz, maestro en el arte de dar a los otros consejos que él practicaba en sentido contrario. Y en seguida el desenfadado Marcial, ciudadano de Bílbilis, en Calatayud, que mezclaba la diatriba con la adulación servil a los amos de la hora, y que pudo haber soplado como huracán devastador sobre las abyecciones del imperio. Ellos eran, sin duda alguna, espejos de las costumbres romanas de la época. ¿Pero cómo aprisionar la verdad, si todos se contradecían? ¿Qué genio maligno entrevera los acontecimientos? La prodigiosa claridad de Quintiliano, a quien Lutero reputara el más grande intérprete de la cultura antigua, vino a alumbrar a Europa demasiado tarde. Fué en 1417, cuando Poggi, un monje erudito que asistía al concilio de Constanza, descubrió en una torre de la Abadía de Saint-Gall la obra sepultada del ciudadano de Calahorra. Asesor de Galba, maestro de Plinio el joven y acaso de Tácito, ¿quiénes vivieron la senil complacencia de adulterar su pensamiento? Le imputaron las páginas sobre lo declamatorio y la corrupción de ese arte de nebulosa legitimidad que sigue a los ora-

dores como su sombra. Luego se las achacaron a Tácito. Y lo más probable es que no sean de ninguno de ellos. No ignoramos que la declamación es la afrenta de la oratoria, como la embriaguez la mácula del vino, y la venalidad la deshonra del amor. Esto lo sabían los antiguos mejor que nosotros. Pero la antigüedad clásica poseía también sus gentes a las cuales Cicerón debió extenderle los campos de pastura. Muchas incongruencias, muchas tonterías se han salvado, afortunadamente, para corroborar esta verdad. Por alguna razón inconfesable intentó sugerir que *animantes cœteras adjecit ad pastum natura.* .¿Cuál fué todo ese resto de los animales a los que, según Cicerón, la naturaleza redujo a la hierba? ¿Estarían comprendidos también los seres humanos que se pasan la vida rumiando dislates? El **cogito** de Descartes es el **pienso** que algunos hombres tienen en la cabeza, pero que la mayoría lo siente en la boca. Y Lasso de la Vega nos llevaba con este retruécano a su poema titulado **Filosofía alcohólica** que comienza así:

De filósofos hay un regimiento
que de saber en su ambición inmensa
pensando como piensa el pensamiento
sabe tanto, señor, como el jumento
que solamente piensa... cuando "piensa".

Y Lasso volvía a caer en la obsesión del espíritu demoníaco que hace la historia a su manera, embarullando los textos, haciendo desaparecer algunos, salvando otros, para perplejidad de los sabios y trabajo de los pedantes. Muchas veces he tratado de explicarme esta angustiosa impotencia para extirpar al Diablo de su corazón iluminado por fulgores infernales. Y no podría hallar la clave de su encarnizada y lacerante lucha interior más allá de las negaciones temerarias que provocaron pujas mortales y radiosos desfallecimientos. La frustración de un abrasador misticismo no logró, a pesar de todo, abatir, en sus rachas de desaliento, la fe estoica de Lasso de la Vega, su santidad silenciosa, trágica, que le hizo preferir la miseria a la injusticia del sometimiento. Tránsito terrenal sin hipocresías, le forzó a veces llamar también a Dios como testigo de su vida:

Y yo, como soy amante
de cuanto Dios ha ordenado...

Y otros versos en que espera la noche de año nuevo como mística anunciación de milagro:

Ven hacia mí, divina escanciadora
de amor ignoto. Mística y sagrada...

Y estos otros, cuando, en noche de estío, plateada por el plenilunio, oye la estridente canturria del grillo, junto al margen florido de una cañada:

¿Eres un Dios benigno que bajó al suelo
a enseñarnos la excelsa canción del cielo?

En algunas frases de **Mi Artículo** o de su **Salpicón**, un mismo periódico que no contenía más que una sola contribución, la suya, se adivina a veces la inquietud por superar con la polémica antirreligiosa sus ansias vagabundas de teólogo defraudado. Y si llama en su auxilio a la sabiduría del Diablo es para vencer los imperativos de su vocación ultraterrena. Batalla perpetua para conciliar lo inconciliable y aproximar en una explicación común las antinomias insolubles del universo. Creo que alguien nos da la respuesta sobre el conflicto religioso que desgarraba la vida interior de Lasso de la Vega, y ese alguien es Paul Verlaine. El autor de **Sagesse**, que vertía inquietudes teológicas en la copa de oro de sus versos, se apresta a sacudir con vehemencia el hastío de una lucha secular:

Assez et trop de ces luttes trop égales
Il va falloir qu'enfin se rejoignent les
Sept Pechés aux Trois Vertus Théologales
Assez et trop de ces combats durs et laids.

Va en ello una cautelosa definición del drama interior de Lasso de la Vega y tantos otros, cuyas imponderables frustraciones los fuerza a dar vueltas sobre sí mismos en el infinito de lo humano y de lo divino. Como buen católico, Verlaine **en voulait au Malin**, pero reclamaba ocultamente su ayuda. Su erudición satánica era tan vasta como la de Lasso de la Vega, y lamentaba como ningún poeta de su época esa Edad Media "enorme y delicada". Mezcla nostálgica de reconvención y de pesadumbre. Era el Diablo entonces un personaje casi familiar, que frecuentaba las conversaciones más íntimas, que visitaba apartados castillos y daba consejos a los nobles, que cortejaba a las campesinas, las cuales concebían de él misteriosos engendros que habían de heredar toda la malicia

mortal y seductora del resbaladizo señor del Averno. Lucifer era entonces un hombre igual a los otros hombres. Pero su maestría en enrevesar los acentos y el significado de los vocablos en los distintos idiomas, lo hacía fácilmente reconocible. *Il parle italien avec un accent russe,* escribe Verlaine en **Amoureuse du Diable.** Goethe se arregla para que Mefistófeles hable también inglés de old iniquity en su diálogo con la Esfinge:

Sie zeugten auch: Im alten Bühnenspiel
Sah man mich dort als Old Iniquity.

Hay, no obstante, una excepción en esta hora de prodigiosa intriga medieval, y es cuando Goteunge, que es uno de los tantos nombres vascuences de Luzbel, trata de aquerenciarse en tierras de Euzkadi para dominar el milenario idioma de los vascos. La leyenda dice que hubo de huir de quienes le ganaban en enrevesamiento, como antes habían huido de los hierros eúskaros legiones de romanos, godos y sarracenos. Y aunque volviera bajo la encarnación de Carlomagno, fué para conocer el luto de Roncesvalles. No preocupaba a los vascos la fastidiosa insistencia de ese espantajo que ellos ahuyentaban con el ridículo. No temían escuchar, por tanto, la voz melíflua y artera del demonio. Contrariamente a la reina del diálogo de Verlaine, se complacían en oír, **pero escuchando** con zumbona sorna.

Dame Reine... Encor toi, Satan - Madame Reine
—"O Seigneur, faites mon oreille assez sereine
Pour ouïr sans l'écouter ce que dit le Malin".

Es probable que fuese más difícil a la reina oír sin escuchar, que para Lasso de la Vega y el propio Verlaine, sentir al Diablo consigo, pero sin oírlo, hablándoles en secreto al corazón más levemente que un leve susurro de follaje. No rechazaban en serio, entre rumor de batallas, como los varones de las leyendas cantábricas, lo que habían aceptado antes con socarronería. Porque a estos guerreros huraños, gigantes de la libertad humana, no podía serles molesta una influencia satánica tan necesaria para la vida, pero que habían domado como a la roca de sus montañas. Lasso de la Vega creía hallar un paralelismo de linaje que procedía del Ahriman de los antiguos persas y el Baal-Moloch cruel y sanguinario de los fenicios. Este último saltó hasta los primitivos hebreos con el nom-

bre de Belcebú, y fué soberano de los infiernos. Pero todos fueron sabios y astutos como Osiris, padre de la agricultura, inventor del arado, soberano de la ciencia esotérica, de las artes y de la poesía, cuyo hermetismo, según el **Libro de los muertos**, le valía tanto para iluminar a los mortales como para desconcertar sus almas pecadoras, con problemas sutiles, en la hora del juicio final. Y este parentesco de las religiones le servía a Lasso para demostrar que no era la pretendida perversidad del demonio lo que debía preocuparnos, sino su peligroso conocimiento del corazón humano. En sus correrías por las pampas había tratado al Mandinga de nuestros gauchos, experto en las faenas del campo, jinete eximio, tropero fantástico, diestro en el manejo del lazo y las boleadoras, oliendo a azufre, galopando bajo la tormenta, entre los relámpagos, o acercándose cautelosamente a los ranchos en las noches de luna, para atisbar debilidades o sorprender secretos. Como el agua que no es más que una sola, toma el sabor de los terrenos que atraviesa, así también el Diablo universal, se recorta sobre el paisaje y cambia de forma según los prejuicios de cada pueblo. No era aquello, sin embargo, problema de astucia ni esgrima de malentendidos, sino el mismo Maligno de los **Fabliaux** o los duendes de las **Cantigas**, que saltaban como chiquillos traviesos de una familia lingüística a otra, sin otro objeto que desconcertar a los mortales. Tampoco nos resulta menester divertido el sino de Lasso, contemplando dentro de sí propio, no sin exasperación, la querella perpetua y terrible entre Dios y el Diablo. Que este encarnizamiento interior había hecho sus estragos, era evidente. Virgilio Sampognaro lo sorprendió una tarde, en su pieza de la calle Mercado Chico, quemando manojos de escritos teológicos, muchos de ellos recuerdos de su vocación juvenil. No sería difícil, sin embargo, reconstruir estos fantasmas del aula. El mismo Lasso de la Vega nos da la clave del misterio en sus breves reflexiones tituladas **El problema de la Sabiduría**. El demonio cuida de esa ciencia dormida en hontanares de reserva. Y esto tiene su razón de ser. Poseer por entero el secreto de nuestro destino nos volvería monstruosamente malvados. ¿Por qué no reducir a cenizas esos escondidos resortes que podría manejar un niño? Habría un solo remedio para afrontar el peligro: la ignorancia que nos hace héroes. Aun en manos de Satán, el

sin embargo, fuentes de frescura y alivio en tres poetas italianos del ciclo humanista, que liberaron sus corazones, atormentados por vahos demoniacos, con el milagro del amor. Dante, Petrarca y más tarde Ariosto, cuyo influencia sobre Cervantes fué tan decisiva, son a la vez bálsamo, consuelo y tenacidad en la lucha inmisericorde contra los pesares. Todos huyen de la causticidad del Diablo, pero a la postre se sirven de sus consejos. Es el médico que devuelve la alegría aunque cura haciendo sufrir, como lo sugería Ariosto:

Con ferro e fuoco, o con veleno spesso
Che se ben molto da principio offende,
Poi giova al fine e grazie se gli rende. (1)

Y Lasso de la Vega no acertaba a distinguir si Dante seguía realmente a Virgilio o andaba a la zaga de Lucifer, como el ciego detrás del guía para no extraviarse o dar tropiezos en cosas que le estorben o acaso lastimen, así iba yo por el aire espeso y acre. (2) ¿Y no cede también la fría perversidad de Luzbel ante la tibia imploración amatoria de Petrarca? Por más duro que sea su corazón, templado en los fuegos del infierno, las súplicas podrían amansarlo. Y si ello no fuera bastante, el Diablo podría volverse de cera bajo una lluvia de lágrimas, enterneciéndose hasta el punto de verse forzado a entregar buena parte de sus secretos.

Non è sì duro cor, che lagrimando,
Pregando, amando, talor non si smuova,
Ne sì freddo voler che non si scalda. (3)

Si la naturaleza nos juega su eterno fraude, ¿no será ella la misma fisonomía de ese genio escurridizo y diabólico que, desde Alfonso el Sabio hasta el presente viene desconcertando a los mejores espíritus? Lasso de la Vega se sumergió, como Goethe, en las distintas densidades del pensamiento, y pudo contemplar como el mimetismo de los insectos y el color de

---

(1) *Ariosto:* Orlando Furioso. *C. VII-42.*

(2) *Si come cieco va dietro a sua guida*
Per no smarrirse, e per non dar di cozzo
In cosa che'l molesti, o forse ancida;
M'andava io per l'aere amaro e sozzo...
(Purg. XVI-10-13)

(3) *Petrarca. Son. 206.*

los artistas no son más que ilusiones. La mosca, con su vista facetada, multiplicándose en millares de ojos, no ve el mundo seguramente como nosotros. Las alboradas que nos seducen son otras tantas supercherías de la luz. Asimismo los cambiantes celajes del mar que atraen nuestras miradas, nos mienten el subterfugio de una certidumbre que no está ni fuera ni adentro de nosotros. Y al final, como Argensola, no hallaríamos en el fondo de nuestro vaso más que residuos de duda y melancolía. ¡Lástima grande, por cierto, que no sea verdad tanta belleza!

☆

Si debemos creer a las páginas en las cuales Goethe nos cuenta los recuerdos de su entrevista con Bonaparte, el vencedor de Austerlitz le reprochaba, con juiciosas observaciones, la mecánica del fatalismo en la creación literaria. Para Napoleón, el destino era la política. Y al honrar la causa del espíritu en la persona de Goethe, confesaba sin quererlo la impotencia de la fuerza para dirigir a la especie humana. Su única gracia, que era la gloria del Dios de las batallas, se tambaleaba en el vacío. Atolladero racional que confunde el destino con lo episódico,. Pues ya hacía tiempo que la verdad era cosa perdida para siempre. Lasso en sus sondeos de escéptico, habría tropezado sin duda con el romance **A mis Soledades voy**, donde su semitocayo Lope de Vega declara con ingeniosa frase que la verdad se fué al cielo y "tal la pusieron los hombres, que desde entonces no ha vuelto". No disponemos más que de una débil lucecita para guiarnos en mares de tinieblas. Y esa llama pequeña y parpadeante es nuestra razón. A pesar de todo, Diderot nos enseña que cualquier teólogo puede soplar sobre ella y dejarnos a obscuras. ¿Para qué reprocharle a los teólogos todas las perversiones imaginables, si es la propia naturaleza la que azota nuestra pobre luminaria en todos los sentidos, haciéndola cada vez más vacilante? La incomparable sentencia de Argensola, al descubrir una nueva gravitación de la mentira, nos aparta de esta cerrazón de equivocos. mostrándonos sabias ignorancias de meditabundo. No hay más fuerte antídoto del fanatismo que el escéptico. Si el insensato que fulminó a Lincoln hubiera dudado un solo segundo

de la verdad de su credo esclavista, no habría suprimido aquella gran existencia. No hay más que una meta segura para el fanatismo, y esa meta es el crimen. La intolerancia, la falta de respeto por las ideas ajenas, las persecuciones religiosas, los jueces sanguinarios e inexorables, que nada perdonan porque es poco lo que comprenden... He ahí la materia maldita que enceguece a las almas más bien dispuestas a la bondad. *Tout comprendre c'est tout pardonner,* nunca puede haber sido el apotegma de un fanático. Lasso de la Vega no pierde este punto de vista ni aún en aquellos escritos densamente envenenados por la diatriba, como **Violencia y Rebelión.** Y es el momento en que más lo estrecha con sus escarceos la insólita ronda del Diablo, cuando mira por encima de los horizontes y reconcentra en sus inquietudes la desapacible ingratitud de un mundo que se rehusa a la piedad. Patria sin limitaciones, inmensidad sin fronteras, que despertó sin duda entre las páginas de **La Société mourante et l'Anarchie,** el libro ácido de Jean Grave. No ignoraba lo que Clemenceau escribiera de esta obra explosiva en **La Guerre Sociale.** Le había hecho pensar sobre cosas nuevas, sembrando en su corazón de batallador indomable la simiente de aquellas terribles auroras que, siendo alcalde de Montmartre, entreviera en las jornadas sangrientas de la Comuna. Vale la pena de releer, después de transcurrido medio siglo, páginas que recuerdan todavía las de Clemenceau. Pero en Lasso de la Vega están salpicadas por las rachas y los truenos de **Fra Contadini,** de Malatesta. Son los retemblores sociales que anuncian inmensos cataclismos, donde aquel retoño indómito de la ilustre familia de Rimini se estremece, magníficamente, como el Vesubio, vomitando sobre las tierras en barbecho la lava de veinte siglos de injusticias. Menos visionaria o acaso más humana que en Malatesta, la voz de Lasso condena por igual todos los desmanes contra la libre expresión de la vida. "Que se acaben, escribe, los atentados de los pueblos contra los reyes, y los atentados de los reyes contra los pueblos" Han desaparecido casi por completo los reyes del planeta, y la situación continúa siendo peor que en tiempos de Lasso. Nunca más que ahora están amenazados los derechos de la persona humana. Entre las diversas influencias contradictorias que gravitaron sobre su escepticismo de artista, se adivina la de Ma-

lato, de lógica un poco inconexa, pero siempre cortante como el acero; la de Eliseo Reclus, cuya impregnación de universalismo físico, de ciencia geográfica, lo había llevado a peligrosas generalizaciones, y al final la del resplandeciente y paradójico Georges Sorel, que había recogido en Bergson el mito de ideales jamás alcanzados. Esta fascinación de lo imposible estaba provista para hacer del germen revolucionario, no una realidad que pudieran tocar nuestras manos, sino anhelo eternamente renovado. Lasso de la Vega se había identificado con la genial visión de Sorel, y reclamaba por tanto la belleza inmaculada de los hambrientos, no de hambre física, sino de ideales, de espíritu puro, de sueños desesperados. Abominaba del estancamiento de los satisfechos, con su rumiante filosofía de animal destinado al matadero. Había que fustigar como execrable la quietud sin inquietudes, que reputaba el más nefasto antagonismo de la santidad, la grosería antiepicúrea, que no sirve sino para sumirnos en esa tibia modorra de los materialistas, que es algo así como sopor de cerdos ahítos. Y la sátira, siempre ágil, brotaba a raudales de sus labios o de su pluma para cauterizar la miopía moral o el bajo regodeo de los seres demasiados pegados a la corteza del planeta. Quizás vendría de nuevo a torturarlo, en su ronda nocturna, la imagen esquiva de Lucifer, cuando, guiado por seducciones terrenas, Lasso despunta a los ojos del espectador desprevenido con fisonomía exótica y descomunal, cargado de tintas absurdas. Fuerza es confesar, sin embargo, que no había de agitar las aguas muertas que asediaban su vida. Un idealismo decepcionado latía en el fondo de su ingenio de escéptico. Lasso de la Vega soñaba con una humanidad demasiado hermosa para ser real. Su credo era lo imposible. En consecuencia, la aflicción que respiran sus páginas hincaba la raíz en ese contraste entre lo humano y lo perfecto, la tragedia de no hallar la respuesta con afán esperada, como aquella de la pastora Higinia de su **Virgiliana:**

¿Por qué tus dos ojos
cerrados no miran
cómo te idolatro
puesto de rodillas?
¿Por qué tu palabra
se niega a la mía?

¿Por qué no respondes,
alma de mi vida...?
Que iba a responderme
la pastora Higinia,
¡si mientras yo hablaba
se quedó dormida!

Como en tantos recodos de la penosa ruta, su burla no era más que la expresión de su desaliento. Reía, pero como él mismo dice, su risa escondía aterradoras amarguras. Reía, en una palabra, para no llorar. Toda su obra traiciona la ansiedad para que el mundo le responda con absolutos. Y la implacable soledad no le devuelve más que el eco de su propia voz. Sin dejar de ser español hasta la médula, Lasso de la Vega se aleja del disciplinado fanatismo de los Torquemada, y rompe un eslabón de la "férrea y lógica España" de los simbolistas. Ello le permite buscar su parentesco remoto con Montaigne y Voltaire. Ambos mezclaban su sal escéptica a una inmensa piedad por los errores ajenos. Voltaire posee en cambio su dolor de santo laico, su heroísmo sin fronteras, con el respeto al valor humano. Nada más admirable que la lucha de este gigante contra los tribunales de fanáticos en la rehabilitación del caballero de la Barre, de Lilly Tollendal, de Sirven, y el más famoso de todos: Calas. Es ahí donde lleva a la luz la ferocidad de las intrigas que maduran al calor de los sistemas cerrados a la crítica, donde descuartiza el contrasentido de las guerras por problemas de fe, la atroz barbarie de los suplicios judiciales en nombre de Dios. ¿Para qué declamar inútilmente sobre los escépticos, si la mentira restará por sí sola desarmada? Si ellos son la triaca más eficaz contra la obstinación ciega de los fanáticos, contra la falsa religiosidad que es el vivero de la intolerancia, ¿por qué, entonces, esa postura desdeñosa y hostil frente al incrédulo? Lasso de la Vega, junto al recuerdo de Voltaire, revivía el cuadro auténtico de una historia libre de sus oropeles, descarnada de sus alifafes. Voltaire había ayudado a limpiar Europa de una plaga maldita, la de los verdaderos enemigos del hombre pensante. Como él, no veía criminal alguno en la raza desesperada y piadosa de los incrédulos. No veía a nadie que hubiese matado, ni torturado para arrancar confesiones. No los sospechaba entre los magistrados que visten su hopalanda con

pedantescos ropajes jurídicos, acosando a los infelices con preguntas capciosas que son otras tantas trampas innobles para cazar inocentes. Nunca había visto a un volteriano de pensamiento destinado a juzgar al prójimo, sugerir parodias de juicio, con verdadera vocación de verdugo, para suprimir a los que no piensan como ellos. En la misma dulcedumbre del escéptico hallaba Lasso de la Vega el mejor bálsamo del perdón. Y aquel teórico de la duda que fué Georges Sorel, enamorado de la ilusión, como Voltaire, pero maestro del desencanto razonado, nos dice también lo fácil que resulta la apología de la violencia sobre sucesos históricos espectaculares. Y agrega estas palabras admirables: "Nunca tuve por el odio creador la admiración que le consagra Jaurés. No siento por los guillotinadores la misma indulgencia que él, y me horroriza cualquier disposición que, con disfraz judicial, recae sobre el vencido. La guerra, practicada a plena luz, sin ninguna atenuación hipócrita y con el propósito de destruir a irreconciliable enemigo, excluye las abominaciones que deshonran la revolución burguesa del siglo XVIII." Retoño de la raza imperecedera de Voltaire por la tolerancia y por el análisis despiadado, Georges Sorel había merecido la devoción sin reticencias de Lasso de la Vega. Era como él abiertamente renovador, pero sin expectativas de angustia, ni propósitos que provocaran padecimientos humanos nada más que para imponer fórmulas abstractas de perfeccionamiento. Y este rasgo tal vez el más representativo del genio francés, lo llevaba a pisar terrenos de claridad, pero de duda sabia y meditada. No era un pescador de sombras, como aquel extraño personaje de Jean Sarment, sino perseguidor de algo todavía más sutil y fugaz que la contraluz de las cosas físicas sobre la tierra. Era el cazador de reflejos. Fulgores de certidumbre, de voluntad de creer. Luminosidad de fe que venía a sus manos y que escapaba cada vez que intentaba atraparla. De ahí que buscara la solicitud del Diablo para salir de apuros. Diligencia no tan desesperada como parece, sino deseo racional y firme de elevarse, no sólo sobre los dolores ajenos, sino también por arriba de las miserias de sí mismo, las propias claudicaciones que forman la trama de nuestra vida. Ni barrotes inflexibles contra la libre expansión del cuerpo, ni dogmas rígidos que estorben el vuelo soberano del espíritu. Nada de cortapisas

en el movimiento voluntario de la persona humana. Todo acabaría en aquella afirmación inmortal del patriarca de Ferney, que viene desde entonces atravesando los siglos y que persistirá mientras el mundo sea mundo. "Lo que decís es un disparate, pero estoy dispuesto a morir para que podáis seguir diciéndolo". Y al referirme a esta clase de seres adoloridos que el vulgo tacha de incrédulos, Lasso de la Vega comprobaba que su desgracia era la de no conformar a nadie ni siquiera a ellos mismos. La frase latina **Deo erexit Voltaire**, que aparece en la pequeña iglesia de Ferney, podría ser también, con igual propiedad, **Diabolo erexit Voltaire**, marcando a fuego el destino de quien no sólo exasperó a Dios, sino también a su eterno enemigo. (1)

---

(1) *El gran hereje hizo construir su templo, posiblemente a instancias del Padre Adam, de la Compañía de Jesús, quien fué su mejor amigo en el retiro de Ferney. Quería sin duda complacer a los jesuitas, que contribuyeron a su formación intelectual, y mostrar al mismo tiempo la punta de fuego de sus terribles dudas. Tal vez, en las errantes fantasías de cogitabundo, se sentía devolver su perplejidad y su asombro al tropezar de improviso con el insondable enigma de lo divino. Y aunque no había escatimado la sátira, sino apuntando a Dios, al menos contra quienes invocaban su representación sobre la tierra, el voto se cumplió, a pesar de todo en su arquitectura definitiva. Y fué moldeado en un sutil juego de palabras latinas. En efecto, el verbo* erigo, erigis, erexi, erectum, eregère, *es levantar; pero, como su sinónimo castellano, puede ser también sublevar el ánimo, insurreccionar, indignar. Aquel cachazudo terraconense Lucio Anneo Floro, que nos legó en su* Historia de Roma *los mejores testimonios de la Iberia Imperial, escribe:* Lusitanos Viriathus erexit, *es decir, Viriato amotinó a los lusitanos. ¿Por qué se eligió un vocablo de significación algo equívoca para consagrar a Dios la iglesia de Ferney, cuando existen verbos latinos de semántica más precisa y limitada? Por ejemplo,* construo, construis, construxi, constructum, construère, *que es en sus diversos tiempos edificar, construir un edificio. La travesura de Voltaire o del Padre Adam, ambos latinistas consumados, consiste en dejar intencionalmente alrededor de la célebre frase, cierta aureola de intriga y de duda, para que cada lector viajero halle él mismo la interpretación que conviene, ya sea a sus intereses confesionales o también a su malicia espiritual. Conociendo la vida y la obra de Vol-*

☆

Ya avanzados los fuegos de la primera guerra mundial, puede decirse que se inició la decadencia física de Lasso de la Vega. Su luz mental brillaba con la misma intensidad de los mejores días. Empezó a resentirse de una de sus piernas, fracturada cuando vivía en los altos del viejo Café Colón, en el extremo norte de la calle del mismo nombre, hoy demolida para dar paso a la rambla portuaria. Al relajamiento de su fuerza muscular se sumaba ahora la agravación de una vieja enfermedad de las vías urinarias. Achaques de un organismo en declinación, y esfuerzos inauditos para ocultarlos que le hacían sufrir lo indecible. Pero Lasso no se entregaba ni nadie oía sus lamentaciones. Disimulaba con elegancia sus padecimientos, y se erguía a veces, no sin contorsiones de dolor, hasta mostrar el aire arrogante y mosqueteril de sus mejores tiempos. Por otra parte, la imagen rediviva de la luminosa Andalucía, siempre presente en su espíritu, le devolvía el antiguo esplendor. Pero puntas de melancolía asomaban sin quererlo en medio de la plática alborozada. Los que le veíamos a diario comprendíamos, angustiados, que su fin se acercaba. "Yo no he despreciado mi cuerpo como lo pedía

---

taire, sería ocioso y harto ingenuo preguntar: Cur Voltaire Deum erexit? *Pero cabría la suspicacia de otra interrogación:* Quod Voltaire erexit Deo? *La respuesta está escondida en la célebre frase que aparece en el frontispicio de la iglesia de Ferney. El ingenio de Voltaire se refugia en la comedia de los equívocos y oscila entre un juego de dativos visibles* (Deo) *y de acusativos implícitos, que podrían ser* ecclesiam, templum, patientiam o animam. *De este modo tendríamos:* Voltaire levantó un templo a Dios *o* Voltaire sublevó el ánimo o la paciencia de Dios. *Ni aun con su aparente piedad, podía ocultar en su aljaba la flecha letal de un malicioso escepticismo. Aquí no trasciende siquiera el pesado mal gusto de la* Pucelle, *que, en Francia, legiones de críticos pretendieron aliviar, acusando a la complicidad de la época. El setecientos no fué, por cierto, el siglo de la grosera obscenidad, sino de la delicadeza, de la galantería y de los sutiles malentendidos.*

aquel farsante de Séneca (I). Simplemente lo he maltratado. y he exigido de él más de lo que naturalmente podía ofrecerme". Recordaba su propia parábola, escrita para los niños de un hogar amigo, y que aparece en su **Morral de un Bohemio**. Era la historia de un rey que no podía digerir. Su desdicha acabó cuando pudo celebrar las nupcias con la vida, después de sacrificar su poder, su ostentosa vanidad y sus riquezas. Fué necesario para ello que labrara la tierra de sol a sol y que construyera su pobre cabaña con las propias manos. Y evocando la máxima de La Bruyère, exclamaba: No procedió, pues, como alguno de nosotros, que "empleamos la mitad de nuestra vida en destruir la otra mitad". En una epístola a José Pardo, que era el sutil humorista Luis García para los lectores de **Caras y Caretas**, y en otra tirada en verso a Eustaquio Pellicer, propietario y director de **P. B. T.**, repite hasta el cansancio su concepción fungible de la vida, aunque admite jocosamente que, si ella puede malgastarse como el

---

(I) *Séneca, ciertamente, no se contaba entre los espíritus de su predilección. El cordobés que se bañó en las más bajas abyecciones del imperio, que aconsejó a Nerón el asesinato de su madre y lo justificó por escrito ante el Senado, lo cual no le impedía predicar una moral austera. Había manchado su vida, según Lasso, "con el lodo de la lisonja". Dechado perfecto de refinada hipocresía de la España romana, despreció su cuerpo como medio de libertad, hasta emanciparse forzadamente de sus cadenas por el suicidio.* Major sum, et ad majora genitus, quam est mancipium sim mei corporis. *Y luego la inferencia ineludible:* Contemptus ergo corporis sui, certa libertas est *(Epist. 65). Allá por el año 1909, sentados a una mesa del* Café Colón, *hoy demolido, Rodó y Lasso habían discutido amistosamente, acerca de esta singular disociación entre la conducta del escritor como hombre y el ideal de su obra. Rodó acababa de encarar ampliamente el problema en su ensayo* De la transformación personal en la creación artística. *Lasso, que era todo lo contrario de un dogmático, se inclinaba también a la indulgencia, por cuanto comprendía que, al crear su obra, el artista se olvida de sí mismo y se convierte en otro hombre de cuya sinceridad no debe dudarse. El caso de Séneca, sin embargo, tenía mucho de cálculo frío. En su opinión aquel maestro de tiranos ansiaba solaparse entre sus contemporáneos, y adivinaba el propósito de dejar también una cortina de humo entre sus errores y la posteridad.*

dinero, debemos guardarla con avaricia para que esté lejos de toda tentación de derroche. Porque, en realidad, no le interesaba más que el presente. Ni se había desvelado por el porvenir de su dañada envoltura física, ni le preocupaba, después de la muerte, durar algunos minutos más en el recuerdo de los hombres. Se reía de la gloria que, a la postre, no consiste sino en incierta duración, y reclamaba la autoridad de Marco Aurelio que hacía descansar la inmortalidad sobre ese cimiento frágil y perecedero que es la memoria humana. Sea como fuere, lo cierto es que morimos una vez para la tierra, y que luego volvemos a morir de nuevo en la memoria de los que viven. ¿Valen, acaso, más cien mil siglos en la vida del cosmos que cien mil segundos en la existencia de un insecto? *Qui sait combien de morts a chaque heure on oublie...* La verdadera muerte es el olvido total, la eterna bienaventura.

☆

Lasso de la Vega se había adherido a esta vieja tierra charrúa, y hundido profundamente sus raíces hasta confundirse en ella, y no ser nada, siéndolo todo: un trazo vivo de la geografía, espinillo en flor, cerro boscoso, arroyo murmurante, lluvia y pampero... Su fascinante panteísmo era de una densidad salvaje en el fondo, y al mismo tiempo de superficie brillante, y tenue salpicada con delicados matices. Semejaba al espejo bruñido de una laguna, con aguas inmóviles, repitiendo la cambiante imagen del cielo, pero que oculta en lo hondo las sombras mortales de la ciénaga. ¿Y no es el mismo lodo enemigo, que al desbordar sobre las orillas extiende y multiplica el fermento siempre renovado de la vida? De ahí el perpetuo antagonismo entre la ilusión fugitiva y la obscura certeza, la lucha permanente del brillo estéril y la fecunda humildad. En la primavera de 1921, deambulando por las calles de Londres con Sanin Cano, compré a un librero de Regent Street la obra titulada **Georgian Poetry 1916-1917.** Se trataba de una antología de los mejores líricos de ese breve lapso de tiempo del reinado de Jorge V. Entre las composiciones de los dieciocho poetas que figuran en el volumen, hallé una que, de ser escrita en castellano, podría haberla firmado Leoncio Lasso de la Vega. El título era **Reciprocity** y su

autor John Drinkwater. La lectura me hizo revivir aquel recalcitrante y delicado panteismo de Lasso, ya muerto. Sus emociones trasmigradas al alma de un poeta británico fueron tal vez la última etapa de ese hastío doctrinario de los humanistas que buscan su postrer refugio en el impenetrable secreto de las cosas. En la noche de ese mismo día traduje **Reciprocity**. "No creo que los cielos y las praderas tengan moral, canta John Drinkwater, ni que la fijeza de la estrella proceda de una serenidad de espíritu, ni que los árboles posean sabiduría en el silencio de sus días sin viento. Sin embargo, son cosas que vierten en mi temperamento constancia, paz y fortaleza, ya que en mis horas de aflicción puedo llorar bajo la vasta impasibilidad del cielo, y envidiar los campos, y desear que yo pueda ser tan indómito como una estrella o un árbol" (I). Hay en los versos de Drinkwater las mismas reminiscencias del pareado castellano, predilecto de Lasso de la Vega, en su poema a la fusión creadora de Urania con los símbolos vivos de la naturaleza. (2)

Venus-Urania eterna procreadora,
es de los universos dictadora.

Y en el mismo poema:

Y dos almas, divinas mariposas,
agitando sus alas temblorosas,
suben hasta los labios besadores
para fundirse en luz, gloria y amores...

(I) *I do not think that skies and meadows are*
Moral, or that the fixture of a star
Comes of a quiet spirit, or that trees
Have wisdom in their windless silences.
Yet these are things invested in my mood
With constancy, and peace, and fortitude,
That in my trouble season I can cry
Upon the wide composure of the sky,
And envy fields, and wish that I might be
As little daunted as a star or tree.

(Georgian Poetry. 1916-1917 - Edited by E. M. The poetry books: Shop London. 1917. Pág. 145)

(²) *Fragmentos de este capítulo aparecieron por primera vez en la revista* Bolívar *de Bogotá (Nº 44, octubre 1955. Págs. 671-695).*

Y luego las visiones místicas del santo laico:

Angeles y querubes
sobre purpúreas nubes
celebran, agitando blancas palmas,
la conjunción divina de las almas.

Otro sorprendente acento del parentesco poético entre el inglés y el español, estriba en el mismo deseo arrollador de penetración inmaterial de la materia. Ambos hacen del mundo físico una cosa traslúcida para el espíritu, el cual puede moverse con los objetos mismos y conocerlos por dentro. Empero Drinkwater y Lasso se apartan por el *humour* británico, del uno. alegre en su bruma nórdica, porque carece de trascendentalismo, y la risa meridional del otro, sombría y pesimista, aunque nacida bajo el sol.

¡La risa, sí! Que en su estridencia están
dolores y placeres confundidos.
Ella guarda los últimos latidos
del cántico rebelde de Satán!

Otra vez la obsesión del destino, la ronda del Diablo. No hay aquí jornadas por el mismo sendero ni falsos apriorismos de armonías preestablecidas. El inglés tratará a Satán como a un *gentleman*, siempre que éste no se aparte de las buenas formas de sociabilidad. Y en el estilo práctico, desde Marlowe hasta Byron, la imagen forzada del rey de los infiernos no se usaría más que como un insulto de dudoso buen gusto. Nadie se gastará en la blasfemia de mandarnos al Diablo, aunque podamos merecerlo. Porque no hay que olvidar que el país de la moral utilitaria, la tierra clásica de Bentham y Stuart Mill, es el paraíso de los poetas. Entre diez ciudadanos que podamos elegir al azar en la calle, probablemente ocho contemplan la vida con sentido lírico, aunque no escriban versos. Sus mismos hombres de ciencia poseen el genio profético de los vates. Newton en el cálculo matemático, Faraday en el campo eléctrico, Watt en la máquina de vapor, Fleming en el laboratorio, todos fueron grandes poetas. Porque el rasgo fundamental del estilo poético de la vida es el desinterés. Cualquiera de ellos podría ser, como el John Keats del soneto de Oscar Wilde, *sweetest singer of the English land*. Nada

grande podrá realizarse con el alma nublada por el desorden de los apetitos. Entonces nos sería vedado percibir la infinita belleza del universo. Ser poeta no sólo implica amor a la aventura, sino riesgo, responsabilidad ante la asechanza perpetua que surge en la exploración de lo desconocido. No existe diferencia alguna de destino entre James Cook, revelador de continentes, y William Shakespeare, descubridor de reinos remotos en el corazún humano. Este incorregible lirismo británico es lo que no ven los millones de badulaques esparcidos por el mundo. A veces el fruto más absurdo parece destilar secretos zumos de idealidad. Hasta un economista como Thomas de Quincey, dejó inicuamente que se marchitasen y olvidasen sus originales teorías de interpretación económica de la historia, para sobrevivir con una obra cuya intención estética no puede negarse. Su libro **El asesinato considerado como una de las bellas artes** apareció en 1827, vale decir, cuando la Europa entera casi desaparecía bajo el sarpullido romántico. Los amantes de la sobriedad clásica vieron en el pensamiento de Thomas de Quincey una nueva forma de esa terrible epidemia, cuyo dramatismo amatorio llevaba forzosamente al suicidio. El sacrificio por mano propia de Gérard de Nerval no fué un caso aislado (I). Se repetía con harta frecuencia

---

(I) *En 1855, hace justamente un siglo, Gérard de Nerval apareció colgado de una reja en la Rue de la Vieille Lanterne. Es el intérprete demente del romanticismo. Extrañas leyendas germánicas se mezclaban en su espíritu con tradiciones gratas a la tierra de Valois. Aun después de haber abandonado la clínica del Dr. Blanche, donde estuvo recluído en 1841, neutralizó la influencia diabólica con canciones donde se adivinaba el fastidioso sentimentalismo de Casimir Delavigne y el gusto populachero de Béranger. En 1828, vale decir, un año después de aparecido el famoso libro de De Quincey, publicó una buena traducción francesa de Fausto, aunque no de las mejores, pero que mereció el aplauso benévolo del poeta de Weimar, ya casi octogenario. Probablemente Gérard de Nerval, no comprendió del todo la revolución semántica que significó el auténtico romanticismo, el cual fué más allá de los símbolos escritos para derribar los lugares comunes de un mundo agotado. Había lamentables deformaciones, sin duda, que pertenecían al mal gusto de la época. Los sutiles refinamientos pasaban inadvertidos, o como anota irónicamente Taine en sus estudios de literatura inglesa, caían como caen*

en Alemania, en Italia, en España. Había que sucumbir bellamente, "morir en belleza", según el cursi galicismo. ¿Cómo no habría de ser arte el asesinato del prójimo, si el asesinato de sí propio, como el de Larra, diez años después de aparecido el libro de Quincey, fué considerado el más seductor y apasionante de todos los cantos del cisne? Campo óptimo en el cual el extralúcido insular habría de cosechar sus mieses absurdas. El Diablo se le había aparecido entre nieblas de opio y de láudano, y aunque De Quincey lo acogiera con esa fría y cortés reserva del alma británica, no pudo evitar que en alguna de sus fatídicas aventuras, el Maligno lo arrastrara entre crisis alucinatorias de siniestro presagio. De Quincey, empero, sobrevivió setenta y cuatro años a los estragos de su patología. Este episodio mezquino, ¿significó quizás un desquite del artista sobre las flores del mal? ¿Fué en realidad nada más que ventaja ficticia, una pizca del mañoso changüí de los tahures? ¿Fué cálculo glacial de ese rey del incendio eterno, del gran fullero de las sombras que es el Diablo? Por ventura, no es éste el caso de la coincidencia extraterrena de Lasso de la Vega y John Drinkwater, donde luchaban las fuerzas sanas del espíritu. Cabría hallarse tal vez la explicación, enredada por azar en la complicada malla de sutiles esoterismos y enigmáticas palingenesias que, dos milenios y medio atrás, tejía Pitágoras ante el asombro ofuscado de sus disci-

---

los buenos manjares en los estómagos estragados por el abuso de los platos fuertes. Un muchacho francés de la era atómica verá en el otoño, con la caída de las hojas, una prueba optimista de la renovación incesante de la vida. Para un joven del tiempo de Luis XVIII, con su inflamable melancolía, el mismo espectáculo era una tragedia de horror y de muerte. Emile Faguet, al referirse a los poetas de la Restauración, cita estos versos de Millevoye (1782-1816):

Ah! bois que j'aime! Adieu!! Je succombe!
Votre deuil a prédit mon sort,
Et dans chaque feuille qui tombe,
Je lis un présage de mort.

El mundo se mira de distinto modo, según los ángulos del tiempo. La manera de ver y sentir la vida no es un problema de escuelas literarias, sino de épocas.

pulos. Puntos de luz deslumbrantes, sin duda alguna, pero circundados de densas tinieblas.

☆

En los primeros días de agosto de 1914 las alas de Luzbel dieron en hender el aire con estrépito. El pavoroso alarido de la guerra inquietó la mente de Lasso hasta desfallecerlo, perturbando el ritmo de su pensamiento solitario. Ya gravemente enfermo, los cortos meses que lo separaban de la muerte fueron, empero, de una maravillosa claridad espiritual. El asesinato de Jaurès, la invasión de Bélgica, el desprecio de los tratados que garantizaban la paz, fueron otros tantos episodios que alarmaron su optimismo y le hicieron vacilar la fe en el destino del mundo. Por esos días la prensa insertaba la frase desolada de Sir Edward Grey, cuando en la madrugada del 4 de agosto, desde su residencia oficial, vió apagarse las luces de Londres: "Así también se irán extinguiendo en toda Europa, y nosotros no volveremos a verlas de nuevo encendidas". Expresión melancólica, más grande aún por el momento en que fué pronunciada, y que traducía el hondo desconsuelo del hombre que había luchado como gigante, hasta última hora, para salvar la causa de la cultura. Cuando ya la catástrofe era inevitable, Lasso de la Vega discurría de esta manera: "Algún día tendrá que caer el telón sobre la tragedia. Pero me temo que no sea éste el acto final. No habrá verdadera paz, sino tregua, descanso alimentado de rencores, nutrido de odios, para comenzar de nuevo, otra vez. Se empieza por el suicidio de Europa y se acabará por el suicidio del mundo". No le alcanzó la vida a Lasso de la Vega para ver siquiera el final de la primera contienda (1914-18). Pero su profecía se cumplió en parte, y aún se mantiene en plena vigencia. Lasso de la Vega culpaba a los egoísmos nacionalistas como causa latente de perturbación bélica, ya que era el origen de una deplorable falta de respeto al valor de la vida humana, cada vez más avasalladora, que acabaría por destruir al equilibrio social y el culto de la fraternidad entre los pueblos. Repetía con frecuencia su muletilla favorita, el párrafo con el cual cerraba su ensayo **Violencia y Rebelión**: "Vayamos juntos a escribir epitafios sobre las losas sepul-

crales de Carlos I y Luis XVI, del ministro Cánovas y del Duque Sergio, y aniquilemos a los victimarios sobre las gradas del patíbulo... pero antes tendríamos que plantar sobre la tierra dos bosques, dos inmensos bosques que cubrirían su superficie y la nublarían para siempre con siniestra sombra: un fúnebre bosque de cruces mortuorias sobre las infinitas tumbas de mártires nunca redimidos, y otro imponente bosque de horcas para los innúmeros verdugos nunca castigados." ¿Cómo no habría, en verdad, de crearse un clima asfixiante para el hombre de vida impecable, cuando todo lo que prosperaba en torno nuestro era un incentivo para la codicia de los bienes materiales y la traición a la causa del espíritu? Ni él ni nosotros nos equivocábamos, por desgracia, al culpar a un sórdido materialismo social, que no ha hecho más que crecer desde entonces, de esa inconcebible transigencia con el crimen que nos llevaría a las peores aberraciones de la historia. Tantas decepciones, tantas inesperadas vicisitudes, acabaron por consumir la llama de esperanza que ardía en aquel cuerpo, antes exuberante de vida, y ahora estropeado por la amargura de un penoso tránsito terreno. Y aun así, ya con un pie en el abismo, Lasso de la Vega recobraba las fuerzas de su tormentosa juventud y podía cantar sus sueños en melancólicos recitados, o ayudarse del piano para verter en el torrente de la música algunas gotas de su dolor incomprendido. Cierta madrugada, en un café de la calle Andes, a pocos pasos de la vieja casa de **El Día**, esperábamos con ansiedad los últimos comunicados de la guerra que podían ser dignos de comentario. Habíamos pasado la noche en vela. La dramática incertidumbre de aquellos momentos se reflejaba en todos los semblantes. La vasta sala iluminada bullía de trasnochadores inquietos, desde el juerguista pálido, con la pechera del *smoking* arrugada, hasta el voceador de periódicos y el hombre apacible de los mercados, que esperaban con calma la hora del trabajo. Lasso era, como siempre, el centro de la reunión. Había interpretado en el piano composiciones propias y ajenas. Luego dió en discurrir sobre el fracaso de la civilización. Partía del principio de que el hombre hace la historia, sin duda alguna, pero que la historia crea el clima psicológico en el cual está sumergido el hombre. Un ambiente de hipocresía y de mentira deforma el alma humana. Y si bien es cierto

que los pueblos, al cabo de varias generaciones, rectifican sus errores, no lo hacen sin convulsiones ni grandes padecimientos. De nada vale ahondar la cultura y reflejarla tal cual se recibe. Hay que transformarla dentro de nosotros mismos y devolverla a los demás con el influjo de nuestra personalidad. Y cuando le anoté al dorso de un programa de teatro el nombre que los vascos dan a la luna, se manifestó encantado, porque encarnaba maravillosamente su pensamiento. En vascuence, luna es *ilargi*, , cuya traducción literal es *luz muerta*.

☆

No sólo le pareció a Lasso una gran verdad que podía extenderse al ideal humano, sino también una bella y poética sorpresa de la filología. Hay individuos y sociedades de luz muerta, porque irradian pasivamente haces de cultura que no les pertenecen. ¿Para qué América habría de seguir al retortero de un mundo que ya se viene abajo? "Prefiero, concluía, la interpretación cósmica de vuestros aborígenes, que al menos poseía sello propio en su primitivismo, a todas las modernas pedanterías que, a pesar de llamarse nuevas, huelen a decadencia y decrepitud". Hasta su última hora Lasso de la Vega vió la realidad sin oropeles, como la vieron los cruzados españoles de la conquista. Su áspero sabor le bastaba para sentir la satisfacción de haberla comprendido. No necesitaba, pues, de aquellas fraudulentas alucinaciones que inspiraron en Baudelaire el deseo inclemente de "sacudirse de un oasis de horror en un desierto de aburrimiento". Para Lasso, lo que llamamos fastidio no era más que el precio con el cual se pagaba la vacuidad del cerebro y la ausencia de nobles inquietudes.

☆

Fué en aquella inolvidable madrugada, cuando el planeta se conmovía entre los estertores de la primera guerra mundial, que Lasso de la Vega nos trasmitió su mensaje de fe en el eterno valor de la mente humana. Y lo vimos alejarse por última vez en la luz indecisa del amanecer, haciendo esfuerzos para erguirse con su antigua fiereza juvenil de mosquetero.

Se marchó, sin embargo, traicionado por el paso vacilante de su pierna no restablecida. Lo perdimos de vista, apoyándose en su amarillento bastón de caña, como estrujado por invisibles apremios. ¿Qué otras urgencias podrían asediarlo, sino la prisa de morir? Aunque no antes que sobre su corazón, hacía ya tiempo que había empezado a nevar sobre su cabeza. Rastros y cicatrices de una lucha despiadada. Ni fuera ni dentro de sí mismo le dió punto de reposo la inexorable ronda del Diablo. Justa dura y cruel, sin posible armisticio, porque ello fué la existencia misma de Lasso de la Vega: la inmaculada envidia de lo superior, el deseo de encimar las limitaciones del vulgo. Hace medio siglo, cuando el hombre empezó a volar, escribía: "Empezamos, ahora, a disfrutar la emoción magnífica del aeroplano. Pero ese artefacto lo ha inventado el ingenio de acuerdo con la envidia... la envidia de las águilas!" De ahí su devoción inquebrantable por el hombre superior, su odio por la mentalidad de rebaño y el deseo de persuadir a los seres sencillos de elevarse sobre su propia cortedad en el culto de los grandes espíritus. Había que tener ideas propias, aunque fueran extravagantes y equivocadas, pero vivirlas en clima de sacrificio y de dolor. Esta era la única clase de sinceridad que concebía Lasso de la Vega. Sentir de esta suerte la vida no era tarea fácil. Pero sería preciso emprender el penoso camino, avanzar en fuerza de desalientos, de caídas, de muertes, de resurrecciones... La historia humana no era más que eso. Nadie detestaba tanto, como él, la vulgaridad y la medianía. Sabía huir discretamente del elogio fácil o desmedido, que sólo sirve para inflar globos que el viento se lleva. Aconsejaba la labor paciente y obscura que constituye el himno de la gloria. Cierto. que su ingenio cáustico se ensañaba a veces contra los falsos valores. Pero no era por perversidad malsana sino tributo de amor a la auténtica belleza y a su sentido orgánico de la justicia. Había demasiada bondad en el fondo de su corazón para no perdonar los yerros ajenos. Nada de mezclar amarguras en las ilusiones de los jóvenes que se lanzan a la aventura difícil del espíritu. Pero les prevenía contra las angustias de la inmortalidad. En el curso de su larga experiencia había sentido, bajo diversos tonos, la hartura de las insoportables glorias locales, los prestigios lugareños que aturden con su estéril cascabeleo, pero que no logran conmo-

ver a las gentes de buen criterio. No hay permanencia posible sin condiciones de universalidad y de intemporalidad. Cuando se manejan ideas de interés humano, puede superarse la vanidad del localismo y dominar el espacio. Cuando se sale de los conceptos manoseados, de las repeticiones refraneras, de los lugares comunes establecidos por las costumbres, hay razones para sobrevivir y vencer al tiempo. No se puede ser original, porque se quiera serlo, de la misma manera que no se es barítono por más amor que nos inspire el canto. En el primer caso se necesita genio, en el segundo, voz. El estilo representa el alma de la personalidad, algo que está sobre nosotros, y escapa a nuestros sentidos. Brota de lo más profundo del sér y nos envuelve con indefinible aliento. No es, por consiguiente, el resultado de una mortificación casi ascética como lo entendía Flaubert, ni el incensario construído para sahumar cosas indecibles. Por estilo debe entenderse palpitante flujo vital, valimiento inconfundible, individualidad sin reticencias. Lasso de la Vega había visto desinflarse tantos prestigios apresurados, simplemente al pasar de una generación a otra, que su cautelosa prudencia se diluía en gotas de benigna ironía. No le parecía baladí nuestra obligación de ser impasibles frente a los desbarros ajenos. Enseñar se le antojaba pedantería. Reírse abiertamente demasiado cruel. No había otra escapatoria que la dulce εἰρωνεία, la escuela donde los viejos helénicos aprendieron la elegante manera de mostrarse piadosos. Pero, en el campo enemigo, Lasso aparecía como fantasma de maldición. Y era menester santiguarse para desvanecer la presencia de este Señor Don Quijote del Libertinaje. Ignoraban, empero, que no había conjuro ni hechizo capaz de cambiar la esencia de aquel hombre que se llamara a sí mismo en las páginas de **Mi Templo**, "explorador de ensueños y buzo de mi propio espíritu". Sabía también de disciplinas dolorosas y de inimaginables austeridades este raro cenobita de la Tebaida incrédula, para ahuyentar la tentación de la mentira y la cobardía. Altivo desprecio de hidalgo por lo inservible. Cálida amistad para los valores auténticos, aunque las ideas fuesen opuestas e inconciliables.

¿Por qué usar de crueldad con quien os ama,
sólo porque en la lid luzca otra enseña?

Así discurre en **Mi Bandera Roja**, y se yergue según las

reglas de la caballería medieval, levantando su mano desarmada en gesto amistoso. Horas de fulgurante exaltación que suceden a estados de brusco y lastimoso desfallecimiento. Alternativas de paroxismo, cuando encuentra muerta en su jaula aquella "alma con plumas de oro" que disipaba en la humilde bohardilla sus nieblas mohinas de incorregible trasnochador.

Mi canario se ha muerto. No lloro. He blasfemado.
Mis sanguíneos claveles, todos los he quemado.
¿Y sabéis por qué estalla mi furia en mil centellas?
Porque quiero ¡y no puedo! apagar las estrellas.
¿Qué verán ya mis ojos en esos resplandores,
sin almas de mujeres, sin aves y sin flores?
Sin ti, sagrado pájaro, mi mundo está desierto,
¡Oh, cantor de mis noches! ¿Por qué, por qué te has muerto?

Y sobre la herida exacerbada por dolor inaudito descendía luego el bálsamo y la calma. Todo bajo la esquiva forma femenina de una máscara que le trae al pensamiento las sedantes esencias de Andalucía.

Viendo tu figura garrida y esbelta,
y en tus dos pupilas tantos resplandores...
como en sal de Cádiz por el sol disuelta,
disueltos quedaron todos mis dolores.

¿Cómo tan extraño contrasentido, tan violento antagonismo podía hallar el puente invisible entre el sentimiento exasperado y el punto de reposo necesario a la serenidad de la meditación? Para Lasso de la Vega, podría ser tal vez la ronda de Satán, maestro incomparable en cambiar el dolor por la alegría. Ya había conocido las intrigas sutiles y su gusto inquietante por suscitar el desasosiego en aquel viaje estrafalario por el infinito. Lucifer estaba a mi lado, en la barquilla, escribe Lasso de la Vega. "En el universo no hay arriba ni abajo, ni derecha ni izquierda. Ir, sin saber adónde: ése es vuestro destino", dijo Lucifer.

Lasso de la Vega. — No me estropees la ilusión. Me basta con huir de los mortales.

Lucifer — Sin, por eso, hacerte inmortal.

Lasso de la Vega — Me levantarán estatuas.

Lucifer — ¡Qué pronto caerán!

Lasso de la Vega — Soy el moderno Icaro.

Lucifer — La vieja fábula es muy sabia. Un sol, no importa

cuál, ni cómo, ni cuándo, fundirá tus alas.

Lasso de la Vega — Déjame ascender, puesto que es mi gusto y mi orgullo.

Lucifer — Asciende... Ms tarde hablaremos.

(Silencio. No se sabe cuánto tiempo transcurre.)

Lasso de la Vega — ¡Qué solo voy quedándome!

Lucifer — Me pediste sabiduría: te la he otorgado... ¡Y te quejas!

Lasso de la Vega — Antes me entendían y los entendía, y cambiaba con todos ellos mis amores.

Lucifer — Tu sabiduría no te permite creer en los amores. No confundas instinto con amor. El instinto supremo, fuente, manantial, venero, mina, es de los ignorantes... ¿Quieres ser sabio?... ¡Asciende!

(Y seguí ascendiendo. En mis magníficas alturas no vibraba un eco, no había quien me dijese ni siquiera una simplicidad amable. La presión atmosférica no bastaba ya a contener en sus vasos naturales, ni la sangre de mis venas, ni las lágrimas de mi alma.)

Lasso de la Vega *(horrorizado)* — ¡No quiero subir más!

Lucifer — Sube, puesto que quieres ser sabio.

Recuerda Lasso su destino. El Diablo había inventado una manera de seducir con sus equívocos. Cada vez más alto. Y los hombres, necios hermanos, quedaban allá abajo, felices con sus necedades, "mientras yo conquistaba las altas zonas de la sabiduría, solo en la más horrible de las soledades".

Lasso de la Vega — No quiero ser sabio. No quiero que el globo de mi soberbia siga alejándose de la jovial tontería de los hombres.

Lucifer — No tiene remedio. Subir es difícil, pero bajar es imposible. El globo de tu orgullo se hincha tanto más cuanto más sube, y sube tanto más cuanto más se hincha.

Lasso de la Vega — Quiero descender allá abajo, sembrar un prado, oír mentiras de labios de mujer, promesas falsas de falsos amigos, discursos de mentidos patriotismos... Quiero estar entre los que rien, entre los que lloran por el santo placer de que los haya engañado alguien...

Lucifer — No tiene remedio. Subirás y subirás, pues lo pe-

diste, y, mientras más subas estarás más solo, y tu lágrima de sabio la absorberá la atmósfera insensible, que no tiene senos de mujer bella e ignorante donde es tan dulce llorar. Subirás, secando tus propias raíces, y cuando florezcas, sentirán tus capullos las nostalgias del estiércol que rodeó y alimentó tu semilla.

(Silencio.)

Lucifer —*(lanzando una carcajada)* — Te dí, porque la pediste, la gran sabiduría de maldecir tu propia sabiduría.

☆

Y el globo de la soberbia estalló en fuerza de ascender hacia la soledad. Páginas que se le olvidaron a Goethe, y que Lasso de la Vega recogió sin duda en la densidad astral de Elena Blavatsky y sus errantes misioneros, ese mundo donde están escritas las páginas que hemos pensado, pero que nunca escribimos.

☆

Cuando Lasso de la Vega, ya internado, percibe en el gran silencio de las crujías, los pasos subrepticios de la Intrusa, ve de modo palmario, con prodigiosa clarividencia de enfermo, la sombría realidad del aniquilamiento. En la última hora de agonía, el artista recorre para atrás el penoso camino, y se topa con la leal confesión de un hombre que ha luchado y sufrido, pero que nada tiene que reprocharle a la vida. A ratos lo asedian minutos de delirio en los que clama por cosas imposibles, por los claveles de Andalucía, por las aguas del Guadalquivir, por las callejas de Sevilla, con el misterio de las curvas imprevistas, pobladas de canciones nocturnas que se apagan, cual los luceros, con la venida de la aurora... Lasso tenía el frenesí de los claveles rojos, de aquéllos que destilaban sangre como labios de mujer o como corazones apuñalados. Alguna vez me había dicho en la euforia del alcohol, cuando su personalidad quebrantaba la cadena de los convencionalismos y se volvía atrozmente sugestiva, que si la suerte me llevara a pasar por Sevilla besara en su nombre a las mágicas flores. Y ahora de nuevo, en sus desvaríos de moribundo, las llamaba otra vez para

abreviar acaso placeres remotos y reducir hasta los avatares de posibles renacimientos. Quería volver a ser nada, porque soñaba con su propia realidad. Fué entonces cuando pidió recado de escribir y anotó con mano vacilante:

Cuando al llegar la postrimera noche
en el negro ataúd
se derrumban ensueños, ilusiones,
amor y juventud,
podemos decir sin yerro: ¡Hemos vivido!
Porque es sueño el vivir, y hemos soñado;
es sabroso manjar, y hemos comido;
es alegre canción, y hemos cantado;
es copa de placer, y hemos bebido;
y es ósculo de amor, y hemos besado.
Dichosos fuimos, pues nos dió la suerte,
ruidosa vida y silenciosa muerte.

Dos días después, al despuntar el alba, se extinguía el maravilloso historial terreno de Leoncio Lasso de la Vega. Las voces de ensueño de Andalucía, desde el tintineo de las lanzas de Escipión el Africano a las guzlas de los Almoravides. Desde el canto de los surtidores del Alcázar hasta los sermones humanistas de San Isidoro, que fueron los primeros cánticos sevillanos de la cultura. Montañas de recuerdos se abatieron sobre su alma, despojada de la miserable envoltura corporal, para escoltarla en su eterno viaje hacia las estrellas. Esta vez sin la compañía de Lucifer ni su insidioso suscitar de perplejidades. Alberto Ghiraldo recitó una tarde ante Unamuno los últimos versos de Lasso, sin decir quién era el autor. Don Miguel permaneció algunos segundos pensativo. Dijo luego que le traía a su espíritu, por la fortaleza y el delicado arcaísmo, el recuerdo de la poesía castellana del siglo de oro. Para nosotros fué como una milagrosa revelación, porque había, en efecto, algo que no habíamos descubierto: aquella emoción viril, enojosa de captar por lo imponderable, que es propiedad única del arte hispano. Y hasta por una inexplicable ley de inercia mental, el pensamiento vivo parecía animar entre nosotros la figura solitaria de su creador. El propio Lasso de la Vega nos confesaba en **Mi Balada** que una misteriosa canción había nacido con él, y lo acompañaría desde la cuna hasta el yermo donde se abría su tumba:

Lúgubre sepulturero,
empuñando torva azada
cavaba el hondo agujero
de mi postrimer morada,
y entre el eco acompasado
de la azada, al golpear,
vibró el son nunca apagado
de mi divino cantar.

Su tumultuosa producción era interrumpida a veces por largas pausas en blanco. "No quiero forzar mi campo en barbecho", respondía. Había de dejar que la simiente germinase y fructificara. Y, como lo refiere en **Mi Silencio,** mientras su pensamiento trabajaba en la sombra, ponía un muñeco en la ventana para distraer al vulgo con muecas y burlas. El muñeco era su mísera y pasajera persona física.

Grave y sereno pensamiento mío,
¡guarda silencio!
Cúbrate, cual gusano en su capullo,
hondo misterio.
Los muros de tu celda solitaria
viste de negro.
Cierra bien tus ventanas: que del mundo
no entre ni un eco
. . . . . .
. . . . . .
Gusano que elaboras las ideas,
guarda silencio,
y el hilo con que formas tus capullos
sigue tejiendo.

Y ello le daba tema para explayarse sobre los que escriben sobre cualquier cosa. Abominaba de los grafómanos como la peste de las letras. Maestros de la afectación y la cursilería, borroneadores de los estólido, dechados de desabrimiento, proliferaban gracias a la protección de empresas de publicidad con escasa solidez económica y medios para atraerse a las grandes firmas, lo cual las empujaba a vivir de la piratería o resignarse a obtener casi gratuitamente los insulsos engendros. Esta tediosa fauna, que pone por encima de todo su pueril manía de ensuciar papel y dar desahogo a diarreas literarias incontenibles, va perdiendo

mansamente el ideal de altivez y su voluntad de silencio. Sujetos que no son más que envoltura, sin nada adentro. Es entre ellos donde se reclutan las peores abyecciones, que son también deyecciones. Inasibles, falaces, insinceros, su farsa no es otra cosa que combustión discontinua, chisporroteo de triviales embustes. De ahí la lisonja reptiliana, la adulonería rastrera, el servilismo denigrante. Esto es la muerte vertical del hombre, que se endereza y se mueve, pero que permanece espiritualmente acostado. Ellos seguirán a pesar de todo, abrumándonos con sus sandeces, con sus ocurrencias sin densidad, con su monotonía desesperada. Son formas yacentes, con menos grandeza que las estatuas, porque no estremecen como creaciones del genio, sino que deprimen como hijas de lo casquivano y de lo frívolo. Lasso de la Vega adelantó en medio siglo su adivinación sobre la desesperante oquedad del hombre moderno. Versátil y sonoro, no podía ir muy lejos en su liviandad de cáscara. Sonoro, porque hueco. Liviano, por falta de contenido espiritual. La ausencia de disciplinas clásicas acabaría por minar las bases de la personalidad humana. Imposible contener el derrumbamiento mientras los ejemplares de nuestra raza no dieran en renovarse por dentro. No cautivaría Lasso por su humanismo insatisfecho, ni por su lógica sin misericordia. No nos seduciría como poeta de emociones inesperadas, ni como místico frustrado por obra del Diablo. Tampoco nos arrastraría en el vértigo de su pasión revolucionaria y quijotesca en acecho de imaginarias injusticias. Lo sugeridor en su obra es la fisonomía casi divina del hombre con todas sus miserias, del hombre en su integral comprensión de sí mismo y del mundo que lo rodea. Es la idea, no de mitológica perfección, sino de algo más asequible a la especie, de eso que los pensadores alemanes designan con el nombre de *vollständigkeit*, y que podríamos traducir algo arbitrariamente por *completidad*. Sería la lucha por la integración humana con los valores próximos o mediatos, la realidad del sencillo principio de Goethe, con una naturaleza que no es núcleo ni corteza, sino todo a la vez, *weder Kern noch Schale, alles mit einem Male*. Verdad de luz ofuscante que revivió en el pensamiento de Lasso de la Vega, y que, precisamente por eso, por ser enceguecedora, sus contemporáneos no le dieron la debida importancia. Peñasco inflamado que lanzó hacia el porvenir, y que ahora nos alumbra con la frescura de los amaneceres. Es

que Lasso de la Vega encubría con sigilo sus ardorosos fulgores internos bajo el cilicio de los penitentes. Ocioso explicar su coyuntura con escolios aclaratorios. El único español de verdadero genio que, desde los tiempos de la conquista, atravesara como un meteoro por nuestras tierras rioplatenses, guardaba avaramente los secretos de su propia vida. Aún aquellos que frecuentaban su trato cotidiano sabían muy poco de su turbulenta historia. De ahí que para las generaciones futuras, su imagen tendrá algo de mito impenetrable, y el río de su leyenda, cada vez más impetuoso, correrá parejo con las fantasmagorías que la posteridad inventó para François Villon.

☆

Algunos años habían pasado después de la muerte de Lasso de la Vega. Hallándome en Sevilla, donde di con alguna gente de su parentela, me informaron que Carlos Reyles recorría la capital andaluza, cuya milenaria fascinación volcara más tarde en una de sus más bellas obras. Me puse de inmediato en contacto con nuestro cónsul, D. Segismundo Lope de Rueda, un viejo sevillano que, por su nombre y su apostura, parecía escapado, con todo el atuendo, de la cabeza de Tirso de Molina, del mismo modo que Pallas Atenea surgiera del cráneo de Zeus. El verboso y grandilocuente D. Segismundo dió sin esfuerzo con el paradero de Reyles. Un vericueto urbano que desembocaba a pocos pasos de la calle de las Sierpes, repleto de macetas floridas, y donde el sol llegaba hasta las losas de pavimento. Ahí una moderna posada, radiante de alegría, era el refugio del futuro autor del **Embrujo**. Hasta su retiro llegaba el bullicio de esa arteria del jolgorio sevillano, que es la calle de las Sierpes, con sus inefables seducciones y asendereados devaneos, que hacen de ella una cosa viva y con lenguaje propio. No muy distante se hallaba el lugar donde, por el siglo XVI, había sentado sus reales el giboso maese Pedro, que no era otro que el francés Pierre Papin, célebre por la referencias del autor del **Quijote**. Según nuestro amigo Rodríguez Marín, incomparable escudriñador del pasado sevillano, maese Pierre tuvo una tienda de naipes entre la esquina de la Campana y la calle del Azofaifo. Las reminicencias del **Rufián dichoso**, mezcladas a las aventuras de aquel señor cervantino de las baronías de Utrique, daban

al pequeño local, perdido en la legendaria ciudad fundada por Hércules, un sabor extraño de amargo plebeyismo, salpicado con los lises de oro de una austera nobleza. Toparse con Reyles en Sevilla, fuerza sería hablar de Lasso de la Vega. Lo había conocido durante la revolución, cuando se allegó a su estancia al frente de un escuadrón de desarrapados. Aquella gente, doblada por la fatiga, con los caballos manchados de barro hasta las orejas, con la bayeta de los ponchos descolorida por la intemperie, parecía más bien una banda de forajidos que soldados del orden. El altivo ganadero, maestro señorial de la hospitalidad, encarnada en un gran señor de las letras, acogió a Lasso de la Vega como a un amigo. Pasaron el resto del día y parte de la noche, olvidándose de las rencillas y miserias del momento. Hallaron terreno común para la plática. Un parentesco espiritual en el camino de la euritmia clásica. Se sintieron hermanados en Horacio y Virgilio. Mientras afuera rugía el vendaval de la guerra fratricida, el viejo fogón criollo de la estancia de Reyles, se iluminaba al mismo tiempo con los resplandores eternos de la cultura antigua. Lástima que hayamos perdido este maravilloso contrapunto, porque Reyles se había olvidado de sus detalles o no quería recordarlos. Diálogo intenso, en verdad, entre el andaluz arrastrado por una aventura de gauchos, y este hidalgo rural, de estirpe nativa, con alma de sevillano y de toreador. Y, conversando sobre la tierra lejana, y hablando de Lasso, recorríamos pausadamente los tortuosos callejones de la madre Hispalis, atravesada aún por los restos de las milenarias murallas de Julio César. *Condidit Alcides. Renovabit Julius.* ¿Qué misterioso encanto nos seduce en esta urbe de duendes inasibles y de embriagueces resplandecientes, donde se pasa con inaudita brusquedad del ruido ensordecedor a un silencio de claustro?

Para cantar tu ruido,
que repique la Giralda;
para cantar tu silencio,
repiquen toda las almas.

Así dicen los hermanos Alvarez Quintero. Y eso que no han percibido tal suerte de silencio como lo sentimos los extraños. Para nosotros, es más bien recogimiento denso, cargado de ideas, pesado de extraordinarias adivinaciones, pero también

ligero de ensueños. Reyles había comprendido esta verdad. Nadie como él que conociera mejor a Sevilla. Y entre otras cosas, no se le escapaba la tradición hipocrática de los Lasso de la Vega. El nombre del abuelo de nuestro héroe aparece en una de las calles de la ciudad, entre una legión de médicos ilustres como Oropesa, Monardes, Hidalgo de Agüeros y Zamudio. Aunque sus puntos de partida habían sido distintos, Lasso y Reyles llegaron a lugares idénticos. Se parecían en la recia concepción hispánica de la hidalguía, por su coraje personal ante la mentira, por su desprecio no disimulado de lo mediocre, por el culto parejo de la fe y de la duda. Afinidad aún mayor en la visión realista del mundo, que hemos abarcado en la obra de nuestro sevillano, y que en Reyles culmina con las páginas de sólida trabazón de **La muerte del Cisne**, cuyos toques de impiedad y de lirismo se adentran en la misma lógica de la vida. Singular paralelismo entre figuras tan disímiles como la del poeta bohemio, vagabundo, armonioso por dentro, desaliñado por fuera, y el artista de señorío, el amo de haciendas y peonadas, que sabe a la vez de rusticidad y de elegancia. La vida que llamamos real se refleja sin duda en nuestro espíritu, pero lo cierto es que la imaginación crea también realidad. Cierta tarde Reyles me mostró, en la calle de los Francos, una casa baja, de fachada casi derruida y los ventanales tapiados con argamasa. Según me dijo, era allí mismo, de acuerdo con la mejor tradición sevillana, donde tenía instalada su barbería el famoso Fígaro modelado por Beaumarchais, y sobre cuyas andanzas se inspirara Rossini en el siglo siguiente, para escribir su música inmortal. Porque no hay allá piedra sin leyenda. Transitar por la calle del Ataúd, es acordarse de Miguel de Mañara, que vió cruzar su propio entierro, dando origen a la historia de Don Juan. ¿Y la del Hombre de Piedra? La imaginación andaluza ve todavía en el vacío de la calle la estatua en que se convirtió el maldito hereje cuando pronunció su blasfemia. No se puede pensar en el fantasmagórico "amador de la muerte" sin recordar el misterioso corredor enlosado, que lleva el nombre del arcediano de Carmen. En Sevilla la leyenda y la historia son inseparables. De ahí lo difícil que le resultara a Lasso de la Vega distinguir lo que había vivido de lo que había soñado. Una lápida de escritura escueta, empotrada en los muros de la cárcel real, nos advierte que estuvo preso dos veces Miguel de

Cervantes, primero en 1597, y luego en 1602. Y el viajero desprevenido fantasea también en torno al manco inmortal que, allá adentro, en la soledad del presidio, forjara el más grande de los sueños. Si la vida no constituye más que eso, en el entender de Calderón, tienen razón los sevillanos en seguir soñando, ya que su historia, como realidad viva, es el más bello y fascinante de los poemas. Hasta el ya citado **Amador de la muerte,** el apuesto canónigo de Sevilla, Mateo Vázquez de Leca, que no tenía de andaluz puro, puesto que descendía de un linaje de Córcega, al igual que Bonaparte, era un prisionero del dominador paisaje geográfico. Individuo del consejo supremo de la Inquisición, reveló los instintos de *vendetta* corsa. Lo denuncia su saña contra Antonio Pérez, de quien fué el más tenaz perseguidor, cuando éste perdiera su privanza ante Felipe II. Mientras persistió el valimiento real del desdichado secretario, el arcediano fué dócil y obsecuente. Pero todo cambió con el relámpago malhumorado del sombrío monarca. Sin embargo, ni la fría crueldad ni el refinado servilismo de Vázquez de Leca, le vedaron la dicha intelectual de verter sutiles pensamientos en sus "cartas de mucha edificación" para desengaño de las honras mundanas, lo cual hace pensar en aquello que nos dijera Valle-Inclán, no sabemos si en broma o en serio, que *la Inquisición también tenía su estética.* No veríamos en ello, después de todo, más que la milagrosa agilidad espiritual del sevillano para pasar de la luz a la sombra. Leyendo al tétrico enamorado de la muerte, no sería necesario penetrar en el Hospicio de la Caridad para presenciar el castigo de las vanidades de este mundo frente a las telas terroríficas del Valdés Leal. El artífice anónimo que burila encajes en la madera; el que hace florecer el hierro, entre finas rejas, con seducciones de camafeo; el que infunde a la dura piedra un vuelo incorpóreo; el que se arrodilla junto a su obra, con fervor de plegaria, como los enigmáticos ceramistas de Triana, todos ellos llevan muy adentro un Montañés atormentado de perfección, o un Murillo consumido por la lumbre del éxtasis. Reyles nos recordaba que había lidiado toros en corridas de afición. Y no asombra que a un ganadero épico como él, abierta su alma criolla a la belleza de los rebaños cerriles, lo devorase el embrujo de Sevilla. Pero extraña mucho menos que un andaluz como Lasso de la Vega, que conoció y amó la tierra de los gauchos, sintiese ese

mismo embrujamiento, pero tocado con las desgarradoras melancolías de la nostalgia.

☆

Una noche, después de la cena, salimos a vagar por Sevilla con un pequeño grupo de prohombres de la ciudad hispalense, que se ofreció para acompañarnos. Tocado de un sombrero de alas anchas, con su chaqueta corta, ágil, nervioso, flexible, Reyles parecía más servillano que los sevillanos auténticos. Discurría con elegancia sobre el carácter de los pobladores, recalcando la sugestiva aleación psicológica, amasada con reflejos del paganismo y de mística cristiana. Lógico hasta en sus desvaríos, el ejemplar tan caro a Lasso de la Vega, le parecía hecho de una sucesión de sinceridades contradictorias. No había, pues, ni hipocresía ni desdoblamiento, sino cadena de vivos antagonismos, cada uno de cuyos eslabones formaba una personalidad distinta.

—¿Sabe usted por qué el pensamiento del sevillano es tan vario y cambiante? —interroga Reyles, mientras nuestros lentos pasos nos traían en la silenciosa noche de Sevilla un eco fantasmal, como la conciencia de sus callejones milenarios. Sencillamente, porque discurre con imágenes. Piensa con rapidez increíble, y cuando llega el nuevo cuadro mental, que lo asedia con febril urgencia para nacer, se olvida del que ha quedado atrás. Por ello es que aparece como contradictorio para el hombre superficial. Observe usted que el sevillano actual, cualquiera, sea la clase a que pertenece, ve todavía en la calle del Candilejo al rey D. Pedro ejerciendo la piedad a su modo, siempre trágicamente, y ve al cruel o al justiciero, según sus gustos, frente a las cabezas cercenadas de los altos personajes del clero o de la nobleza.

Y luego, después de breve silencio, agregaba con fina ironía:

—Los espectros del pasado poseen en Sevilla carta de ciudadanía. Si vivieran en nuestra tierra, se hallarían reconocidos por el registro cívico, y hasta votarían en las elecciones...

Los sevillanos que nos acompañaban reían estrepitosamente, mientras Reyles proseguía su pausada marcha. Apenas si una leve sonrisa iluminaba su rostro impasible. Caminábamos ahora dentro del barrio encantado de Santa Cruz. Por las callejas dormidas, sin más ruido que el resonar de nuestros pasos, co-

rría una fresca brisa con perfume de azahares. Arriba, entre las rejas, mazos de claveles flanqueados de rosas diminutas, y luego flores en profusión, flores típicamente sevillanas, malvalocas, marimoñas, flamenquillas, cuyo aliento enervante nos envolvía como una caricia. Encajonado entre los miradores, fluía un río de cielo, arrastrando estrellas. De las paredes almenadas de encajes, como fortalezas de voluptuoso recogimiento, con balcones discretos como confidencias, parecían colgar los luceros. Diríase que uno podría tocar con la mano las radiantes maravillas del universo. Nada hay tan sugeridor de misterio como la profundidad de una noche sevillana. Y se comprende entonces la natural propensión del nativo a mezclar lo divino con las miserias de la tierra. Nada más lógico que la sombra empurpurada de D. Fadrique, vague aún, con sus heridas húmedas, por los aposentos del regio Alcázar, escapando a los arrebatos criminales de su inexorable perseguidor, cuyas manos huelen todavía a sangre como las de Lady Macbeth. ¿Hay, por ventura, en ello algo de extraño? ¿No florecen en nuestros días los rosales que en la fundación de la Caridad plantara hace siglos Miguel de Mañara, el mismo que diera pábulo a falsas leyendas de amor y de muerte? Una saeta "a la más guapa de las vírgenes" parecía profanación en cualquier parte del mundo que no fuera en Sevilla. Pero no hay sacrilegio en el holocausto. Porque el sevillano ama con fiebre dionisíaca, rayana en la locura. Su atávico politeísmo, heredado de la Roma imperial, no le ha desvanecido el camino de la verdadera cristiandad. Si la de Triana, con sus secuaces, se pone frente a frente a la Macarena y su corte de fanáticos, es porque ambas imágenes poseen militancia política, que es religión de los sentidos, el patriotismo de barrio, sublevado por caudillos que viven fuera del tiempo y del espacio.

☆

Habían sonado las tres de la madrugada y aún andábamos vagando, envueltos en la fascinación de la noche sevillana. No recuerdo cuántas veces pasamos y repasamos la puñalada de plata del Guadalquivir. Reyles permanecía silencioso, abstraído en la contemplación del milagro nocturno. Nuestros compañeros andaluces, en su verbosidad meridional, jugaban con su

erudición del pasado. Veíamos a los primeros exploradores en las barcas fenicias penetrando por el río; los griegos y romanos, más tarde, construyendo altas torres y cercos de murallas; los visigodos, los normandos, los sarracenos... El desfile de imágenes llegaba hasta la invasión napoleónica. Improntas de razas diversas, por todas partes, desde la primitiva Hispalis, citada por Strabón, la Ixbilia de los árabes, hasta los ejércitos del mariscal Soult. No detenía su abundosa charla la visión magnífica de la catedral, con su puerta del Perdón velada de sombras, ni el espectáculo maravilloso de la Giralda, espolvoreada de estrellas, ni el joyel cincelado de la Torre del Oro, lanceando la noche con puñales de diamantes. De cualquier manera, fatigados del cuerpo, aunque no de espíritu, fué aquella una noche inolvidable. En nuestro camino de regreso al hotel, casi al rayar el alba, cruzando la calle Tetuán, tropezamos con tiestos cargados de claveles rojos, sanguíneos, húmedos por el rocío de la madrugada. En la dulce penumbra era como manchas negras, de donde emanaban llamaradas invisibles de aromas, invitando al sueño y al ensueño. Enteré a Reyles del mandato de aquel gran sevillano, cuyo cuerpo dormía para siempre en nuestra tierra. Fuí el primero que me incliné sobre las macetas y puse mis labios en las frescas corolas. Después vinieron Reyles y nuestros acompañantes andaluces a consumar la secreta oblación, como si el alma inmortal de Lasso de la Vega, cual algo sutil y volátil que nos apretujara con su fragancia, hablase por el hálito arrebatador de los claveles hechizados. Todo pasó sin solemnidad, entre la gracia gentil y discreta de los sevillanos. Acaso esta hora de unción fué turbada por la voz socarrona de Carlos Reyles.

—Homenaje tardío, indudablemente — dijo sonriendo—. Pero de cualquier manera, esto quiere decir que aquí hay personas en quienes se puede confiar, aunque sea a largo plazo...

Pasaron muchos años. En mi recuerdo veo aún a Sevilla desperezarse entre las primeras luces del día. Los artesanos y los obreros empezaban a moverse entre canturreos, mientras los últimos trasnochadores, graves y somnolientos, escurriéndose junto a los muros, se restregaban los ojos para despabilar su naciente modorra. Aquel minuto eucarístico, con su humilde liturgia, que envolvió con su sencilla gracia el recuerdo de Lasso de la Vega en su propio solar nativo, fortalece nuestra con-

fianza en el destino humano. Y ahora, más que nunca, cuando el hombre está necesitando el ideal que le devuelva su fe en la vida. Una chispa de la formidable hoguera de inmolación y de apostolado que fué la hispanidad de los descubridores. No sólo tierras inmensas, con sus valles, sus ríos, sus selvas, vinieron a su anhelo, sino también almas. La hegemonía espiritual de la España eterna fué más duradera que su sed de imperio. Y el ciclo americano de Lasso de la Vega es uno de los vivos ejemplos de persistencia hispánica entre aquella generación decepcionada que vió, con el episodio de Cuba, resquebrajarse definitivamente una de las más grandes arquitecturas coloniales de la historia. No podría decir si en sus meditaciones solitarias, el pensamiento de Carlos Reyles siguió un curso parecido. Pero cuando volví a encontrarlo, poco antes de emprender su gran viaje sin retorno, platicamos, naturalmente, sobre Lasso de la Vega. Fué en Pocitos, en la casa de nuestro dilecto amigo y fino artista Alberto J. Reborati. Me confió entonces que la imagen de aquella recorrida nocturna de Sevilla era uno de los recuerdos más gratos de su vida. Reyles hablaba como de algo remoto, con sonrisa triste y fatigada. Diríase que la noche plácida de la muerte, tan dulce y mitigadora de angustias, como aquella otra de Sevilla, empezaba a envolverlo. Y se iría con él, entre jirones de sombras y de luz, para arrastrarlo consigo a la bienaventuranza sin manchas de la eternidad. Y era así, por desventura. No había nacido todavía el año fatal de 1938 ni despuntaba aún la verdadera gloria, ese sol de los muertos de que habla Balzac. Pero el destino había trazado su mandato, y estaba escrito que en el ambiente acogedor y cordial de aquel hogar amigo, sería la última vez que debería encontrar al soberano creador del **Embrujo de Sevilla.** Mientras escribo, mi pensamiento vuela hacia Reyles y Lasso de la Vega, quienes, habiendo discutido siempre por apreciaciones de superficie, se sentían reciamente hermanos en las zonas de profundidad. Al mismo tiempo, evoco también el recuerdo de Reborati, cuya afectiva hospitalidad nos permitió dialogar como otrora, después de quince años en que andábamos por el planeta sin habernos encontrado de nuevo. La leyenda que fascinara a Reyles, había desgarrado a la vez, con hondos zarpazos de nostalgia, al bohemio errabundo, que soñara baladas quiméricas bajo nuestro cielo. Lasso de la Vega, embrujado por la distancia, vivía en

aquella dimensión que sumergió a Vespucio en sus aposentos de piloto mayor que fueron la primitiva casa de Indias. Ambiente todavía tibio por la inmarcesible memoria del audaz florentino, cuando Díaz de Solís le sucediera en la adivinación de las rutas mundiales. Y Solís, después de ensayar el velamen en las auras del Guadalquivir, eligió una diócesis de Sevilla, en la provincia de Huelva, el inmemorial Leptis, conquistado y vuelto a perder en el flujo y reflujo de la guerra civil entre César y Pompeyo. Es ahora el puerto de Lepe, donde Solís va a tentar al Diablo. Es necesario apoyarse para dar el gran salto. En su ansia de descubridor, un hilo invisible lo ata a nuestra costa rioplatense. Un desdoblamiento astral de la ciudad que contempla la partida para lo ignoto, ordena esta vez el hechizo andaluz de su destino. Y en el mismo año de 1516, cuando Solís cae acribillado por las flechas de los charrúas, viene a abatirse sobre Lepe una terrible y misteriosa epidemia que diezma casi a la totalidad de sus pobladores. El hilo, estirado y tenso, se rompe en América, y de rebote cae como latigazo de muerte sobre el pueblo que, en el otro extremo de la tierra, lo sostiene con el embrujo de la esperanza.

☆

¿Cuál era *la verdad* para Lasso de la Vega? Este escéptico de hondura va, lógicamente, más allá de la ilusión física de Argensola. Vemos cómo restalla la duda involucrada en la gracia irónica de sus páginas sobre **El Simbolismo,** donde el pretendido modernista crea su fingimiento de arte. Todo ese esfuerzo no es otra cosa que maniobra estratégica para ocultar el amaneramiento en función de pedantería. Engullidores de teogonías, mitos y paráfrasis, llama Lasso a esta furiosa mesnada, en la cual no están ausentes, empero, ni las bellezas ni los chispazos del ingenio. "Ingiere en su enorme buche, escribe, todos los trebejos de antaño, y como la paloma al pichón, nos lo devuelve luego a medio digerir". El simbolismo tiene, según Lasso, un alma histérica, *despedazada como el cuerpo de Osiris.* Es una sucesión de regüeldos épicos "con el olor a las algas marinas que Venus y Neptuno conservan en las olas del Egeo". No era nuestro héroe un buceador de almas al estilo de Dostoiewski. Pero sabía de derechuras en lo hon-

do del subconsciente, y tornaba a la superficie moral, húmedo de ideas traslúcidas, con manojos de atroces inquietudes. Hasta el tacto que "palpa morbideces divinas o sensuales, percibe la suavidad del bálsamo, o resbala sobre el óleo que impregnó las sienes, al caer de las lámparas sagradas pendientes de la eterna bóveda". Se burla de las visiones enfermizas que se rechazan entre sí, enlazadas a la fuerza, y que *protestan del contubernio a que se les obliga.* Y luego torna a caer en las bellas quimeras de teólogo tronado por especulaciones demasiado atrevidas, cuando afirma que, si algo impera, es el eterno ensueño del asceta. El misticismo lo embriaga de nuevo, "con variantes más o menos monacales", como dice en tono jovial. Escucha de nuevo entre los susurros del arpa eólica, gemidos de salterio cristiano y el ronco silbar de la flauta de Pan soplada por los devotos del paganismo. En esta mezcla de fervores gentiles y de piedad evangélica muestra la fidelidad a su linaje de Andalucía. La desviación idólatra no le impide añorar, en medio de la desenfrenada sinfonía orquestal, el brazo macerado del cenobita "que recibía el pan de entre las garras del cuervo y cabalgaba en lomos del hipocentauro". Vuelve a insistir sobre la monotonía fatigosa que domina la inmensa variedad de los panoramas, "que cautiva primero, rinde después y narcotiza por último". Lo que quiere Lasso de la Vega es ligereza helénica, euritmia, claridad. Rechaza el simbolismo obscurantista como religión de tinieblas. No desea que el cantar, por más celeste que sea, pueda repetirse constantemente sin permitir la entrada a ninguna otra armonía. Ni ahogarse en la pura forma ni abusar del símbolo como disfraz de ideas ausentes. Un saludable alejamiento de estos inconoclastas pastores de esfinges, le permite pisar terreno sólido y lo vuelve a poner sobre el recto camino de la certidumbre. Pero ¿cuál es la verdad para Lasso de la Vega? ¿Dónde hallarla sino en las terribles noches de insomnio, cuando, según su expresión, el alma se queda sola y, doliente, suspira?

Entre el son rumoroso del viento
pensé que vibraban acordes de lira,
y una voz misteriosa y extraña
muy quedo, al oído, me dijo: "mentira".
vi radiar el fulgor que circunda
la faz adorada que amante nos mira,

y de nuevo la voz misteriosa
muy quedo, al oído, me dijo: "mentira".
Expandióse en redor de mis sienes
el himno que ensueños gloriosos inspira,
y de nuevo la voz misteriosa
muy quedo, al oído, me dijo: "mentira".
Envolviéronme risas, deleites,
la crápula, el vino, la ardiente hetaira,
pero siempre la voz misteriosa
sonaba en mi oído, diciendo: "mentira".
Solamente en las noches de insomnio,
cuando el alma doliente suspira,
cuando llora con hondo gemido,
la voz misteriosa no dice: "mentira".

Hay en estas estrofas algo del dolor vagabundo de Heine y la escéptica amargura de aquel otro andaluz de sangre germánica que fué Bécquer. Porque la ilusión del insomnio no es otra cosa que verdad mutilada. Esa clase de vigilia incompleta se nutre de la sombra del sueño. Es fantasía engañosa y falsa. La gracia sedante de ὕπνος en el que los antiguos griegos reconocieron a la hermana menor de la muerte. Por consiguiente, ella encarnaba una certeza a medias frente a la otra eternidad que es la verdad absoluta y total de la sombra. Lo miserable, lo triste, es negarse a admitir la necesidad irremediable de esta via crucis de experiencia. Para llegar a la meta, será necesario aprender, y no habrá sabiduría posible sin pasar antes por la ruta fragosa del aniquilamiento. Y Lasso de la Vega, como todos los grandes espíritus, se consumió para irradiar su luz a los otros. Vivió peligrosamente, como esos extraños pobladores de los volcanes, que construyen su casa en la vecindad del cráter, y que vuelven a levantarla de nuevo después del cataclismo. Y como ellos ,encontró su optimismo entre las cenizas. Batalla tenaz de hormiga, lucha obstinada y admirable contra la fatalidad que arrasa las realidades y las ilusiones. Con la luminosa sencillez de la gente de trabajo, me declaraba un viejo guarda de tranvía, ya fallecido, y que frecuentaba su trato:

—¡Hombre formidable este Don Leoncio! Era como un rosal en flor, siempre generoso, que se dejaba despojar sin protestas, humildemente. Nos daba todo sin pedirnos nada,

ni siquiera el voto, porque no hacía política...

Es que Lasso de la Vega era, sobre todas las cosas, un enamorado del riesgo. Le disgustaba la farsa electoral, en base de fingidas promesas, pero no la política. Huía de la asfixiante mentira, como se sale al aire libre de un cuarto lleno de humo. En cambio, la guerra de 1904, que fué también expresión banderiza, pero con acentos de trágico peligro, lo encontró en su puesto en la línea de fuego. Amigo de Carlos Roxlo desde la juventud, había defendido su arte viril y romántico contra legiones de jóvenes delicuescentes, que hicieran del decadentismo a la moda una práctica de afeminamiento, con sus palideces cloróticas y neurastenias de invertidos. No se trataba de arrojarse con pasión devastadora contra lo que había de genial en la obra de los nuevos maestros, tal como en el año 1893 lo hiciera Max Nordau en su célebre **Dégénérescence**. Lasso de la Vega embestía contra los serviles repetidores que, en fuerza de imitar, no pudiendo remontarse hasta la cumbre de las virtudes, se conformaban únicamente con los defectos. Y todo marchó sin nubes entre él y Roxlo hasta que riñeron por una cosa insignificante, tan nimia y ridícula como lo era una distinta interpretación estratégica sobre el combate del Paso de los Carros. Para sacar de quicio a su adversario, Lasso de la Vega usó de la bravata mosqueteril, pero esta vez con intención de lidiador sevillano. Era el jinete que rejonea en las tardes de tienta con el objeto de embravecer al toro y probar su fiereza. "Sólo sé decir que yo me hallaba en medio del Paso de los Carros, con la carabina humeante, al lado del valeroso comandante Dufrechou", escribía desde **El Día**. Y agregaba, en ardiente tono polémico, que también estaba allí Roxlo, "pero debajo de los carros, escribiendo su testamento político". El lance que siguió a esta racha de humorismo tuvo también rasgos de impagable comicidad. Según nos contara el mismo Dufrechou, que asistió a Lasso en calidad de testigo, los adversarios se encontraron sobre el terreno en una cálida y tempestuosa mañana de verano. El firmamento, cargado de pesadas nubes negras, presagiaba borrasca. Los relámpagos iluminaban la escena. Arriba, huecos color violeta, rodeados de siniestras sombras. Los truenos parecían rodar desde la lejanía, hasta detenerse y reventar sobre la cabeza de los circunstantes. Había que

apresurarse a cambiar las balas reglamentarias antes de que estallara la tormenta. Lasso, la pistola empuñada, el ala del sombrero levantada sobre la frente descubierta, y mostrando su inolvidable chaleco blanco, se volvió hacia sus amigos.

—Esto me recuerda el último acto de **Rigoletto.**

—¿Por qué?

—Porque hay *una tempesta in celo e un omicidio in terra.*

Ya prontos para disparar las armas, el director del lance le intimó a que se levantase el cuello y se cubriera el chaleco blanco. Lasso señaló, indiferente, a Roxlo, y haciendo un juego de palabras sobre la opinión política de su adversario, exclamó:

—¿Y para qué debo ocultar mi chaleco? ¿Acaso él no es **blanco** desde la cabeza hasta los pies?

Realizados los disparos de práctica, se le invitó a olvidar el pasado y extender fraternalmente la mano a quien hasta ese momento había sido su amigo. Lasso meneó la cabeza, cual si discutiera consigo mismo.

—No quisiera oponerme —exclamó— Pero no se debe olvidar que hemos venido acá en nombre de una divinidad cruel y sanguinaria que se llama la Sociedad. Y esa diosa no estará conforme hasta que haya sangre al pie de sus altares... Así que lo más lógico sería volver a empezar...

Lasso amenazaba seguir con su *in promptu* oratorio. En ese preciso instante el temporal descargó su soberana cólera con torrentes de lluvia, dispersando a duelistas y padrinos. Y aquella situación que quería ser dramática, se disolvió entre densas cortinas de agua. Final tan desairado hacía reir de buena gana a Lasso de la Vega, cuando, años después, recordaba el episodio:

—Para ninguno de los que arriesgábamos algo en ese momento, fueron las balas de alguna importancia. Mas, en cambio, corrimos a buscar reparo en cualquier parte contra el endemoniado chubasco que nos calaba hasta el tuétano. El Diablo intervino a tiempo para rematar aquella farsa, acabándola con su arma más oportuna: el ridículo.

☆

Mezclar la impiedad a las cosas sagradas, y creer furiosamente en ambas, es el secreto del alma meridional. Hasta en la blasfemia del andaluz hay una intención piadosa. Es el

latigazo tónico, llamado a enardecer a las divinidades demasiado indolentes en la manifestación de sus milagros. Y esto lo sentía, con medrosa hondura, Leoncio Lasso de la Vega, pues veía un estilo original de fe en esa manera de sacudir la pereza clásica de su pueblo. Porque el misticismo no es en el fondo otra cosa que la expresión natural de un modo propio de comprender la eternidad. Cada símbolo del fervor popular absorbe las virtudes y los defectos del medio social en que se halla sumergido. Hasta las inocentes injurias quedan allá, marcadas como estigmas, y no habrá nada que pueda borrarlas, ni las abluciones ni las jaculatorias. La tan mentada pereza de la gente andaluza no contiene ningún estado de postración, sino deleitosa labor artística. Su tradicional indolencia posee algo de síntesis contemplativa y de goce estético. Las manifestaciones de la naturaleza hablan un lenguaje que solamente el andaluz comprende. Son pensamientos que fluyen a su corazón y que devuelve a los otros místicamente saturados por nieblas de arte. Su unidad voluntaria manda sobre los sentidos y sobre las cosas. Vemos en los maestros representativos de su religión y de su estética cómo el andaluz recompone dentro de sí mismo todos los fragmentos contradictorios de la realidad, para luego lanzarlos hacia afuera, reflejados en la proyección de una sola imagen. Su raíz histórica es honda y remota. La marca recia de volición se anuncia ya en Isidoro, cuando observa los surcos y canales que, en el brocal del pozo, había dejado la soga. Esta huella de persistencia conmovió al humanista hispalense. ¿Puede la soga acabar la piedra, reflexionó, y hacerle señales por la continuación, y no puede la costumbre de continuo estudio ablandarme a mí e imprimir en mi ánimo la ciencia y la doctrina? Lasso de la Vega no podía escapar a la ley de su estirpe, cuando se rehusaba a ver en el estudio vano entretenimiento para colmar los toneles vacíos de la desocupación o del ocio. Tampoco era pasatiempo de despreocupado, sino lenta y pesada mortificación. Disciplina, autocrítica, y, más que todo, angustia sudando esperanzas. Si a algo podría comparársele sería a llanto de tierra herida por la reja. Dolor que luego, en la hora de las mieses, se cambia por la alegría del fruto. No es distinta la sonrisa del andaluz que también brota de un hondo tormento. Pero habría que ir más allá todavía,

ya que no se vive solamente de cosas terrenas. La criatura humana necesita alimentarse de lo invisible, porque tiene también hambre de eternidad. Y es fuerza para ello consumir imponderables y mantener constante relación en el mundo de lo irreal. *Credo quia impossibilium, credo quia absurdum.* Lo utópico significa vida interior tanto más densa cuanto más difícil de concretarse. Porque hasta lo irrealizable es también realidad para el pensamiento. Un hilo misterioso parece unir fuertemente, a través trece centurias, a Lasso de la Vega con el insondable santo sevillano. En sus ensayos sobre la predestinación y la gracia, en sus estudios sobre las virtudes teologales y la conversión de los pecadores, diríase que Isidoro se refiere al hombre moderno. No parece que hubiera corrido tanta agua bajo las arcadas del Guadalquivir. Aun en sus escritos más abstrusos, como aquéllos sobre el juramento y la mentira, cuando enseña a evitar las asechanzas de Lucifer, hay algo siempre aplicable al mundo actual, cuya complejidad ha contribuído a aumentar los peligros que nos rodean durante la vida. De cómo sorbió por vías misteriosas el alma incandescente de Sevilla, sería osado afirmarlo. Lo cierto es que él nos recuerda a Lasso, y que Lasso nos retrotrae a los primeros siglos cristianos, ya que todo parece un juego trágico de redondel, hasta su latín bárbaro, donde la humilde voluntad del hombre por dominar a la fiera que lleva adentro, es la misma lucha desconfiada del filósofo, la mística de hierro para vencer a los genios del mal que vienen de afuera. Y nadie podrá negar que el perpetuo torneo carece de armonía. En el ruedo, en el taller del escultor, en la celda del monje, atestada de amarillentos infolios, bullen estímulos de profundidad, de color, de poesía. Es que hay en el fondo del arte andaluz la obstinación por sublimar las cosas vulgares. Espiritualizar nuestra espinosa ruta es la ejecutoria de su vocación. La vida sale divinizada de esta contienda permanente contra las amenazas y las realidades de las tinieblas. Desde el siglo VII, con la santidad humanística de Isidoro, hasta el siglo XX, con la santidad de sangre de García Lorca, y el lejano eco de Valéry con raíz andaluza en Juan Ramón Jiménez, la misma preocupación angélica por levantar hasta el cielo las miserias de la tierra, las cuales, tocadas por sus manos milagrosas, se trasmutan en valores de eterna belleza. Existen sin duda fuentes subterráneas,

eternas, que impregnan a cualquier raza con su vida extrañada. Son los plasmas atávicos, hondos, furtivos, inseparables de la geografía. Lo vemos en el cordobés Lucano. Hasta los estrambotes de su fantasiosa versificación latina denuncian la raigambre creadora y genital de la estirpe bética.

☆

Si había alguna pizca de orgullo en el fondo de la humildad ingénita de Lasso de la Vega, era su convencimiento del mérito diuturno de la gente andaluza, la virtud escondida que traspasaba victoriosamente las peores y más falsas interpretaciones. No sólo sabía intuir la realidad, sino abstraerla. He ahí el gran secreto de su arte y de su filosofía. No se puede ser artista si no existe capacidad de representación. El andaluz ejercita sus condiciones innatas de ensimismamiento y aprende a separar mentalmente. Porque ensimismarse ya es verse en su propia función creadora sin que lo vean los demás. Me acuerdo que de muchacho me divertía sobremanera aquella extraña confesión de Berkeley, que constituyó algo así como el nervio vital de sus principios sobre el humano conocimiento. "Si veo a un hombre, escribía, tengo que verlo forzosamente enano o gigante, blanco o negro, pero por más esfuerzos que haga no puedo concebir la abstracción". Si existir era percibir y ser percibido, nuestra existencia dependía de que los otros nos vieran. En cualquier cataclismo que hubiera cercenado al resto de la humanidad, pero dejándolo a él con vida, habría cesado de existir, a pesar de todo, ya que era incapaz de abstracción sobre sí mismo. A esta imperdonable majadería, tan diametralmente opuesta a la genética andaluza de la personalidad, como la entendía Lasso de la Vega, fué lo que se llamó el "idealismo de Berkeley". Existir únicamente con los que nos ven desde afuera equivalía a la no existencia en uno mismo. Dilema de hierro que, al negar lo conceptual del espíritu, arrasaba con todo sentido de realidad. Un cuarto de siglo más tarde, y ya en la madurez, vi con grato asombro retratado mi pensamiento de la juventud en un ensayo publicado en la Re-

vue de **Philosophie** por el P. Garrigou-Lagrange. Esto me hizo pensar de que aquella lejana mocedad, un tanto asendereada por el vértigo de las cosas nuevas, era menos frívola de lo que yo había creído. ¿Y qué decía Garrigou Lagrange? Al descarnar el realismo tomista frente al misterio del conocimiento, nos mostraba cómo Berkeley en su *esse est percipi* contrariaba como inmaterialista al realismo en su sentido moderno, ya que niega el valor real de nuestra percepción del mundo exterior. Y como nominalista, se oponía al realismo en el sentido antiguo, pues se resiste a admitir que lo universal exista o siquiera tenga un fundamento en las cosas que están fuera de nuestro espíritu. Por su parte, Lasso de la Vega tronchaba este nudo gordiano de las antimomias insolubles del alma humana, clasificando a los hombres, no por las ideas que separan, sino por las emociones que unen. ¿Qué nos puede importar lo que hay de intelectivo en la belleza? No nos detengamos a considerar lo que piensa un arroyo que murmura su canto a nuestros pies, ni la mujer hermosa que ignora su propia fascinación, ni el niño que nos encanta con su risa en flor. Un espíritu flagelado por las disciplinas clásicas, como Lasso de la Vega, rechazada la frialdad monacal que nos volvería impasibles ante los seductores orgasmos de la vida. Pero también sabía desdeñar la excesiva blandura, la opaca sensiblería de los seres viscosos, que atisban en el limo como larvas, buscando sin éxito formas enérgicas de expresión para madurar algo que huye sin remedio de su pensamiento. Ni rictus de hosquedad ni sentimentalismos morbosos. Seamos sinceramente amigos, aun cuando discrepemos. Si hay algo aborrecible, ello podría ser la bajeza mental o la mediania. *Eadem velle, eadem nolle, ea amicitia.* He ahí lo que hubiera escrito como enseña de vida Lasso de la Vega. Que nuestro sevillano ponía en práctica su máxima donde descubría rasgos de talento, no puede dudarse. En los momentos de su más furibunda campaña anticlerical, polemizada desde **El Día** con un sacerdote que, bajo el mote de **El Mudo**, replicaba en las columnas de un periódico católico llamado **El amigo del obrero**. Se hablaba de un miembro de la Compañía de Jesús, el P. Castro, con quien había polemizado alguna vez. Se hablaba también del P. Vidal y del

P. Oyazbehere. (1) Nunca conocí el verdadero nombre de este chispeante eclesiástico, lleno de ingenio, cuyas inesperadas ocurrencias regocijaban a su propio adversario. **El Mudo** no se refería a su antagonista sino con el apodo de Lienzo Lisso de la Vieja, prestándole frases y poniendo en su boca desconcertantes paradojas que al propio Lasso jamás hubieran venido a las mientes. Lasso continuó discutiendo con otros sacerdotes en forma oral o escrita. Se hicieron amigos después que se cansaron de dilucidar sus diferencias teológicas. La controversia continuó, empero, en tono más amistoso. Se veían a menudo en cualquier parte, y hay razones para suponer que sólo la muerte de uno de ellos pudo hacer dirimible una polémica que, de otro modo, habría continuado hasta el presente.

☆

Al despuntar del siglo, se reunía todos los martes en un local no muy amplio de la calle Rondeau entre Mercedes y Uruguay, un grupo de personas de buena voluntad. Idealistas, llenos de inquietudes, aunque de distinta fe, discutían problemas tan trascendentales como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Había protestantes como Besson, anarquistas como F. Campos, escépticos atormentados como Lasso, militantes católicos como Eduardo Cayota y Rodolfo Campos Turreyro, eclesiásticos como el P. Oyazbehere y el P. Vidal. Aquella sede de los obreros demócratas cristianos se iluminaba siempre con el grato resplandor de la batalla de ideas entre hombres de insigne nobleza espiritual, desahuciados todos ellos por el sórdido materialismo, cada vez más impetuoso y duro. Y fué allí, bajo el techo de la modesta casa, donde encontraron el solar de mútuo respeto y de serena cultura que les permitía dilucidar sin acritudes sus hondas diferencias doctrinarias. A

(I) *Pedro Oyazbehere falleció en el asilo eclesiástico Larrañaga el día 14 de mayo del año 1928, sobreviviendo en más de doce años a su amigo y contendor. Polemista incansable, con un extraordinario don de simpatía que revelaba a las claras su recio linaje eúskaro. Especializado en problemas obreros, había sido antes secretario particular de Mariano Soler, y luego profesor del Liceo Universitario. La muerte de Lasso lo sumió en un silencio huraño, como si le hubiera faltado de golpe el pedernal que hacía brotar la chispa de su ingenio.*

menudo las discusiones eran tan vivas, que se prolongaban en el café de la esquina hasta altas horas. Los debates se reflejaban a veces fragmentariamente en las columnas de la prensa diaria. En aquella época Lasso invertía las letras de su nombre, firmando sus comentarios religiosos de estilo polémico con el pseudónimo transparente de **Ossal**. Con motivo de un comentario sin malicia de Rafael Barrett sobre el libro de Ruth, aparecido en **La Razón**, se suscitó una controversia acerca de la divinidad de la Biblia entre Besson y **El Bien** por un lado, y Lasso por otro. Apaciguados los ánimos, Barrett intervino de nuevo. No había hecho otra cosa, según él, al restaurar el texto de Ruth, que verificar un hecho consumado, "y presentarlo tal como era ante un público que lee a **Ossal** y no lee la Biblia". Y agregaba: "El libro es sagrado, *no por ser divino —oh! no— sino por ser humano.* Con esto basta para comprender que los artículos del señor Lasso, enderezados a los que divinizan la Biblia, no pueden ir conmigo". Luego tercia en la polémica contra Besson. Y dice que Jesús, tal como la crítica nos presenta lo poco que sabemos de él "no es un personaje de filiación bíblica como supone Besson". Este refuerzo inesperado de Barrett a la beligerancia mental de Lasso de la Vega, se esclarece al fijar el antagonismo entre el Antiguo y Nuevo Testamento, "la noche y el día, con un Jehová racionalista, cruel y vengativo, insaciable de sacrificios" mientras Jesús es cosmopolita, piadoso, contrario al castigo. "Su ley se resume en una sola máxima, escribe. No necesita templo ni ceremonias. Le basta la sinceridad. Nunca tuvieron los sacerdotes peor enemigo. ¡Por algo ellos le crucificaron!" Los dogmas inventados después de Cristo, lejos de apuntalar su verbo de misericordia, conspiran contra la propia divinidad. Es algo que consterna, por cierto, querer hacer obligatoria y destruir al mismo tiempo la creencia de un milagro de salvación que todos sentimos como verdadero dentro de nosotros. Y Barrett le recuerda a Lasso aquella jugosa sentencia de William James: "Cuando una religión se convierte en ortodoxia, pierde para siempre su interioridad. El manantial se ha agotado".

Demeure; il faut choisir et passer à l'instant
De la vie à la mort, et de l'être au néant.
Dieux justes! S'il en est, éclairez mon courage.
Faut-il vieillir courbé sous la main qui m'outrage?

No hay duda que Voltaire ya se había anticipado a ambos en su tan atrevida como infiel tradución del monólogo de Hamlet. Se mostraba más allá de una negación de la humildad que era trasunto de exasperantes vulgaridades: la insólita petulancia de tratar a Dios con el grueso y absurdo acento familiar que se estila con viejos conocidos. Ausencia de silenciosa intimidad, de apacible recogimiento, pero sobraba la inestable y falsa certidumbre de creer que tocamos cuando nos viene en gana la frontera que separa lo humano de lo divino. Sea dicho de paso, Barrett citaba la juiciosa advertencia a los audaces prodigada por el padre domínico Sertillanges desde la revista **La Quinzaine** de la época (junio de 1905) y que reza así: "Todo lo que se puede decir de Dios es falso. Si todo es falso, tanto vale una falsedad como otra, y más vale la falsedad que nos acerca a lo divino, y le haga desempeñar, respecto a nosotros, su único papel: hacernos vivir". ¿Cuál sería la ponderada objeción? Que a Sertillanges le faltó agregar, aunque probablemente lo habría pensado, que entre tantos modos de vida, la única forma auténtica de hacernos persistir desaparece, si se nos quita la densidad de espíritu que inmaterializa y tiende a ennoblecer nuestra pobre máquina terrenal. Las inquietudes teológicas de Lasso no eran problema sin réplica para Barrett. Simbolista a su manera, pero lejos de escuetos descarnamientos o de concisiones algebraicas, Lasso execraba la prosa huera y campanuda, tan favorecida por los impetradores de milagros. El sorprendente equilibrio del estilo, aún en materia religiosa, podía ser tanto ejecutoria de hondo pensar como probanza de buen gusto. Era todo concentración reflexiva, discurrir sin miedo a quedarse a obscuras. No admitía siquiera como signo de estética el castillo cerrado de los místicos, sin más vistas que al firmamento interior. Casi su coterráneo, gaditano de nacimiento, y andaluz por la madre, Barrett estaba maravillosamente hecho para interpretar a Lasso de la Vega, y comprenderlo hasta en sus incongruencias. Por línea paterna se entroncaba con una de las más rancias estirpes de la Gran Bretaña. Entre los miembros de la familia se destacó en el siglo XVIII George Barrett, pintor paisajista y grabador ilustre. Los editores modernos del autor de **Moralidades actuales** han suprimido ingenuamente una t del apellido, queriendo sin duda provocar la artificiosa y forzada dimisión

de su origen británico. Pero Orsini Bertani, que había frecuentado la intimidad del escritor, y que fué el primero en dar a la estampa sus libros, respetó la verdadera ortografía. El nombre de Barrett aparece en varias ocasiones vinculado al de Lasso, unas veces con emoción laudatoria, otras con imperceptible ironía como aquella dirigida al público que "lee a Ossal, pero que no lee la Biblia". No le amilanaba ni enceguecía su fulgurante hibridismo anglo-hispánico para penetrar la voluntad de creer de la gente andaluza, aunque ello fuere merced a estímulos de infernal herejía. Y no podía ser de otra manera. Barrett solía entreabrir sus recias disciplinas a la tibias corrientes de la ternura. Diríase que su inexorable lógica diera en retraerse humildemente en los momentos en que la sensibilidad parecía arder como un aldehido al contacto de inefables lirismos. Y nos susurra su emoción, en discreta confidencia, cual si tuviera pudor de su flaqueza. No por eso menos conmovedora aquella página en que nos confía cómo los suspiros de Verlaine le bañan de una divina tristeza. "¿Recordáis *les sanglots longs des violons de l'automne?*", escribe. Y agrega: "No puedo concluir la maravillosa Sonatina de Rubén Darío sin que se me llenen los ojos de lágrimas". Sin embargo, Barrett era de formación matemática, ingeniero como Georges Sorel, y también como él arrasado por vocaciones tardías. Sensible a la belleza sin oropeles, le quedó su milagrosa sobriedad como un sueño de ecuaciones. Y flotando sobre todo, las muestras del asilo inflamado, cenizas vagabundas de un desvanecente estetismo. Ni Lasso ni Barrett lograron separar el arte de la religión. No se orientaban a tanteos contra la hegemonía de la maldad, sino que iban hacia ella con sublime derechura, sin miedo al devastador encontronazo. Nadaban en aguas densas, aunque en zonas distintas, lo cual no era más que desvío elegante para evitar la topetada. Y entre ellos, pausas salpicadas de extraña elocuencia. Porque sus silencios reconcentrados se presentaban a menudo con mayor intensidad discursiva que las palabras. La idea de divinidad era para entrambos fuente de esperanzas invioladas. Por eso, hasta su forma de razonar seduce como algo bello que no sabríamos explicarnos y que nos envuelve en la musicalidad de un anhelo inconcluso.

☆

Frágiles las ideas, perdurable la emoción. La amistad fundada en la identidad de puntos de vista sobre las cosas, es vacilante y falsa. Se parece a esos matrimonios fundados sobre intereses recíprocos o la comunidad de modos de administrar la vida. Lo vemos a menudo en las solidarias conveniencias de los políticos, tan efímeras, que duran menos a veces que el tiempo que se ha necesitado para pactarlas. La idea pura, aquélla que no está subordinada al mecanismo utilitario de la existencia, se parece bastante al amor. Pero le falta para serlo sentido de lo abnegado, calor fraterno, impulso de inmolación. Lasso de la Vega había aprendido demasiado, a su costa, en la dura frialdad de los convencionalismos. Sabía que la amistad no se concierta sobre la base glacial de conceptos que pueden ser sinceros, pero que no son más que cimientos fungibles y perecederos. El afecto puro, desinteresado, sin sombras de oportunismo, es también sentimiento que inclina el ánimo, fervor sin exaltación. Pero no se ama igual a los veinte años, cuando la vida sonríe al amor, que a los ochenta, cuando la vida se ríe del amor. Solamente las ideas podrían enturbiar lo lo radioso de las mañanas o la dulce serenidad de los atardeceres. Pueden alterar la paz, pero no destruirla. Las ideas aparecen como formas de lo interior, εἶδος, representación de una cosa en la mente. De ahí el aoristo ἰδεῖν o el infinitivo εἶδον con todos los matices del percibir. En consecuencia, son intransferibles y sujetas a cambios. Depojadas de lo humano se vuelven absolutas, heladas, impersonales. Su coincidencia entre muchos organiza a las comunidades deleznables, que se fortalecen de pronto y se deshacen al día siguiente. De ahí las feroces disciplinas dogmáticas, que florecen de tiempo en tiempo, desde la Inquisición hasta el bolchevismo, con el propósito ingenuo de asegurar con métodos bárbaros e implacables un mundo que se volatiliza. Hasta Nietzsche y Guyau, que en el curso de su existencia no manejaron sino abstracciones, salen del mundo de las ideas puras cuando quieren explicar el universo por la simple expansión de la vida. Aun casi ignorándose mútuamente, ambos coinciden en concentrar su pensamiento en mitos de emoción, el uno en la virtud de la fuerza, el otro en el poder de la simpatía. Los recuerdos comunes entre hombres separados por las ideas son fuentes de bienestar moral, duraderos potenciales de afecto.

Lasso de la Vega por Marado, en la época en que escribió
EL MORRAL DE UN BOHEMIO.
De la revista BOLIVAR de Bogotá (Nº 44. Octubre de 1955)

Unen por encima de las artificiosas fronteras trazadas por la falsía ideológica. No sería esto fastidioso sentimentalismo ni miraje quimérico de remotas amistades, sino borbollones de manantial que disuelve con su eterna renovación hasta la más leve de las impurezas del espíritu. "¿Qué me importa, decía Lasso, que su ideal no sea el mío? Sé que es un hombre de bien, y eso me basta". Son las olas sucesivas de las generaciones las que van construyendo, pacientemente, algo de la verdad eterna. No tienen prisa, y es por ello, que, en nuestra corta vida, estamos condenados a ser mudos testigos nada más que de una ínfima parte de ese gran escenario. Recalcaba que su generación empujó a otra más vieja, y acaso mejor, hacia las playas de la muerte. Así mismo la ola que viene detrás nos empujará a nosotros. ¿Cómo podríamos juzgar un proceso infinito del cual no vemos sino por un décimo de segundo? Vivimos nada más que porque debemos morir. Y como lo viera Guyau mejor que nadie, es a fuerza de olas que mueren que la mar dibuja el inmenso lecho en el que se agita. Nada de erudita pesadumbre para cruzar por sobre estas procelosas inquietudes, sino indulgencia, ironía, la gracia alada de aquella legendaria alondra de las Galias que, después de volar en el azul, desgranando en canto su destino, vino a posarse sobre el casco de los legionarios de Julio César, adoptando la forma perenne del bronce.

☆

Lasso de la Vega sabía que, si nos hundimos en la encrespada resaca, es porque la ponzoñosa sabiduría del Diablo vuelca demasiado lastre sobre nuestro débil esquife. Abarrotamos el barco hasta los topes con antelaciones de realidad, con preconceptos, con apariencias de certidumbre. Sería preciso tirar por la borda toda la inútil carga imaginativa, si queremos seguir adelante. Y aun en el naufragio de sus previsiones, huyendo de la ciega idolatría de lo humano y de lo divino, Lasso cumplió su voto de humildad, aferrándose al malecón batido de todas partes por la borrasca. Esa muralla infernal fué su línea de combate, ya que la ronda de Lucifer no podría ahorrarle congojas ni desazones. De la clase herida que reaccionaba con procaces dicterios o marrullerías hipócritas, venían

punzadas cobardes, rachas de ingratitud, miserias que le ayudaban a comprender la flaqueza humana. Era una puja sombría de emulaciones, nada más que para escarnecer la gloria de su destino. Leal sin simulacros, Lasso no daba cuartel en la lucha. Conoció el improperio y la calumnia. Gustaba recibir los golpes a pleno pecho y devolverlos sin misericordia. Cual gladiador a quien no cabe esperar otro premio que la muerte, sabía que las generaciones que empezaban a asomar a la vida estarían de su parte. Absurda candidez apuntalar lo decrépito. Tarea pueril restablecer castillos derruídos. Lo nuevo despuntaría de cualquier manera, envolviendo a la humanidad en una llamarada de auroras. Estimulaba sin reservas a los jóvenes en quienes descubría una chispa de superación. Duro e implacable en la diatriba, era también generoso en el elogio. Siendo todo lo opuesto al atrabiliario, tampoco se dejaba mecer por culpables o mansas tolerancias. Y lo paradójico en Lasso era que su espíritu, mirando hacia el pasado de la cultura, se sentía rebosante de porvenir. La sombra del futuro, la Urania de las cosas celestes que distinguía con claridad de nictálope, era su Musa inspiradora. Talía y Melpómene, lo embriagaban al mismo tiempo, entre velos resplandecientes, con visajes de alegría y música de danzas inmortales.

¡Oh, Musa excelsa, cuya mano vierte
odio, amor, compasión, duda, ironía!
¿Eres imagen bella de la muerte
o un fantasma ideal del alma mía?

Y en la urbe bulliciosa y frívola, a falta de montañas abruptas o retiros geográficos para aturdirse de soledad, prefería el escuálido refugio humanístico y no andar extraviado en las rutas abismales de la filosofía pura. Corto tránsito el de Lasso de la Vega. Curso terrenal no muy dilatado, que ganó en intensidad lo que había perdido en duración, y que abreviaron aún desarreglos más fuertes que todo buen consejo. En cambio, de él podría decirse lo que Francisco de Quevedo escribiera en su noticia a la primera traducción castellana, realizada por Medinilla Porres, de la obra capital de Tomás Moro: "El libro es corto; mas, para atenderle como merece, ninguna vida será larga". La multiplicidad creadora de Lasso llama también a prolongadas horas de meditación. Mas aún cuando se ensanchaba como apacible corriente en el seno de la amis-

tad. Era de una franqueza casi salvaje con los fuertes. Pero su tacto maravilloso con los desdichados se transfiguraba en manantial de fresco consuelo. Porque la sinceridad es una bomba de tiempo con su mecanismo descompuesto, que estalla casi siempre en manos del que la maneja. Hay que defenderse contra el peligro. De ahí la ficción social o sea el imprescindible convencionalismo de la mentira. Ella cumple el mandato de mitigar la pena que fluye de lo desairado. Misión augusta que salva los abismos. No es necesario el estilo ampuloso para disimular los pasos furtivos de los que son prófugos del discernimiento sin saberlo. Por lo menos sería menester el culto de las buenas maneras y la fineza del hombre bien educado, para evitar que la explosión no pueda ni matar ni salpicarnos de peligrosas esquirlas. ¿Qué ventaja moral se obtiene con decirle a una mujer sin encantos que es realmente fea? Si el artista es chirle, ¿para qué rociarlo todavía con la amargura de nuestra maldad, si tampoco él es culpable de su desgracia? No es necesario mentir. Se puede ser amable sin consecuencias. Una sonrisa indulgente puede salvarnos del peligroso escollo. Aunque hay que convenir que lo único grande aquí es el silencio. *Tout le reste est faiblesse...* Lasso de la Vega se desenvolvía magistralmente en esa atmósfera de confesiones y de reservas. No valía para él la pena arruinar una amistad, frustrar una convivencia por motivos mezquinos o baladíes. Lo mismo que fingir desusado asombro, ese empaque adusto que es el acicalamiento de los que ocultan sin gracia, con máscara de pedantería, aviesas intenciones. No era por tanto hombre de adoptar posturas de dómine. Sentía hondo menosprecio, mezclado de lástima, por los espíritus simplistas y vacíos que, para impresionar a las gentes, no cuentan con nada más que con su solemnidad de asnos y su estiramiento risible. Sabía callar ante las enormidades de la tontería o la ignorancia, magüer su amplia posesión de las cosas del espíritu que le daba natural superioridad sobre el resto de los mortales. Su culto por el hombre cercenaba su orgullo, sepultándolo en gratas horas de humildad, que eran para él solares de recogimiento y de descanso. Era su forma de trabajar sin fiebres ni impaciencias, esculpiendo en los otros sus propios ideales de perfección. Tenía conciencia de que la acción de ir

adelante no es obra de masas, sino de grandes espíritus con verdadera pasión de libertad. Son los que llegan a la vida sin preconceptos de raza, ni prejuicios sociales ni religiosos, espíritus muy escasos por cierto, pero que constituyen los hitos señeros de la historia. Entre esos pocos seres bulle la minoría salvadora de los descontentos, los que no aceptan ser gobernados por la mentira y la injusticia, y que, al resistir a la lenta castración humana, fundan una verdadera ontología de la eternidad. Nada más desconsolador que el hombre manso, que aguanta y soporta cualquier cosa con tal de salvar su fortuna o su pellejo. Benigna para unos, maldición para otros, la vida hay que vivirla de cualquier manera, sino peligrosamente en el sentido nietzscheano, al menos con cierta discreta dignidad que la haga merecedora de renombre ejemplar en la tierra. Nada de pensar que se pudiera vivir en el infierno o en el cielo, después de la muerte. Nada de inmortalidades de confección, hechas a la medida de nuestras flaquezas o de nuestras virtudes. Lasso de la Vega discurría que una existencia aquí abajo, onerosa o leve, nos basta para alegrarnos y nos sobra para sufrir. Diestro en la polémica, con fulgurantes arremetidas para ocupar cualquier baldío del pensamiento ajeno, dejaba empero visibles sus lagunas mentales. Su desmedida afición a la bebida no turbaba su razonamiento, sino que más bien le infundía extrema claridad, aun a costa de ignoradas y presumibles postraciones. Cantó de diversas maneras, exaltando su intemperancia, no sin agudeza y donaire.

Yo, a quien la ciencia asombra y maravilla
nada del caso sé, ni me da apuro;
mas aunque nada sepa, me figuro
que es nuestro pensamiento una sencilla
máquina de vapor, que a la mollera
da en vapor su fecundo remolino,
y el estómago ejerce de caldera.
De este modo, se fragua
del hombre el pensamiento peregrino;
sólo que en vez de usar vapor de agua,
debemos siempre usar vapor de vino.
También llego a dudar en algún caso,
si es nuestra vida amarga borrachera
que sólo angustia, sin placer, genera...

mas ¿qué digo? ¿será que por acaso
me voy a entristecer? ¡Dadme otro vaso,
que esto es falta de vino en la caldera!

Satanás hubo de escanciar en sus brebajes fermentos de sanción y de muerte, mas se detenía apenas para gozar del atroz espectáculo de un pausado aniquilamiento. Luego el lánguido aturdir con la danza incoherente en torno a la atonía de otro Lasso de la Vega, desdoblado en increíbles supervivencias, por la euforia del alcohol. Era otra vez la ronda fatal del Diablo, personaje siempre atractivo, disimulado en los siete velos de los pecados capitales. Y cuando le sugeríamos con pintura nada agradable la ruina a corto plazo de aquel organismo ensamblado de roble hispánico y ñandubay indígena, nuestro héroe sonreía con indulgencia. No podía menos que rebelarse contra los consejos. Vengan de donde vinieren, son bellos para ser oídos e insoportables para ser cumplidos. Entonces citaba de memoria aquella frase gravosa de densidad, que se encuentran en el libro V de las Partidas del rey Sabio:

Cá el vicio há en sí tal natura que cuanto el ome más lo usa, tanto más lo ama, é d'esto le vienen grandes males, é mengua el seso é la fortaleça del coraçon, é por fuerça ha de dexar los fechos que'l convienen de fazer por sabor de los otros, en que halla el vicio. Alfonso ponía el dedo en la llaga, pero no aconsejaba. ¿Para qué? Esto divertía en extremo a Lasso, puesto que en lo que había de atañer a su conducta, las excesivas libaciones "ni le menguaban su seso ni le impedían de fazer". Lo recordaba a menudo, y con verdadero énfasis, cuando nuestro siglo había cumplido apenas ocho años, provocando la risa triste y cavernosa del "hermano Florencio", como él llamaba al autor de **Barranca Abajo.** Muy entrada la noche, cogidos del brazo, ambos salían pausadamente por Misiones de la destartalada redacción de **El Liberal,** que dirigía Belén de Sárraga. De la esquina de Rincón, donde entonces estaba instalado el café de Armellino, hacían el primer puerto de recalada. Luego seguían Misiones hasta Reconquista, y por ahí, después de algún otro estacionamiento, hasta el Mercado Central. Las primeras luces del alba los sorprendía en el mismo sitio. Ya muy entrada la mañana, el local se llenaba de gritos destemplados y ruido de vehículos que descargaban su

mercancía. El mercado despertaba en su trajín diario. En medio del bullicio de la clientela y el rezongar de los peones, ellos seguían, impasibles, bebiendo y conversando. El camarero que los atendiera en la noche, hacía rato que se había retirado a descansar, y un nuevo mozo lo reemplazaba. No había en ello ninguna transición desagradable, porque todos eran viejos camaradas. Se levantaban, al fin, con el sol alto, cuando el ajetreo llegaba a su punto culminante. Con paso no tan firme como al principio, si el sueño no los había vencido antes, se dirigían entonces hacia la casa cordial de Morini, donde la gente ya entraba para almorzar. A veces eran avistados desde lejos, particularmente por Barreiro, quien como buen gallego, poseía un fino sentido de humorista. Miraba el reloj, y al observar que estaban por sonar las doce, se volvía a sus amigos con afectuosas exclamaciones:

—Vienen a "cenar" ¿no es cierto?... Ya les tengo reservada la mesa.

☆

No eran aquellas inocentes francachelas, surgidas como pueril escarmiento a las austeras admoniciones de las **Partidas**, la sola grieta por donde podían filtrarse las tediosas hadas de la mala suerte. Lo cierto es que en ese trance algo extraterreno, la envoltura carnal de Lasso de la Vega casi desaparecía de la vista, franqueando el paso a su espectro interior, a la chispa anímica, como si el garbo físico se diluyera en lo espiritual, alentando una transfiguración de la gracia. El parentesco con los místicos disciplinados atravesaba su persona vulgar, que languidecía en la ansiedad de deseos jamás cumplidos. Cierto que Lasso había de debatirse interiormente en el desesperado soliloquio del hombre que pelea consigo mismo. No era el chapotear estéril en el mismo charco de aguas desvaídas. La impaciencia por extraer cosas nuevas de lo insondable le hacía empero menos fastidioso su eterno monólogo. Posiblemente afán mórbido por descubrir heridas ocultas que, una vez cicatrizadas, volvía a escarbar con secreta cólera. Desviación fatal este loco anhelo por inquirir los propios enigmas. Lo vimos en Xavier de Maistre cómo esquilmaba despiadadamente la propia alma, empobreciéndola con do-

lorosas experiencias. No es en el despojo de nuestro tesoro interior que encontraremos la serenidad. Al sutil analista de Chambéry no le bastó el deslumbrante y maravilloso paisaje de su Savoya natal, y halló aturdidores infinitos, más grandezas, mayor inmensidad, dentro de sí mismo. No otra aventura que riesgosa exploración interior es su **Voyage autour de ma chambre**, donde el muro de piedra no constituye límite alguno de pensamiento, y donde el lecho es el mueble milagroso, que nos ayuda "durante una mitad de la vida a olvidar la otra mitad". ¿Y qué decir de aquel tímido Alexis Félix Arvers, enamorado silencioso de la hija de Charles Nodier, y a la que jamás se atrevió a declararle su amor? Arvers había sido cronista, autor dramático, crítico. Nada ha quedado de él, sino su famoso soneto, que es una desgarradora confesión, y empieza así:

Mon âme a son secret, ma vie a son mystère

Y esta verdadera joya, que ningún francés de cultura media ignora, es la consecuencia del tormento y de la soledad interior. Es la parábola de los que se arruinan para dar a los otros sus propias riquezas. Porque son las esencias del drama íntimo las que plasman las obras maestras que desafían los estragos del tiempo. Lo mismo podríamos decir de Louis Bouilhet (1), el poeta torturado que cantó su ensueño sobre el corazón baldío de la mujer indiferente a su pasión:

---

(1) *El autor de* Festons et Astragales *vino al mundo con el año veintiuno del XIX. Nació en la pequeña Cany, no muy distante de Dieppe, en plena epidemia romántica, y se vió atacado sin misericordia por el mal del siglo. Amigo íntimo de Flaubert, con quien tenía un sorprendente parecido físico, soportó durante toda una noche de vela, en Croisset, la lectura del manuscrito de* La Tentation de Saint Antoine. *Ni él ni Maxime du Camp que le hacía compañía, captaron el sentido estético de aquella obra maestra. El grito de ambos, que dejó anonadado a Flaubert, hubo de escucharse en Rouen: "¡Hay que tirar todo eso al fuego!". En cambio, se dice ahora que Bouilhet sugirió la novelación de un episodio vulgar que había conmovido entonces la paz lugareña de la región normanda: el suicidio con arsénico de la casquivana Delfina Delamare, después de haber arruinado a su marido. Y de ahí surgió* Madame Bovary, *con rasgos eternos, puesto que interesa todavía al cabo de un siglo.*

Et, comme un air qui sonne
au bois creux des guitares,
J'ai fait chanter mon rêve
au vide de ton œur.

Y en 1869, cuando murió Bouilhet en la más espantosa miseria, algún crítico escribió, no sin malevolencia, que la misteriosa dama no se había dado aún por aludida con tan bellos versos. Lasso de la Vega llamaba a esto "guasquiarse solo", empleando una pintoresca locución gauchesca. Y agregaba que todos nosotros habríamos de hacerlo alguna vez en la vida. En sus correrías camperas había aprendido la colorista pincelada de nuestros criollos, que trasuntaba hondo subjetivismo. ¿Qué hicieron de Maistre, Arvers y Bouilhet, sino "guasquiarse solos"? Oíd ahora a Lasso de la Vega: "¡Cuántas veces durante la guerra de 1904, mientras el campamento se iba adormeciendo y los últimos fogones se apagaban silenciosamente, volcaba mi alma en versos, apoyando el papel sobre la carona! Algunas veces, satisfecho; otras, indignado contra mí mismo. Pero algo superior a mis fuerzas me llevaba la mano rendida y mi pluma vacilante. Al fin daba en cabecear hasta caer rendido de sueño sobre el recado. No podría decir si era bueno o malo lo que escribía entonces, pero estoy seguro que es lo que más he amado. Recuerdo, eso sí, que cierta noche el sargento de guardia, un gaucho gigantesco, curtido por la guerra, y que era de nuestros mejores lanceros, me sorprendió mientras recitaba en alta voz lo que acababa de pergeñar sobre el papel. En su cara de asombro adiviné que no pensaba nada bueno sobre mi salud mental. Con voz acariciadora, como para consolar a algún desesperado, exclamó:

—¿Qué l' ha pasao, mi teniente, pa guasquiarse solo?

Lo que me había pasado no atinaría a descifrarlo ni ahora ni nunca. Pero aquel centauro gaucho me descubrió a su manera. Toda mi vida no había sido más que eso: un diálogo con mi propia sombra".

☆

Aun retrocediendo en el curso de los años, no hallaríamos más que su propia conciencia desleída entre millares de cosas amadas. Habría que atisbar las luces remotas, cuando el ado-

lescente da en escindir su personalidad, dejando una parte dormida hasta la madurez, y llenando la otra de peligrosas jactancias. Todavía nos solazaríamos en capítulos que permiten puntos de descanso, porque la sola evocación de ese magnífico batallador no habría de traer forzosamente rumor de tormenta, con imágenes atropellándose en tumulto, cual las aguas de un río desbordado. Hombre absurdo para el burgués apacible, que dirigiere calmosamente su buen sentido y lo vuelva a la boca para rumiarlo sin locas impaciencias. Valor digno de respeto para la plebe rutinaria, henchida de prejuicios triviales. Respeto por algo incomprensible, aureolado de sombras medrosas, como todo aquello que no surge de una interpretación clara, sino del otear de vagidos que superan el concepto de las medianías. De Lasso podría decirse lo que escribió Joseph Conrad a Cunninghame Graham, hace más de seis décadas, después de las andanzas de nuestro gaucho escocés por el laborismo británico y de su participación en la ruidosa batalla de Trafalgar Square. "En nuestra época de preocupaciones materialistas, sus ideales de sinceridad y valentía están fuera de lugar. Con su coraje, con sus creencias, con sus esperanzas, me parece usted trágico. Esta usted descaminado en sus ansias por lo imposible, ya que pretende reformar, no las instituciones, sino la naturaleza misma. Y, sin embargo, lo envidio, aunque su fe no moverá nunca esa montaña. No porque yo crea que la suerte humana sea intrínsecamente mala, sino porque es tonta y cobarde". Fuerte expresión de realismo escéptico contra el idealista devorado por aspiraciones irrealizables. Al igual que aquel Quijote andaluz, baqueano de nuestras pampas y de nuestras cuchillas, el autor de **Brought Forward** rompía sus lanzas en la propia Cámara de los Comunes contra los endriagos y vestigios del imperialismo. Nuestro intratable sevillano también quería que los hombres tuvieran fe, honor y supieran de fidelidad tanto como para confiar en sí mismos y en los demás. Lo cual, para Joseph Conrad, era vesania temeraria. ¿Cómo pretender de justos en un mundo que reposa sobre la iniquidad? Si la sentenciosa ironía era de algún valimiento para el ilusorio socialismo del gran escritor escocés, debería también tener su vigencia para el generoso sacrificio de Lasso de la Vega. Aparecía él igualmente como sér peligroso para la casta detentadora de un poder arbitrario e injusto.

"Las clases respetables que conozcan tan perniciosos deseos, lo encarcelarían si pudieran y tal vez le fusilarían", finaliza Conrad su amarga y satírica epístola. No ceñirse a regla alguna ni a disciplinas coactivas que pudieran desmedrar la personalidad. He ahí la obra de Lasso. Dicha postura mental le permitía dispensarse de fútiles analogías, y seguir luchando de cualquier manera para rehabilitar a esa criatura tonta y cobarde que mereciera el desprecio irónico de Conrad. Aquel cruzado de los siete mares, que fué el errabundo polaco, autor de **Juventud**, tenía en verdad una mala opinión de sus semejantes. En sus horas de incomparable padecimiento, había conocido por dentro al hombre desnacionalizado y huero de todas las latitudes. Había abarcado su feroz egoísmo, sin velos hipócritas, en la bárbara desnudez cavernaria. Y confió sus desilusiones como en **The arrow of Gold**, al claro torrente de un idioma que no era el suyo propio. Lo hizo con tal propiedad, con tal insuperable maestría, que llegó a ser uno de los más grandes escritores de lengua inglesa de nuestro tiempo. Cierto que no había logrado despojarse del recalcitrante sabor de amargura que vertiera en su espíritu al primer contacto con las miserias del rebaño humano. Posiblemente, Lasso de la Vega pensaba en el fondo como Conrad. Su única diferencia consistía en que no había que desertar de la batalla por mejorar la moral de la especie. Si existen predisposiciones latentes de bondad, si hay ocultas capacidades fraternales, ¿por qué no estimular su desarrollo? ¿Por qué no cultivar con amorosa devoción los gérmenes afectivos de nuestra raza? No está mal inmolarse por las ideas. Pero existe igual derecho de esperar que esos elementos potenciales del alma se sacrifiquen también por nosotros. Hay en la historia más señales que marcan defunciones de ideas, que las cruces indicadoras de humanas envolturas que han agotado su ciclo terreno. Y no se descarga sobre ellas, por fortuna, el chubasco de lugares comunes sobre la muerte de que hace gala en los cementerios. ¿Por qué? Sencillamente, porque hay la vaga certidumbre de inesperados renacimientos. Si sucediera lo mismo a los muertos, se acabaría la oratoria fúnebre o tomaría un sentido distinto del que ahora tiene. Se equivocaron los que creían sepultar la idea cristiana con su fundador. El milagro de la resurrección encierra un delicado simbolismo. No es otra cosa que la victoria de lo espiritual, el pan de eternidad contra las ilusiones agradables o penosas de la vida física.

☆

Las viarazas de su genio díscolo, lo alejaron de la imprenta en momentos en que su propietario se hallaba ausente. Batlle y Ordóñez escribió desde Europa a Domingo Arena para que gestionara la vuelta de Lasso. La carta terminaba con esta frase memorable: "Ni **El Día** puede estar sin Lasso, ni Lasso sin **El Día**". Naturalmente que el sevillano retomó la pluma, porque su admiración por Batlle no conocía fronteras. En sus confidencias íntimas le seducía el parangón con Sarmiento, aunque ponía en favor de Batlle un equilibrio férreo, que no hallaba en el genio loco del atrabiliario sanjuanino. Muchas veces conversamos en Piedras Blancas sobre estas expresiones de Lasso de la Vega. Mi interlocutor discrepaba en este punto con su adusto amigo. La muletilla de locura del autor de **Facundo** no era para Batlle más que una invención de los enemigos. Había conocido a Sarmiento en Montevideo por la octava década del XIX. Ya cargado de años, traspasado el confín septuagenario, le sorprendió la serenidad de su juicio, y más que todo, su concepción profética al considerar los males de América simplemente como un problema de cultura. Batlle me dijo entonces: "Su pasión no era un defecto, aunque los adversarios la confunden casi siempre con la locura. Existen, sin duda alguna, muchas pasiones negativas. ¿Pero quién podría reprocharnos la pasión del bien y de la justicia? Repare que el propio Lasso de la Vega recoge la expresión de los que hablan de mí como de un destructor. No importa que pudiera ser destructor de lo malo. Para el enemigo, todo esto será siempre locura".

Se refería a un artículo aparecido en la revista **La Semana**, tres días después de que Batlle y Ordóñez se hiciera cargo de su segunda presidencia. Lasso exploraba serenamente el futuro y trataba de descubrir a través de los años que aún no habían nacido, lo que el porvenir diría de su modelo. ¿Cuál sería la actitud de las generaciones venideras frente a este animador de muchedumbres que, como Sarmiento, fué también un empresario casi mitológico de demoliciones?

"No mancharán su lenguaje las imprecaciones de la ira que hoy lo persigue, ni desmendrarán la buena fe en su apología los ditirambos de la adulación que hoy lo asedia. Ni siquiera el cariño sano y fuerte que le otorgan los más puros,

turbará la serenidad del juicio póstumo". Lasso de la Vega se adentra, impávido, en la historia futura y explica el significado de **"destructor"** a que se refería Batlle en nuestro coloquio:

"La pobre óptica de los más, ve tan solo lo que combate contra añejas políticas, viejas costumbres y arcaicas tradiciones, y lo creen y lo llaman destructor, del mismo modo que muchos de nuestros ancestrales llamaron destructores a los que hundieron la piqueta en los muros de los castillos feudales, y los que deslustraron el oropel de las coronas monárquicas absolutas, y a los que hace un siglo, en tierra americana, borraron las leyes de obediencia y fidelidad a un trono para levantar, con brazos libres, los pétreos cimientos de veinte repúblicas." (1)

¿Quién dijo que los españoles carecen de genio profético? Lasso de la Vega es una respuesta a los descreídos que, estirando hasta lo imposible una frase perdida de Taine, se hicieron devotos de la invertebración de España. Hay, en efecto, leyendas de fracasos y apariencias de verdades que desorientaron el recto juicio histórico. No existe duda de que el conde de Aranda, conmovido por la declaración de Filadelfia, presintió que el imperio español se venía abajo. Fué entonces que propuso sin éxito a Carlos III la creación de tres monarquías independientes en la América hispana. Durante la primera república, Eugenio María de Hostos luchó por una federación antillana libre, con Caba a la cabeza. Ni Salmerón, ni Castelar, ni Pi y Margall abarcaron el profundo significado de la visión del formidable portorriqueño. Ella hubiera ahorrado a la metrópoli las horas de amargura y de derrota que culminaron con la tremenda humillación del 98. ¿No fué acaso Cánovas del Castillo, quien en la penúltima década del siglo pasado aconsejara desde la tribuna del gobierno abandonar esa fuente de desazones y de desastres que era Marruecos? Evidente el sentido profético de la hispanidad. Lo que acontece es que el español no pelea contra presunciones, sino contra realidades. Necesita el mundo encima para acometerlo con singular denuedo. Aquello que escribió Zola como escondido en un rincón de **Au Bonheur des Dames**, parece inspirado por el genio hispánico de todos los tiempos: "Realizar nuestra obra, crear, luchar contra los

(I) La Semana, *Marzo 4 de 1911.*

hechos, vencerlos o ser vencido por ellos. En eso consiste toda alegría y dichas humanas". Es bien poca cosa, en verdad, para el espíritu, pero demasiado para su destino. Porque la lucha sin cuartel aparece como suerte de aturdimiento heroico que justifica nuestra existencia.

☆

En el centenario del nacimiento de Batlle y Ordóñez la profecía de Lasso de la Vega aparece con sorprendente diafanidad. Casi todos sus términos se han cumplido en cuadros de prodigiosa certidumbre. Aquel espíritu rebelde y huraño había taladrado las tinieblas del tiempo y rendido su rica cosecha de presagios. Lo que más admiraba Lasso en Batlle era la exaltación casi mística de la responsabilidad propia y el deseo enérgico de no compartir el gobierno con el enemigo para disimularse en los otros y atenuar así posibles errores. Sin embargo, aquel acérrimo adversario de coparticipantes, no vacilaba en solicitar la colaboración de los ciudadanos irreprochables que le habían sido hostiles o que no pertenecían a su credo político. Lasso de la Vega admiraba al hombre completamente libre, que, no teme a nada ni a nadie. Recordaba la odisea de un anarquista español de escasa significación, a quien, a pesar de todo, se le había aplicado la ley de residencia, siendo deportado de la Argentina. El correo le había dejado con algún retardo la carta de Alberto Ghiraldo en que le pedía ayuda para el español durante su permanencia en Montevideo. Cuando llegó al puerto, ya el barco se había alejado con el ácrata a bordo, pues las autoridades habíanle impedido desembarcar. Fué entonces que Lasso enteró a Batlle del episodio. El gobierno decidió de inmediato sancionar a los funcionarios responsables de haber procedido en contra de las garantías constitucionales. En cuanto al anarquista, fué traído desde Río de Janeiro a costa del Estado. Contrario a la pena de muerte, y antes de presentar el proyecto de ley para abolirla, Batlle ejerció el derecho de indulto que le otorgaba la carta fundamental. Lo hizo en favor de un reo que, ya en capilla, esperaba resignado la descarga fatal. Sabía de qué naturaleza eran los "hábiles interrogatorios" que se estilan para arrancar confesiones. Así es que cuando atentaron contra su vida y la de su familia, llamó

a su presencia al jefe de investigaciones y le dijo que lo hacía responsable de cualquier desgracia que pudiera sucederle en la prisión a los procesados. Toda su grandeza de alma se halla retratada en esta frase que traduce el propósito de velar por la integridad física de los que hubieron de ser sus asesinos.

☆

No ignoraba Lasso que a Batlle le seducía aquella emotividad racional recogida en la filosofía naturalista de Jouffroy, y que el niño nace ya con derechos. Por otro lado, Edgard Quinet había ejercido gran influencia en su pensamiento, y el **Espíritu Nuevo** maduró en él una especie de culto a la libertad de pensar que fué el yo espiritual de su vida. Le trasmití a Lasso el consejo que me había dado cierta vez y que nunca he olvidado: "Cuando usted esté convencido de una cosa o crea sinceramente en algo, dígale aunque se venga el mundo abajo". Lasso quemaba sus acritudes de eterno descontento en una exultación sin límites por la palabra rectora. Sabía que Batlle discrepaba a veces, y sin embargo, le publicaba todo. Cuando se le sugería una legislación para limitar la libertad de escribir, deteniendo la oleada de calumnias y dicterios que le envolvía, el mandatario acotaba filosóficamente que dicha clase de leyes se vuelven a menudo contra quien las hace. En cierta ocasión, ante una hoja que salpicaba fango contra su persona, alguien leyó los artículos del Código Penal que podían dar en la cárcel con el difamador. El gobernante cortó la discusión, pronunciando una frase digna de Voltaire: "La libertad de un hombre, dijo, vale más que todo el mal que pudiera hacerme esa campaña de miserias". (1) Que hoy no pueda decirse esto ni aquí ni en ninguna otra parte del mundo, es muy explicable. Los gran-

(1) *Por una rara coincidencia de espíritu y de historia, el general Lorenzo Batlle, su padre, afrontó también una de las guerras civiles más sangrientas. En la exposición al país de diciembre 8 de 1872, después de abandonar el mando, se lamentaba de la falta de listas de jurados en los juicios de imprenta. Ello, dice, "me dejó completamente desarmado para reprimir los extravíos de la prensa, prefiriendo desde entonces sufrir todos los daños que me hicieron a ejercer una acción desautorizada por la ley".*

des espíritus escasean y aparecen raramente en ciclos a veces milenarios. No es cruel ni arbitrario el varón auténtico, tallado en roble. El hombre verdaderamente fuerte es aquel que no teme ni a la verdad ni a la calumnia. Es entre los débiles donde se reclutan los mejores verdugos. Por otra parte, Batlle reflexionaba mucho antes de resolverse. Pero cuando adoptaba una decisión la expresaba en forma tajante, y no había nada que pudiera hacerlo retroceder. Esto ha dado origen a la leyenda de su intransigencia, falsa, desde luego, como casi todas las leyendas. Discutía serenamente, y a ratos con sorda causticidad, pero no se mostraba inaccesible a la persuasión. Y no era raro que, después de aquilatar los argumentos contrarios, abandonase su actitud mental para adoptar el punto de vista de su contendor. Amaba la libre discusión, y muchas veces daba en provocarla abiertamente. Sabía respetar las ideas contrarias. Durante la primera guerra mundial ofreció con laudable desinterés las columnas de **El Día** a los alemanes más prominentes para que manifestaran su interpretación propia de la contienda. Y así fueron apareciendo numerosos artículos firmados por **Henrich**, los cuales se apartaban de la línea ideológica que él mismo había trazado para su diario. Algunas veces solía discutir también con lo que escribía bajo mi pseudónimo. No andaba con rodeos ni con inútiles indirectas, sino que me lo decía él mismo con su habitual franqueza. Claro está que discutíamos, y aunque a menudo parecía que aceptábamos nuestros argumentos recíprocos, aquellos torneos quedaban siempre tablas. He ahí lo que era la famosa intransigencia de Batlle.

☆

No se sentía inclinado a aplicar castigos ni aun siquiera a los militares que, en plena guerra, por ignorancia o mala fe habían desobedecido sus órdenes. Hay un episodio, revelador de esta singular psicología, que me relató uno de los testigos, y que pinta de cuerpo entero la sugestiva personalidad de Batlle. Sucedió en 1904, después de la refriega de Fray Marcos, donde las tropas del gobierno fueron completamente derrotadas. El general Melitón Muñoz, jefe de dichas fuerzas, era lancero valiente, de un simplismo rudo, casi conmovedor. De pocas luces, iletrado, había intervenido en todas las guerras civi-

les, desde la cruzada de Flores hasta la fecha. Ya viejo y pesado, se ofreció espontáneamente, para pelear como en los tiempos de su belicosa mocedad. Pero el destino le preparó una mala jugada. Aparicio Saravia burló el cerco del ejército de Muniz y se filtró a través de las líneas enemigas, corriéndose hacia el sur, vale decir, donde nadie lo esperaba. No hay duda que este movimiento magistral desconcertó los planes del gobernante. Pero intimó, con repetidas órdenes, a Melitón Muñoz para que se replegara sobre Montevideo. He ahí que acaeció lo que hasta ahora no ha podido aclararse. La historia ignora si aquel jefe, que no sabía leer, recibió los despachos cerrados, o los oficiales de su estado mayor, maliciosamente, no le enteraron de su contenido. Lo cierto es que tal imprudencia recibió una merecida sanción por obra de las armas revolucionarias. La noticia del desastre de Fray Marcos despertó verdadera alarma en la capital, y los principales jefes reclamaron del presidente un ejemplar castigo. Se pedía poco menos que la cabeza del general Melitón Muñoz. La presión sobre Batlle para que aplicara la ley marcial fué casi arrolladora. En aquella época el ejército no era lo que podría suponerse ahora. Estaba lejos de comportarse como una burocracia dócil y resignada. Tendría quizás menos ilustración, pero le sobraban ideales. Era de instintos ariscos, fieros, impulsivos. Sentía hondamente en carne propia los dolores de la nación, y reaccionaba con extremada impaciencia. Así es que, para domarlo, se necesitaba un temple de acero como el de Batlle. En aquellas horas trágicas se realizó una reunión tumultuosa en la propia casa del mandatario. Se formaron corrillos donde se hablaba en voz baja de ejecuciones sumarias, de consejos de guerra, de confinamientos... Pero con gran sorpresa de los que exigían medidas punitivas de toda índole, el jefe del Estado encauzó la conversación hacia los planes urgentes de una posible defensa de la capital. Fué entonces que un mayor del ejército, de genio vivo y rebelde, exclamó:

—¡Cómo!... ¿Y aquí no se habla de fusilar a nadie?

Se hizo un silencio sombrío. Al cabo de un rato volvió a oírse la voz de Batlle, esta vez con acento de bajo profundo, casi cavernoso.

—Si hubiera que ejecutar a alguien —dijo— habría que fusilarme a mí...

Los circunstantes se miraron, asombrados... Y comprendieron. El mandatario, que había firmado el nombramiento del jefe vencido, se ponía entre el acusado y sus jueces... Transcurrieron algunos minutos sin palabras. Entre tanto, absorto en sus pensamientos, Batlle medía a grandes trancos la pequeña sala. Y un fresco rocío de emoción mitigó los ardores de aquella asamblea levantisca, cuya imperfecta crónica trazo en estas líneas, para que no se escape de la historia.

☆

Por algo Lasso de la Vega, que lo miraba a la distancia, plasmó la maravillosa adivinación de quienes lo tratábamos de cerca. Porque en cualquiera de sus perspectivas Batlle era siempre grande. Muy pocos vamos quedando en este mundo de los que alcanzáramos la dicha de frecuentar su intimidad. Hemos tenido ocasión, sin embargo, de controvertir en el plano amistoso con alguno de los contemporáneos eminentes que fueron sus adversarios, porque no le conocían sino desde lejos. Todos convenían, no obstante, en su acrisolada honradez. (1) Pero veían en él nada más que al ejemplar humano poco apto para espiritualizar su conducta política y levantar la mirada por encima de los cabildeos sectarios. Le creían un materialista frío, insensible, cultivador de odios. Los más benignos le reconocían buenas intenciones, aunque desorbitadas por el amor de mando y la voluptuosidad del poder, sin fe en nada, descreído de las cosas y de los hombres. Lo único que puedo decir es que su sola historia era el mejor desmentido a esa montaña de prejuicios. Batlle, en la intimidad, se mostraba afable, tolerante, mesurado en la réplica, amigo de las ideas claras, para que no quedase ni sombra de equívocos. Algo reconcentrado a veces, melancólico por momentos. Pero bajo su reserva reflexiva, se escondía el sentimental. Era espiritualista, culto, hondamente afectivo, con un sentido de cortesía en el trato hu-

(1) *Para evitar fastidiosas complicaciones con posibles irregularidades administrativas que él tenía el deber de sancionar como gobernante, había declarado incompatible el carácter de funcionario del Estado con el de miembro de la redacción de su diario, con excepción de los lefisladores. Este sabio principio se cumplió rigurosamente durante su vida.*

mano que hacía inolvidable su prestancia. Polemista implacable y duro, para quien la muerte no era agua lustral que borrase las faltas ni purificara de los pecados. Esfuerzos sin tregua para no enturbiar el juicio histórico sobre los hombres que él vió actuar y que merecieron su elogio o su censura. Todo ello parecía quebrantar aquella otra personalidad suya de infinitas ternuras y de apacibles confidencias. Era severo, tal vez demasiado severo en su juicio sobre algunos de sus adversarios. Cargaba la tinta en los hechos malos o dudosos, y sus sentencias no admitían réplica. Pero al margen de todo florecía una gran capacidad para olvidar el error, cuando lo reputaba como fruto de un ideal sincero, aunque extraviado. Nunca le oí expresarse con encono de Aparicio Saravia. (1) Le creía, por el contrario, animado de intenciones patrióticas, aun cuando prisionero de una camarilla de políticos en la cual confiaba ciegamente y que envenenaba su espíritu con falsos juicios. Para disipar los malentendidos, trató de incitar, sin éxito alguno, un acercamiento personal. Porque estaba seguro que, de haber platicado con Saravia de hombre a hombre, se hubiera podido evitar la tragedia de 1904. Nada de esto sucedió por desventura. Eduardo Acevedo Díaz participaba de una opinión idéntica. En Buenos Aires, allá por el año 1917, lo visité en su casa de la calle Chile. Quería agradecerle personalmente el notable opúsculo **El Mito del Plata** que me había enviado por intermedio de su gran amigo José Félix Berasain. Naturalmente que hablamos de Batlle. Recio ejemplar de señorío hispano. Criollo con altiva postura de hidalgo. Juvenil, no obstante sus sesenta y seis años. El autor de **Ismael** se exaltaba con los recuerdos de la patria. En sus mocedades, durante la revolución de Timoteo Aparicio, había sido secretario y oficial del jefe máximo. Conocía el ambiente y ahondaba en los hombres. La figura de Saravia se hallaba para él libre de toda sospecha. Pero el caudillo del Cordobés no conocía la realidad directamente, sino deformada. Hay que ver lo que significaba enardecer con falsedades a un hombre intrépido y sin mengua

(1) *Al término de la guerra, dijo al pueblo aglomerado bajo los balcones de su casa que lo acompañase "a deplorar la muerte de aquellos que, creyendo luchar por un ideal patriótico, han caído también extraviados en el no siempre claro camino del deber".*

como Saravia. Me recitó frases terribles sobre algunos de los políticos que, según su entender, fueron los verdaderos responsables de la guerra y del trágico final del caudillo. Algunos de los manuscritos, esparcidos sobre la mesa atrajeron mi atención, porque parecían impresos. Limpios, perfectos, sin una enmienda, sin una tacha, eran verdaderas maravillas caligráficas. Según me dijo, formaban parte de esas **Memorias**, las cuales nunca he visto luego publicadas. Acaso sus hijos no han considerado oportuno hacerlo. Es indudable que, dentro de cien años, como diría M. Bergeret, las opiniones radicales de aquel gran representante de nuestras letras constituirán erudición. Pero ahora, forzosamente, tienen que ser indiscreción.

☆

Como saldo entrañable de aquella memoriosa entrevista, no había quedado más que la generosidad intelectual de **El Mito del Plata**, que aun guardo celosamente. Esa estupenda refutación a las ideas de Mitre y de Sarmiento sobre Artigas revive en mi recuerdo lejano de Acevedo Díaz, autor de tantas obras admirables, batallador sin reposo, cumbre de un partido, quien sacrificó su inmensa popularidad por no transigir con la injusticia y la mentira. Leoncio Lasso de la Vega, en los escritos que precedieron a su ensayo **La verdad de la guerra**, consideraba que Saravia, aun deponiendo las armas, ganó moralmente la guerra en 1897. La corrupción administrativa y el compadrazgo habían sido abolidos. Todo estaba preparado, seis años más tarde, para que los partidos que peleando durante seis décadas habían hecho la patria, se estrecharan la mano y colaborasen juntos sin mirar hacia atrás. No se trataba de renegar de las tradiciones. Al contrario. Había que poner en práctica el dicho criollo "bagres a un lao y tarariras al otro" que mascullaba socarronamente el general Timoteo Aparicio cada vez que debía pactar con el adversario. Era, sin embargo hora de pensar en el porvenir y enterrar los odios. Por desdicha no fué así. Se juzgó equivocadamente que Batlle tambaleaba, y que era fácil reclamarle el poder total. De ahí que se cayera de nuevo en el drama histórico. La suerte estaba echada. Ya no era posible la paz, sino con el sometimiento de uno de los bandos. *"Alea jacta est"*, escribía Lasso de la Vega al enrolarse.

Este pueblo que tanto amo, no puede vivir en perpetua zozobra. Es necesario acabar de una vez por todas". Lasso hizo la guerra, y peleó como el mejor. Se arrojó a las llamas sin entusiasmo, casi con tristeza, lamentando la deplorable coyuntura de que la contienda fratricida viniera a resucitar sin esperanza resentimientos ya casi extinguidos. El ciclo sangriento se cerró en Masoller, con la famosa carga contra las aguerridas tropas de línea, donde cayeron, como caen los valientes, Saravia y los principales jefes. A Lasso de la Vega le disgustaba hablar de la guerra, porque creía que eso era simple fanfarronería. Juzgaba necesario más bien verter aguas de olvido sobre las cenizas, a fin de apagar hasta los últimos rescoldos del odio. Por otra parte, la imagen gallarda de Aparicio Saravia, inmolándose al pie de un ideal que Lasso creyó extraviado, se le aparecía a él, mosquetero de reinos imposibles, como una reencarnación de las grandes virtudes hispánicas de desinterés y de heroismo. Si escribió la **Verdad de la guerra**, fué por devoción cordial a su jefe y amigo Julio Dufrechou. Y asimismo costó bastante fatiga hacerle dar cima a su trabajo. En el cuartel del 1º de caballería, vigilado para que no desertase de su tarea, Lasso de la Vega escribía a ratos perdidos. Muchas veces sobornaba a la guardia, no con dinero, porque no lo tenía, sino con su irresistible fascinación personal. Aquel bohemio errabundo salía de noche a vagar y divagar bajo las estrellas. Era entonces difícil tarea dar con él, y esto hacía la desesperación del coronel Dufrechou. Después de varios días de infructuosa búsqueda, lo encontraron una madrugada en la pulpería cercana al puente sobre el Miguelete, jugando al truco con Javier de Viana y dos guardas de tranvía del Paso del Molino. Lasso de la Vega volvió al cuartel, recomenzando de mala gana su tarea polémica. Pero había prometido esta vez a sus amigos que cumpliría lo prometido. No hubo más escapatorias, y el escritor hizo honor a su palabra.

☆

Si Lasso de la Vega se sentía molesto de referirse al drama bélico en que le tocara actuar, era porque aquel absurdo derramamiento de sangre fraterna le había hecho sufrir lo indecible. Ahogaba el deseo ajeno de reabrir heridas que aun no

cicatrizaran. Hasta en la discreta capacidad de este padecimiento íntimo se descubría un impresionante paralelismo entre el empecatado señor de la rebeldía y el mandatario que tuvo que aguantar, al mismo tiempo que el vendaval de la tragedia, el turbión de insidiosos embustes y de atroces calumnias. Porque hay algo que nadie sabía: Batlle vivió atormentado por la espantosa herida, la irrestañable hemorragia que parecía no tener fin. Probablemente yo mismo ignoraría hasta ahora la enormidad de su dolor de hombre, si aquella gran dama de tanta prestancia intelectual como de sencillez patricia que fuera su esposa, no me confiara un día que, de haber durado la guerra algunos meses más, su marido habría enfermado irremisiblemente. Muchos años después del conflicto armado, cuando entré en contacto con él, comprendí lo intrincado y penoso que era penetrar en sus sentimientos. Parco en manifestaciones exteriores, sobriedad de palabras dilatadas como un eco entre grandes silencios. Desde 1911, como redactor de **El Día**, hasta 1920 en que me alejé para el extranjero, le veía casi diariamente. Fué una experiencia de nueve años, casi con todos sus días, que no podré olvidar fácilmente. Estuve a su lado en momentos dramáticos de su vida, y nunca pude sorprenderle en la menor flaqueza ni la más remota debilidad. Tenía algo de patriarca en aquel rincón encantador que era su hogar. Y cuando presidía la mesa, rodeado de su esposa, de sus hijos, de sus numerosos sobrinos y todavía algunos de sus más allegados, transfiguraba su acero de luchador en la benignidad confidencial que le hacía superar las amarguras de la cotidiana batalla. Días inolvidables que no volverán sino por los caminos del recuerdo. Nunca quise aceptarle nada fuera de su amistad, que ya era bastante. No quería manchar con la menor sombra de interés mi admiración sin reservas a su obra de gigante, cuya armadura incorpórea rechazaba todas las sugestiones espurias. Era ésta su defensa invisible y silenciosa. Defensa más eficaz que el mejor de los escudos homéricos. Las corazas forjadas por la leyenda dentro de la fragua de los cíclopes, y con estrépito de caos, eran más débiles que esta simplicidad cordial de la devoción y del afecto. No se sentía incómodo en los estrechos límites de un territorio que abrió a inesperados derroteros. Su personalidad rebasaba naturalmente los moldes geográficos, derramándose cual río fertilizador que, al retirarse otra vez a

su cauce, deja esparcidos los gérmenes de una vida nueva. El forastero los abarcó mejor que nosotros en su verdaderas proporciones. Así lo vió Jaurés como realidad inseparable de la esperanza. Así lo vió Caillaux, como héroe de las ideas sociales que fascinaran al cáustico demoledor de gobiernos y profeta de la unión europea. Así lo vió Lugones, aquella cuesta tan empinada para la admiración fácil, cuyo adusto campanario echó al vuelo los bronces como para anunciar el advenimiento de otro mundo.

☆

Batlle no creía en el Diablo a la manera de Lasso de la Vega. Ni siquiera lo concebía como ficción literaria. (1) Pero estaba seguro de que es imposible contemplar una obra de arte sin pensar en el espíritu que la ha creado. Esta sutil inferencia le llevaba fatalmente a ahondar en el misterio del universo el genio de una arquitectura invisible, casi fugitiva, que gravitaba sobre las cosas y sobre los seres. Su amor de la naturaleza era una ejecutoria de bondad. Nada de ensuciar con vanidosas presunciones la limpieza natural de paisaje. Nada de torturas inútiles ni de sembrar la muerte entre las plantas o los animales. Porque el universo es un todo armónico, y el vano esfuerzo por alterar sus leyes se vuelve contra nosotros mismos. No había en esto resignación, sino comprobación. Y el hombre de Estado, aunque no tuviese alardes de educador, tenía que serlo forzosamente, ya que no puede tomarse como conjetura la realidad social en que se vive. De ahí que la muerte de Lasso, aunque esperada, le conmoviera profundamente. Inquiría datos de Sampognaro sobre el curso de la enfermedad del fiel colaborador de su diario. Sobre todo, le atenaceaba la preocupación de que pudiera haber sufrido. El desenlace final, sin conformarle, cuando menos llegaba como una promesa de ansiada calma y de fresco alivio. Porque Batlle no creía en la muerte como destructora de esencias íntimas ni acabamiento definitivo de la personalidad. Discurría al estilo del espiritualista que está habituado a considerar el alma humana como rescoldo de

(1) *Véase de Lasso de la Vega,* El ahijado del Diablo. *O. Bertani, ed. 1913.*

infinitas supervivencias. No le intimidaba el convite inevitable de la sombra, sino más bien que parecía avivar en él la secreta curiosidad de conocer las fronteras inexplorables del más allá, ese intrincado beyond de los metapsíquicos ingleses, atormentados por la duda. Cuando Domingo Arena se recogía postrado por alguno de sus frecuentes achaques, Batlle solía visitarlo en la quinta próxima a la suya, en Piedras Blancas. En esa época Domingo devoraba cuanto se escribía respecto de la supervivencia del espíritu. A su hermano Francisco y a mí nos leía las páginas más cautivantes de Myers sobre la materia que integra la personalidad humana. Cuando le llevara los primeros escritos de Sir Oliver Lodge, el físico famoso por sus trabajos sobre electrolisis, y que luego acabara como fundador de la Sociedad de Metapsíquica de Londres, pedía nuevos elementos de juicio para aclarar sus dudas. Y así se fueron amontonando sobre su mesa de noche el relato de las experiencias de Lombroso con Eusapia Paladino, las observaciones de Charles Richet, el libro de Flammarión con sus episodios de telepatía y sus casos de premoniciones... Hasta las angustias meditativas más recientes de Sir Arthur Conan Doyle aparecieron a la vista. La muerte de un hijo en el campo de batalla de Francia había invertido en el creador de Sherlock Holmes el realismo lógico de sus fantasmagorías deductivas. Domingo daba en razonar con aquella su milagrosa videncia de meridional que proyectaba chorros de claridad sobre los elementos más abstrusos. Si Batlle interrumpía, era siempre con alguna observación medulosa. Se procedía, según él, más bien por intuiciones sutiles que por hechos evidentes. Lo cierto es que el pequeño aposento familiar se cargaba de ideas, y los que escuchábamos en silencio aprendíamos siempre alguna cosa nueva. Se adivinaba en aquellas disquisiciones un deseo vehemente de pureza mental. Es indudable que hay pensamientos malvados que maculan el alma, aunque no lleguen jamás a convertirse en actos. Y el desprendimiento de la conciencia humana como garantía de eternidad parecería ser la meta y el premio de todos los ideales elevados por la sinceridad o el sacrificio. No sabríamos decir si esto es consuelo, esperanza, cansancio, o simplemente un subterfugio para escapar sin rencores a las miserias de la vida. Ahora sobrevivimos Francisco y yo entre las cenizas de aquellos inolvidables coloquios, y cuando nos

encontramos, podemos ayudarnos mutuamente para restaurar en la memoria el cuadro ya casi borroso. Este fué el Batlle profundo, denso, afectivo, que nosotros conocimos. Retrato muy distinto, por cierto, del que trazaban a diario panegiristas entusiastas o rivales displicentes. Su preocupación de lo que vendría después de la muerte era el tono más alto de su nobleza espiritual. Ya enfermo, y después de operado, pasábamos a menudo por el sanatorio para informarmos de su salud. La consigna era severa, a fin de que nadie le molestase con inoportunas visitas, aunque ya se había recuperado de su primer ataque. Nos retirábamos una mañana, después de recibir nuevos de que todo andaba bien. No sé cómo se enteró de que yo estaba allí, y me hizo pasar. La entrevista fué breve, la última. Al referirse a su reciente colapso, me dijo sin sombra de inquietud: "Si la muerte es eso, tiene que ser algo maravilloso". Me acordé de inmediato, cual si rumiase en mi interior, de una frase de Lasso de la Vega que aparece como perdida en su cuento **La serenata de Schubert.** En las baladas de la muerte, la intrusa silenciosa no habla, sino canta, muy quedo, canciones de sirena. "Melodías suavísimas, escribe, que se infiltran en el alma y la adormecen con un sueño semejante al que sienten los que mueren helados de frío entre las nieves de la montaña. Su mirada tiene expresión de amor materno; parece que, complacida, nos abre los brazos para mecernos entre ellos con besos muy leves. ¡Oh, la muerte, la muerte! ¿Quién fué el primer ignorante que la revistió de formas repulsivas o terribles?"

Y así corrieron las horas, entre tantas alternativas de angustia y tantas esperanzas frustradas. Un veinte de octubre, después del mediodía, recibimos en pleno pecho la noticia fatal. Batlle había muerto. Fué un golpe de maza que nos dejó anonadados a todos aquellos que, en el abatimiento por el derrumbe de una ilusión prometedora, cada vez más cercana, no había dejado en nuestra humanidad maltrecha ni sangre para revivirlo ni lágrimas para llorarlo. La proverbial bondad de aquel espíritu que había superado en el trato íntimo su larga vida de batalla, flotó durante mucho tiempo como

una leyenda en las salas del hospital. Cuando algunos años más tarde hube de ser internado en la misma casa de salud, gustaba de platicar con una hermana de caridad que había conocido a Batlle en sus días postreros. Era esta religiosa italiana, no demasiado vieja, de grandes ojos rasgados y dulce sonrisa. Caminaba sin hacer ruido, como una sombra. A veces, entre mi sopor de paciente, la veía de pie junto al lecho, cual la aparición de otra vida. Sospechaba sin duda cómo yo pensaría, o habría intuído con su fino instinto de mujer vagas realidades. Lo cierto es que una tarde, inesperadamente, me habló de Batlle.

—Nunca tuve recelo alguno al acercarme a él, me dijo, porque me convencí desde el primer momento de que era bueno de alma y que nos comprendía profundamente.

Se hizo un breve silencio. Luego continuó:

—¡Oh!... ¡He rezado tanto por él!... A menudo me regalaba ramos de bellas rosas, que yo llevaba en seguida a la Virgen... Un día se lo dije, y él me respondió sonriendo: "Desde que las flores son suyas, usted puede hacer con ellas lo que juzgue mejor".

No he vuelto a tener noticias de aquella hermana tan tiernamente cordial, que parecía envuelta en una aureola de emoción. No sé qué habrá sido de su figura silenciosa. La veo todavía a cada momento, ocultando su lastimoso asombro ante el paciente que pasaría a la mesa de operaciones sin haber oído misa ni recibido a un sacerdote. Su simplicidad tenía algo de revelación, porque el milagro reside únicamente en las almas sencillas. Lasso de la Vega creía en estas raras manifestaciones de lo sobrenatural. Aceptaba el deslumbramiento que parece trastornar las leyes del universo; pero no consentía que pudiera servir para el engaño de los pobres de espíritu. (1) Su fe de racionalista atormentado participaba de la zozobra y de la intriga. Epoca añorada que no se aleja, a pesar de todo, de nosotros como espectro macilento y triste. Hay en ella vida y substancia. Desafortunadamente, no podríamos alcanzarla de nuevo. Y en esto consiste nuestro drama actual. Marchamos también hacia la sombra eterna que algún día

(1) *Léase el relato de Lasso de la Vega* Un juez insoportable, *que se transcribe íntegramente en este libro.*

habrá de envolvernos con su abrazo helado. ¿Pero qué importa esta esperanza glacial, cuando sentimos nuestro pasado denso de pensamientos y de tibias cordialidades? Amistades infinitas, cálidos recuerdos, balumbas del corazón y de la idea. Además, peligros de abismos y sonrisas de amaneceres. Todo perdido en los reflejos mortecinos de un mundo que ha quedado atrás.

☆

La réplica contra los allegados que solicitaban de él cosas que no le parecían correctas, la vigilancia constante para no ser desbordado por influencias perniciosas, le prometían horas de tensión que muchas veces pusieron a prueba su inquebrantable voluntad de no apartarse de la línea moral que él mismo se había trazado. En cierta ocasión le oí decir que se necesitaba el doble de energía para resistir a las pretensiones injustas de los amigos que para luchar contra los enconados adversarios. Y agregó: "Si tornáramos a la arbitrariedad para complacer en todo a los que ahora nos acompañan, sería lo mismo que retroceder al candombe". Tampoco podía soportar la mala educación ni la grosería en los modales. Cuando, después de la primera guerra mundial, le pregunté si no le agradaría una nueva excursión por Europa, me contestó negativamente. Luego me explicó el porqué. Dijo que los sufrimientos de la contienda habían destruído aquel culto proverbial de la cortesía que constituyó en el pasado todo el encanto del trato con las gentes de Europa. En política no reconocía límites a los derechos del pueblo para expresar su voluntad. No admitía pretextos para reducirlos ni cortapisas para postergarlos. Sobre estos problemas hacía reflexiones jugosas y siempre interesantes. Creía que los electores deberían ejercer constitucionalmente la facultad de revocar el mandato de sus representantes, cuando éstos no cumplen con sus deberes. "Si en el orden privado, yo puedo retirar un poder que he otorgado libremente, porque entiendo que mis intereses no están bien defendidos, ¿por qué no hacerlo en el orden público?" —decía. Había impostergables urgencias en realizar el bien social. No aceptaba otras dilaciones que aquellas derivadas del tiempo necesario para educar a las masas. Los hombres que cohonestaban las situaciones de fuerza y de gestación cuartelera contra las cuales Batlle combatió, repetían a me-

nudo la incapacidad de nuestros pueblos para el gobierno propio. Y recordaba que lo mismo se dice ahora cuando se habla del plebiscito y se afirma que no estamos preparados para esta clase de pruebas. Si los representantes se vuelven de espaldas al pueblo, éste debe reservarse el derecho de desautorizarlos, forzándoles a hacer renuncia de sus cargos. También debe ejercer la facultad de derogar las leyes que considere nocivas. Exigía renovaciones cada dos años, para que el elector no se adormeciera ni bajara la guardia. Con esto nos anticipamos al porvenir y podemos contemplarlo en fuertes y seguras imágenes. Es negar la democracia en sí misma y dar cauce a la insurrección o al motín rehusarle al país los medios legales para corregir por medio del referéndum los errores de sus gobernantes. Así discurría Batlle. De haber vivido algunos años más, hubiéramos asistido a una esplendorosa realidad de sus ideas. Su limpia concepción respecto de posibles conflictos no dejaba lugar a dudas: el pueblo debía decir, en definitiva, la última palabra en favor o en contra de sus delegados.

☆

Y el bohemio que parecía trasladarse fuera de este mundo con su sentido cósmico de la vida, volvía densamente a él, impregnado de realidades indestructibles. No otra cosa aquella frase sobre Batlle que, borrosa en el espejismo de casi medio siglo, vibra con imperecederas sonoridades de bronce: *No mancharán su lenguaje las imprecaciones de la ira que hoy le persigue, ni desmedrarán la buena fe de su apología los ditirambos de la edulación que hoy lo asedia.* Sin embargo, me asaltaron siempre dudas alrededor de esta benigna equiparación de Lasso entre incondicionales y adversarios. Y evoco aquellas remembranzas cáusticas de Clemenceau sobre Malvy: "Era considerado buen muchacho, no se le conocían enemigos, y acaso fuese ésta su principal desgracia". Benditos sean, por otra parte, los enemigos. Ellos son los que siempre construyen algo duradero en el blanco de sus diatribas. Los dardos más iracundos, rompiéndose contra el pedestal, acaban esculpiendo algo de su gloria. En cambio, creo que se debe proteger a Batlle de sus fervorosos entusiastas, más ahora en que sus enemigos se han llamado a silencio. Hay que defenderlo de sus admiradores. No se trata, por desventura, de una manada

en desorden que se deshace a sí propia, sino de gente sincera y bien intencionada. Con la mejor buena fe van agregando postizos a la figura ya lejana, cercenando su personalidad, olvidando sus cualidades más puras, deformándola al fin, hasta mostrarnos un varón irreconocible para quienes lo tratamos de cerca. Se necesita un método algo cauteloso, algo cazurro, con algo de mimetismo para domar a la historia. No es fácil transformar a la voluble y discreta Clío en la musa benigna que responda al fin a nuestros ruegos. Los elementos intrahistóricos se nos escapan. Ni versatilidad calculada, ni inconstancia loca son emulaciones que allanen el camino del investigador. Un genio escurridizo y mudable nos embrollará las ideas, si no lo sujetamos antes con el freno mulero de la crítica. Nada hay como la historia que sufra tantas deformaciones librescas. La existencia individual no alcanza para comprobar siquiera una milésima parte de las cosas del pasado. El cronista, con su carga de pesadas imperfecciones, es el único factor humano que hace la historia a su manera. Se necesita alma de rumbeador para orientarse en esa niebla de conjeturas en que la verdad y la mentira se muestran por igual. Todo da vueltas en torno a un misterio único. La meta se logra, empero, cuidando a la historia de los historiadores. Solamente los rincones intransitados, los puntos remotos, vírgenes de interpretaciones, pueden ofrecer la clave del enigma.

☆

La línea ferroviaria atraviesa una extensión marcada de nombres. Y sabemos que existe en ese futuro espacial un punto hacia el cual nos dirigimos. Lo que veremos indefectiblemente se oculta detrás de los horizontes de la vida. Una rara percepción extrasensorial permitía a Lasso de la Vega señalar también las cosas que nos esperan en el tiempo. A lo largo de esta línea incierta hay también estaciones seguras para nuestro tren en marcha. Su presciencia del porvenir surgía sin violencias ni estiramientos, muchas veces sin darse cuenta él mismo de que su mente trabajaba en dimensiones insospechadas. Como Jefferson en el norte, Batlle quería evitar la injusticia social por medio de un Estado vigilante, pero sin transformarle en el monstruo providencialista que es

ahora. Había que cuidar la lumbre para que el fuego no se comunicara a toda la casa, destruyéndola. Cuando el Estado subroga al individuo, que es la fuente natural de la riqueza y le quita al hombre la conciencia de su dignidad para volverle animal de rebaño, no le quedará más que una cosa para repartir: miseria. No hay Estado rico cuando ha de asentarse sobre un pueblo miserable. Batlle se defendió de peligrosas exageraciones. Conservó el discreto equilibrio que, infortunadamente, se va perdiendo. La tragedia de esa clase de providencialismo, y el consabido sacerdocio burocrático, estriba en que, para ser aniquilado en su poder, no basta una equivalencia de represiones policíacas. Son necesarios remedios más drásticos, y por consiguiente, peores que la enfermedad misma. Se mata la corrupción antes que ella nos mate. En un barco que se hunde, la vehemencia de los pasajeros por salvar sus vidas es una suerte de austeridad. No hay compasión por los que estorban ni respeto por las dilaciones. La austeridad tiene que venir de cualquier manera. Estamos viendo ahora cuál es la última etapa del dirigismo: los pelotones de fusilamientos. Hay que bregar por la libertad integral del hombre. Hay que independizarlo de la funesta idolatría del Estado, que lleva a la postre, como todas las idolatrías, a soluciones sanguinarias. Lo interesante es que seamos nosotros mismos los dueños de nuestra austeridad, y no que ella nos sea impuesta desde afuera por el terror.

☆

No podría afirmar con propiedad, si en aquellas extrañas adivinaciones, Lasso previó en sus consecuencias la marcha de este proceso de retroversión que padece la América hispana y que la arrastra fatalmente al régimen esclavista y arbitrario de las monarquías absolutas. Es lo que hoy se designa con nombres distintos, donde Marx está ausente, pero que es asiatismo bárbaro y descarnado. El autor de *Grandeza y Decadencia de Roma* escribía en los comienzos de esta centuria que la influencia de la estepa se reveló en el pasado con el florecimiento de la institución monárquica, de origen asiático, mientras únicamente la república era de gestación occidental, romana y latina. A Guglielmo Ferrero no le sobraron años de

vida para corroborar esta sencilla verdad. El mismo flagelo vuelve ahora a cernerse sobre Europa y el mundo, pero con diverso signo. Al principio todo eso pudo ser revolución. Hoy no es otra cosa que retrogradación, una vuelta sombría hacia la prehistoria. Y ningún dialéctico podrá disimularse en esa manera de avanzar de espaldas a las grandes realidades espirituales de la vida humana. Ha de borrarse sin duda el criminal equívoco que nos corroe. Pues llegará el momento en que los pueblos sentirán henchirse el alma de esperanza, igual que el evadido llena sus pulmones de aire puro cuando ha dejado atrás los muros del presidio.

En el curso de su batalla por las ideas, Lasso de la Vega mostraba altibajos supremos. Ora arrojaba toda su materia inflamable a la hoguera, en medio de infernal algarabía, ya se encerraba en un mutismo salvaje, preñado de duras reconvenciones y severas audacias. Y en cualquiera de ambos trances era siempre el profeta de la osadía humana, que no reconoce barreras ni prejuicios a la ambición revolucionaria. Todos los caminos eran buenos para redimir a los pueblos, aun el inaceptable de la crueldad, la cual, una vez consumada, la repudiaba como algo espantoso. En su frenesí lírico caía en el mismo paralogismo que la crítica soreliana reprochaba a Jaurès. Más inquietante que curioso era recordar al apóstol de la violencia que fué Georges Sorel, aconsejando meditación a los imprudentes que la confundían con el crímen. El mundo no necesitaba de fanatismos que alterasen la acción lenta y creadora de las masas sociales, sin guillotinadores ni maestros en el arte de la tortura. Ya resultaba inútil la rutina casuística para aquietar el espanto de las desviaciones que surgieron de la revolución burguesa. Los aprovechadores del caos, los bandidos de orden común confundidos con los delincuentes ideológicos, el mentor de errores, el vate que exalta por igual el heroísmo de la verdad y la mentira, todos aparecían estrangulados en la oleada confusionista destinada a perturbar la clara interpretación de la historia. Jean Jaurès llegó a Montevideo, tres años después que la obra cumbre de Georges

Sorel se publicara en Francia. A través de sus palabras en el teatro Solís abordamos el sugestivo panorama del siglo XVIII, no sólo desde el punto de vista de la directiva intelectual de la burguesía, sino del influjo de la nueva sangre obrera y campesina. No se refirió a Sorel más que por azar, cuando identificó el *impulso vital original* de Bergson con la exégesis del sentido histórico que precipitó la caída del antiguo régimen. En cambio fulminó la anticiencia científica de los espíritus formados en disciplinas de escolaridad, el conservadorismo de la escuela de Ferdinand Brunetière y de Charles Maurras, más aún que por adulteración del medio social como un espejismo que nos forzaba a contemplar invertidas todas las imágenes de la historia. Jean Jaurès fué uno de los más prodigiosos oradores que he tenido la fortuna de oír en el curso de mi vida. La oratoria es un arte espurio, compartido entre el oyente y el tribuno. Pero arte al cabo. En España se me ofreció la oportunidad de escuchar a Don Antonio Maura, y en Londres a Lloyd George. En la misma Francia, pude aquilatar los valores de Clemenceau y de Briand, maestros de la elocuencia parlamentaria. Los públicos de ambas orillas del Plata tuvieron la ocasión de escuchar las cadencias magníficas de Enrico Ferri, el tribuno de la ciencia jurídica y de la emoción. Pero ninguno como Jaurès ejercía esa candente soberanía de la palabra, que dominaba al auditorio desde el primer párrafo. Pequeño, macizo, de anchas espaldas, con su tez rosada y su frondosa barba meridional, se agigantaba en el vuelo lírico de sus tropos, que eran como aves magníficas que planeaban sobre la absorta muchedumbre. Se movía en una densidad mental pocas veces igualada, manejando ideas, sistemas, doctrinas, con tal magnitud en las referencias, con tanta belleza en la justedad de las incógnitas, que en un momento dado no podría decirse si aquello era un poema de vida o si trabajaba en función de un valor matemático que iba despejando, con palabras lentas, mecidas de ritmo, ante el asombro de sus oyentes fascinados. No contaba más de cincuenta y dos años el fundador de *L'Humanité* cuando pisó nuestra tierra. Había nacido en 1859. Este albigense de Castres, alumno del liceo de Albi, en sus recorridas juveniles a través del Tarn, azoraba a los atónitos paisanos de Gaillac, de Lavaur, de Carmaux, con las notas furiosas de su desbordante genio discursivo. La pasmosa agilidad mental, que

conservó hasta el final de su carrera, desconcertaba a los adversarios. Lejos de ser uno de esos tantos amontonadores de palabras que andan por el mundo. No le ocurría de repetirse hasta el sonsonete, como le acontece al noventa y ocho por ciento de los charlatanes de distinta vocación que hablan para el público. El ejemplo de Jaurès demostró una vez más que el verdadero orador es variedad bien rara en la familia humana. Y los que tuvieron la suerte de oírlo no podrán olvidarlo fácilmente. Batlle me había confiado el encargo de hacer el resumen de sus conferencias para *El Día*, tarea casi imposible, que yo acepté, sin embargo, aunque era un muchacho estudiante sin más bagaje que mi atrevimiento temerario.

☆

No quedé satisfecho de mi trabajo, porque sentí la dificultad de una empresa que consistía en seguir el vuelo infinito del pensamiento de aquel espíritu extraordinario. Nuestro tribuno había recibido el espaldarazo de la Escuela Normal para ser armado caballero de la cultura. Fué discípulo de Jules Lachelier, el "forjador incomparable de varias generaciones de maestros", como le llamó Bergson, "implacable perseguidor de la verdad" que dijera de él Emile Boutroux. Y allí aprendió a afianzar su dominio sin límites de la lengua materna. Por otra parte, la facundia infinita, como mar agitada de matices y de tempestades, parecía ser patrimonio de su linaje meridional. Otro miembro de la familia, el comandante Jaurès, llegado a Montevideo, dos años antes, como jefe del acorazado *La Gloire*, de la división naval del vicealmirante Aubert, reveló sus privilegiadas dotes oratorias, ante la tumba de los legionarios franceses que lucharon contra Rosas en defensa de la Nueva Troya. Así es que, cuanto más releía lo que había escrito para resumir las previsiones mentales de aquel tribuno, arrastrando en su voz algo de demencia profética, algo de apacible cordura de predicador, con mayor fuerza me sentía invadir por un penoso sentimiento de disconformidad. Las disertaciones de Jaurès finalizaban después de media noche, y yo debía reconcentrarme sobre mis deshilvanados apuntes, para redactar entre trompicones, con los ojos cargados de sueño, las líneas que transmitieran al lector una imagen aproximada de aquel mara-

villoso espectáculo intelectual. Fué, por consiguiente, grande mi sorpresa, cuando por esos días, junto a la puerta de la vieja casa de *El Día* en la calle Mercedes, el inolvidable Domingo Arena me abordó risueñamente, exclamando con su característico aire campechano:

—¿Sabés hermano, que a Jaurés le gustó mucho tu reseña? Así lo dijo ayer en una visita que le hizo a Don Pepe...

¡Grande y generoso Domingo! Su entusiasmo era más fuerte que mi asombro. Hasta ahora estoy por comprender, después de transcurridos cuarenta y cinco años, qué flecha misteriosa de nuestro carcaj hizo blanco en el corazón del águila de la elocuencia. Y me siento abroquelado en la excusa de la sobriedad mental de los grandes hombres que se contentan con tan poco. Batlle ejercía en esa época la presidencia de la República, dentro del régimen constitucional de 1830. No obstante las abrumadoras tareas que le imponía su cargo, no le faltó tiempo para oír al gigante de la tribuna francesa. Por indicación suya, fuí a ver a Jaurès, en su alejamiento del antiguo hotel Lanata. En esta oportunidad Lasso de la Vega se prestó a acompañarme. Llegamos al hotel después de almorzar. Era una tarde tibia y asoleada, cuando vimos descender a Jaurés con un paraguas rechoncho como su dueño, con gruesa empuñadura de marfil. No obstante todas nuestras seguridades de que no llovería, el gran tribuno se resistió a abandonar su prenda. Ansiaba conocer la ciudad y recorrerla, pero no en auto, sino en alguno de los medios populares de locomoción. Subimos a un tranvía de la línea de Pocitos. Alguno de los pasajeros reconocieron a Jaurés, que se había vuelto una figura popular, y miraban con insistencia su ancho sombrero de corte provenzal y su enorme utensilio para defenderse de problemáticos aguaceros. Muchas veces he evocado este episodio en que el prohombre socialista, con su pacifismo y con su paraguas, se me representaba en el recuerdo como una conmovedora anticipación de Chamberlain. Una vez en la playa Pocitos, caminamos pausadamente por la rambla, para adentrarnos luego en el viejo muelle de madera, hoy desaparecido, que avanzaba sobre las aguas. Ahí encontramos un nuevo personaje, a quien hicimos las presentaciones de estilo. Era don Luis Cincinato Bollo que habitaba entonces muy cerca del lugar, en la calle Barreiro. Hombre culto, de bondadoso

talante, autor de valiosos textos de docencia. Hoy injustamente maltrecho por el olvido a pesar de ser el educacionista que alcanzó un primado de saludable influencia sobre las generaciones jóvenes de su tiempo. Conservo como recuerdo de este encarnizado obrero de la cultura su cautivante libro *South America. Past and Present* editado en Nueva York, y que lo revelan como un admirable precursor de nuestra expansión intelectual más allá de fronteras. Nos sentamos en las toscas banquetas de madera, mientras el rumor del oleaje llegaba hasta nosotros a través de la carcomida tablazón del muelle. Lasso de la Vega atacó su tema favorito: la gran revolución que, para los profanos, comienza en 1789, con la toma de la Bastilla. No así para los eruditos, que descubren el foco del incendio, quince años antes, cuando el pueblo se resiste a pagar los impuestos y se inicia la era de convulsiones tanto en las ciudades como en el campo.

☆

Jaurès dominaba como nadie este problema de altura, pero, pero muchas veces, se detenía, perplejo, y se hacía repetir las objeciones, porque la pronunciación francesa de Lasso no era de las más perfectas. Al fin lograron entenderse maravillosamente en latín, cada uno con su propio estilo fonético; el francés recalcando el acento agudo, y el español abusando de los esdrújulos. Lo cual nos demostró entonces que el idioma del Lacio no es una lengua muerta, sino para aquellos que no la dominan, y que, en consecuencia, se sienten impotentes para manejarla. Recuerdo que hubo solamente cierto tropiezo y confusión en el empleo de un nombre en el caso acusativo, y que Jaurés había interpretado en su forma dativa, lo cual alteraba por completo el sentido de la frase. Aquellos dos buzos de la cultura antigua, *normalien* disciplinado el uno, humanista casi monástico el otro, solamente se diferenciaban en la manera personal y propia de emplear el hipérbaton. (1) De cualquier manera todo marchó hacia adelante. Era hondamente sugestivo contemplar a un cruzado sin reproche de la interpretación

(1) *La tesis de Jaurès para el doctorado versó sobre la historia del socialismo alemán, y fué escrita en latín.*

materialista de la historia, impregnar con ráfagas de luminoso espiritualismo, entre acentos de estético ingenio, los cuadros más sombríos y misteriosos del drama revolucionario. Ambulando quince años más tarde en Moscú a la sombra de los ídolos marxistas, entre los cuales, naturalmente, se contaba Jaurès, pensaba con amarga sonrisa lo que le hubiera acontecido de haber perdurado, llevando a cuestas el espiritualismo recogido en las enseñanzas de Jules Lachelier. Si para el dogma soviético ello entrañaba funestas desviaciones, los trágicos efectos no hubieran tardado en manifestarse. Millares de correligionarios, hermanados en Jaurès, se vieron así arrastrar como bestias de matadero, y acabaron con el tiro en la nuca en los tétricos soterrados de la Lubianka. Si había alguna culpa compartida con los que contribuyeron a su formación intelectual, sería difícil afirmar ahora qué dosis de responsabilidad cabría a los sutiles venenos vertidos por los maestros de la célebre *Ecole Normale*, y cuál podría ser la parte que comprendía al propio Jaurès. Lo cierto es que esta clase de cerebros que arden en perpetua incandescencia, abrasados por maravillosas quimeras sociales, si suelen salir a veces fortalecidos por las calumnias de cualquier miserable, pueden estar al alcance del arma de un fanático. Y esto fué lo que aconteció a Jaurès. Por uno de esos incomprensibles caprichos del destino, el viejo maestro Lachelier sobrevivió cuatro años a su discípulo. Había franqueado ya el umbral del octogésimo segundo aniversario, mientras su pueblo se retorcía ante las angustias de sórdidas y brutales amenazas. Una noche alcanzó su última etapa de dolor, cuando recibió en pleno pecho la noticia de que el hombre sobre quien había ejercido mayor influencia, caía asesinado junto a su mesa del restaurante del *Croissant*.

El tiro había sido terrible. Fragmentos de la masa encefálica se desparramaron en el aire, salpicando hasta los espejos. Sin embargo, no logró el asesino acabar con el espíritu, aquel mismo espíritu que animara la materia muerta de una doctrina. ¿No había triunfado en Amsterdam, al declinar la pasada centuria, en el candente asunto Dreyfus, del frío y dogmático grupo de Liebknecht? Tal oposición estaba hecha de afán digresivo, de perplejidades, de fruslerías. Resistencia diluída entre argucias sectarias y bagatelas superficiales. Ra-

zonamientos temibles, es cierto, aunque envueltos en prejuicios antiburgueses de todo género. Difícil alcanzar la entraña del problema, morder en la médula a través de tanta futileza. Pero Jaurès puso en la balanza su formidable elocuencia. Y ganó la gran jornada, interesando a los correligionarios de todo el mundo en la lucha por la verdad. Declaró que la causa del honor no podía ser privilegio ni exclusividad de una minoría burguesa: el proletariado debía participar por entero en la batalla contra la mentira. Arrasó las objeciones, con su soplo espiritual y emotivo este indomable habitador de la selva idealista, donde anidan únicamente los forjadores de esperanzas. Todo esto se atropella ahora en mi pensamiento, cuando recuerdo aquella entrevista sobre el viejo muelle de Pocitos, batido por el oleaje, y veo a Jaurès acosado por las dudas de Lasso, rechazando el juicio sobre la revolución, si éste ha de fundarse en detalles aislados y superficiales. No le disgustaba en esos momentos refugiarse en la cómoda definición de Clemenceau, su terrible adversario, respecto del proceso insurreccional que, según él, debía adoptarse en bloque o ser rechazado del mismo modo, sin observaciones particulares. Esto trajo forzosamente al diálogo el nombre de alguien que refutaba la revolución de modo total. Y apareció Hipórito Taine, para quien la formidable gesta del siglo XVIII es el punto de partida de esa lenta declinación de Francia, que culmina en el desastre de 1870. En un punto en que ambos estuvieron de acuerdo fué en la censura de esa interpretación histórica. Sin embargo, el episodio puramente declamatorio de dicha decadencia, se muestra en su trágico y desenfrenado charlatanismo. A pesar de todo, magüer algunos puntos de vista que, si no pueden ser considerados falsos, son evidentemente equívocos, sigo creyendo que *Les origines de la France contemporaine,* por su análisis despiadado y su estilo impecable, constituye uno de los monumentos más serios sobre ese período crítico de la historia de Francia. Por razones explicables de pudor histórico, tanto Lasso como Jaurès pasaron por alto aquellos horrores que Georres Sorel reprochaba a la revolución burguesa: el trabajo incesante de los verdugos, las carretas repletas de condenados rumbo a la guillotina, las matanzas de Lyon y de Nantes, las barcas cargadas de infelices, hundidas en las aguas del Loire... ¿Para qué perder tiempo en esas minucias, si el cataclismo

que barrió con el antiguo régimen había que aceptarlo o condenarlo en bloque? Lasso por último protestó en recio castellano que tradujimos de inmediato a su interlocutor, si las incoherencias revolucionarias no vinieron al fin a justificar la salida del caos, dándose con Napoleón su amo absoluto. Este desenlace desgraciado arruinaba, según su criterio, hasta la obra práctica de los enciclopedistas. Entonces creímos descubrir en Jaurès cierta oculta y benévola tolerancia bonapartista, cuando afirmó que, sin Napoleón, las ideas nuevas hubieran retardado en muchos años su difusión en el continente.

☆

Lasso no aceptaba que se hiciera prédica revolucionaria, cubriendo a Europa de monarquías iguales o tal vez peores de las que existían antes de 1789. Peregrina revolución de resultados dudosos e insólitos, y que para muchos, como Fouché y Talleyrand, fué senda segura de insinceridad y de apostasía. La inconsecuencia que indignaba a Lasso de la Vega, procedía más bien de la falla capital en la aptitud humana para construir sistemas permanentes de vida. En la negación de las concordancias deseables aparecía esta clase de solecismo revolucionario, que extravía el juicio de los historiadores mejor ponderados. La obra más formidable de la revolución francesa, Lasso de la Vega la veía en el aniquilamiento del feudalismo territorial, y la rehabilitación del "paysan", el campesino transformado de siervo en propietario. Francia descubrió así la vacuna contra las locuras sociales del futuro. La libertad del hombre es incompleta, cuando su soberanía no se refleja también sobre el pedazo de tierra que cultiva y que ha de trasmtir a sus hijos. Medio eficaz de prevenir y también de curar. Si las propiedades del clero y la nobleza hubieran pasado al Estado, el problema habría sido el mismo. He ahí la visión genial de los revolucionarios y su gran sentido de la historia. Esto ha permitido a Francia sobrevivir a sus mayores infortunios. Por algo Carducci la comparaba al mito de Anteo, quien, al ser derribado, su contacto con la madre tierra le daba nuevas fuerzas para resurgir y continuar la pelea. Entre tanto Lasso le confiaba a Jaurès que creía ver ahí la obra inmortal de la revolución, que también fué obra de titanes.

Hizo del campesino un sér completamente libre, sin trocar su esclavitud hacia los señores feudales por una nueva servidumbre hacia el Estado democrático. Agregó que el mundo entero debería pasar por ahí, y que su tierra, España, se vería presa en cualquier momento de terribles convulsiones, si no seguía el mismo camino. Vista desde nuestros días, asombra esta formidable anticipación tanto de la revolución española como del fracaso agrario de los soviéticos, donde el mujik desposeído continúa siendo una bestia de carga bajo el terror de los nuevos amos. Recuerdo que Jaurès se puso de pie, y acercándose a Lasso de la Vega, le estrechó entre sus brazos, conmovido.

☆

Entre tanto, la tarde caía lentamente. Con su sonrisa abierta y contagiosa de patriarca, Jaurès volvió a empuñar su grueso paraguas, extendió la mano a Bollo, indicando con su gesto amistoso que había llegado la hora de marcharse. Recordó que tenía un compromiso casi inmediato, y que a la mañana siguiente, con algunos de sus amigos, visitaría los saladeros del Cerro, haciendo el viaje a través de la bahía. Su gesto alerta para todas las cosas que podían enseñarle algo, se manifestaba nuevamente. Debería verlo otra vez, la última, antes de su partida. Y se fué, al fin, envuelto en su oratoria retumbante, con su dicción clásica del Languedoc, rociada de ideas, vocales crepitantes de fuego, entre aquellos giros inolvidables que se insinuaban con acentos suaves, apenas audibles, desarrollándose luego en crescendo, mientras hacía sonar las e mudas, prolongándolas como notas de clarín en medio de una barricada. Riqueza de matices, dianas de victoria, tonos de persuasión, musicalidad de gracia fascinante, que no he podido apreciar hasta ahora en ninguno de los oradores que se expresan en la más estupenda creación del genio de su raza, que es la maravillosa lengua de Francia.

☆

Me acuerdo, cual si fuera algo reciente, de la noche del 31 de julio en 1914. Las noticias del cable nos traían a cada rato

vahos de tormenta. Sin embargo, numeroso público, despreocupado y apacible, llenaba la sala del Solís para presenciar uno de los primeros ensayos de cine sonoro, llamado *kinestófono*. Ya bastante avanzado el espectáculo, en el entreacto, vi venir hacia mí, despavorido, á Javier de Viana, que salía de un palco bajo donde se hallaba con Román Freire. Cuando estuvo a mi lado, exclamó con visible azoramiento:

—¡Tenemos la guerra!... ¡Han asesinado a Jaurès!

Me comuniqué de inmediato con la redacción de *El Día*. La noticia no podía ser más terriblemente cierta. Los últimos despachos eran de un atroz pesimismo. Sombras fatídicas se cernían sobre el porvenir de Europa. Los cables seguían trayendo nuevas cada vez más desconsoladoras. Esa memorable noche nadie durmió. Salí en procura de Lasso, sin saber a ciencia cierta dónde podría encontrarlo. A la salida del teatro, recostado contra una de las columnas del peristilo, y rodeado de gente, me topé con Augusto Gozalbo, fino crítico de arte, cuyo ojo de vidrio parecía agrandado por la emoción, como el de un cíclope acosado por las Euménides. Venía de regreso de las redacciones, con el morral lleno de rumores fantásticos. Me dió, empero, el dato cierto sobre el lugar donde podría hallar a Lasso de la Vega. No estaba muy lejos. En compañía de Orsini Bertani, su editor, lo distinguí conversando con grandes ademanes, sentado a una mesa del pequeño restaurante del Canario, casi junto al edificio del viejo Tupí. Nuestro sevillano nada sabía en absoluto de las versiones que corrían por la calle. Cuando le trasmití la trágica noticia, que ya andaba en todos los labios, se puso repentinamente pálido y sus ojos se humedecieron. Transcurrió un buen rato en silencio, como si reflexionase. Después habló con voz calmosa, sin que lo traicionara la emoción:

—Muchas veces he pensado si inmolarse por el bien ajeno, en lucha contra todos, no es elegir una forma de suicidio como cualquiera otra. ¡Cuántas veces le habrán dicho a Jaurès esos hombres de buen sentido, los que revientan de sensatez por los cuatro costados, que archivara sus bellas quimeras! Pero nadie dispuesto a suicidarse escucha los consejos a ras de tierra. El que bebe o fuma en demasía sabe también que el tabaco o el alcohol lo asesinarán algún día. El culto báquico viene casi siempre acompañado de complicaciones literarias.

Es frecuentemente asunto de crisis interiores, de prematuras desilusiones, de sentimentalismos defraudados. ¿Qué drama íntimo llevó a ese hombre valeroso al sacrificio de su vida?

No lo sabremos jamás. Aunque estoy seguro que, debajo de cada idealismo, hay una lágrima de desesperación que empuja sin piedad para romper el equilibrio de nuestro destino. Si retornamos al parangón anterior, veríamos cómo las excesivas libaciones, agregadas al abuso del cigarro, se vuelven una ley consuetudinaria que no reconoce edad ni sexo. Borrachera de popularidad o borrachera de vino: todos moriremos de la misma muerte. Nosotros somos sordos a nuestros propios gritos, pero nuestro futuro asesino los oye y registra el llamado. Ni desparramar ideales contra los privilegios, en desafíos inauditos, ni disociarse, célula a célula, en bocanadas de alcohol, ni quemarse a fuego lento los pulmones con el humo del tabaco. Vicios con algo de fantasmas que no pueden reducirse por el razonamiento. Semejantes a los estados de fe, nada hace contra ellos la experiencia ni la lógica. De poco sirven en este caso las potencias de convicción por más luminosas que ellas sean. En no importa qué forma de éxtasis casi religioso, ya sea por principios de revolución o por culto de intoxicación, la prueba de estilo curialesco no es vehículo de convencer, sino de resistir. Por este camino de muerte va la especie, afinando su irresistible vocación de suicidio. Hasta dónde ha de llegar este lento proceso de degeneración de la raza humana, nadie podría decirlo. Lo cierto es que puede ser juguete de cualquier momento de los sobrios sin sensibilidad, fríos y crueles, aquéllos que están ebrios sin haber bebido, y cuya sed de poder les permite alargar el brazo, con cauteloso disimulo, hacia el látigo que ha de restallar finalmente sobre la espalda de los pueblos en decadencia. Habría que buscar ahí la raíz de la esclavitud humana, y no en interpretaciones pedantescas que enturbian la propia razón de quienquiera que anhele encontrar soluciones por rutas extraviadas.

Así habló Lasso de la Vega aquella noche. Este discurso, con algo de responso y de soliloquio, me zumbaba años más tarde en los oídos en el propio local de la esquina de Croissant

y la rue Montmartre, frente al cristal agujereado por la bala y al sofá donde acostaron el cuerpo chorreando sangre del tribuno. El mismo Lasso de la Vega se había esfumado también serenamente, aunque atormentado por otra clase de asesinos que matan al igual que el arma de los villanos. Imposible desunir lo que estaba unido por el recuerdo. En la lejanía del tiempo aparecían entrambos jugando a las ideas, no como tahures que hacen trampas a la verdad histórica, sino como rivales llenos de lealtad, pero que no han convenido antes sobre el valor de cada naipe. Y nadie podría decir si las águilas de la elocuencia, heladas ahora por la muerte, podrían desentumecerse algún día al ardoroso fervor de la muchedumbre y continuar su gran vuelo de redención humana. Otros empuñarían la antorcha del Prometeo vencido por la fatiga o por los años, y seguirían la marcha hacia el futuro. Es sorbiendo la vida de los gigantes que caen en el surco, cómo las hormigas construyen su historia.

☆

Lasso de la Vega nos hace derivar de su espíritu algo de mayor permanencia. No posee la fugacidad del genio declamatorio. Porque el orador tiene la arcilla del artista que vive y muere para la escena. Después que se borra el eco de la elocuencia en el horizonte de la vida, su imagen perdura algún tiempo en el recuerdo de aquellos que lo han oído. Aunque la fonotécnica retenga su voz y la pantalla nos ayude a percibir su gesto, mucho de su encanto desaparece. Hay algo demasiado vago, demasiado sutil, demasiado imponderable, que se sublima y vuela al infinito. Lo grande del orador es lo que se evapora, lo invisible, lo que se siente como efluvio que viene de lo alto y que envuelve su personalidad dominadora. Por eso la lectura de sus discursos resulta pesada, aburrida, muchas veces indigesta, y el lector aleccionado por la historia, no acierta a comprender si tal grandeza fué realidad o falsificación de los contemporáneos. En cambio, Lasso de la Vega, quien no pensó en escribir más que para la generación que lo leía, ha escrito también para las venideras. No es el ritmo en conserva, mezclado con ruidos estridentes de mal disimulada maquinaria, sino música que subyuga, porque se sabe que es

un sentimiento humano lo que mueve el teclado. Dentro de su concepción de la vida cabían todos los sonidos, aun los más discordantes, puesto que, según lo afirmaba a diario, no hay pensamiento posible que no oscile entre la suprema cordura y el rematado disparate. Tanto mejor cuanto más se discutía. El ideal de su república no era, por cierto, un conglomerado de eunucos. Anhelo decisivo del hombre sano y fuerte espiritualmente, sin importársele el color de su pensamiento, pero limpio de toda falsedad, el tipo humano que soñara Tomás Moro en su *Utopía*. Nada de seres que se muevan por deseo de honores o de lucro, sino por piadoso celo. De ahí que el país de sus amigos no tuviese fronteras. Imposible nombrarlos a todos los que le admiraban, aunque no compartieran sus ideas. Más difícil todavía señalar a los que se hallaban cerca de su afecto, porque el corazón de Lasso no sabía de excepciones. Figuras dispares, de tendencias encontradas, de nortes diversos, de distinta actividad, en su tránsito a la mesa cordial de café, donde ardían las ideas y chisporroteaba la gracia. ¿Cómo no recordar aquí la serena prestancia de Hermenegildo Sábat, con su talento múltiple y su perfil de rasgos clásicos, "alma de ángel con cara de Lucifer", según la frase del gran bohemio? Desfilan luego Domingo Arena, con paso atáxico, bullanguero en la sátira afectuosa, rebosando talento, profundo en la amistad, no tan artífice en las letras como su hermano Francisco, según el propio Lasso; Agustín Smith, fundador de *El Terruño*, que colaboraba en *El Día* con el seudónimo de Douglas; César Mayo Gutiérrez, que entonces redactaba bajo la firma de Rosendo Aldao sus vigorosas evocaciones gauchas; Francisco Arena, autor del libro *Aquí hay algo* donde se encuentra lo mejor que se ha escrito hasta ahora sobre Batlle por su emoción y su realismo; Carlos Servetti, quien fué hasta su muerte, casi centenario, una lección permanente de optimismo y de juventud; Juan Carlos Moratorio, cronista de fuste, veterano del periodismo rioplatense, siempre escoltado por Manuel Jaccottet, de quien se acuerdan todavía los viejos salteños, por su fina ironía y sus ocurrencias memorables; Pepe Toribio, cuya fina elegancia del novecientos corría pareja con su ingenio. A veces tropezaba con el afán de procurarse recursos especiosos en la búsqueda de preguntas para desconcertar al interpelado. Pero era chisporroteo de fulgores, lances de finos retruécanos y

aladas ironías, cuando se encontraba con aquel espíritu caballeresco que fué Héctor R. Gómez, extraordinario catador de valores, *causeur* admirable, deportista también en los torneos de la inteligencia, que unía a su reciedumbre de criollo la elegante sutileza de un parisién de raza.

Por momentos asomaba la figura cáustica de Claudio García editor de *Mi Artículo* y de *Salpicón,* que arrastraba su indolencia bonachona entre destellos de sarcasmos; Marcelino Buscasso, el retratista admirable, sin prejuicios académicos, que exploraba a su modelo por dentro y de quien Gómez Carrillo me dijo en París: "Con su lápiz Buscasso me ha ayudado a comprenderme". Lo interesante de este espectáculo es que Lasso de la Vega se desenvolvía a sus anchas en el mundo heterogéneo de sus amigos. El contacto cordial estimulaba su vena de humorista. Ya discurría con un cirujano eminente como Manuel B. Nieto sobre ciencia quirúrgica; o con Alfredo Vidal y Fuentes, esparciendo su descreimiento como corrosivo, se internaba en los vericuetos de las escuelas de terapéutica; o con el general Enrique Patiño sobre los errores estratégicos de Napoleón en la invasión a España; o con Froilán Vázquez Ledesma para hacer de *El Baluarte* de Canelones un diario mundial; o con el martillero Alberto Gloodtdofsky explayaba sus ansias igualitarias sobre la propiedad; o con Papacito (Antonio Chechi) sobre la manera de enriquecerse sin trabajar; o con Adrián Troitiño se desvivía para aumentar el empuje revolucionario de los sindicatos; o con Juan Naya proyectaba la mejor manera de distribuir su periódico... Aquello tenía las mutaciones de un río en movimiento, donde las aguas y los hombres nunca eran los mismos. Todo se renovaba cotidianamente, y el propio Lasso oficiaba el ritual de los avatares de πάντα ρεί, con Heráclito, operando el milagro por su acción de presencia.

No tenía punto fijo para sus inquietudes. Desde el *Polo Bamba,* donde departía sobre problemas sociales con Félix Basterra (1), hasta el *Café Colón,* junto a los depósitos de la

(1) *Félix B. Basterra, una figura interesante de intelectual ácrata, hoy casi por completo olvidada. Por su sistema de crítica y su método demoledor parece haberse inspirado en la tradición de los grandes pensadores anarquistas del siglo XIX. Actuó con Pietro Gori, Alberto Ghiraldo y Pascual Guaglianone durante la misma centuria. En Buenos*

Aduana, en medio de un mundo bullicioso de vistas y despachantes, cuando solía arrinconarse con Rodó, trenzándose en interminables interpretaciones sobre si la filosofía de Ernesto Renán poseía más de helenismo o de sentido cristiano. Su modo de razonar, aunque vehemente, era de cautelosa estrategia. En su línea de batalla se abrían insidiosos bolsones de duda, que servían luego para encerrar a su contendor y empujarlo hasta los despeñaderos de la lógica. Hacía befa, por ejemplo de los economistas y de su presunta ciencia. Con Hossein Buezzedin, más tarde nuestro cónsul en Damasco, y que se jactaba de su debilidad por esa clase de estudios, discutía a menudo sobre una materia que no tomaba muy en serio. Si pudiese siquiera ser traducida al lenguaje matemático, cabría alguna esperanza —decía—. En horas de prosperidad todos podemos obrar maravillas aun sin ser economistas. Pero en los momentos de depresión, los mejores diestros se enredan en la muleta de su sabiduría y acaban huyendo sin remedio, después de tirar la espada con la cual debían ultimar a la fiera.

Para Lasso no había más que una ley inflexible en economía: la oferta y la demanda. El resto era ocasional y aleatorio.

Aires fué colaborador de La Protesta, *lo que le valió el destierro. Entre otros libros publicó en Montevideo un volumen de cuentos:* Leyendas de la Humanidad, *impreso por Dornaleche y Reyes durante la guerra civil de 1904. Además dió a luz un ensayo* Sobre Ciencia Social *y otro titulado* Parlamentos y Asambleas. *Pero su obra fundamental es un estudio de la realidad social argentina:* El crepúsculo de los gauchos. *Fué editado simultáneamente en el año 1903 por Jean Grave en* Les Temps Nouveaux, *de París, y por Claudio García en Montevideo. Existe también una versión italiana de Luigi Barzini, publicada en Roma. "No basta, escribe, ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda por el trabajo". Cierto que toca realidades luego superadas; pero sus agudas paradojas y sus penetrantes definiciones sostienen formidable vigencia. El libro se inicia con una jugosa observación de Alberdi, que parece escrita para la hora presente, y en la cual resume la historia del Río de la Plata, como una "crisis crónica con intervalos excepcionales de salud". La amistad personal que lo unía al Presidente Figueroa Alcorta contribuyó a que, años más tarde, depusiera sus armas de rebelde, llamándose a silencio.*

Sabemos que hay una ciencia astronómica, porque podemos, por ejemplo, prever un eclipse que se produciría dentro de diez años, hasta con puntualidad de minutos. Si la economía es una ciencia ¿por qué no puede prever las crisis con la misma exactitud matemática con que se predice el pasaje de un astro? Es muy hermoso explicar, con lujo de detalles, las catástrofes o las bonanzas después que han acontecido. Para eso está la pedantería de los sabios: para prever *lo que sucedió*.

Buezzedin desesperaba de su buena fe en los gravámenes razonables, tratando de abrirse paso entre la lógica implacable y las exclamaciones sardónicas de Lasso de la Vega. Cuando el pueblo no tiene para dar más que su miseria, ¿qué vale lo razonable? Acuérdese del viejo régimen con su balumba de impuestos, los cuales se hicieron tan impopulares que la revolución les cambió el nombre, llamándole *contribuciones*. Es decir, cubrió la amarga píldora con una envoltura de miel para hacerla más aceptable. Pero descuide usted —agregaba poniéndose serio— que el día en que el Estado deje de ser un órgano de cooperación para convertirse en instrumento de tortura económica, proliferarán los sindicatos de resistencia y vendrá también la huelga del contribuyente, que será la más terrible y decisiva de todas las huelgas, puesto que acabará con el onanismo fiscal, que otra cosa no es el desfallecer en ese estéril goce de su decadente burocracia. ¿Quién puede, por tanto, fijar el equilibrio entre las fuerzas que crean y las clases que consumen? Descreimiento de los hacendistas y de los impulsos de la conjetura.

☆

Cuando Lasso de la Vega discurría sobre estos temarios a principios del siglo, y nos decía que lo esencial es que todos puedan vivir de la mejor manera posible, sin aprovechadores de su función pública, a costa de humillaciones denigrantes, parecía estar hablando para el presente. La economía no ha dejado de ser, como antes, una falsa ciencia, y el mundo cada día se siente invadir por mayor desarreglo, porque evoluciona hacia el restablecimiento de las castas. Y los burócratas son ahora los sacerdotes de esta nueva religión de la miseria que es el estadismo. Ellos también son prisioneros de la inquietud

de un porvenir en el que ven destruirse, gota a gota, las riquezas acumuladas por muchos siglos de trabajo. Nunca como ahora aparece con mayor deslumbramiento esa visión genial de Lasso de la Vega, proyectándose hacia el presente, cuando se pretende, con furia insensata, encuadrar la vida de los pueblos dentro de dirigismos absurdos y de falsos sistemas económicos. Lucha entre la frialdad doctrinaria y la fuerza vital, palpitante, de la naturaleza. No se piensa en la honda corriente humana que derriba las previsiones teóricas y acabará desbordando cualquier sueño aprioristico con sus explosiones de vida. Por más bellos que parezcan los engendros de gabinete, serán siempre creaciones anémicas. Imposible admitir que puedan imponerse formas glaciales de conducta a un mundo anheloso de persistir, aun cuando se sienta devorado por destructoras demencias. Rsultará lo que *es*, en cuanto al significado de dicho verbo en su sentido dimensional de existencia. Lo que es, y no lo que se nos antoja que sea. No basta asegurar el derrotero, sino elegirlo de antemano. Habría que preparar al hombre para dirigir su propio barco. Porque no es para todos el marear de altura, no sólo en su amplitud ética, sino en su tormentosa idealidad. Esto nos enseñará a disipar la duda cuando debamos forzosamente escorar ante la violencia de elementos adversos. Pero servirá también para alucinarnos en las horas de calma sobre el peligro de nuestro orgullo. Ni altruísmos incondicionales y fanáticos, que son gérmenes de enloquecimiento colectivo. Ni egoístas individualismos que nos aislan de nuestro clima humano, y van transfigurando lentamente al hombre en algo más repulsivo que fieras vivientes: en abstracciones geométricas, sin conciencia ni sensibilidad. Lasso de la Vega rastreó el problema en toda su dimensión de angustia. Por algo reclama un Estado ideal, que amparase al individuo sin castrarlo en su rebeldía, que no lo matase absorbiéndolo, ni lo domesticara poniendo trabas a su hondo destino. Si se ha de proteger extirpando, significaría algo así como la proeza de adiestrar mosquitos que inyectasen la fiebre amarilla para curar el cólera o transformar el paludismo. Hace treinta años, en México, me relataron la anécdota de cierto jefe revolucionario que mató de un tiro en la sien a su amigo para curarle el dolor de cabeza. Desde ese día fué llamado jocosamente "el general Aspirina". Cualquier cosa que

pueda mutilar la personalidad de los otros es también oficiar en el cercenamiento de uno mismo. Las clases intelectuales son las que poseen las ideas. Hay capas más bajas en el orden social, los infrahumanos, los cuales no pueden darnos más que instintos o sensualidades. Todos tienen los mismos derechos, sin duda alguna. Pero a un futuro próximo corresponderá fallar si el mundo ha de ser gobernado por las ideas o por los apetitos. De este golpe del infortunio o de la ventura depende la suerte de la humanidad. Y no será en nombre de retorcidos mitos económicos que habrá de tomarse la decisión sobre cuándo debemos salvarnos, junto con nuestros enemigos, o sucumbir todos sin esperanza.

☆

¿Para qué andar de un lado para otro con molestos entripados, sin vomitarlos? Era como negarse a la propia absolución y a la de los vecinos incómodos. Era entullecer el razonamiento y clausurar el huerto interior a los aires puros de la verdad. A veces en la frase escueta, descarnada, hallábamos su mejor definición, con sereno graficismo, sin perversidades inútiles. A alguien de sospechoso afeminamiento, que escribía en tono pedantesco, y cuya prosa desteñida y fofa érale insoportable, le otorgó su indulgencia plenaria nada más que en seis palabras: "Poco de sexo, nada de seso". Repetía a veces que no esperaba morirse para descargar su alma de cosas que le mortificaban. Quería confesarse en plena lucidez. Y recordaba a su casi homónimo Ventura de la Vega, quien había llevado toda una vida clavada en el corazón la espina de algo que le parecía indigno de confiar al comentario ajeno. Sufría, por consiguiente, con ella adentro, y la aguantaba estoicamente, sin atreverse a arrancarla. Ya en trance de muerte, mientras rodeaban su lecho familiares y allegados, llamóles por señas, exclamando entre boqueadas, con soplo apenas perceptible: "Me revienta Dante". Hecha su confesión, expiró. Fueron sus últimas palabras.

—A mi no me revienta Dante como al ingenioso autor de *El hombre de mundo* —exclamaba Lasso riendo—. Pero si me reventase, lo diría ahora mismo, y no amortajaría mi frase con las solemnidades de la agonía.

Las maravillosas fiestas del espíritu en que Lasso de la Vega se prodigaba aún entre personas que veía por primera vez, son inolvidables. Se recuerdan todavía con emoción al filo de casi media centuria, y los que participaron de los remotos ágapes de música y de poesía, sienten con algo de voluptuosidad expiatoria la embriaguez de aquellas horas lejanas que ya no volverán. No hace mucho que don Joaquín Puiggrós, hombre de negocios y gran admirador de Lasso, me confiaba cómo una noche ,allá por el año 1912, se encontró con el inefable sevillano en los altos del viejo *Jauja,* en a calle Andes. Se trataba de una cena de despedida de un viaje a España tributado a don Vicente Pereyra, antiguo empleado de la casa Palma y Senra. La reunión de varios amigos fué animada por la gracia luminosa de Lasso de la Vega. Sentado al piano, ejecutó y recitó hasta las seis de la madrugada, con aquel incansable brío, que era el rasgo más personal de su genio. Puiggrós, que es acaso el único sobreviviente de aquella aventura de sentimiento y de belleza, no puede evocar el episodio sin sentirse embargado de crepusculares añoranzas.

☆

En ningún instante el pensamiento de Lasso descubre la nota cursi o sentimentaloide. Su recia nervadura recuerda la de Pío Baroja. Completamente solo, cualquiera de ellos defendió su idea contra todos. No comulgaron con la ausencia de coraje espiritual que se estila ahora, formando rebaño en aburridas declaraciones para defender o atacar algo que ninguno de los firmantes se atrevería a sostener individualmente. En verdad que ambos representan formas de vida incomprensibles para el sordo materialismo de una época que ya pisa el último peldaño de su decadencia. La senectud, estragada y vacilante, los esquivará con un sentimiento de reproche. Pero los jóvenes sin pesares culpables los admirarán cada día con mayor fuerza. El arte literario sería la más bella aventura, si no estuviera plagado de viejos claudicantes que transan con cualquier cosa, y también de jóvenes tan enfadosos como los decrépitos. Porque juventud no es cuestión de edades, sino de rebeldías contra la farsa humana. Decir lo que se piensa no fué en Pío Baroja ni en Lasso de la Vega prueba de falso orgullo, como

creen tantos pelmazos. Fué ejecutoria de humildad, defensa sin quebrantos de su conciencia de artistas. Fué el premio de un culto inviolado del prójimo así como de sí mismos. Esto se llama, en buen romance, ser limpio de pensamiento, rectitud sin fronteras. Y en nuestro mundo de trágicas simulaciones, sabemos cuántas lágrimas de sangre cuesta tamaña empresa. Alienta ahí, sin embargo, el ejemplar humano cuyo esfuerzo constante por ser leal consigo propio lo vuelve insobornable. Lo que dijo Ortega y Gasset en vida de Pío Baroja podría decirse también de Lasso de la Vega, y definirlo como al "hombre libre y puro, que no quiso servir a nadie ni pedir nada a nadie".

☆

Solamente estos santos laicos, a costa de inauditas maceraciones, pudieron defender el derecho a su probidad de jueces. Todo ello bajo el clima poco austero en que la nueva traición de los trabajadores de las letras hacía proclamar a Julien Benda el silencio para lo que fuera ajeno al espíritu. Ahora bien. El vasco y el andaluz pasaron con brutales desgarraduras a través de nieblas implacables, el odio de la canalla dorada. Pagaron muy caro su privilegio de no ser nada más que hombres. Pero las turbamultas del resentimiento han quedado al rezago, sepultadas en su propia locura. En cambio, ellos seguirán viviendo en los otros su dolor insigne. La soledad representa la última etapa de la honradez intelectual, soledad que es al mismo tiempo beatitud, ya que compensa con goces inefables la siniestra amargura de la vida. El solitario auténtico es el que huye furtivamente de los goces mundanos sin ridículas gazmoñerías ni ostentaciones de repudio. Silencio recoleto, concentración, ensueño. Necesidad de estar solo, entre libros, sin más compañía que el aliento de los grandes creadores. Quiere encontrarse a sí mismo, reconocerse, y el ruido frívolo molesta su silenciosa exploración. No es sordera mental a las inquietudes de afuera, sino recelo a las flaquezas del poder, resistencia al deseo de notoriedad y de dominación sobre los otros. Esto se llama superar los designios circulatorios de la vida, y, más que todo, vencer la mortal esclerosis de la rutina. Nada de desestimar el valor humano que se prepara a morir.

El solitario sabe del encogerse para saltar, no con la ira salvaje del tigre, sino cual benigno rayo de sol que, abriéndose paso entre la niebla, espiritualiza y fecunda la tierra. Como el árbol que no puede retener sus frutos maduros, esparce su obra entre los surcos para que las larvas humanas la devoren, al par que los verdaderos hombres meditan sobre ella. No se alcanzan regiones de serenidad y de soledad, sino volando muy alto. Sus coterráneos llamaron con justicia a Santos Dumont *quem deu asas ao homen.* Tanto Baroja como Lasso también dieron alas, no al hombre físico, pero sí a la mente humana, lo cual les permtió ganar altura y planear sin jactancias sobre los miasmas del pantano. Ellos santificaron la lengua secular de Castilla con el padecimiento sin nombre de su inspiración. Y los que nos dejamos arrastrar por el río del idioma, aunque hayamos nacido en cualquier parte del planeta, recibimos con ellos el bautismo sin sombras de su hispanidad.

☆

El fatalismo se le echó encima, y Lasso de la Vega peleó con él, rematándole, aunque le llamó contratiempo. Y de esta lucha gigantesca había salido con frescas heridas, que él reabría a cada rato, no por impulsiones de morboso sadismo, sino para advertirse a sí mismo de que estaba despierto. Dura y despiada batalla por no dormirse en el volante. ¿Qué hubiera sido de su sed de clarividencia si habría de confundir realidad con ensueño? No podríamos decir cuál era el mayor sentimiento que dominaba su personalidad, si su tremenda duda de lo increado o su irrestañable congoja por lo poco que percibía de lo real. Y ese poco se enroscaba en su espíritu cual taimada serpiente. Salvarse de la cruel agresión sin mostrar abatimiento hubiera sido la ley de su conducta. ¿Pero cómo sujetar el potro salvaje que piafaba dentro de aquella simulada serenidad para contemplar el espectáculo desconcertante de la vida? Tristeza definitiva, al fin, tristeza aleve y cazurra, que pretendía ahogar en carcajadas, aturdiéndose en esa pueril esgrima del niño que silba para ahuyentar su miedo. Nunca pude aceptar la cordura de último momento de Don Quijote. Difícil comprender por qué Cervantes vuelve razonable, en el concepto vulgar, a quien era, más que héroe de su pensamiento,

un símbolo universal de nuestras miserias. Cierto que el cambio acontece pocas horas antes de la muerte, y esto alivia su falta. Pero queda por demostrar lo mentiroso de aquella divina locura que veía gigantes en molinos, castillos en las ventas, princesas en zafias maritornes. ¿Por qué no habría de tener razón contra los millares que veían la baja realidad tal como les parecía que era? Que los nobles hidalgos fueran hatajo de follones, los honrados arrieros esquivos malandrines y las mozas de partido puras doncellas, víctimas de ruines encantadores, ¿quién osaría reprochárselo? En esta madeja inextricable de interpretaciones, solamente acierta el que sabe tirar de los hilos, aunque no pueda desenredar, sino complicar. Acaso la cordura del postrer minuto de Don Quijote fuese su verdadera demencia. Introducir el paralogismo de cantidad en nuestro existir es cuando bien verdaderamente se falsea la vida del espíritu. Riesgo calculado el de Don Quijote insensato, pero de una belleza inmortal. Grande porque tuvo razón contra millones y millones de seres que veían las cosas de distinto modo. Eterno porque derrotó a los sabios quietistas, aferrados a los preconceptos tradicionales. La misma parábola de Colón que no era más que un loco para los navegantes cuerdos y los eruditos salmantinos, henchidos de sentido común. Es el drama de un Galileo delirante para los teólogos repletos de sabiduría, o de un Pasteur que, con sus atrevimientos de vesánico, hacía reír a los hombres de ciencia rutinarios, llenos de prudencia y de juicio.

☆

Todos los locos provocan la risa, como Don Quijote. Fuente indudable de buen humor amasado de lágrimas. Alegría con acritud de los paralíticos de la inteligencia, de los satisfechos de su genio, de los que creen que no se puede ir impunemente más allá de lo que enseñan nuestros sentidos. Pero, en verdad, si vivimos y tenemos ideales, es gracias a esa clase de locos. ¿Qué resta del infantil orgullo de los cuerdos, desviviéndose por embalsar la corriente vital en lagunas de modorra y de miasmas? Aquel Bayardo de la inmarcesible ilusión, que fué Don Quijote, caballero también sin miedo y sin reproche, perdurará como símbolo universal de la locura creadora. Y lo

queremos todavía, embrazando su adarga por los caminos del mundo, y lo buscaríamos con la misma ansiedad que ponía Paul de Saint Víctor, cuando creía descubrir en el rincón humoso de los mesones de la Mancha la moharra del hidalgo inmortal. La caña nudosa de los chalanes, arrimada como una sombra al muro de las ventas, le hacía soñar con la lanza en astillero, presta a moverse en heroico impulso para rescatar princesas y desfacer entuertos. Creía verle aparecer detrás de la primera nube de polvo en los asoleados caminos manchegos; o proyectado por la sombra de la lámpara, recortándose sobre el muro ennegrecido de la venta, "donde las maritornes sirven tocino rancio y vino"; o acostado con su armadura y demás arreos, cuando la posadera se apresta a descorrer la cortina de sarga que oculta la cama. El desgarbado caballero flotaba sobre las cosas y se respiraba con el aire. Algo de este supremo mandato de proteger al débil y castigar a los malvados le tocó asimismo en suerte a Lasso de la Vega. Hubo también de apercibirse para la lucha bajo tormentas de viento y agua, o entre tolvaneras de reseco polvo. Y si no desencantó a desmayadas doncellas, cautivas de monstruosos hechiceros, fué porque la edad de los hidalgos andantes ya estaba lejos. Pero tuvo, como Paul de Saint Víctor, la sagrada obsesión del flaco rocín y de su jinete anguloso. Lo que ambos no podrían hallar por parte alguna era el regüeldo sanchesco del buen sentido, la vana jactancia de los prudentes que, por más que quieran volar, quedarán por siempre pegados a la tierra. Y comprobó que hasta las cosas más humildes se hallaban impregnadas de la divina locura de Don Quijote. No me explico por qué Cervantes hubo de crucificarlo como a Cristo, matarlo con el martirio del buen juicio, ungirlo con la adolorida gracia de los que piensan con el rebaño. Domesticidad, prudencia, cordura. Despertar de una milagrosa fantasía para hozar de nuevo el barro humano. ¿Por qué habría de empequeñecerse, muriendo cuerdo, el personaje que conoció todas las sublimes grandezas de la locura? Aquel genio del desvarío humanitario que fué Tomás Moro, acabó también su vida decapitado por orden del monarca más criminalmente sensato y calculador que haya jamás existido. Pero se extinguió sin mutación de personalidad, siendo siempre Moro μῶρος, que es *loco* en la lengua griega. No en balde Erasmo, su devoto amigo, había identificado en el famoso *Elogio de la*

Locura, la ingeniosa similitud filológica con la fuente inagotable y suprema del delirio creador.

☆

Por tanto, si hay alguna objeción que formular a la fulgurante carrera de Don Quijote, es que, ya moribundo, adopte el rastrero criterio del vulgo. No así Lasso de la Vega, que dejó sin enmudecer en la agonía su abundosa verba, y que fué fiel al ideal cervantino de la locura hasta en la hora de la muerte. Arduo problema separar el diamante de la escoria, cuando el fuego sagrado que ha devorado al forjador de eternidades se va apagando dulcemente, sin espasmos, con la vida física. El estremecimiento final conmueve al resto de los mortales, y hace vacilar al hombre llamado a encender la antorcha en el rescoldo y avanzar con ella. Pero hay que hacerlo de cualquier manera. Esta Maratón hacia el porvenir era lo que interesaba a Lasso de la Vega. No dejar que la lumbre se muera por falta de alguien que la reanime. Cierta vez le oí decir en el viejo café *Polo Bamba*, platicando con Carlos María Cantú, el vigoroso autor dramático, tan lleno de talento como de bondad: "Lo importante no es que nos admiren después de muertos, sino que perdonen y olviden nuestras faltas, para seguir caminando en espíritu". Trascender a mundos ignorados es de por sí aligerarse de un lastre inútil. Admiremos la majestad de la escultura sin pretender ir más allá de los pliegues estatuarios, trozando las armonías, mancillando la pureza del genio, para no ver otra cosa que torpe materia. Porque, a la postre, vivir sin espiritualizarse es vegetar sobre la misma pared del barranco donde se deslizan las emociones y fatigas de la humana zozobra. Adivinamos el drama por las rompientes donde se deshilacha nuestra sensibilidad, como entrevemos la presencia del agua escondida por las vedijas de espuma que levanta en el aire la furia del torrente. Nos hundimos sin prisa en espantosos tremedales, y a medida que avanzamos, vamos perdiendo algo de nosotros. Al final queda la cabeza afuera. Ella nos permitirá respirar y soñar por encima del pantano. Pero nada más. Parálisis es quietud de materia, aunque no de espíritu. Nuestras amputaciones imposibilitan la marcha, y al mismo tiempo nos hacen adelantar en lo ilusorio. Nada nos volverá

la vida, sin embargo. Y aun así, en esa horrible angustia, rechazaríamos tal oferta, porque creemos vivir. He ahí nuestra tra lucha irremediable contra hondos y cenagosos desconsuelos. Y así hasta desaparecer por completo en zonas de olvido. Fría desolación que nos hace creer en cualquier absurdo con tal que nos traiga alguna esperanza. En las amargas confidencias de *Mi Templo*, Lasso de la Vega nos sugiere su tremenda hesitación, después de desandar caminos que la fantasía le había pintado como promisorios. "Desmayado y triste, me senté al borde de la pila, escribe, dejé a un lado mi bordón de peregrino, y medité largamente, con honda melancolía, con con intensa nostalgia. Un denso velo opaco me circundó, corriéndome en torno de aquel paraje agreste. Por extraña magia condensáronse sus tules, adquirieron pesantez y fortaleza de piedra, y fijáronse al fin sobre la tierra, con la dureza firme de altos muros, macizos como rocas. Era aquello, o un templo con aspecto de sombría gruta, o una inmensa gruta con majestad de templo. Concierto extraño de gemidos se elevó hasta mi, brotando de la augusta penumbra. Ayes, lamentos, suspiros quejumbrosos, se mezclaban en el ambiente como almas doloridas que confundieran sus penas en fraternales abrazos". Vemos de qué manera magistral nos descubre Lasso en esta dramática solidaridad del humano padecer los verdaderos círculos infernales. Ellos nos estrujan aquí abajo, con Lucifer por guía, sin necesidad de movernos en lo eterno para buscarlos después de nuestra muerte. El hambre, el dolor, la fugaz alegría, no tienen límites geográficos. Tampoco el genio creador reconoce fronteras. Y es su sentimiento diabólico de la universalidad de las patrias, la misma fuerza que le obliga a huir del concepto estrecho de los localismos.

¿Cuál es mi patria? Por diverso modo,
según la magnitud del pensamiento,
tienen unos por patria el mundo todo
y otros tienen por patria su aposento.

Y esta ruta sin sombras había conducido su ideal, identificándolo con un sentido transparente de la tolerancia. La única obra de Rodó con fondo polémico, *Liberalismo y Jacobinismo*, despertó en lo recóndito de su sér moral aquel dejo de

gracia escéptica que fué el rasgo más atrayente de su personalidad. En esa época Lasso habitaba en la parte alta del *Café Colón*. Descendía por la ancha escalinata de mármol un poco antes de mediodía. Es probable que sintiera Rodó alguna extraña fascinación por la charla paradójica y chisporroteante del sevillano. Lo cierto es que no estaban del todo de acuerdo sobre el significado de la palabra "jacobino". Pero casi diariamente debatían el mismo tema. La casa de Rodó estaba situada casi en la esquina de Cerrito y Solís. Al filo de las once, el autor de *Ariel* bajaba por esta última calle hasta Piedras. Con andar triste y cansino, el mirar distante a través de los lentes empañados, descendía luego por Colón, cruzaba la calzada en 25 de Agosto, ganando su mesa de café, siempre la misma, en el fondo a la derecha. No muchas personas se le acercaban, porque Rodó era huraño y displicente. Este solitario rehuía por instinto la camaradería. Algunas veces se sentaban a su mesa Mendoza Garibay, viejo conocido y estimado en los círculos comerciales del barrio; otras, José Félix Berasain, compañero de Acevedo Díaz en *El Nacional*, y que había comandado un batallón de guardias nacionales durante la guerra de 1904. Berasain, que viajara por Europa durante su juventud, recorriendo los centros artísticos y culturales del viejo mundo, fué también uno de nuestros invictos ajedrecistas. Su dominio del tablero le permitió enfrentar con éxito a los más grandes campeones mundiales.

Lasso de la Vega, aunque habitaba el piso de arriba, no era un tertuliano asiduo. Gustaba, sin embargo, de la intimidad de Rodó, y sus salidas ingeniosas regocijaban a menudo hasta a los clientes de las mesas vecinas. En cierta ocasión le dió en decir que sobraban vocales en castellano, y que podría escribirse una novela, un poema, o lo que fuere, sin hacer uso nada más que de la **a**. Cuando salían, mirando hacia la dársena rechinante de grúas y arrastrar de cadenas, mientras los bultos de hombres y de carros surgían o entraban en los cobertizos, Lasso improvisó de esta guisa una composición sin otra vocal que la **a**. Desarrolló, como es natural, un motivo portuario. Sus palabras absurdas parecían dar más vida a las cosas de la faena diaria, desteñidas por el hechizo de la mañana. Oíd: "Blas sacaba la barca, trabajaba la cala, halaba la carga. La alhajada Zazá, ama catalana, danzaba la danza macabra para Blas.

¡Vana zambra! Más rascaba Blas tras la manta, más amaba a Ana ¿Anclaba a la blanca Alba? ¡Nada! Blas calaba la plata casada a las faldas". (1) Poema disparatado en que el amor se mezcla al interés. Cuadro retorcido sobre el tráfago de los puertos. Lasso de la Vega fué el único hombre que quitaba por momentos a Rodó su máscara de indecible tristeza. Le arrancaba de su preocupación interior, de su apacible ensimismamiento, para hacer reír cordialmente a quien nunca reía. Habían transcurrido ya algunos años desde el día en que se desterrara de los hospitales la imagen de Cristo, y los ecos de la memorable polémica sobre liberalismo y jacobinismo estaban casi apagados, cuando una mañana en la tertulia del *Café Colón*, Lasso de la Vega, con su habitual gracia sevillana, desenterró el episodio. No creía, desde luego, que hubiese sido aquél un acto de verdadera intolerancia. El ejemplo del jacobino puro era en su opinión Robespierre, que señalaba a los disidentes la única senda posible para apaciguarlos. Y la guillotina, tronchando cabezas, decapitaba también las controversias. Si al retirar a Jesús de la cabecera de los enfermos, se hubiera puesto en su lugar la imagen de Diderot o de Voltaire, ello habría significado un acto de auténtico jacobinismo. Pero al dejar el sitio vacío, se afirmaba una prudente neutralidad frente a los hombres de distintas creencias. Con ello hasta se habrían sentido satisfechos los nihilistas con espíritu demoniaco, quienes hubieran preferido la presencia de aquel Diablo insinuante que nos pinta Milton, con todos los atributos de la seducción y de la gracia.

---

(1) *Con sólo alinear consonantes por su denominación, nuestro héroe podría haber discurrido en español sin acudir siquiera a la letra a. Con diseñar un ibis o un gavilán en la escritura ideográfica del antiguo Egipto, ¿se alcanzaba la ortofonía de la a como pensó Champollion? (*) La grafía aleph, ¿era acaso usar de una vocal? Difícil que Lasso hubiera olvidado que en la familia lingüística del grupo semítico no existen gramaticalmente las vocales. Sin embargo, se hallan contenidas en los otros signos fonéticos. Y es así que las palabras más complicadas de cualquier idioma extranjero pueden ser escritas sin dificultad con caracteres arábigos o hebraicos.*

(*) *Champollion:* Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques.

—Reparen ustedes —exclamaba— que el jacobinismo sin reticencias se parece al bicloruro. Mata si damos en la locura de absorberlo puro. Más, diluido al uno por mil, es beneficioso, porque sirve para desinfectar las heridas. Aquello, pues, no fué acto anticristiano mortal, sino más bien afirmación inofensiva y venial de neutralidad.

Rodó escuchaba con vivo interés el paradójico discurrir de Lasso de la Vega, y aventuraba su premisa de que Cristo, como fundador de la caridad, se hallaba por encima de las clasificaciones religiosas o sectarias.

—¡De completo acuerdo! —replicaba Lasso— Pero no debemos olvidar que la caridad es caridad auténtica cuando procede de espíritus limpios de pecado, y entonces se confunde con la justicia. A veces llega al mundo veteada de remordimiento, y es una manera forzada de ganar el perdón de Dios por las iniquidades que hemos cometido o que pensamos cometer. El laicismo troncha esta clase de sutiles disputas. Es neutralidad, ciertamente, pero no indiferencia por el pensamiento religioso, el cual constituye una forma de la cultura. Por mi parte, no tendría inconveniente en declarar con carácter obligatorio el estudio de la historia de las religiones, y algún curso de teología, sino en profundidad, al menos en sus aspectos generales. Esto evitaría las actitudes desatinadas de quienes se meten en estas empresas sin conocer el terreno que pisan.

Trabajoso en la elaboración del pensamiento, tímido, sin agilidad mental para la respuesta fulminante, Rodó se divertía en lo íntimo de oir platicar de neutralidad a un hombre como Lasso de la Vega, a quien le era casi imposible hablar neutramente de nada. Sin ponerse él mismo en las cosas que relataba, al diálogo le hubiera faltado la sal de su espíritu. Ligero, aéreo, rechazando ese estilo macizo que decreta el cautiverio de la imagen, hacía paraísos de lo desabrido y de lo insulso. Y aun cuando agudo y mordaz, era siempre animoso de ternura y de comprensión. Le repetía a Rodó que su *Ariel* era un libro hondamente religioso y que hasta su estética despuntaba de sus páginas como forma de fe. Impasible, aunque atormentado despilfarrador de ingenio, jugaba con los vocablos. Al mismo tiempo afirmaba que, siendo una obra ajena a todo sabor fanático, podría ser considerada por

un esfuerzo intelectual de sentido laico, ya que contrariaba las influencias renacentistas de Taine o la raíz teológica de Renan, para mantener un raro equilibrio entre el helenismo y el cristianismo, sin decidirse por ninguno. Esta concepción de Ariel envolvía un cálido elogio a la independencia intelectual de Rodó. La había sostenido antes junto a las costas del Río Negro, tanto en breves comentarios de prensa, como en sus pláticas privadas con aquel extravagante Juan Noceto, de quien se acuerdan todavía los vecinos de la ciudad chaná que han franqueado la línea de los sesenta años. No podían encontrarse sin disentir sobre alguna cosa. Gastaban ambos el mismo estilo polémico, las mismas desatentadas paradojas, la misma agudeza desconcertante. Y como decía un espíritu de rara penetración, que fué Salvador Burghi, que les había prestado asistencia como médico, y que permanecía horas enteras escuchándoles, *se sacaban chispas*. Don Juan Noceto había recogido de entre las cenizas de sus prístinas disciplinas un fuerte talante de humanista. Talante y talento, sin duda alguna, que disimulaba mal bajo su vestimenta estrambótica, con reminiscencias de traje talar. Levitón hasta más abajo de las rodillas, solapas levantadas sobre el cuello, botas granaderas y sombrero de paja. Visitaba la famosa draga, y se trenzaba con cualquiera, con Eregoita, con Rivas, con Sampognaro, con Benavídez... Resabios de su férrea subordinación escolástica le imponían un discreto velo sobre su pasado. Se sabía, sin embargo, que en vísperas de ordenarse sacerdote y decir su primera misa, un descalabro moral derrumbó su fe. Quien sabe qué enigmáticas consejas Lucifer le deslizó al oído. Quién sabe qué fieros tormentos entrevió sin quererlo. Desde el colegio de Suiza donde se purificaba como interno, escribió a su madre, ferviente católica, confesándole que sentía vacilar las fuerzas para cargar con el formidable peso de su apostolado. Algo le había infundido miedo desde lejos, miedo de inusitados cataclismos, si aceptaba dentro de su consciente imperfección humana la terrible responsabilidad de lo divino. Es con toda certeza al amigo mercedario, el sacerdote malogrado, a quien se refiere Lasso de la Vega en su *Insomnio:*

¡Oh, Luz-Verdad! Aunque eres pura esencia
de lo divino eterno ¡es tan amargo
tu sabor! En ti está la omnisapiencia;
tú eres Una, Inmortal... y sin embargo,
como tu mano es ruda,
no te buscan huyendo de la Duda,
sino los fuertes de ánimo y altivos;
porque del alma en la vibrante lira,
sólo tañen con dedos compasivos
la visión, el ensueño y la mentira!

Pero ya no se trataba acá de ver frustrarse, melancólicamente, un deseo ilimitado y ardoroso de perfección. Jacobinismo era para Lasso intolerancia ciega, irremisible, absoluta. Reemplazar la imagen de Jesús por las fisonomías del olimpo ateo y revolucionario. Substituir las idolatrías. Y, desde luego, cortar la cabeza de aquéllos que no aceptaran la nueva fe. Todas las inquisiciones fueron para él formas inexorables de jacobinismo.. Y en su ronda del Diablo, con adoraciones desdibujadas en la niebla de los sofismas, veía con meridiana claridad la lógica cerrada de los primitivos teólogos, quienes adelantaron su advertencia a la humanidad sobrecogida ante el peligro que contrariaba la inquietud de saber algo más de lo que permitían nuestros sentidos. Pecado mortal exagerar la percepción natural del mundo. Aumentar las cosas, agrandarlas mediante instrumentos, nos ponía en actitud contradictoria a la naturaleza y a la ley de su creador. De ahí que redomas, matraces, retortas, tubos de ensayo, servían únicamente para retorcer la voluntad divina. Todas las armas del laboratorio eran trabajos del Demonio. Cuando la ciencia saltó de la vedada alquimia medieval, superó la nigromancia de los profanos y vino el microscopio a desconcertar a los inquisidores, un nuevo sentido teológico abrió anchos caminos a la reconciliación con Lucifer. No era, en verdad, fusionarse con sus atrevimientos, sino perdonarlos. Y con el perdón descendió sobre la tierra fino rocío de tolerancia, humedeciendo dogmas resecos y haciendo fructificar el ensueño creador del hombre. En abono de sus argumentos, Lasso de la Vega citaba a menudo al científico español Tarrida del Mármol, ingeniero de ingenio, matemático y comentarista de las crisis sociales,

Trascendentales, porque mantenía relaciones epistolares con Tarrida del Mármol y conocía bien su obra. Sin alterar su empaque de taciturno absorto por ideas remotas, evocaba el obscuro drama del experimentador, que debía callarse, y no ir más allá de lo permitido. Todo, aun el fenómeno más sencillo, debía ser considerado sobrenatural para no ofender a los teólogos omnipotentes. Y recordaba, palabra por palabra, las expresiones de Tarrida, cuando la ciencia debía estancarse o retroceder: "Comparemos las doctrinas de Demócrito acerca de la constitución del mundo, con las que varios siglos más tarde dictaron los inquisidores, imponiéndolas por medio del tormento y de la hoguera. Aristarco de Samos conocía el movimiento de la tierra que el gran Galileo *no podía* admitir diez siglos más tarde". Como vemos, Lasso y Rodó se fundían otra vez en el mismo ideal. Y así volvieron a encontrarse de nuevo, durante la exaltación popular que siguió al fusilamiento de Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna de Barcelona. Fué cuando los vimos cogidos del brazo, al frente de la muchedumbre bullente de protesta, que se desparramaba en la explanada de la Aduana, a pocos metros de la casa que era teatro de sus memorables controversias. Y cuando, algunas décadas más tarde, se acabó de derruir el viejo *Café Colón,* y el predio volvió a quedar baldío como en las remotas épocas de la colonia, los escombros derrumbados con la piqueta de los demoledores permanecieron algún tiempo sobre el terreno. Entre los resquicios del ladrillo fabricado por los colonizadores hispánicos, esparcido por doquier, volvió a crecer la hierba, al igual que tres centurias antes, cuando los charrúas escudriñaban desde el mismo sitio el lejano horizonte. Frente a las ruinas, pensaba, abstraído, al roce de aquellas páginas del *Phedon,* en la imposibilidad de preterir las cosas invisibles de la historia. Y si era verdad el vuelo platónico de las ideas, cual divina emanación de nuestra mente, impregnando los objetos y los seres que nos rodean, las sombras de Rodó y de Lasso estarían presentes también en esa materia dispersa, quebrantada, que escuchó su voz y que se dejó penetrar por su pensamiento. El hombre que vendrá después a describir nuestro breve pasaje por el mundo, puede hacer de nosotros un santo o un facineroso. La rutina histórica, a fuer de inofensiva, sería siempre agradable, si ella no

se desposara a menudo con la mentira. Pero esas piedras solitarias, que absorbieron algo de nuestra vida, no engañarán con apariencias ni con fingimientos. Lástima que se lleven su grandioso secreto, y que nos arrastren también a nosotros en su vértigo de misterio.

☆

Lasso amaba al pueblo de los humildes, y a veces se erguía como un escudo para defenderlo contra la injusticia. Pero rechazaba el desorden de los instintos populacheros. Trataba de penetrar afectuosamente los interiores del vulgo, pero detestaba la vulgaridad. Como a Tito Livio, le interesaba la plebe aunque no el plebeyismo. Era uno de esos personajes desatinados, capaz de disparar dardos al sol con la esperanza de alcanzarlo y partirlo en pedazos, multiplicando las estrellas. Le atraían los espíritus encrespados contra los falsos encumbramientos, abominando de los vicios que mayormente manchan y envilecen el alma humana: la adulación y el servilismo. Prefería el canto de los poetas al hozar de la piara. Clamaba tanto por la rectitud de la conducta como por la limpieza del lenguaje. Cuando se estila como en el Plata, tanto en la oratoria o en el periodismo, ese castellano torpe, chapucero, tartajoso de infecciones exóticas, se esforzaba por mantenerse alerta, cual centinela que prepara sus armas. Temía caer en una emboscada contra el habla viril que heredamos de nuestros antepasados hispánicos. Y permanecía despierto para devolverle la nobleza. Su vida literaria fué una reacción constante contra el semiculto, ese funesto tipo de nuestra época, que estropea el escaso bagaje intelectual que le ha caído en suerte. El que sabe leer y escribir, pero que ignora las leyes profundas de la cultura, es realmente más peligroso y antisocial que el analfabeto de primera clase. Lee todo lo que le viene en mano, y atacado al fin de dispepsia mental, arremete contra lo desconocido sin otras armas que su inconciencia temeraria. Por desgracia, el mundo está hoy en poder de esta clase de gente, que lo despelleja y lo vuelve cada vez más miserable. Si Lasso de la Vega previó la dorada decadencia de nuestros días, no podríamos decirlo. Pero es evidente que pudo señalar a su tiempo la imposibilidad de

noble gestación en ese reino árido y desmesurado de las palabras. Le consolaba, sin embargo, pensando que el silencio es el premio final de las cosas sin valimiento. Por más falso ruido que se haga en su torno, acaban por morir sin remedio, envueltas en piadoso sudario de olvido. Nada de balanceos imposibles, ni de torturados rebuscamientos, ni de lacerantes hermetismos. *Stultus fiat ut sit sapiens,* escribió San Pablo. Porque es en la inocente simpleza donde reside a menudo la verdadera sabiduría.

Habría que crear primero el clima necesario capaz de hacer al hombre intelectualmente fuerte, libre de sugestiones absurdas, inmunizado contra los avances de la frivolidad que nos vuelve versátiles e inseguros. De nada valía para Lasso de la Vega incrustar en el espíritu de los jóvenes fórmulas cristalizadas. Nuestra generación es responsable de la que habrá de sucedernos. Curiosidad para todas las inquietudes del siglo, apetito sano, sin la dañosa glotonería mental que hace la digestión difícil y que causa tantos estragos como el excesivo alimento del cuerpo. Evitar la parición de engendros lastimeros, el parto de tontos infatuados, cuyo frágil envanecimiento, al nublarles la vista, les haría extraviar la verdadera ruta. Nada de zalamerías impropias a los que nacen bien dotados, sino crítica reflexiva, honda, sin odiosa frialdad. Todo lo que constituye el estímulo real en el vuelo del devenir y de la perfección. No se trata de ser innecesariamente laudatorio. Hay que echar afuera las inhibiciones de los malentendidos. Cualquier observación sin cordialidad vendrá a ensanchar los equívocos, abellacando los mejores y más nobles instintos. Por esta falsa vía, insensiblemente, iremos en cuesta resbaladiza hacia el cinismo, el cual no es ausencia de pudor o de hipocresía, como creen algunos, sino patológica sinceridad en el mal. El sér menos apto para el ideal puede elevarse por el refinamiento sin alterar su personalidad, ni mutilarla con merma de su sexo. Toda superación en la lucha por las perfecciones de los demás y de nosotros mismos tienen un principio común en las toscas raíces de la vida. No se corre a través de los mares creyendo mudar de alma, como presu-

mía el poeta latino. El cambio de ambiente entraña ya un goce estético, porque la naturaleza es en sí propia artista que multiplica hasta el infinito la maravillosa variedad de su creación. El europeo boreal, harto de nebulosidades, con neurastenias de cerrazones nórdicas, verá en la sugestiva balada goethiana inesperadas promesas de paraísos, en el solar donde florecen los limoneros. Y se sentirá mecido, aún entre la pesada bruma, por divagadoras inspiraciones, el espectro de luminosas comarcas de sol, el ensalmo del mediodía geográfico, donde la presencia de los vástagos en flor bastarían para disipar la niebla. El esfuerzo imaginativo salva las mayores distancias, sin moverse del mismo sitio. Lasso de la Vega sabía de esta clase de traslaciones por un mundo sahumado con el incienso de nuestra gracia interior. No era exigible más que sincera identificación con el paisaje y los seres que lo pueblan. Nada de aquella mudable y sutil impostura de filisteo, que Paul Claudel creía descubrir en la prosa de Stendhal, y cuyo encanto se retazaba en los equilibrios de la duda para volatilizarse luego como un reproche. Es indudable que nosotros ponemos algo de la seducción que nos envuelve cual si viniera de lejos. Entre las distintas interpretaciones dialécticas para la valoración del hombre, la mejor será aquélla en que pongamos menos de nosotros mismos. Cuando saltamos de nuestra fría observación, y empiezan a trabajar los sueños, siempre se corre el riesgo de tomar nuestros deseos por realidades. La obra de los historiadores está hecha más con las esperanzas del propio autor que con verdades descarnadas, siempre antipáticas a nuestros fervores. Por tanto, nos equivocamos a menudo respecto del porvenir, porque los elementos del problema los extraemos de nuestro interior y no del significado de los acontecimientos. Rodó tenía razón, sin duda alguna cuando le sugería a Lasso que sus esfuerzos por ser impersonal en los juicios históricos resultaban estériles, ya que él no podía con su personalidad avasalladora, aunque quisiera honradamente dominarla. ¿No habría también en esto la influencia solapada de Satanás? Si reconocía la desviación de ponerse uno mismo en las cosas del mundo, error como punto de atrición y de contrición más que como ofensa a las leyes de la historia, ¿no era la ronda del Diablo que lo cercaba cada vez más estrechamente, para arrastrarle al pecado

contra sus propias convicciones? Acaso el místico catalán Jacinto Verdaguer le hubiera sacado de su perplejidad, susurrándole al oído en la lengua vernácula:

Lo diable díu-li: —Vés,
que fora d'exa clausura
t'esperan vint y un plêrs.

Pero Lasso de la Vega no era hombre de convertirse en desertor de su conciencia ni de violar sus votos íntimos por más oro y placeres que pudiera prometerle su amigo Lucifer. No era pájaro de abandonar su nido, aunque estuviera hirviendo de errores.

Un aucell de sa niuada
vol dexar...

Este *aucell* (1) conocía bien su prole. Y aún cuando hubiera empollado posturas extrañas, sabía defenderse de la tentación, sin necesidad de que Verdaguer le llamara con aquel desesperado *no te-n vajas*, capaz de paralizar al mismo Demonio. La congénita ineptitud de Lasso de la Vega para mostrarse impersonal fué precisamente su invencible coraza. Ella lo defendió con éxito contra los avances del materialismo, las promesas envueltas en insinuaciones de claudicación, las dádivas humillantes. Y triunfó contra todos los estímulos que corrompen, las ofertas que degradan, los incentivos que envilecen. Bromeó con el Diablo, llamándole su amigo, pero no le permitió meterse demasiado en su vida. Y al final lo venció, no sólo en su pureza teológica, abiertamente, sino también cuando se presentaba zalamero, subrepticio, arrastrándose a hurtadillas para herir por detrás, o sonando a jolgorio, disfrazado de ángel, pero con el hedor de las bajas pasiones humanas.

☆

Lasso de la Vega cerraba sus puertas a la primera y engañosa impresión. Desconfiaba siempre de los impulsos irre-

(1) *"Pájaro", en lengua catalana.*

flexivos, aunque generosos. Como archipiélagos con islas de distinta formación geológica, aparentemente unidas por franqueables estrechos, así juzgaba al hombre como tipo social. La sociedad misma constituía una vocación de aislamiento y de sentido solitario. Individuo alejado de los otros como el escollo que un brazo de mar aparentemente nimio, pero con fondos abismales, separa de otro escollo. Por tanto las maniobras que da la educación y el trato con el prójimo para defender nuestra personalidad, la verdadera, la única, de ser descubierta y maltrecha. Estos apartes son enormes simas que nos desconciertan. Los grandes maestros del pensamiento o de la ficción daban a veces con la clave del enigma. De ahí que parase mientes en aquel insigne prelado que pinta con colores tan vivos la pluma magistral de Lesage. Acaso un deber de humildad le forzara a rogarle a Gil Blas que le advirtiera sobre aquellos escritos donde se deslizara demasiada vehemencia. Había que cerrar la guardia contra los atisbos de cualquier condenable soberbia. El cándido escribiente tomó al pie de la letra tan discreto consejo. Y cuando intentó poner en práctica la facultad liberalmente otorgada, vió fruncir el ceño de su amo y centellearle los ojos de cólera. A punto casi de ser golpeado, despedido por tamaña insolencia, se encontró Gil Blas de nuevo en el arroyo. La humildad del cardenal no era más que una táctica de su ministerio, una fachada para justificar su misión en la vida. La contienda permanente entre los individuos está hecha de palabras que se dicen, pero que no se piensan, y con cosas que se piensan, pero que no se dicen. De ahí que Lasso de la Vega comprobara en el juego inacabable de la hipocresía social el oculto deseo de guerra y engaño que dormita en la fementida naturaleza humana.

¿Cómo fijar para las gentes que han de leer este libro una fisonomía cuyo valor sugestivo reside en lo inasible y en lo cambiante? En el trazo periodístico era limpio y claro. Orillaba con elegancia sus nebulosidades de lexicógrafo. En las correspondencias que enviara desde las costas del Este para informar sobre el naufragio del *Poitou*, nos ataja la pincelada

colorista, el cuadro espontáneo, donde campean por igual la emoción y la ironía. No obstante sus requiebros a las desigualdades de la vida, que le distraían de su obsesión de eternidad, Lasso de la Vega encontró todavía el tiempo necesario para realizar una obra pasmosa. Gavotas, valses, mazurcas, vidalitas, en lo musical. Prosa abundante y recia por todas partes. Epigramas, baladas, madrigales. Poemas en hexámetros latinos que se han perdido. Versos satíricos con un desenfado comparable al de Quevedo. Cuentos hiperbólicos, con evocación de "los palacios submarinos, recamados de aljófares, donde danzan ninfas con cabelleras de algas". Un epitome de cosmografía. Una novela truculenta, que le encargara Claudio García para ser publicada por entregas, y que era el sobresalto horrísono de Ponson du Terrail, casado con la criminosa ingenuidad de Xavier de Montepin, las inusitadas caídas al incesto aristocrático de Luis de Val, y luego la rehabilitación por el frenesí amoroso al estilo de Fernández y González. La narración atroz y abracababrante acababa en una procesión de arrepentidos. Había sin duda mucho de befa y de ironía en aquella historia que nunca llegó a publicarse. Pero cuando Gastón Leroux lanzó a principios del siglo su difundida novela policial *El misterio del Cuarto Amarillo*, y la ansiedad pública por conocer la continuación que el propio Leroux anunciaba bajo el título de *El perfume de la Dama Vestida de Negro*, decidió a Lasso a escribir él mismo la nueva novela. Esta obra tuvo gran éxito y circuló profusamente antes que llegara la auténtica. Cuando el novelista francés editó la suya al poco tiempo, se observaron coincidencias impresionantes, no sólo en la técnica de la narración, sino también en la trama y en algunos de los desenlaces. Nuestro sevillano había escrito también un ensayo de interpretación teológica sobre las pestes que diezman de tiempo en tiempo a la raza humana. Luego comedias que nunca se representaron, excepto "La Diadema", juegos de ingenio, cuentos de hadas para niños de seis a ochenta años en el *P.B.T.* de Eustaquio Pellicer. Luego montañas de artículos dispersos en la prensa de Montevideo, de Buenos Aires, de las provincias argentinas y de nuestros periódicos del interior, particularmente *El Diario*, de Mercedes *El Deber Cívico*, de Melo.

Su obra puede compararse a un gigante descuartizado, cuyos pedazos dispersos viven existencias distintas y en lugares diferentes. Colaboraciones valiosas, algunas de ellas trocadas por magro estipendio. El ideal de su tipo humano era lo antagónico de aquel fruto de singular fortuna, con su ligereza y elegante frivolidad, que la varita mágica de Thackeray hizo brotar de su feria de vanidades. Le interesaba el hombre religioso o ateo, que en el fondo es la misma cosa. Indiscutible el axioma de Taine: no cree en la religión sino el que no se ocupa en ella. Vigilaba y se vigilaba a sí propio. *Quis custodiet custodes ipsos.*

☆

De un viaje que hiciera a Aceguá, cuando el ferrocarril no llegaba más que a Nico Pérez, me contaba sus peripecias en la frontera. Con locomoción tan primitiva. la más inocente salida constituía entonces una aventura. Al regreso de su ciclo errabundo, pudo dar con su malparada humanidad en la ciudad de Melo, donde fué acogido cariñosamente por Fitz Patrick, entonces juez letrado; los Monegal, padre e hijo, directores de *El Deber Cívico,* y otros amigos. La providencia había agraciado a Fitz Patrick con pronunciada bizquera que le daba un mirar agresivo, contrariando sus bondadosos sentimientos. Y Monegal, como poeta, tenía que ser forzosamente melenudo, con las románticas tradiciones de la época. Según relataba Lasso, existía en aquella primera década del siglo un barrio llamado las Flores, que no obstante su poético nombre se le había destinado a vaciadero de desperdicios. Por otra parte, las calles sin pavimento eran lodazales intransitables. No sé si habrá exageración en todo esto. Pero, desde luego, que muchas zonas del Montevideo de la época se le parecían bastante. Lo cierto es que, cuando Lasso de la Vega hubo de despedirse de la hospitalaria población, se le pidió que concretase sus impresiones. Y lo hizo en los versos siguientes:

Cuatro cosas tiene Melo
que no puedo tolerar:
el barrio de las Flores,
las calles de la ciudad,
los ojos del juez letrado
y la melena de Monegal.

Epigramas de esta clase podrían hallarse a montones, desparramados en revistas y periódicos del continente. No dudo que será obra de titanes reunir en un solo haz luminoso la obra inmensa y varia de Leoncio Lasso de la Vega. Pero alguien tendrá que emprenderla algún día. En la balumba del artículo mordaz, del poema ingenioso y festivo, de la bendición o de la sátira, despuntaba el ensayo serio, medular, con la densa madurez de la serenidad. Aun en sus escritos de estilo polémico, cuando el artista depone por un segundo sus fobias mentales, se encuentra siempre ese fresco impulso al perdón de los errores ajenos, la gracia reflexiva que le arrastra a comprender y casi hasta amar la sinceridad de sus adversarios. El hombre joven que decida sepultarse por algunos años en los abismos de papel de las colecciones o en la selva de las bibliotecas, podría descubrir ángulos de pensamiento perdidos para el mundo, manuscritos olvidados, anotaciones jugosas al margen de libros casi dseconocidos para el mayor número de los mortales. No necesitaría para ello más que una trinidad esencial de cualidades: paciencia, sentido crítico y espíritu investigador. Tanto más cuanto Lasso defendió siempre en su vida los derechos de la libre y espontánea diversidad de la creación intelectual. No quería corregir ni enmendar, porque detestaba el empaque docente. Su línea crítica se desviaba a conciencia para adentrarse en el camino de la apología. Era un libro que sus amigos podían abrir al azar, en cualquier página, y leerlo siempre con creciente interés. Deseos de sugerir y despertar nuevas florescencias. He ahí el verdadero sentido, el magistral sentido de su ejecutoria. Y esto lo cumplió trasudadamente, con reflexiva calma, contra todas las contingencias imprevisibles del destino. "Hay quienes se esfuerzan y se complacen en pescar con traidores anzuelos, escribe, lacras y fístulas en el río soberano de nuestras pasiones, los que ven nubículas en las pupilas del águila, callos en los pies aéreos de las Gracias y de las apsaras, ripios en las estrofas del genio, y manchas, en fin, hasta en los mismos soles del entendimiento humano". En su modo personal de concebir el estudio de los grandes valores, Lasso de la Vega no mezquinaba los zurriagazos a una época de infantilismo, ya superada, donde el espíritu crítico no se atrevía a ir más allá de la epidermis, estancándose en imperdonables sandeces. Y volcaba su ardorosa indignación con-

tra el ruin oficio que no intenta corregir, aunque tal sea la careta, sino cortar, como en la leyenda griega, *las corolas de las flores cuyos tallos se acerquen más al cielo.* Las realidades éticas de la justicia, el deber inmanente, la verdadera interpretación de los imperativos kantianos, eran potencias de perfección que Lasso de la Vega se rehusaba a aceptar fuera de los dogmas de la conducta civil y de la rectitud humana. Fondos de bondad natural traían a veces brisas de frescura que mitigaban el ardor de la mentira y echaban por tierra las pretendidas arquitecturas del artificio moral. Había que cantar las virtudes de nuestro prójimo y disimular sus vicios. "Olvidemos para siempre, decía, aquel teatro antiguo, cuyo público grosero silbaba, insultaba e injuriaba al actor o al autor que no lograba el éxito a pesar de su loable deseo, y afiancemos la culta costumbre moderna de no exteriorizar otra manifestación que la del aplauso, llamando a escena y ovacionando al que con su talento consiguió despertar nuestro entusiasmo". En la obra de Lasso de la Vega hallamos alegre indiferencia, plácida ironía, desenfado, burla suave y piadosa. A veces tristeza o desdén, pero nunca veneno reptiliano ni cobarde injuria. Su testamento literario podríamos extraerlo de algunos párrafos que plasmó pocos meses antes de su muerte, y donde están contenidos los principios rectores de su conducta intelectual. Escuchad: "Quiero enaltecer lo que ya es grande, difundir lo que es bello, iluminar las santas visiones de los tímidos soñadores; soplar vendavales de alientos a los que sientan un modesto temor ante la maldad que los rodea". Y luego agrega estas hondas meditaciones, solamente comparables a las de Sócrates, en su solemne y melancólica despedida: "Quiero apartar de las almas nacientes y ufanas el escepticismo maldito que seca, y momifica, y esteriliza corazones. Quiero, en fin, ante el riesgo de no ser exacto como el fiel de la balanza, cometer más bien la injusticia generosa de aplaudir lo que no vale, *que caer en la perniciosa injusticia, preñada de remordimientos,* de detener en su vuelo a un ave joven que intenta subir hacia la luz".

☆

¡Qué honda belleza en la transparente inquietud de este escéptico, que próximo a salir de la vida, ratifica de nuevo su

fe en la causa eterna del espíritu! Toda el alma evangélica de Lasso de la Vega está ahí, a pesar de sus retrovertidas prevenciones de místico y de sus ruidosos alardes de incrédulo. Es el cristiano auténtico que busca a Satán en su propio escondrijo, y trata de sacarlo afuera, nada más que por el placer de pelearlo y vencerlo. Pero vuelve a la luz oliendo al azufre del infierno, y su nueva tarea consiste en limpiarse de las cenizas demoníacas que lo conturban, para luego tornar a la lucha bárbara, sin cuartel, que ha de durar hasta el remanso de la verdad suprema, que es la hora de la muerte. Porque la inquebrantable profesión de fe, que le acompañó como la sombra de su materia corporal y tangible, parecía también impregnada en la humareda de la batalla. Por tanto, no hubiera consentido, como Giovanni Papini, en el perdón de Lucifer. Esta monstruosidad teológica equivaldría a ensalzarlo como colaborador de Dios. El mundo sería muy aburrido sin la ronda del Diablo, sin tener con quién dialogar, sin tener con quién combatir, sin tener con quién afinar nuestra astucia. Si hubiera podido guardar a Satanás en una jaula, Lasso le habría devuelto de nuevo la libertad. De este modo no se quitaría el placer de volver a encerrarlo. Su espíritu indomable de polemista se revelaba en el ingenioso propósito de esta idea que trabajó su pensamiento y le daba un sentido a su vida. Que la ronda satánica nos reintegraba en la medida de nuestra humildad, era para él un axioma. Recordaba a menudo la frase atribuída al conde de Aranda, según la cual ningún hombre es grande a los ojos de su ayuda de cámara. No hay duda que el lacayo es testigo obligado de las miserias fisiológicas del amo, de sus flaquezas físicas, de sus ocultas servidumbres. Esta experiencia diaria no podrá menos que hacer disminuir en su interior el tamaño que otorgan a los grandes aquellos que miran desde lejos, y que por consiguiente, han perdido el contacto con las miserables tiranías corporales que nos atan a la tierra al igual que al último de los desdichados. Y Lasso se refería a alguno de sus remotos abuelos, quien en su deseo de cercenar falsas vanidades había sobrepasado al ilustre valido de Carlos III. Y era aquel atávico personaje, un gentilhombre que se hacía recordar todas las mañanas por el criado la farsa de su vida. Y así se consideraba el sér más digno de conmiseración y de lástima de toda la familia. Había ido más

allá todavía que Francisco de Borja en su voto de humildad. Lasso de la Vega no veía muy claro en este deseo enfermizo de rebajarse ante los demás. Aunque entendía que cada uno de nosotros debería llevar adentro el propio ayuda de cámara que le susurrase al oído la verdad y pusiera límites tanto a la embriaguez culpable de sí mismo, como a las locas desviaciones del orgullo. Ni disimuladas bascas de aversión, ni ladinos eructos, ni repugnantes arcadas. La miseria ajena, aun la de los grandes, no es para ademanes de asco, sino para serena y honda compasión. Hay que darse a los otros cuando se ama, y no se puede amar de verdad sin aceptar también las imperfecciones. Lasso se prodigaba sin animosidades tanto en el amor profano como divino, y no temía la emboscada de las pasiones terrenas. Le parecía poco honorable desertar en las peligrosas encrucijadas del sentimiento. No sentía como el poeta Francis Thompson, ni podía seducirle aquella extraña floración de catolicidad en la protestante Inglaterra. El autor de *The Hound of Heaven* tenía miedo del amor, miedo de olvidarse de deberes más altos, amando como todos los seres que palpitan con los latidos de la vida, miedo en fin, de extraviarse por caminos de perdición.

I fear to love you, Sweet, because
Love's the ambassador of loss.

Pero entre los escombros de su respeto por el juicio ajeno, ardía en Lasso de la Vega una suerte de complicidad interior con su deseo de silencio. Era algo de misterioso y poético connubio entre su meditada tolerancia y el anhelo de dejar rienda suelta a sus reprimidas audacias. De ahí que aceptara muchas veces como opinión discreta las distracciones de los tipógrafos. Diríase que una mano fantasmal y benigna guiase la errata para embellecerla. Esto daba expansión a su buen humor, y narraba, no sin intencionado júbilo, cómo al corregir las pruebas de imprenta sobre cierta novela a la que reprochaba su *indocencia,* o sea sus fallas didácticas, observó que habían escrito *indecencia,* lo cual se libró de corregir pues el error en letras de molde le pareció bastante acertado. Con ello quería refirmar que los humildes obreros de las máquinas nos enmiendan a veces la plana, no sólo con chispeante socarro-

nería, sino también rindiendo culto a la justicia. Y a ratos le advierten a uno mismo por medio de faltas donde no está ausente la gracia, que nos gana el aburrimiento y nos volvemos insoportables para nuestros lectores. Si a veces escucháramos, aun sin comprenderla cabalmente, la voz indescifrable que habla en el tintineo de los linotipos, seríamos sin duda más aéreos y menos pelmazos. Con esto, Lasso de la Vega quería decir que no hay empaques de suficiencia bastante grandes, ni cumbres tan altas, que el más modesto artesano no pueda subirlas y hasta permitirse el lujo de atinadas correcciones. Cuando aprendamos a mirarnos como nos ven desde afuera, y tirar lejos la náusea de nuestras vanidades, comenzaremos apenas a aliviar la inteligencia de los absurdos que la ensombrecen. Si consideramos imperfectos a los demás, es porque también nosotros mismos nos sentimos sin quererlo distantes de la anhelada y remota perfección. Nos agotamos persiguiendo falaces destellos, que no son más que reflejos mentirosos de la desmesurada creencia en nosotros. Lástima, ciertamente, el consumir dos tercios de nuestra vida detrás de fuegos fatuos. Y cuando el espíritu se abre a la verdadera luz, y empezamos a comprender, ya es demasiado tarde para rectificarnos, aunque no para arrepentirnos. Hay tal vez algo de esa ronda del Diablo, en el espejismo engañoso que se mete en nuestra existencia y nos arrastra a mortales escollos. Lo que aparecía como obsesión teológica en el alma de Lasso de la Vega, se convierte en los otros en una manera elegante de explicar los contrasentidos de esta terrible ruta espiritual de la humanidad entera. No hay precepto uniforme ni línea sin solución de continuidad para interpretar nuestro breve paso sobre el planeta. Cadena de eslabones de distinta substancia. Momentos de éxtasis, en que la serenidad es contemplación y ensimismamiento solitario. Minutos de irreparable turbulencia y salvaje fiereza. Es a veces la reja desgarrando la tierra que responde con clamor de virgen herida, y que anticipa su fecundidad. Es a ratos la simiente que se abre paso en el deliquio del desfloramiento. Pero hay alma, plan voluntario, inmanencia de deseo, en el encuentro providencial de los gérmenes. Todo se hace con el aliento de persistir, de luchar por lo eterno. Porque el soponcio de gestación se alumbra también como forma de ideal que no se detiene a pensar en

el innoble materialismo del instinto que trasmite la vida. Y no se crea que en las zonas infrahumanas del universo social pueden dominar los apetitos como fuerza única, y que todo es baja y ciega animalidad. En ese mundo confuso sería erróneo negarse totalmente a ver las quimeras. Aunque de modo primitivo, cual larvas inseguras y tímidas, se mueven también los sueños entre espesas sombras. Y acaso sea considerada también allá la ausencia del amor como una deserción al destino o un fraude a la vida.

☆

Esfuerzo ímprobo, tarea ardua, la de aprisionar una personalidad tan diversa y contradictoria como la de Lasso de la Vega. Era de esa clase de modelos que no conocen la quietud. Renuevan incesantemente su fisonomía y hacen la desesperación de los artistas empeñados en fijar su estampa. Con la tornadiza variedad de los hombres de raza mediterránea, reflejaba tanto la pureza de las horas radiantes como la cólera de los cielos tempestuosos. Y sus múltiples formas de expresión se traducían en una enérgica modalidad de su arte y de su pensamiento. Su genio espontáneo, fuerte, original, era una ejecutoria sin premeditación. Fluía sin esfuerzo, naturalmente, como el agua que brota del tajo abierto en el flanco de los cerros. Plasmaba sus temerarias imágenes cuando le venía en gana hacerlo, y se resistía a escribir ni versos ni prosa, mientras no hubiera de impulsarlo una indomable fuerza interior. Nada bueno puede nacer bajo coacción de la necesidad material o del propósito obscuro. "Que escribir para comer, ni es comer ni es escribir", lo había dicho en su *Morral de un Bohemio* con aquel su estilo jubiloso donde siempre asomaba el temblor de una lágrima. Pero Lasso sabía encontrar su bálsamo en los meandros de la soledad, y se reconfortaba al calor de sus propios sueños.

¡Qué sublime y perfecta armonía
la de un alma sola, pensante, callada,
que abandona de otras la infiel compañía,
porque se ha sentido mal acompañada!

Nada más que por eso, por su gusto a la contemplación solitaria, habría que atisbarlo de lejos para captar su auténtica figura. Habría que acercarse a hurtadillas, para no ser oído, y sorprenderlo a la entrada de su caverna, con la vista hundida en el infinito, apacentando su grey de estrellas. No sólo servía para distraerle la resplandeciente visión de este rebaño sideral, sino para darle motivos de inquieta meditación y abrevar como bestia acosada en las aguas sedantes, y calmar sus ansias de fe y de certidumbre.

Por eso las almas pensantes, calladas,
son de lo infinito sereno reflejo,
por eso en su sueño nunca están aisladas,
pues hay en su fondo noches estrelladas
en que se contemplan como en un espejo.

Y esto hubiera sido la manera de poseer su imagen completa, sin artificios convencionales, tomándole desprevenido mientras se miraba absorto en el espejo de su alma. Para ello habría que agualtarle durante días enteros, caso durante semanas, como a un ave arisca. Habría que acecharle, escondido, con avezado instinto de cazador, al margen de cualquier arroyo disimulado entre la maleza o en la orilla de algún bañado cubierto de pajonales, esperando el momento en que viniera a mitigar su sed de ilusiones. Porque Lasso de la Vega, de ser descubierto, acabaría por diluirse en el aire para esconderse de nuevo como el "alma de la infiel compañía, que se sentía mal acompañada". No habría sido él, en verdad, una figura tocada de conmovedora grandeza, si no le hubiésemos visto como todo lo contrario de un hombre práctico. Porque el menor sobresalto, la más leve contrariedad, le diera motivo para levantar su vuelo lírico hasta regiones inaccesibles. Sabía esquivar la curiosidad de los frívolos, del mismo modo que huir de la vana presunción, de la ridícula pedantería, de la necia soberbia. ¿Cómo podría ser de otra manera en quien afirmaba que siempre había algo que aprender del más zafio de los seres o del más inocente de los niños? Tapiar los huecos de la petulancia para no caer en debilidadees culpables. He ahí el norte de la vida en este piloto de tormentas, pero cuya brújula espiritual marcaba siempre horizontes de bonan-

zas y serenidad. No había en ello ni calculada sumisión ni deseo de pasar inadvertido, sino hondo entendimiento de su significado humano en el mundo. Así lo vemos a través de los días y de los años, mientras queda su obra de roca viva, impasible, enclavada en sus líneas monumentales, y nosotros cambiamos de ángulo con el tiempo que pasa, a fin de contemplarla y encontrarle algo siempre nuevo. No aceptaba ni la disciplina, ni la jerarquía, este jerarca autoritario y disciplinado. Rechazaba la clerecía esta alma canónica, guiada por vagos ascetismos de ermitaño. Con su religiosidad de lo perfecto se le antojaba ver en lo que llamamos derecho la fuente del privilegio y de la injusticia. Vaho angustioso de descontento de sí mismo por los defectos ajenos, lo cual le hacía huir de de una responsabilidad imaginaria, no hallando otro descanso que la placidez del anacoreta. Viviendo en el seno de una sociedad estrepitosa, Lasso de la Vega era el solitario horadado por la gota de agua de su fe difusa, cayéndole desde la cribada techumbre de su refugio. Y es probable que en el retiro de cenobita viese mejor que nadie esas pujantes verdades ontológicas que escapan a los sentidos vulgares, porque se mueven en zonas de profundidad. Nada de sombras, ni aún en el equívoco depravado por traicioneras intenciones. Nada de humareda que nos oculten. Ni nieblas, ni tornados, ni borrascas para las huestes de Satán, sino claridad, luz, el polvo de oro del sol, derramándose sobre todo lo malo para hacer bien visible el pecado. Recibir y devolver las heridas a pecho descubierto. Y Lasso avanzaba contra los sofismas, marchaba hacia adelante como sus antepasados imperiales de la edad de hierro, abriéndose él mismo la ruta en selvas invioladas y tumbando a mandobles a quienes le cerraran el paso. No deteniéndose a mirar si lo seguían, siempre encarnizado en la búsqueda de sí propio. Empresa casi imposible, sin la embriaguez fáustica que domina la vacilante concepción de Spengler, pero con la esperanza de divinizar la vida. Esperanza de poesía, esperanza de ensueño, esperanza de perdón. No le sienta del todo mal a un rebelde memorioso del anticlero, pero con vena de creyente, haber elegido el místico camino que recorriera antes Juan de la Cruz como nexo espiritual del hombre con Dios. Drama intenso, sin lágrimas, ese lento esperar de cosas irreales, que porque se sienten dentro de uno mismo parecen anunciar próxima llegada.

☆

¿Qué importa que la gracia de la esperanza no se manifieste sino en el ocaso? Los que vieron morir a Lasso de la Vega recuerdan aquella invulnerable serenidad, aquel cielo sin nubes, donde no había reproche a la vida que se apartaba en silencio, ni congoja ante la muerte que descendía plácidamente con su densa sombra. Había llegado el momento de reconcentrarse para dar el gran salto a la inmortalidad. Se acabaron las bromas con sabor de blasfemia, los desplantes de caballero insatisfecho, las bravatas del bohemio errabundo, el lírico incorregible que, arrastrado por la idea fija de desafiar a la luna, no ve el precipicio que se abre a sus plantas. Volaría al infinito, tan dulcemente cantado por él en sus poemas, y tornaría a envolverlo, cual cerrazón amiga, doble sentido trágico de la vida. No es otro el desgarramiento íntimo del lidiador, que deja su fanfarronería colgada como una prenda en el altar de la capilla, antes de marchar a enfrentarse con la fiera. Y como sevillano de pura cepa, tenía Lasso de la Vega algo del torero que juega con el destino, y que tiene que decidirse entre el monstruo policéfalo que aulla amontonado en las graderías del circo, y que lo lapidaría a la menor flaqueza, y la noble bestia que le espera con los cuernos afilados como puñales. No hay otra escapatoria que una línea casi invisible, cruzando a través de zonas de aniquilamiento y de muerte. La elección del camino es lo que menos cuenta en este conflicto provocado por la moral del riesgo. Y aunque la carne tiemble como el azogue frente a la eternidad, ambos enemigos del diestro, el toro y el público, le cercan furiosamente, y hay que arrostrarlos. En esto Lasso de la Vega era también doblemente español. Entretuvo al Diablo con pases de muleta, sin cuidarse de los espectadores, pero no entró a matar, no porque le faltase coraje, pues al acabar con la ronda, en certera estocada, acabaría también con esa corrida ontológica de abstracciones que fué la fiesta brava de toda su vida. En cambio, los místicos de raza se mostraron más decisivos. Exterminaron a Lucifer en su corazón y borraron las huellas de su paso. He pensado muchas veces que, si Miguel de Unamuno no hubiera nacido de este lado de los Pirineos, habría podido igualmente concebir *Del sentimiento trágico de la vida*, y nosotros habríamos podido

abarcar su obra sin comprender a España (1). Porque dentro de la angustiada hispanidad palpita el único pueblo de Europa del cual puede esperarse el acento radical y nuevo con algo de grandeza. Su sentimiento trágico convence primero y vence luego. Es por eso, porque aprende a morir espiritualizando, que hasta las cosas de apariencia inerte florecen con el destello de los mitos que nunca mueren.

☆

Herido en la brega, postrado y enfermo, Lasso de la Vega se moría como una consecuencia de su incansable lucha. Para él equivalía a ser sacado del ruedo, maltrecho y descalabrado, después de una bella jornada de arena, sangre y sol. Había sido leal y valiente, generoso con los humildes, altivo con los fuertes. Retoño de un secular linaje hispánico, quería olvidar su rancio abolengo, exclamando con John Ruskin: *It is better to be nobly remembered than nobly born.* Del radiante simbolismo de *Las siete lámparas de la arquitectura* podría trascender el porqué vale más que haber nacido noble el ser recordado noblemente. El vástago de aquel añejo tronco que hunde sus raíces, más allá todavía de haberse encontrado con el brioso servidor de Sancho el Bravo, quería ser citado por sí mismo y no por sus antecesores. Después de haber escrito, penosamente, sus últimos admirables versos, despidiéndose de la vida, cayó en una especie de sopor. Ya casi no hablaba aquel maravilloso artífice de la conversación, y se hacía comprender por señas. Sus rasgos se habían afinado extrañamente, y su bella cabeza de revueltos cabellos grises, y sus bigotes blandos, caídos sobre los costados de la boca, le daban el aspecto de un mensajero silencioso que trajese a la tierra la imagen de otra vida. Ni en la hora de la muerte intentó renunciar al ideal de justicia que le había enloquecido. Instó a los voceadores de *Mi Artículo* a no desmayar sus ideales y así lo entendieron en el mirar de sus ojos claros, apenas visibles a través de los párpados entornados. Después de un rato, Lasso pareció incorporarse en el lecho, cual si saliera de un sueño apacible. Quiso beber, y la

(1) *Adolfo Agorio:* Glosario vivo de Miguel de Unamuno, *aparecido en la revista* Bolívar, *de Bogotá. Nº 37 - Año 1955.*

enfermera le acercó una copa a los labios. Pero los músculos ya no respondían a su esfuerzo, y el líquido le resbaló por el cuello hasta mojar las sábanas. Una mueca, una palabra vaga con algo de ronquido y de imprecación. Luego su cráneo volvió a descansar sobre la almohada, la frente pura, sin arrugas. El semblante se iluminó entonces con una luz interior tan radiosa, que parecía transfigurado. Y sus ojos abiertos, que ya se volvían para adentro, que miraban sin ver, dieron la impresión definitiva, irremediable, de que Lasso de la Vega acababa de despertar a la vida eterna..

☆

¿Dónde está ahora Lasso de la Vega? Eramos pocos los que seguíamos hasta el postrer silencio el mísero puñado de materia que le perteneciera y donde se había enseñoreado su espíritu. Fué sepultado en el Buceo, entre cruces humildes, un día húmedo de nubes bajas que casi rasaban el suelo. Sin ruido, sin ostentación, parecía ser uno más en pasar inadvertido, para sumarse a la inmensa y anónima muchedumbre de los muertos. No sé si hubiera podido ser tarea fácil atinar ahora con su fosa, después de transcurridas cuatro décadas. Sin embargo, sus amigos dieron con sus restos, trasladándolos a un panteón social en sencilla ceremonia. Pero acude a mi memoria aquel rezo amargo de Baudelaire, mezcla de súplica y de sarcasmo.

Nous devrions pourtant lui porter quelques fleurs,
Les morts, les pauvres morts, ont de grandes douleurs...

De todos los llamados a la fatalidad, el de la muerte es nuestra última y más inocente de las baladronadas, porque no tiene otra repuesta que el infinito. No es el eco de nuestras ansias el que nos inunda en la hora final, sino contestación viva de paz y de olvido. Serenidad envolvente, tentacular, con todo su misterioso coraje que nos anima a descubrir nuevas y remotas orillas. No es un mero prurito de sacrilegio, sino reflexión glacial, implacable, que se insinúa hasta agotar las últimas consecuencias del razonamiento. Porque, a veces, hay humildes ímpetus de modestia que resultan peores que la más

henchida de las vanidades. Arrebatos de exaltación que nos lastiman, impulsos supresores que nos desconciertan. Cerca del coro de la catedral de Estrasburgo, en las capillas subterráneas, puede leerse una inscripción latina, con reminiscencias horacianas, que un eclesiástico desconocido hizo grabar sobre la losa de su tumba: *Rogas quis sim?... Pulvis et umbra.* En la semiclaridad de la cripta se adivina apenas el epitafio del religioso que quiso borrar su paso en la vida y en la muerte. ¿Acaso lograremos desvanecer totalmente nuestras huellas? No sé si habrá en esto humilde renuncia, apacible sumisión, melancólico rendimiento. La lápida sin nombre es ya un recuerdo, y todo recuerdo, aun cuando intentemos estrangularlo con palabras, se descubre con el estrépito de la vanidad. Puede ser que Lasso de la Vega no se habría sentido satisfecho ni siquiera con esta clase de humildades, y hubiera reclamado para sí el silencio absoluto. Ya es tener una preocupación de notoriedad demandar la gracia del anónimo al cincel de los lapidarios. Y desde abajo, sin sonoros reclamos, ni untuosos mausoleos, podría venir la voz insondable para el hombre frívolo: "¿Preguntas quién soy?... Polvo y sombra".

☆

La historia de Lasso de la Vega no acaba con su muerte. Desde ese minuto es cuando verdaderamente empieza a vivir una vida de irradiación espiritual, despojada de impurezas terrenas. No abrigaba él mismo demasiada seguridad sobre su término, y dudaba de que fuera únicamente disociación y silencio. Nada de inconveniencias físicas, nada de majaderías temporales. Su espiritualismo de fin de siglo, con adolecimientos de fe dualista, le hacía vacilar sobre la dura verdad de este quebranto de la mente humana. Deplorable flaqueza en relación a las cosas frágiles que se proyectan dentro de nosotros por la ventana de los sentidos. Si eso tiene que ser fatalmente polvo en lo objetivo, es porque también ya es sombra en nuestro espíritu. El antagonismo entre la subjetividad de la vida y el mundo aparente que llamamos real, le había infundido esa insoluble antinomia de la angustia que ni Kierkegaard ni Heidegger pudieron desenredar del todo, por padecer de sordera mística. Si cualquiera de ellos hubiera poseído la facultad in-

temporal de penetrar lo absoluto, el dón inexpresable de hallar densidades en la tenuidad y pescar sugestivas sorpresas en el vacío del sentido común, habría logrado matar a la muerte, como los místicos españoles. ¿Sería esto la mínima coincidencia bergsoniana, el contacto parcial con el esfuerzo que manifiesta la vida para hacerse comprender de sí misma? Juan de la Cruz estaba mucho más próximo de lo que parece a primera vista de este impío demoledor que fué Laso de la Vega. Nuestro héroe, probablemente, alcanzó también el cielo por la vía de la ingenuidad, la inocencia surcada por satánicos relampagueos de inhibiciones, pero tan pura y transparente en su fondo como la mejor de las beatitudes. Ambos apartaron de su paso la intriga inefable de los enigmas. Ambos crearon un mito vivo de prolongación. Ambos adolecían de la inseguridad de lo seguro. El propio Lasso no hubiera sentido resquemor de impiedad ni asomo de remordimiento al signar de su puño y letra "aquel toque delicado que a vida eterna sabe, y toda deuda paga". Este aventurero del espíritu fué también héroe de sombra y de luz. Su humildad, su pobreza, el atroz padecimiento, la inmaculada albura de su tránsito terreno, hacen de Lasso de la Vega un hombre retorcido por el doloroso amor de la esperanza, donde la fe y la duda clavaron sucesivamente en su carne los estigmas de sangre de los santos crucificados. Figura optimista y doliente, al mismo tiempo, que vivió la transverberación de su gracia, para emplear el lenguaje de los místicos, cabalgando en el aliento envenenado de los tugurios, enervándose en la acre humedad de los sotabancos, interpretando los aullidos del dolor ajeno en una salvaje orquestación de lágrimas. Y de esta ponzoñosa jerga de miseria extrajo los mejores vocablos que lo acercaron al Diablo para forzarlo a devorarse a sí mismo. Abundoso léxico de seducciones y diatribas, que son como aquellas gotas de rocío que nos recuerda en su *Madrigal*, gotas de llanto que "evaporadas, elevan hasta el cielo las alboradas". Y esta transfusión de reflejos, reverberando en algo más hondo que transporte de imágenes a mundos distintos, como lo había entrevisto en mi *Ataraxia* al retratar a la santa de Avila, lo sintió Lasso de la Vega. Tal vez de modo distinto, acaso en sugestiones de impiedad, pero siempre con la intuición recta de salvar a los tristes, a los desheredados, a los miserables, del pecado injusto de sus dolores. No cabría, pues, en este

breviario que traza el curso cambiante de una existencia maravillosa, el deseo de implorar al cielo grillos innecesarios, que nuestra propia vida nos brinda en demasía. Venimos ya al mundo con una dosis de pesadumbre que nadie ni nada podrá quitarnos. Lasso de la Vega execraba a quienes imaginan ominosos suplicios para sí mismos, haciéndose las víctimas de fingidos calvarios. Mártires de farándula, adoloridos del formalismo y la declamación, pero que se apresuran a esconder su mueca de histriones cuando realmente golpea a sus puertas la auténtica congoja de los desesperados. Se percató que contra las vivencias del fuero interno no valen los remedios triviales. Hay que dejar la nube de los presagios fatídicos que pase por el meridiano de nuestra vida, y seguirla luego, atacándola por retaguardia, a fin de que no se pierda del todo, y poder hurtarle algunos jirones, aunque sea como recuerdo de dolores que no fueron de nadie más que de nosotros.

☆

Si Lasso de la Vega no hubiese sido arrebatado por aquel dinamismo que lo llevó, en locas espirales, hasta alturas inverosímiles, el trasegar de su misticidad se hubiera absorbido en remansos de amor a la naturaleza y de contemplación de lo increado. Habría sido de la casta de los brahmanes nirvánicos, cuya perfección moral los reconcentraba en la quietud, con brazos como ramas, piernas como raíces, rodeados de trinos y alegrías, y en cuyas barbas enmarañadas anidaban los pájaros. Estos genios de la inmovilidad no carecían de fuerza. Su poder espiritual era tan inmenso, que hacían caer al suelo, cual si fuesen de plomo, los dardos de los cazadores que apuntaban contra su reino. Desviaban en el aire, apagando su eco, las palabras que guardaban en su seno intenciones malvadas. Nada con olor de impureza llegaba a su destino. Pero esto resultaba imposible para Lasso. El sacerdocio del quietismo no se avenía a su vocación. Había que reaccionar con personalidad integral. ¿Cómo permitir el ultraje sin pelear él mismo? No era para él ni la extática fe hinduista, ni la tranfiguración introvertida del cristiano clásico de la quietud, que busca el camino de la divinidad haciendo penetrar a Dios dentro de su corazón atormentado. Ni extática ni estática. Había que buscar la verdad, no sólo con el espíritu, sino corporalmente, moviendo los

músculos, empuñando armas, sin mezquinar hachazos ni mandobles. Y hasta usar a veces de cierta metátesis moral, alterando el orden de la conducta para reforzar nuestra astucia de defensores de la misericordia, y desconcertar así los movimientos de las perversidad humana. Con aquel grafismo candente de réprobo, al desterrar la hipocresía como fin de la vida, eludía las penas eternas, escapando por el subterfugio de la batalla como campo estratégico para esquivar todas las argucias del Demonio. Aunque un poco tarde, logró entender que no era tarea fácil la aprehensión de la gracia deista sin austeras disciplinas ni terribles maceraciones. Es el arte de los revolucionarios de la mística lo que afina nuestra personalidad en el mundo ultradimensional, y que hace de nosotros mismos una prolongación en lo divino. He ahí el cauterio suave de que habla Juan de la Cruz, "la regalada llaga que, matando, muerte en vida la has trocado". Como las flechas disparadas contra el brahmán, se precipitarán al suelo, sin dar en el blanco, todas las artimañas de Lucifer. Pero aún así, adversario de penas capitales, Lasso de la Vega no creía en soluciones de muerte. Ni matar al Diablo, ni perdonarlo, sino reñirle, disputarle su reino, palmo a palmo, ora fingiéndole amistad, ya inspirando confianza a sus intentos, a fin de tenerle más cerca y poder asestarle nuestros mejores golpes. Lo dramático de la inteligencia es la soledad total, no poseer un amigo, y lo que es aún peor, ni un enemigo que nos haga la gran limosna de luchar y de contradecirnos.

El fragor de la batalla fué su clima de redención, su hondura de simiente, surco de divinas florescencias. Le fascinaban tanto las pasmosas bellezas del mundo físico como las armonías del universo moral. Todas ellas escondían emboscadas mortales y duras asechanzas. Pero el dilema es sin concesiones apelables. Contemplar o actuar. Debilitar la contemplación con el dinamismo, o hacer que la actividad casi ofensiva de la vida desfallezca por la vía del éxtasis. Recordaba a menudo la abrasadora parábola vital de Tommasso Campanella, cuyo libro crítico del sistema aristotélico *Philosophia sen-*

sibus demonstrata nos parece hoy de tanta inocencia, que nos cuesta creer que haya podido ser fuente de atroces sisabores para su autor. Intrigas sin nombre, venenos mortales, tempestades de injurias, persecuciones... Tres lustros de reclusión carcelaria fueron el premio a su milagrosa labor intelectual. Empero, bajo el burdo sayal de domínico, Campanella no dejó menoscabar la autoridad de su ministerio, con mengua de su crédito como hombre y como pensador. De ahí que haquedado como uno de los más grandes representantes del espíritu revolucionario, más que por las ideas mismas, por la fe de su heroica resisencia al sufrimiento. El sereno desafío de la ergástula fué su mejor obra. Por eso, Lasso de la Vega, casi implorante, empujaba a las generaciones jóvenes a penetrar el misterio de los grandes espíritus, cualesquiera que hubiesen sido sus ideas y sus errores. En la bonanza o la borrasca la inmensidad es siempre grandeza. Pero no sólo aquello que sugiere imposibles es digno de admirarse. La unilateralidad del enfoque puede arrastrarse a las tediosas sensiblerías de lo cursi. Porque la grandeza no es problema de tamaño, sino de interpretación. Nuestro urubú impone, sin duda, en su embriaguez de altura, planeando por encima de la sierra, mecido en el azul, deslumbrando en el prodigioso abrasamiento solar. Pero bajando la vista hacia la tierra encontraremos belleza en el vuelo rastrero de la cachila, que conoce también entre los pastos escarchados los paraísos del amor y los infiernos de la tortura. Contemplemos lo infinito sin enervarnos, con los pies sólidamente afirmados en el suelo. Los que se emborrachan de sentimentalismo son más peligrosos para la vida que quienes pretenden hallar su verdadera personalidad en el rescoldo de la bebida. La virtud capital de Lasso de la Vega reside en haber descubierto en lo pequeño tesoros de grandeza. Nada, pues, que acuda sin debida reflexión para cristalizarse en frases hechas, o lo que es peor aún, en cánones inviolables de tontería. Habría que descongelar con una corriente de aire cálido y cordial esa torpe ferocidad de los dogmáticos, con su devoción del lugar común, del suceso manido y transitado. Habría que soplarlo con rabia de pampero y hacerlo dispersar como al impalpable vilano de los cardales. Lo triste es que, ataviado con esta clase de mentiras, lardeado de falsedades a sabiendas, el hombre moderno no irá

muy lejos. Lleva metidos muy adentro el sofisma de la grandeza material, que no es más que polvo, y el extraño espejear de la riqueza, que no es más que sombra.

Lasso de la Vega había comprendido el duro dilema de fenecer o sobrevivirse por el espíritu en un mundo aparentemente dichoso, que aún no había sido desgarrado por el dramático episodio de la guerra mundial. He ahí el verdadero engendro satánico, dividido en dos cuadros, con un intervalo de veinte años, y que ahora está esperando el acto tercero y tal vez definitivo. Había entrevisto la dolorosa verdad entre los nubarrones del odio y de la mentira. A la gente de nuestra generación le ha sido deparada la desventura de asistir a la primera parte de esta tragedia en tres actos, y no está muy segura si le tocará también presenciar el desenlace. Que la humanidad nada aprende colectivamente, y que aún la experiencia individual es una falsa consejera de bienaventuranza, lo demuestran los sucesos desgraciados que se precipitan para mal de todos, repitiéndose con harta frecuencia, a pesar del honrado deseo de superar la mala suerte. Queremos poner orden, cándidamente, en los asuntos del mundo, sin haber aprendido todavía a conocernos nosotros mismos. La excesiva confianza de la inteligencia me recuerda aquel incidente juvenil en la vida de Kant, cuando escribiera, antes de cumplir los veinticinco años, su memoria sobre la verdadera valoración de las energías, tratando de reconciliar la dinámica de Leibniz con la de Descartes. Esto le valió el chispeante epigrama de Lessing, que los muchachos canturreaban en voz baja, a la salida de las clases, cada vez que llegaba a sus oídos el nombre del futuro gran filósofo. Lessing se burlaba en sus versos de aquel atrevimiento de la juventud, la osadía de quien arriesgaba la grave empresa de aquilatar las fuerzas del universo, cuando no podía abarcar las propias (1). Desde el na-

(1) *Dicha* Memoria *se publicó en 1749 bajo el título de* Gedanken von der wahren Schätzung die lebendigen Kräfte. *He aquí, por otra parte, el epigrama de Lessing:*

cimiento hasta la muerte, nuestra carrera se desenvuelve en un perpetuo equívoco. Erramos para rectificarnos luego, y seguir cometiendo nuevos errores. Por eso debemos tolerar los tropiezos ajenos. De este modo tendremos derecho a que nos perdonen también los nuestros. Se nos ha sugerido como valor inapreciable esa experiencia interior, que es el mundo cerrado, de los místicos. También los estudiosos evocan a veces el tradicional sensualismo como fuente de conocimiento, que va del mecánico y simplista movimiento de cinta registradora, en Locke y Condillac, hasta las formas empíricas más complejas de la filosofía natural de Stuart Mill y de Spencer, tan caras al espíritu británico. Hay la otra experiencia del sentido común, la que enseña a vivir, esa de que nos hablan los viejos y los badulaques. Es una gran cosa, indudablemente. Lo malo que esa experiencia llega siempre demasiado tarde, y cuando ya no la necesitamos. Si la humanidad fuese capaz de aprender algo, no habría más guerras, los pueblos vivirían pacíficamente, sin sentirse envenenados por el odio o por la mentira, y los miles de millones que gastamos en perfeccionar los instrumentos de destrucción y de muerte, servirían para extirpar el cáncer de la miseria y hacer que la felicidad reinase por siempre sobre la tierra. Frente a las trágicas desviaciones de la raza humana, natura afirma más que todo su impotencia, nunca el deseo de venganza. Si las mismas leyes del universo están sujetas a cambio, si lo contingente es también su destino, cual lo advierte Boutroux, el retorno al providencialismo histórico justificaría nuestra recalcitrante caída en el error. Pero hay un estrecho margen de autonomía humana contra la implacable terquedad universal. Y ese débil refugio posiblemente nos salva de peligrosos escollos. Nadie vivirá lo

---

Kant unternimmt ein schwer Geschäfte
Der Welt zum Unterricht,
Er schätzet die lebendigen Kräfte,
Nur seine eignen schätzt er nicht.

El poeta no cejó hasta la muerte en sus aceradas sátiras. Por una rara coincidencia, la vida de Lessing se extinguió el mismo día en el cual vió la luz por vez primera la Crítica de la razón pura. *Los alemanes y el mundo se perdieron, por tanto, otra muestra del ingenio de aquel gran escéptico de la filosofía y de los filósofos.*

bastante como para lamentar una siniestra quemazón de prejuicios. Es verdad que las cosas lloran sus frustraciones de vida y la esperanza de las leyes universales malogradas. *Sunt lacrymae rerum.* La cultura antigua ya había salvado esta dolorosa encrucijada. Que los poetas la sientan a su vez y la trasmitan a sus semejantes, es una prueba de que existe. No otra cosa puede resultarnos aquella falta de ánimo, aquel dulce decaimiento, aquella suave languidez que Verlaine descubrió en el sollozo de los violines otoñales. Englobar en un sistema cerrado la teoría del conocimiento, equivale a imaginar un mundo uniforme, invariable, sin diversidad, y por consiguiente, falso. Entre los miles de millones de habitantes del planeta, cada uno lo verá de distinta manera, y reaccionará ante él en forma desigual. "Cada pincelada de un pintor paisajista, escribe Spengler en su *Ocaso de Occidente,* constituye una refutación a las afirmaciones de la teoría del conocimiento" (1). Y agregaríamos nosotros que, aun al traducir los rasgos de la figura humana, cualquier movimiento del artista estaría en contradicción con los esquemas metafísicos de la conciencia. Es que no sólo las cosas cambian dentro de nosotros. Hasta los acontecimientos que se refieren a uno mismo parecen distintos contemplados desde lejos. El tiempo nos hace de nuevo, y aun cuando el paisaje se conserva inmutable, nos parecerá siempre otro. No vemos igual la misma cosa a los veinte años que a los sesenta. Leyendo los vigorosos ensayos críticos de Juan Antonio Zubillaga, cuando escribe que lo abordé en Buenos Aires con una presentación de Rodó, parece que evocara a alguien muy distante, que tiene muy poco o nada de lo que es ahora (2). La representación gráfica de lo inmaterial es el recuerdo de cosas ocultas en la bruma de nuestra experiencia afectiva. Porque escondemos nuestro sentimentalismo es que creamos nuevas emociones.

---

(1) *O. Spengler:* Der Untergang des Abendlandes *I. 1918. Pág. 245.* Jeder Pinselstrich eines Landschaftsmalers widerlegt die Behauptungen der Erkenntnistheorie.

(2) *Juan Antonio Zubillaga:* Estudios y Opiniones. 1931. T. II. Pág. 22. *Ya en prensa este libro, resta un cauce harto estrecho donde volcar mi emoción: Zubillaga ha muerto. Pero vuelve a la luz de la vida en la historia de las ideas de nuestro tiempo. Era interesante en sus ensayos.*

Montevideo, Julio 15 de 1910.

Sr. Don Adolfo Agorio.

Buenos Aires.

Amigo Agorio: Me ha sido grato recibir nueva carta de V. Esto me ha hecho recordar que le debía á V. una tarjeta de presentación para Don José Pardo, de "Caras y Caretas", que es, entre las personas que V. me citó, aquella con quien tengo relación suficiente para el caso. Va adjunta esa presentación.

En cuanto á lo que V. me dice de Ghiraldo, estoy enteramente á la disposición de ese amigo, á quien en estos días enviaré un ejemplar de "Proteo" en retribución de su hermoso libro de versos: Triunfos nuevos, que con agradecimiento recibí. Dígale V. en mi nombre que me avise, con ocho ó diez días de anticipación, la fecha de la aparición del número de que se trata, para reunir los materiales del mismo.

Deseo todo éxito á la revista de nuestro amigo Sonderéguer, de la que, en efecto, soy colaborador.

Me encuentro complacido de su propósito de escribir una monografía sobre el tema á que V. se refiere, y lo agradezco de antemano. Ya sabe V. cuán justo aprecio tengo por V. y por lo que V. escribe.

Mañana le enviaré, recomendado, el ejemplar de la 2ª edición de "Proteo" que V. me pide.

Deseándole los más auspiciosos éxitos en sus estudios y en su carrera de escritor, le envía los más cariñosos saludos —

José Enrique Rodó.

Cerrito 102

P. D. Mis recuerdos á Zubillaga, á quien escribiré mañana.

Después de haber consagrado un número de IDEAS Y FIGURAS a Lasso de la Vega, su animador, Alberto Ghiraldo, aprestaba los originales para otra edición dedicada al autor de ARIEL. Interesante epístola sobre el particular escrita por Rodó en aquella lejana época. La carta contiene también referencias a José Pardo, de CARAS Y CARETAS, que firmaba con el seudónimo de Luis García sus memorables humoradas en verso, a Juan Antonio Zubillaga y al ensayista de LOS FRAGMENTARIOS, el colombiano Sonderéquer.

☆

No hay duda que en Lasso de la Vega se dió este caso de insistente cambio. La lucha terrible por mantenerse inconmovible fué acaso un estímulo inesperado para apresurar su renovación. De ahí la prodigiosa variedad de sus acentos, los cuales se prolongan, se contradicen, se combinan en majestuosa sinfonía. Su aliento orquestal es la sombra literaria de la sublimada musicalidad que llevaba adentro, y su pluma, roída por las humildades de la tierra, se transformaba en el instrumento de su gracia. Había que vivir primero para afirmar el espíritu, para acercarse al piano silencioso, avaro custodio de armonías, y arrancarle de su mudez, haciéndole hablar la lengua mágica de las seducciones. Se había habituado a desentrañar los símbolos, cual si fuesen calladas melodías. Y dentro de ellos veía la imagen de las tragedias vulgares. La dramática agonía de Laocoonte no era para él otra cosa que la representación de nuestra lucha normal contra el destino. La pelea desesperada del sacerdote troyano es también nuestra pelea. No hay tal malhadada costumbre en extinguir todo aquello que se mueva contradiciendo las reglas comunes de la vida. Hasta los árboles se atropellan, riñen entre ellos y

---

Más sugestivo aún en sus confidencias, cuando revivía contra la pantalla de sus casi noventa años la palabra de aquellas sombras ilustres del pasado platense, que él había frecuentado en la intimidad. Y así pasaban Agustín de Vedia, Manuel Quintana, Luis Melián Lafinur, Pellegrini, Herrero y Espinosa, Saénz Peña, Francisco Bauzá, Indalecio Gómez, Rodó, Groussac y tantos otros para quienes la obra educativa de Sarmiento no estaba sino en los comienzos. Había aprendido de ellos que democracia era la acción de los más por los mejores, el gobierno de los hombres moral e intelectualmente sanos, y no el encumbramiento de la canalla delincuente como sucede a menudo en América. Por tanto, era forzoso seguir iluminando al pueblo para liberarlo de las falsas idolatrías. Desfacedor de unanimidades. Voz que desentonó hasta en el coro de esas minorías selectas que constituyeron su credo. Expresión sensible de probidad espiritual, de honradez cívica, de serena altivez. Representante de una raza de hombres ya casi extinguida, que prefirió la austeridad de la pobreza a las frágiles seducciones del renunciamiento. Raro ejemplar de un mundo que se fué con los recuerdos.

se despedazan en la selva virgen, buscando la luz. Los espacios vitales no son un invento de la retórica social, sino el mandato supremo que resiste a la muerte. Es acaso la única ley que desciende del cielo para solventar las oposiciones irreconciliables de la naturaleza. Tanto el odio como el amor son hijos de nuestra ansiedad de vida. Ni el mundo vegetal, aparentemente impasible, escapa a esta fatalidad del sistema solar. Por eso el alma radiosa del sevillano gaucho se había acostumbrado a mirar a la muerte sin pestañear, contrariando el apotegma de Balzac, quien decía, que, lo mismo que al sol, nadie puede contemplar de frente. La había considerado en el fondo como una gran amistad. Los enemigos acérrimos descansan el uno al lado del otro, reconciliados por el silencio eterno. ¿Qué importa adónde va, después del aniquilamiento definitivo, esa conciencia de nosotros mismos? Tan frágil y misteriosa como la sal que se disuelve en el océano, tenemos empero la vaga intuición de que volverá a cristalizarse de nuevo a través de los milenios. Y si Lasso de la Vega desaparecía durante semanas y meses, alejándose de los círculos que frecuentaba, era porque sentía la necesidad de estar a solas consigo mismo, la sed imperiosa de reconcentrarse y de meditar. No lo hacía tanto para huir del mundanal ruido como para aislarse de la grosería y la vulgaridad. Había descubierto su manera de purificarse. El espíritu se va separando lentamente de los engañosos ruidos externos, y es llegado el momento de poner espesos muros entre la oración mental y las temporales desviaciones. Aun el más sórdido y materialista de los seres, puede hallar consuelos de frescura y de poesía en la acendrada intimidad de las ideas. Conviene organizar de tiempo en tiempo una expedición punitiva contra la ordinariez, pero dentro de sí mismo, con las ventanas cerradas a las falsas irradiaciones de fuéra y el alma abierta a la propia luz interior. Cierto que el mundo en bruto está aún por dominarse. Dicha tosquedad, con su ausencia de refinamiento, prepara el clima irritable de la injusticia y el brote de indelicadezas agresivas. Es el camino áspero en el cual el hombre domestica a veces su atavismo salvaje, cuando rehuye los cánticos de paz y se siente atraído por los fogonazos de la batalla. La soledad nos hace tan rudos como la resistencia corporal a los asaltos de un enemigo hambriento de nuestra vida.

Imposible la marcha sin leudar el espíritu con nuevos fermentos de resurrecciones. Porque en fin de cuentas, para nuestro dominio efímero, locamente atribulado por inesperadas adversidades, le resultará más grato recibir el golpe de la desgracia en el músculo endurecido por la lucha, que en la carne desabrida y blanda del sibarita. Austeros sin acritud, ni muelles ni flojos, pero con un fino sentido de solidaridad humana tanto en la alegría como en la tristeza.

☆

Se ha reprobado en Lasso de la Vega sus contradicciones. Se ha querido ver en ello una dimisión de su ideal, como si un espíritu de torbellino pudiera haber sido algo liso y monótono, sin fisuras ni riesgos. El pensamiento fluía de modo múltiple y vario, como su poesía. No creo que sea pecado presentarse al mundo con rostro diverso, sin mostrarle siempre la tersa y pulida superficie del aburrimiento. Es la propia naturaleza la que nos ofrece su gran lección. Después de un día de gloria solar, embalsamado por el verde tierno de los romerillos, sombras de tormenta. El aroma discreto de los arrayanes, con la brisa suave que apenas hace cimbrar a las flexibles chilcas de la sierra, el otear de tierra mojada. La lluvia nos cambia repentinamente el paisaje. Aquel cuadro familiar de cerros y agua nos parece ahora distinto. Masas de bruma se retuercen entre el ramaje de los talas, y del firmamento descienden claridades extrañas, manchando de violeta los pastizales del valle. La naturaleza se contradice a cada segundo, y ésa es su manera de hacerse presente. No hubiera reconocido en el gris uniforme de la serranía la vaguedad azulada de los días sin nubes. Aunque la sensación era otra, sabía que en el cambio estaba su modo visible de expresarse. ¿Acaso condenar en el espíritu la movilidad contradictoria no es tan absurdo como censurar al anciano sus canas o reprocharle sus arrugas? No solamente miramos como espectadores hacia el exterior desde un único observatorio. Miramos, por desventura, desde los diversos ángulos que nos ofrecen las variadas etapas de nuestra existencia. Pero es que el mundo también nos mira, se desplaza y cambia, se vuelve inasible muchas veces, escapando a nuestra potencia crítica. Tenemos que mu-

dar de prejuicios para seguirlo en su metabolismo. Debemos substituir ideas, padecer nuevas y dolorosas adaptaciones. Trasmutar incesante, que es también eterna contradicción. No hay peor espejismo ni más peligrosa encrucijada, que luchar infructuosamente por mantenerse siempre igual desde el nacimiento hasta el ocaso. Porque ello equivale a sucumbir sin haber vivido. Es lo mismo que extinguirse sin conocer antes el ardor de la dichosa llamarada de esperanza que persigue a quienes ansian tocar con las manos sus propios sueños. En nuestro interior no somos hoy siquiera lo que éramos ayer, ni lo que seremos mañana. La voluntad creadora podrá infundirnos luego una inmensa transformación, aunque no logrará engañarnos. De nada vale el presagiar devenires de espanto o falsear el pasado con refugios de impasibilidad. Ni grutas de frescura, ni rincones de concentración, ni matorrales de olvido. No se vive de lo inmutable ni en la paz de esos vulgares conformismos que son otros tantos acentos del morir. La única manera de ser libres reside en la aptitud de ligar nuestro destino a la riqueza infinita de los antagonismos. La más sagrada de todas libertades es la libertad de contradecirse.

Tenemos la sospecha de que Lasso no fué feliz en el amor, aunque nunca despotricó contra su mala suerte. Su estro está lleno de mujeres, pero jamás solicitó imposibles a la musa inspiradora de sus madrigales. Luz suave, resplandor de ensueño, con más delicadeza que el aliento de un clavel sevillano. Menor esfuerzo del que gastan las abejas al revolotear en torno a las corolas en las tibias mañanas de primavera. Decisivo en las ideas, es cierto, pero nunca inclinado a soluciones cortantes ni a decir palabras irreparables. Insecto quimérico, que llegó aleteando desde el fondo de la dorada juventud para justificar sus resplandecientes frustraciones. Y esto ya podía apreciarse en los comienzos del siglo, cuando Alberto Ghiraldo le publicaba en *Ideas y Figuras* los versos que oscilaban entre la hoguera revolucionaria de sus inquietudes sociales y al desasosiego íntimo de sus templadas y amorosas vivencias. Obsedido, al igual que Verlaine, por la figura movediza del Diablo, po-

dría haber culpado a las rondas infernales de esa incomprensible esgrima que arreciaba sus estocadas contra el vacío. No lamentaba los golpes en falso este ejemplar de la aristocracia epicúrea, ni concebía tampoco la desconfianza que anidó con el corazón de los primitivos padres en las austeras disciplinas cristianas. La mujer era para ellos hechura diabólica. Y rehuían la femineidad, cual si de ella surgieran vapores de azufre y hediondeces de averno. Crear imágenes en su paraíso amatorio, vestirlas mentalmente de sangre y músculos, y amarlas luego con pasión de artista. He ahí su historia sentimental, el numen de su experiencia amorosa. He ahí también el voluptuoso suplicio de su expiación. Ni repudio de adorador frustrado ni descarnada condena de fanático. Su tacto incomparable le vedaba caer en las impotencias del mal gusto. A la postre llega el gran consuelo de la vejez, porque los años son el mejor emplasto curativo para los sobresaltos del amor. No puedo soportar a esos eternos enamorados, que no se culpan a sí mismo de sus fracasos, sino desacreditando a las mujeres. Me recuerdan al refinado de la buena mesa, que maldice de la sal, y acaba espolvoreando con ella hasta las confituras. Lasso de la Vega ríe firmemente del autor de *El Diablo Mundo*, que reniega de sus treinta años, "funesta edad de amargos desengaños". Y se pregunta qué diría, si en vez de treinta tuviera que contar cuarenta. Como representante de la escuela romántica, Espronceda tenía la obligación de interpretar el amor en su forma más dramática. Pero hay razones para creer de que no era, en su fuero interno, muy devoto de los cánones y disciplinas del gusto literario de su tiempo. Es muy posible que el mismo Espronceda sonriera, antes que el propio Lasso, de los amores frenéticos, con vistas al cementerio, si hemos de atendernos a un poema cuya paternidad se le ha atribuído, y que versa sobre los cinco estados de la mujer. Dicha composición, circulando clandestinamente en España, y luego en América, constituyó el regocijo de nuestros abuelos. El sofisma de los treinta años que campea en *El Diablo Mundo*, divierte socarronamente a Lasso de la Vega. No porque sea una posición hosca y desdeñosa frente a la vida, sino por la simulación de desventaja en la lucha amorosa con la esquiva gracia femenina.

No extrañes, pues, que con el alma aceda,
filosófica charla, exigua o vana,
te ofrezca, y como el bueno de Espronceda
escriba con libérrimo albedrío
sin ton ni son y para gusto mío.

Y luego, parodiando el esdrújulo de aquellas estrofas que el poeta español había vedado a los profanos, escribe con inimitable maestría:

Además, no es posible hacer sintética
la suma del vivir de un alma estática,
dando al dolor entrada en la aritmética
y a las pasiones forma matemática.
Por eso a la mujer, que es más poética,
la cuenta del vivir le es antipática,
porque la edad, en la materia, es lógica,
pero aplicada al alma, es paradógica.

De cómo perdiera el tiempo Espronceda, haciendo números románticamente, vale decir, pulsando el amor y la vida, lo dice Lasso de la Vega en la estrofa siguiente:

¿Qué hubiera dicho, si a su vida airada,
mezcla confusa de ilusión y pena,
por nuevos torbellinos arrastrada,
aún se hubiera añadido otra decena
de aturdidores años, y amarrada
viese aún al alma por fatal cadena?
¿Qué hubiera dicho, si en lugar de "treinta",
hubiera sido el número "cuarenta"?

En cambio, no le importa a Lasso seguir el curso turbulento de su existencia y llegar a viejo.

Triste es ser viejo, mas si está vedado
ser siempre joven, sólo hay dos caminos:
o escapar por la puerta del suicidio,
o seguir habitando este presidio.

Y luego, como si el solo hecho de pensar en salir de la vida le hubiera parecido cometer una impiedad, exclama:

Yo corro audaz, el temporal, y sigo
mi incierto derrotero hacia adelante;
no busco el puerto demandando abrigo,
soporto el vendaval con buen talante.
Y puesto que el Creador no hará conmigo
un ejemplar de eterno caminante,
si tarde o pronto perderé el pellejo,
sigo viviendo aunque me vuelva viejo.

Cuando Lasso de la Vega recapacita, y hace un memorioso recorrido de su vida, balanceando tanto sus saldos favorables como los momentos de depresión, fingía lamentarse de no haber sido duro y cruel.

Tendré listo amagando el latigazo:
que mientras más feroz el golpe aseste,
me honrará más el vulgo de rechazo,
pues tratándolo bien, muerde y mancilla,
pero sintiendo el látigo, se humilla.

No es solamente aquí donde revela su amargo y profundo conocimiento del corazón humano. En otras estrofas, inspiradas siempre en la acre y dolorida interjección de Espronceda, exalta la ciencia soberana de disimularse, del nada decir, del nada hacer, y su punzante ironía se recrea en las esterilidad necesaria para ser considerado grande.

Me esquivaré, que es método magnífico
salir poco y sonando como el viático,
tan solo a asuntos de valor científico
o a cuestiones de un orden diplomático,
y aun si, en esto, no hay éxito honorífico,
quedaré retraído y enigmático,
que al que se esquiva, el público raquítico
lo juzga gran sociólogo y político.

Lasso de la Vega llama esplín en sus versos a esa suerte de tedio melancólico, que le cerró el camino de las frívolas galanterías, entre luces de verdadero amor y cerrazones de remordimiento. Pero no se quejó de sus reveses ni dió en maldecir de su mala suerte. No lo hizo siquiera adoptando ante el vulgo la postura artificiosa que gastaron los grandes maestros de la éra romántica. Conocía mejor que nadie el no siempre agradable camino de la verdad y se adentraba en él valerosamente, sin calcular los riesgos de su aventura. Oteaba en la niebla de sus prodigiosas intuiciones aquella ciencia sin conciencia que es la ruina del alma, y con el jugoso realismo de Rabelais y sus propias desilusiones había levantado la arquitectura del milagro. Es muy difícil que la ferocidad y la cobardía marchen separadas. Puesto en la cruz angosta de los trillos, acosado por su fe de una parte, por Lucifer de otra, Lasso eligió resueltamente su derrotero, porque sabía que no sobraba tiempo para perder en perplejidades. Por eso no hay reproche en su frustración ni lamento en el equívoco. ¿Quién podría soportar en nuestro tiempo la literatura del despecho? Todo era cuestión de prejuicios subjetivos o de engañosos mirajes de puertas adentro. ¿Por qué se le llama mentiroso al barón de Münchausen, que vertía sus fábulas en la conversación, y fabulista a La Fontaine, que escribía sus mentiras en verso? ¿Era acaso menos artista el uno que el otro? Lasso de la Vega tenía la certidumbre de que aquel alemán, pariente suyo por el genio andaluz, no habría caído demasiado malamente en la literatura de las hadas. El peligro consistía en dejarse arrastrar demasiado lejos por esa dulce enemiga que es nuestra imaginación. Y la mujer tenía para Lasso contornos imaginarios, inaprehensibles, fugitivos. Por algo a Cézanne, que miraba al otro sexo como formado por criaturas aterradoras, según él decía, le sobrecogía el cuerpo femenino, y pintaba sin gracia sus desnudeces. De ahí que sus ninfas, bañándose en un arroyo, semejen soldados prestos a llevar una carga bélica. Lo mismo a Zola, su amigo de la infancia, que era también tímido, pero con una obsesión que lo había llevado a exaltar, tal vez con demasiado materialismo, a un sér inasible para los melancólicos. Frente al eterno femenino, ambos eran aprensivos, pero también aprehensivos. De nada hubiera valido lo uno sin lo otro. De no ser así, no habrían podido elevarse como gran-

des artistas sobre el resto de los mortales. Rodin, en cambio, se había habituado a considerar a esa mitad del género humano, sin mezclar conmociones literarias a su pensamiento. La miraba con la elegante frialdad de un dios helénico. En sus conversaciones con Paul Gsell adivinamos al genio irascible de Meudon viendo en la mujer, con inocultable admiración, el ánfora sagrada que contiene y trasmite la vida.

☆

La trasmutación del barro humano es el verdadero hecho sobrenatural de la corteza terrestre: el milagro del hombre con sus imperfecciones y su tremenda congoja. Camina sobre entrañables pesadumbres. Se consuela más pronto de la muerte que de la vida. Y si la desgracia ajena le reconforta, es por la advertencia que ella significa, ya que le enseña a condolerse de sí mismo. Lasso de la Vega adiestraba su inagotable vena de humorista contra los pretendidos sabios del amor y de la psicología femenina. No podríamos seguirlo del todo en el infinito ejercicio de sus estupendas paradojas. Stendhal o Paul Bourget escribirán un libro rebosando sabiduría amorosa, con todas las reglas necesarias para la conquista de alguna dama de su barrio. Los ingenuos que se atiborraran de tales métodos fracasarían como los propios autores, si intentasen poner en práctica tan sesudos principios. Y Lasso hacía florecer la sutileza de su ingenio con la sorprendente revelación de que el desamparado lacayo de tan duchos señores, era, sin duda alguna, el que había tenido éxito en esa desigual batalla del amor. El sujeto humilde, silencioso, el que pasa inadvertido, pero a quien la naturaleza ha dotado de armas más eficaces que la literatura para entrar de lleno a la lid amorosa, es el que se llevará la palma. Y traía al relato algún recuerdo de sus andanzas por el departamento de Soriano, cuando el maestro de escuela arrastraba el ala a una atractiva muchacha del pago. Sus mejores talismanes eran cuentos y poemas que él revisaba a veces en compañía de Pancho Burghi, uno de esos humoristas de raza que derrochan todo su talento en la conversación. Todos ayudaban al enamorado representante del magisterio, con el objeto de hacerle más fácil su conquista. Cierto día se sorprendieron al enterarse que

la chica, insensible a tanta belleza literaria, había desaparecido del pago con un gauchito semialfabeto, quien posiblemente manejaba realidades más convincentes que las estrofas. Con sin par gracejo, Lasso de la Vega manifestaba sus dudas sobre quién podría haber sido el verdadero triunfador en este descomunal torneo. Y recordaba la frase de un soldado, gran señor de la estrategia, que decía así: "En la batalla del amor la única victoria es la huída". Y agregaba que la soberbia en esa clase de contiendas se parece al pedantismo de los economistas. Estos funden a las naciones con su ciencia, mientras el gallego almacenero se enriquece sin tanta sabiduría.

—La bella muchacha de mi cuento —decía Lasso— se inflaba de orgullo al leer los versos del humilde maestro, pavoneándose sin duda por ser objeto de tan desproporcionado homenaje. Pero a nosotros los poetas nos acontece a menudo lo que a los expertos de la infusa economía, pues confundimos gordura con hinchazón. Es harto fácil profetizar en los libros lo que ha de suceder después que todo ha sucedido. Los sociólogos contemporáneos *preven* los acontecimientos del pasado con precisión matemática. Sólo que cuando vivimos el presente, esta clase de presagios nos juega bromas demasiado pesadas. En las postrimerías del siglo XVIII, ante el asombro de los hacendistas despavoridos, el marqués de la Ensenada solucionó en España la terrible crisis, rebajando gabelas y suprimiendo impuestos. Hizo todo lo contrario de lo aconsejado por el meollo de los sabihondos. Procedió sin arrestos pedantes, como un tenedor de libros de pulpería que abarata los precios para aumentar la clientela. En cambio nosotros complicamos la realidad con nuestra tonta suficiencia. Lo mismo nos pasa a los poetas del amor, que por mirar tan lejos acabamos no viendo nada de lo que está cerca, y el peoncito del pulpero nos sopla la dama de nuestros sueños...

Chusca y sutil paridad que el travieso espíritu de Lasso de la Vega descubría entre inflacionismo económico e inflacionismo amoroso. Ella sirve para extraviarnos con ilusiones de falsas prosperidades, y se presta a la desolada meditación del mundo actual. No vuela el que sueña con imposibles optimismos, sino el que se adapta a la miseria y al dolor, esa sombra de la coquetería, dormida en la intransferible realidad de los instintos sociales. Cuando un pueblo empieza a cobrar miedo del

hecho en sí mismo, de la enseñanza universal que rectifica o desmiente nuestros absurdos, es porque ya no merece vivir. La contraluz de la empresa sin riesgos es la decadencia. No se trata ya de franquear al paso valles solitarios, como cantaba el más realista de los místicos, sino escalar montañas,

las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

Lo sutil y lo macizo, hay que enfrentarlo todo al mismo tiempo. Y no se crea que es menos fácil vencer moles gigantescas que ambientes incorpóreos. No se puede ser impunemente sentimental ni en economía ni en amor. Son dos fuerzas paralelas que responden a voluntades de existencia: la primera es deseo de vivir, la segunda es instinto de perpetuarse. En ambos casos casos existe de antemano una fijación de destinos. Nuestro trabajo requiere compensaciones. Cuando no se encuentra salida a la producción y desaparece el factor de permuta, es lo mismo que si el fruto jamás madurase. La vida sería insulsa y árida al despojarla de su sabor de fecundidad. Si el manjar sabe a tierra mojada y cálida, donde bullen los gérmenes, es también porque sabe a sentido inmortal. Pretender que este caos sea sometido a reglas, y fundar las pragmáticas en vano alarde de erudición, es simple majadería. Reforzar nuestras aseveraciones con citas dislocadas no es prueba de certidumbre, sino más bien de duda. Cuando hay espinas metidas en nuestra carne, no vale la pena golpear la cabeza contra los muros del conocimiento ajeno, mientras no intentemos el esfuerzo directo de extraerlas con nuestras propias manos. Las abluciones obligatorias no sugieren ideas de limpieza, sino de suciedad. ¿Por qué parece que llora el almuecín, cuando desde lo alto del alminar recuerda el minuto de la oración? En el norte de Africa nos sorprende todavía esa manera de llamar a la fe y de despertarla con un rosario de gritos quejumbrosos. Cuando el hombre se vale de una fuerza natural para usar de su energía, no la esclaviza, como cree el vulgo, sino que aprovecha su curso milenario. No tuerce ninguna voluntad natural. No marcha ni contra el precipitar de la cascada ni contra la dirección del viento. La naturaleza

nos impone sus leyes tanto espirituales como físicas, aunque nosotros prosigamos en la engañosa idea de dirigirlas, cuando en realidad no hacemos más que obedecerlas. El hombre no está hecho para oponerse a las grandes corrientes del universo. Si quiere vivir sin contrariedades, debe embarcarse en ellas y manejarlas lo mejor que pueda, pues que tienen algo de mujer, ya que la única manera de mandarlas es obedeciéndolas. La odiosa arrogancia es la fuente de los errores más trágicos, que afligen desde los comienzos de la historia a nuestra pobre condición humana. Lasso de la Vega reía bondadosamente, con cristalina y piadosa comprensión, en la época en que Buezzedin quería atraerlo a su dogma económico. Era entonces cuando dejaba caer sobre el entusiasmo del amigo, que le seguía como su sombra, la corrosiva gota escéptica, con algo de risueña impaciencia, pero sin deseo de ajar o empequeñecer el casi enfermizo optimismo. Por desgracia, el mundo corrige con excesiva crueldad dad nuestras esperanzadas interpretaciones. Vivimos entre mendades sin pudor y rumbosos sin humildad. Hay una escala humana de rendimiento y vasallaje a ciertos grados de dignidad moral que van desde el bochorno hasta la ufanía. Lasso de la Vega supo esquivar con elegancia la peligrosidad de los extremos. Y al igual que no moteó la tersura de su estilo castizo con vocablos extraños ni galicismos innecesarios, tampoco enturbió su vida ni perdió su tiempo con lo exótico de las quimeras que daba de antemano como irrealizables.

☆

Por tanto, no tomaba Lasso de la Vega muy seriamente las sugestiones de aquella suerte de escudero que, por el contrario de Sancho, mostraba a cada paso la ejecutoria de su sinrazón contra el buen sentido del caballero andante de las nostalgias. En otra parte de este libro hacemos mención del pintoresco personaje que se veía casi a diario como escolta del gran bohemio. Descendiente de una respetable familia de letrados del Líbano, es muy posible que Buezzedin haya traído al mundo la pasión de los estudios económicos heredada de sus remotos abuelos fenicios, que fueron los grandes comerciantes de la antigüedad. Hombre de cultura, contradictorio y

vehemente, se avenía sin esfuerzo al espíritu crítico de Lasso, y soportaba su humorismo con sonriente resignación. Era atractivo, a pesar de sus ojos deslucidos, sin vida, de su boca como alcantarilla, con dientes amarillentos y desparejos, sus cejas, barba y bigotes de raleados pelos rojizos. A pesar de su fealdad, llevaba el nombre de Hossein, que, en lengua arábiga, es el cariñoso diminutivo de bonito. Pero su corazón altruista, en el hondo sentido que Augusto Comte diera a este vocablo, su alma desbordante de amor por el prójimo, le infundían cierta belleza moral que eclipsaba el desmedrado físico. Lasso de la Vega le reprochaba el mezclar sus cristianos sentimentalismos en la mecánica frialdad de los negocios. Entre sus muchas empresas, recordamos una carpintería que subsiste aún en la calle Maldonado. Producía ataúdes en cantidades sorprendentes, aunque su especialidad macabra nunca brilló con buen resultado. Allí me enseñaba gramática árabe, y nuestra mesa era un enorme trasto mortuorio. Los artefactos funerarios se hallaban en el piso, arrimados a las paredes, formando filas que llegaban hasta el techo. ¿Cómo llenar de cadáveres tal multitud de muebles? Tendría que haber sucedido un cataclismo para que aquella industria fúnebre pudiera prosperar. Pero lo que vino fué una extraordinaria "epidemia de salud". Por consiguiente, Buezzedin se arruinó. No hubo de amilanarse por eso, y emprendió la construcción de grandes casas de departamentos con la ayuda de préstamos hipotecarios. Pero los alquileres apenas alcanzaban a cubrir los intereses de su deuda. Y Buezzedin volvió a tronar nuevamente. La brusca desaparición de Lasso de la Vega le hirió en lo más hondo de su sér afectivo. Se le vió vagar solo, como desamparado. Cuando se repuso, al cabo de algún tiempo, volvió a la carga en sus descabelladas intransigencias económicas. Interrumpía a Batlle por cualquier motivo en las tormentosas reuniones del *Royal* y lo ametrallaba con sus audaces proyectos de nuevas estructuras sociales. Cierta vez solicité la opinión de Don Pepe sobre tales ensayos. "Son interesantes para leer, como quien lee una novela, me respondió. Pero habría que estar rematadamente loco para ponerlos en práctica". Sin embargo, entre el fárrago de sus opiniones discordantes, podríamos recoger ahora elementos valiosos para comprender el confusionismo de la hora actual. Fiel al genio de su raza, Hossein Buezzedin es-

cribía con acento profético. Manejando antiguos textos árabes, abordó los comienzos de una monografía sobre Maimónides, donde había descubierto no sé qué interpretación teológica, y al mismo tiempo trágica de la economía. Le atraía aquel jugoso fruto cordobés de la civilización semítica en España, como a Lasso le había atormentado el latino Séneca, también ilustre hijo de Córdoba, pero representante de una cultura distinta. La propia decadencia, que era la idea fija de Buezzedin, habría sido un milagro para Maimónides, ya que él definía este vocablo como todo fenómeno en que la ciencia se siente impotente para explicar. A Buezzedin le preocupaba la falta de ciertas referencias en hebreo que necesitaba cotejar, aunque tengo para mí que, aun cuando una parte de la obra del cordobés puede darse por perdida, lo que se conoce de Maimónides en lengua hebrea son traducciones del árabe, debidas a su contemporáneo Samuel Ibn Tibbon. De cualquier manera, esta incomparable fuente de humano conocimiento, donde mojaron su pluma tantos espíritus transidos, algunos abiertamente, otros a socapa, le valió a Buezzedin la satisfacción de sacar al gran pensador de su mundo furtivo para actualizarlo y hasta penetrar con él la vida futura. Es muy probable que en algunas líneas esotéricas del *Mor Nebu Jim*, esa guía luminosa de los extraviados, haya podido abrevar su sed de animal insatisfecho por las frivolidades contemporáneas. Sabíamos que le interesaba más en Maimónides el sentido trágico de la economía que la originalidad de su exégesis racional, llave secreta para liberar la inteligencia, que culminó más tarde con Spinoza. Ni aún así logró conmoverlo el estrecho parentesco con los escolásticos árabes, el rastro de pensamiento perdido en las malezas, que descubre Renán en su *Averroes*. Por los párrafos desaliñados, inconexos, que logré leer a ratos en los fragmentos de papel dispersos sobre los ataúdes, en su taller de carpintería, Buezzedin se servía del mito de Maimónides como un haz luminoso para escudriñar el porvenir y abrirse paso entre la niebla de los prejuicios y las idolatrías. De ese manantial fresco, pero añoso, extrajo sus raras inferencias. ¿Cuál era su visión de futuro? Su teoría explicaba la desintegración del capitalismo por el torbellino inflacionista, seguido de un período revolucionario y de caos. Luego la muerte del productor, fusilado por el impuesto. El hundimiento del hombre de bien,

tanto en la burguesía como en la clase proletaria, traería aparejado el gobierno del hampa y la exaltación de camarillas de rufianes que acabarían con la sociedad actual. La crisis de la moral y de la honradez sería catastrófica. Este dominio de lo canallesco se prolongaría lo menos un siglo. Con una humanidad despojada de sólidos albañales para el drenaje de la chusma, lo que hay de soez en el alma humana perduraría aún por mucho tiempo para mal de la especie. La clase media sería devorada, rota, aplastada, en la lucha entre la aristocracia industrial y la masa obrera. Dispendio por ambos lados, latrocinios sin freno, como también desparpajo y cinismo. Los jueces no serían ya jueces, sino verdugos. ¿Y qué decir de los custodios armados, los garantes de la moral colectiva, base del orden social? Nada de aquel Bonaparte famélico, con rostro amarillento de asceta, la cabeza ardiendo de ensueños como una antorcha. Porque el soldado, al perder sus ideales, se convertiría también en factor de envilecimiento y de derrota. Los jefes acabarían por perder su sentido del honor y de la austeridad, mendigarían aumentos de salario, y estarían pendientes de la paga como cualquier menestral. Todo este mundo despreciable arrastraría su miseria hasta la hora del cataclismo final, la hora del dolor supremo, sin reparación y sin misericordia. Nuevas y extrañas ilaciones cabalgaban en su prosa desaliñada. Pero no recuerdo qué otros desastres y amarguras pronosticaba Buezzedin, cuando contemplaba el mundo a través de los lentes negros de su pesimismo. Empero había algo de realidad en el fondo de su sombrío candor. Disfrazar con decretos el movimiento inexorable de la economía aparecía tan ingenuo como intervenir la mecánica celeste, regida también por leyes naturales que la voluntad humana no puede cambiar. Fatalismo árabe al fin de cuentas. Pasaron algunos años. Mi alejamiento del país desdibujó un poco su recuerdo. Hallándome en París, al regreso de mi viaje a la Unión Soviética, recibí una carta de su puño y letra, anunciándome su nombramiento de cónsul en Damasco. Me solicitaba al mismo tiempo, algunas líneas de presentación para el general Sarrail, entonces alto comisario en Siria, que gobernaba con mano fuerte el territorio convulsionado. Temía, sin duda, que podría encontrar dificultades en su función oficial, dado su origen árabe. No fué así, sin embargo. Algún tiempo después volví a re-

cibir una misiva suya donde desbordaba su optimismo sobre probables gestiones. Por otra parte, se había puesto en contacto epistolar con eminentes eruditos de la universidad del Cairo, lugar en el cual siete siglos antes profesara Maimónides. Allá había confirmado, según él, la verdad de su teoría. Agregaba que su ensayo estaba ya casi pronto para darlo a la estampa. Desde ese preciso momento pierdo su rastro. Dejo de recibir sus noticias. Me informaron que había pasado como un meteoro por el servicio consular (1), siempre a la búsqueda de nuevos horizontes. No le faltaba inteligencia ni tacto, aunque era deshilvanado en sus siniestras conjeturas. Se cansaba de todo hasta el aburrimiento, y puede decirse que su vida entera fué un constante cambio de fatiga. Han transcurrido más de treinta años. Me ha parecido reconocerle alguna vez, inmortalizado, entre los mascarones y las gárgolas que los arquitectos medievales adosaban a los muros de los templos para ahuyentar al Diablo. Y pienso, a veces, si Lasso de la Vega no habría buscado risueñamente la belleza de su fealdad, creyendo sentirse a cubierto de los espíritus del mal. Puede ser que Buezzedin nos defienda de ilusorios peligros, aunque perdido en las muchedumbres de nictálopes, los muertos que espían entre las sombras, los espectros que, como diría su hermano de raza Omar - al - Kayyan, nos registran todavía con su mirada desde los cien mil años del ayer.

☆

Siento que este libro se acaba, y ello me entristece. Cuando debemos apartarnos de nuestra obra, la separación es definitiva, porque ya es algo que perdemos de veras, como un hijo que se va del hogar y que pertenece a los otros. De cualquier manera, hemos vivido ratos inolvidables, embarcados en el alma de Lasso de la Vega, como quien se deja arrastrar por las aguas de un río, impetuoso a veces, plácido por momentos, pero que nos ha permitido horas de sombra y de luz, el deleite de maravillosos paisajes y la suave melancolía de arribar a la orilla donde todo muere. Desde ese segundo em-

(1) *Cesó repentinamente en sus funciones el día 6 de Noviembre de 1925.*

pieza a trabajar el recuerdo, duende algunas veces traicionero, pero con el encanto paciente de la abeja que reconstruye, mil veces si es preciso, la celda destruída por nuestra imprudencia. No es la primera vez que la gracia amable de Lasso de la Vega ha asomado a mi pensamiento. Su nombre está indisolublemente unido al de Virgilio Sampognaro, que fué su amigo dilecto en las auroras de esplendor, y que lo asistió con singular devoción en su minuto de agonía. Si la vida misma fué para Lasso una larga enfermedad en el más inasible de los sentidos, no tuvo ni la amarga tristeza ni el tinte sombrío que los discípulos angustiados bebieron en las últimas palabras de Sócrates. La aguantó estoicamente, como una insoportable alegría. La apuró con la espumosa emoción del vino. La quemó en nubes de incienso, de música y de poesía, que fueron para él otra incomparable embriaguez. No había, empero, acongojada premura en ese resignado itinerario, cumpliéndose siempre entre respetuosas demandas, agrias dudas y contestaciones descomedidas. Traspasó la cerrada formación de los sinsabores, las pesadumbres, los descalabros, y llegó hasta nosotros sin necesidad de sofismas. Llevaba en sí mismo el principio de su acción, de su "mala acción" como él decía, tratando de esquivar la broma pesada de la dialéctica, que convierte a las inteligencias en muñecos de prejuicios siniestros. Ello todo, a la postre, estimularía la servidumbre del espíritu. En tal virtud, no perteneció a escuela literaria alguna ni dió en adherir a ningún sistema de filosofía. Continuó quizás aquella severa interpretación de la dialéctica, cuando Nietzsche descargaba sus rayos contra los pensadores helénicos, a quienes llamó polichinelas. ¿Por qué? Porque contrariaban el verdadero genio de Grecia. De ese implacable escrutinio no escapó ni siquiera el propio Sócrates. Pero si hemos perdonado más tarde tanto a Hegel como a Feuerbach el afán decadente de demostrar lo indemostrable, ¿para qué retrotraer a la cultura antigua el pecado final que enturbió la luminosa claridad del espíritu griego? No hay, pues, tal deseo de ensombrecer la vida, ya que todos somos culpables de poseer un lenguaje impropio para trasmitir a los otros y hacerles comprender cosas tan sutiles. La imperfección de nuestra palabra es el origen de la dialéctica, y esto es lo que Nietzsche no comprendió cabalmente. Cierto que el abuso para hacer demostrable hasta

lo más recóndito es hipocresía de ciencia, falsedad de conocimiento, subterfugio de lógica. Todo está en demasía donde basta la fe. Lasso de la Vega sabía bastante de estos equívocos para embarcarse atolondradamente en el error. Que aquella decadencia a que se refería Nietzsche, se explicara por el odio a la claridad de los sobrios, es también posible. Muchos extraviados se parecen a los glotones nunca satisfechos, que llenan su estómago con cualquier cosa, y luego se levantan de la mesa atragantados, con evidente pesadez, pero envidiando el hambre de los hambrientos, lo cual les permitiría comer de nuevo. No así el camino de los místicos. Se olvida que el pensamiento representa impulso hacia la superación de la naturaleza como única divinidad del hombre libre. La entelequia aristotélica habría sido respetable tal vez dentro de su crematística, sin salirse de ella, al considerar al hombre como unidad económica, que come, crece y se reproduce. Admirable si ha de ser factor de vida animal, de simple rebaño. Pero el sér humano es algo más que eso. Por lo tanto, la dialéctica jamás será plétora espiritual, sino más bien todo lo contrario. Bálsamo para calmar nuestra ansiedad y arma para entretener nuestra duda.

No sólo debemos guiarnos por palabras. Acaso hay un modo de expresarse en el ruido del viento, en el rugir del trueno, en el rumor de follaje. Existen en el fondo de la naturaleza atisbos inefables de pensamiento. Todo habla en el universo para que nosotros podamos entenderlo. Lasso de la Vega se embriagaba devotamente con las exaltaciones ajenas. Como compositor de piezas musicales, también él pensaba por medio de notas, y comprendía hondamente el misterioso idioma de los sonidos. Cuando ejecutaba en el piano la *Danza de las Horas,* decía que se enfrentaba al hallazgo más providencial de Ponchielli, el más feliz acierto, ya que su genio creador le había permitido retratar en el cuadro melódico la infinita procesión de la vida. Porque el fin es inseparable de la cosa misma. El fin está en nuestra presencia mental. Reside en nosotros, y se mueve por gestos o por voces hacia lo perfecto. Al desmaterializar los callejones sin salida del razonamiento, fu-

gando en espirales de versos, con ayuda de su genio poético, para no verse prisionero de Satanás, es que Lasso presentía el porqué de las fatalidades irremediables. Ni en el silogismo de los absolutos hegelianos, ni en los filósofos arbitrariamente llamados científicos, logró saciar su ambición de infinito. La ansiedad de alma por el más allá de la vida no pudo hallarla en sus autores favoritos de la obsesión racionalista y del rigor experimental. Ni el respetable esfuerzo de *Scientific Papers*, donde Maxwell expone su serena visión del universo; ni en la mecánica renovadora de Mach, con sus ondas sin fin, que son otras tantas creaciones de fuerza y de movimiento; ni en el atomismo energético de Hertz como base de interpretación filosófica de la vida. Nada le trajo a su inquietud el oleaje de ese inmenso océano de ideas. Creyó ver resplandores fugaces en el antimaterialismo sin espíritu de Ostwald, cuando este prodigioso hombre de ciencia chisporroteó en su cuarto de hora de celebridad. En el congreso científico de 1895, en Alemania, Ostwald proclamó ingenuamente "la derrota del materialismo científico" *(Die Ueberwindung des wissenschaftlichen Materialismus)*. Al querer reducir toda la materia a la energía, ¿qué nos daba en cambio? Las investigaciones posteriores, durante medio siglo, demostraron que Ostwald fué un vidente científico. ¿Pero de qué clase de energía podría hablarnos que no fuera al mismo tiempo simple materia? Y Lasso de la Vega retornó a sus místicos, a Teresa de Avila, a Juan de la Cruz, a Luis de Granada y a tantos otros que, al menos, le permitían escuchar el susurro de la arcaica fuente, los hontanares de su castellano inmortal. Y el correr de las frescas aguas llevaron lampos de eterna belleza a su corazón. El místico carece de dialéctica. Su emoción amorosa es el modo definitivo de hacer, de construir. Es el poema en el sentido etimológico más puro, la arquitectura que remata su templo en la cúpula del amor divino. Se marcha por grados, y cada vez el espíritu se siente más libre mientras se acerca a su perfección total. Los místicos no necesitan *demostrar*, como los que manejan nada más que elementos materiales. Al unir lo humano con lo divino, sin limitaciones teológicas, se reintegran a su propia libertad. En *L'Irréligion de l'Avenir*, Guyau les llama *heréticos inconscientes*, y no le falta razón, ya que

son los místicos, quizás, los únicos revolucionarios de la historia. (1)

☆

Aceptada la premisa de que el hombre no estaba hecho para gimotear en común, dentro de la elástica disciplina de las

---

(1) *No me faltó ocasión de frecuentar en el pasado algún ejemplar de esta clase de rebeldes. Uno de ellos, espíritu culto y reflexivo, había sido director en Buenos Aires de un periódico anarquista. Desterrado en Montevideo, acabó de redactor en el diario católico. Habíamos polemizado amigablemente, sin acritudes. Le comprendía en lo íntimo, y pude interpretar sin reproches la lógica de una tesitura que para otros era lamentable desviación. De su antigua inquietud con el mundo no le restó más que una sonrisa adolorida de indulgencia humana, que era algo así como la borra de sus desilusiones. Victoreó el poso de humildad en el fondo de su copa transparente, polvo húmedo de lágrimas donde se refugian los sueños defraudados. También se da el caso inverso de sacerdotes que abandonan su fe para consolarse con la nebulosa de desorbitados extremismos. Los librepensadores del siglo XIX, los individualistas absolutos del linaje de Max Stirner* (Der Einzige und sein Eigentum), *que desprecian la miseria y el odio terrible de la colectividad en que viven, eran también místicos insensibles a los ruidos del planeta. El sutil descubrimiento de Guyau confirma en que se muestran a la vida con idéntico ropaje. Se parecen por su honda forma de catolicidad, que es universalidad, y por su sentido más lato de lo espiritual, que es incontaminación de materia. Ambos conocieron la hora delirante del sacrificio por un ideal, al mismo tiempo que la aureola trágica del martirio. No pensaba así, sin duda alguna, Adolphe Retté (1863-1930) el poeta simbolista de* La Forêt bruissante, *ebrio de luz revolucionaria, cuando soñaba que algún día podría salir de lo que llamó el "reino de la Bestia". Porque es el sedimento de ideas quebrantadas por el fracaso lo que hace la sinceridad de esta clase de conversiones. Y en un breviario de contrición,* Du diable a Dieu, *que le abrió las puertas del cielo interior, la senda del místico aparece pavimentada con los mismos signos de un dolor insaciable. ¿Acaso Retté no estaría ya con Dios cuando creía convivir con el Diablo? En cambio, Lasso de la Vega, con mayor fidelidad a la parábola goethiana, y también por propia experiencia, sabía que el amigo Lucifer, cuando hace presa de verdad, no suelta fácilmente.*

escuelas, Lasso de la Vega infería que cada artista, más que registrar sus impresiones, debería transformarlas. Sin reacción contra el medio no hay más que servidumbre. Y el arte no es acatamiento dócil, sino rebeldía. Su impresionismo se alejaba de la confusión que prodigaba aquel cónclave del café Guerbois, en París, antes de la caída del segundo imperio. Era la locura creadora de los Manet, de los Dégas, de los Renoir. Cada uno cifraba su arte en el esfuerzo por demostrar lo que realmente no era. Procedían con el placentero primitivismo del niño que juega con la arena de la playa, levantando castillos que luego deshace para construirlos de nuevo. Los aires sutiles de la avenida Clichy arrastraban sin pausa dialéctica de absurdos. No solamente los pintores, sino los obreros de las letras aspiraban también a fundir la tosca personalidad con su doble ultrahumano. Eran los fervorosos de la escuela de Batignolles, que se agotaban persiguiendo su propia sombra, tal vez con la esperanza remota de atraparla. La escena se desarrollaba entre las mesas de los parroquianos atónitos, alterando el recogimiento de los fieles. Porque, a la vez que clientes del café de sus devociones, eran también feligreses de una basílica de culto invisible. Y nadie extrañaba por tanto que aquel estrafalario Villiers de l'Isle Adam, llevando a cuestas el impudor de los actos virtuosos, impresionista de fulgores internos, apareciera al lado de Zola, llamando naturalismo a la pudibunda hipocresía de la gema que brilla escondida entre los residuos del estercolero. Lo curioso es que no hay ni depravación ni virtudes en los impresionistas. Incapacidad para soportar los yerros y diferenciarlos de los aciertos. Encantador infantilismo, ingenuidad. Igualmente exagerada confianza en sí mismos y certidumbre anticipada de su maestría. Cada uno tiene que ser lo que debe ser, según su intransferible vocación, escribía Lasso, "con las escuelas, sin las escuelas y contra las escuelas". El resto es decoración pura, que cae al empuje avasallador de la personalidad. Pero, a través de tantas candorosas desviaciones, se adivinó en la memorable efervescencia de valores un esfuerzo de desconformidad que significó al mismo tiempo que una revolución contra la ortodoxia del siglo, la lucha a muerte por los símbolos esenciales de la cultura.

☆

Y Lasso de la Vega murió en silenciosa hosquedad, indócil al sentir rebañego, sin seguir a nadie ni tampoco desear que alguien pudiera seguirlo. No quiso ser nada más que él mismo, y eso le bastaba. En su templo, vacío de sacerdotes, no podrá oírse siquiera el eco de su voz solitaria. No tenía mucha confianza en su propia verdad, como no la había tenido tampoco en la ajena. Descubrió su estilo de fe en el arte, su modo de sentirlo como honda piedad. Y esa emoción arraigada en obstinado retiro, en dulce apartamiento, no podría sobrevivir en los otros sin ser deformada. ¿Para qué confiar a los demás nuestras maneras de pensar, de sentir y hasta de decir, cuando sabemos que han de morir con nosotros? Cada intérprete de una escuela no es más que un sicofante del entusiasmo o de la locura. Y de los delatores de inquietudes ajenas no es dable esperar sino cosechas de traiciones. Nuestras virtudes se evaporarán con nuestra muerte, y nadie logrará repetirlas. Pero nuestros defectos cobrarán nuevas vivencias en el arte de los imitadores. Imitar es perpetuar lo malo, continuar todo lo que realmente debe morir. No floreció el sentimiento estético en Lasso de la Vega como una religión de los sentidos. El diálogo con el Diablo, al vigorizar sus defensas naturales, ensanchó la concepción sin fronteras de su arte. No necesitó de aquellas disciplinas monásticas que servían de azote a nuestra miserable vestidura de carne, para alejar las tentaciones del Demonio. Su combatividad era el mejor exorcismo, el mito organizador de las fuerzas escondidas del espíritu. Y ese antibiótico lo hizo invulnerable a los miasmas infernales. Fué aquello auténtico culto de intimidad, que desdeñaba la liturgia de los hierofantes y el castigo de los misterio sagrados. Fué trasunto efectivo de su anticlericalismo en cuestiones de fe, como humanista que reclama en todo momento el milagro cristiano de la transubstanciación de la vida, sin otro flagelo que la propia conciencia vigilando en las fronteras del pecado. De ahí su esfuerzo casi sobrenatural en relegar la ansiedad por atomizar el sentimiento religioso como si fuera algo susceptible de traducirse en escalas físicas. En el fondo comprobamos la misma postura de aquel gran hijo de América que fué Eugenio María de Hostos, quien no veía en los cánones para dirigir nuestra sed de infinito, sino pesadez administrativa, interpuesta en la mística del creyente, aniquilando a veces su

fe, porque le enturbia la serena visión de Dios. El evangelio de Lasso de la Vega consistía en no desfallecer ni en su espiritualidad conmovida por ráfagas diabólicas, ni en su desalada inclinación de ánimo por el pensar claro. Pocos hombres tuvieron tantos amigos como él, amigos auténticos y abnegados, amigos de la emoción y del desinterés, porque Lasso no podía dar nada material, sino entristecidos afectos. Dominaba su instinto polémico, lo reprimía para que no saltara imprudentemente como el galgo detrás de la liebre. Consideraba el respeto por las ideas ajenas como el terreno común necesario para ventilar pacíficamente cualquier problema. Sabía archivar sus vehemencias, y aunque le irritaba la vuelta desalentada al silogismo, como caricatura del lenguaje matemático, esforzábase por alumbrar los rincones más intrincados donde se amontonaba la sombra. Este lento trabajo de persuasión lo acercaba al adversario, allanando las asperezas, salvando las suspicacias, abreviando las desinteligencias. Raras veces se refería a crisis políticas, a las cuales consideraba como episodios de superficie. No había dónde afirmar los pies, y le parecía resbalar a ciegas sobre la epidermis del planeta. Trabajando en profundidad, chocamos con lo que hay de verdadero: un atroz empobrecimiento de la cultura. Paralelamente, idolatría de la técnica, exaltación de la materia, culto fanático de lo contingente y de lo arbitrario. De ahí ese letal conformismo, que es la siniestra modernidad de la servidumbre, porque estrangula en germen las ansias innatas de libertad humana. Mata lo espontáneo, lo rebelde, lo voluntario. Acaba con el sentido crítico. Extingue en los fermentos indóciles la promesa de los días fecundos. Ahoga moralmente al hombre y desnaturaliza su sagrado destino.

En ese sentido el humanismo de Lasso de la Vega era radical y profundamente español. No alentaba la concepción histórica de Erasmo, limitada por ideas espaciales de miedo y de duda. Su idea hispánica de nuestro sér humano era intemporal. Había que llevar al hombre al otro lado de sus pro-

pias fronteras terrenas, y divinizarlo en la humildad. (1) Esta gloria de creaciones que desterraba toda soberbia, era el espejo mismo de la vida altanera de Lasso de la Vega frente a la necedad de los espíritus vacíos, embriagados por ficticias grandezas. Despuntar de una existencia trágicamente cargada de destino. Labor discreta, mesurada, con el ruido de los grandes silencios. Era el gusano evocado en sus versos, que hace la celda, sin saber siquiera que construye. Maceraciones de la carne, arrugas de la frente que fueron las credenciales de su angustia humana. Sed de amor nunca saciada. Pasión de justicia y de arte que alimentó un vuelo sin fatiga hacia lo perfecto. He ahí la verdadera fe de ese descreído. Si el artista, atado al sectarismo de las escuelas, no podía ser completamente libre, había que librarle de sus cadenas. Hay que emanciparse de cualquier manera de los demás y hasta de uno mismo. Prejuicios inconscientes nos roen a veces sin nosotros sospecharlo, y nuestra personalidad vacila antes de seguir la incierta senda. Pero no hay victoria sin riesgo. En la engañosa perspectiva del pasado cada uno de nosotros dispone de su propio modo de sentir la magnitud del hombre histórico. Pero sólo lograremos apreciarlo, comprender su legítimo pronunciamiento, por la sublimación de las esencias vitales en un plano de inmortal serenidad. La gracia eterna de los santos y de los héroes no es vagaroso historial de muerte, sino de vida, de vida profunda, de vida substancial inmolada. La lucha por un humanismo, sin engaste de insidiosos equívocos, no es sólo piadoso desdén por la mediocridad, sino esfuerzo continuo por apagar la deflagración de los instintos que nos deshonran. Y podría ser que fuera más bello y verdadero lo que vemos con los ojos cerrados, que cuando los abrimos, deslumbrados por las falsas luminarias del mundo. *J'errais pour connaître l'hom-*

---

(1) Actualmente se trata de invertir el itinerario español con acentos de desesperanza y de amargura. Esto equivale a hacer del pasado de España, y hasta de su geografía, una creación históricamente impersonal. Entre los españoles prominentes de hoy no faltan quienes han resucitado el absurdo paralogismo de que España vivió diez siglos para la muerte, cuando fué todo al revés, cuando en realidad se fué muriendo para la vida, o mejor dicho, para que otros viviesen, y salvar así, con su magnífica agonía, lo poco que resta ahora del espíritu occidental.

me. Que de choses á voir, lorsque les yeux sont fermés! No sé si en el recuerdo de Blaise Cendrars ha sido la casualidad que dió con estos residuos de verdades que Lasso de la Vega también hizo suyos. No es posible seguir las huellas del hombre sin la medrosa inquietud del dédalo. Mucho antes, en el tiempo, cuando Cendrars era todavía niño, el andariego sevillano se había aventurado ya en los pavorosos archipiélagos del insomnio. Lasso de la Vega fué el adelantado de esas comarcas imprecisas, cuando exploró, entre nieblas de sopor, extraños continentes de realidad y de fantasía. No eran, sin embargo, mundos absurdos. Flotaba siempre sobre ellos el ingenio humano, el factor humano, el hombre como medida de las cosas. Hasta al mismo reino animal prestó nuestra ingénua resistencia contra posibles sometimientos, cuando volcaba su simpatía en el gato que araña al que le molesta con la caricia, y su desdeñosa compasión por el perro que lame la mano del amo que le golpea.

Lasso de la Vega temía que le saliesen al paso muchedumbres ilógicas, particularmente por aquellos caminos en los cuales se sentía inseguro. Pero esto no era motivo para detener su exploración ni para sorprenderse con el asedio de lo imprevisto. Seguir adelante fué siempre su divisa. Y este lema de guerrero indómito, si le trajo victorias, no le ahorró acongojados renunciamientos. Fué la lucha permanente contra la fatalidad de un hombre que no creía en el fatalismo, y que, por no creer, se transfiguraba en el devoto de sus negaciones. Y aun así se mostraba afirmativo y enérgico, cuando la idea contraria insinuaba su veneno con la belleza del estilo o en la originalidad del discurrir. La aceptaba de buen grado en su campo, abrazando cordialmente a su contendor. Y se inclinaba con caballeresca reverencia quien nunca había sabido de sumisiones. Cuando el siglo no había cumplido todavía un año, señaló a la atención de la gente culta la novedad del estro de Leopoldo Lugones y Evaristo Carriego. Algún tiempo más tarde, aunque discrepaba en algunas ideas, exaltó el impulso pensante del Rafael Barrett, enfermo, roído por la tuberculosis, alumbrando con el estímulo afectivo sus últimas horas de

pesadumbre. No faltaron miserables que le arrojaran al rostro el cieno de la calumnia, ni panfletos que le denigraran. Lasso de la Vega leía todo con sonriente calma, para olvidarse en seguida de los dicterios y tornar a sus preocupaciones fundamentales. Alguna vez le oímos decir que los pasquines se parecen a las cloacas, y que no siempre arrastran inmundicias. Repugnan a los espíritus delicados, pero nadie discute su utilidad, porque ayudan a sanear el ambiente, evitando las epidemias. Los merodeadores de la suciedad, cuando hurgan en lo hediondo, hallan a veces perlas y diamantes, que ellos mismos miran con asombro, al comprobar que no se ven manchados por tanto lodo. Por otra parte, la verdad, la leyenda, hasta la impostura misma, son cosas que deben ser discutidas si quieren vivir. La discusión es tanto el oxígeno de la verdad como de la mentira. Hay seguridades históricas que no conocemos y que están muy bien enterradas, porque ni siquiera se murmura de ellas. En cambio repetimos hechos falsos que damos como ciertos. Lasso decía: "Prefiero el chisme malevolente a ser aplastado por la indiferencia de plomo de los fariseos". De ahí su afán de autonomía crítica, de libertad en cualquier dimensión. Con la luz del debate abierto, huye el conato difamatorio como moho perverso que prospera en los rincones de humedad y de sombra. Pero todo conviene a la vida espiritual, lo mismo la impureza del error que el destello del genio. Benvenuto Cellini, al fundir febrilmente metal en bruto junto con sus medallas, joyas y alguna otra de sus obras maestras, para dar a luz el *Perseo*, nos revela la inquietud creadora de reintegrarse en un ideal que nos urge por manifestarse. El caudal que se tiene a mano es entonces pasto de la hoguera interior. No hay locas impaciencias, pero tampoco pausas posibles en el deseo de sacrificarlo todo por un destino más alto.

Vemos cómo Lasso de la Vega responde al tipo genuinamente ibérico, cuya historia psicológica registran las altas temperaturas de la plétora amistosa tanto como las depresiones del resentimiento. Es sugestiva la sorpresa de aquel gran hispanista inglés que fué Martin Hume de hallar entre españoles desahogos tan poco frecuentes en sus coterráneos, y que parecían

chocar contra cualquiera de las facetas, aun las menos visibles, del carácter británico (1). No había, empero, logrado comprender que, detrás de la dureza del desalmado, se esconden infinitas ternuras. Acaso haya nacido de este contraste la simpatía de Hume por España. Comprobamos un itinerario mental franco y vigoroso para adentrarse en el alma de la nación conquistadora, seguirla en sus locas empresas y su gusto áspero de la aventura. Todo esto escrito por un inglés, pero en recio y esplendente castellano. Lasso realiza también el esfuerzo memorioso por fijar contornos en esa geografía de brumas que confunde los mares y los continentes. Al retrotraer, teme hundirse en pantanos de error o debilidad. Hay tupidas marañas que, malignamente, tejen detrás de nosotros los traviesos duendes del recuerdo. Arrostrar tozudamente lo esfumado, la reverberación que se espesa a nuestras espaldas, lo impreciso de los tiempos idos. He ahí lo que el sevillano y el inglés cultivaron casi al mismo tiempo, peregrinando por rutas espirituales distintas. La hispanidad les ofreció un escozor de ciencia histórica en el observar del pasado, y un consuelo de arte en la inquietud de futuro de su creación literaria.

☆

La inmortalidad de Lasso de la Vega reside en haber conservado hasta lo último su juventud espiritual como lección contra los físicamente jóvenes, aunque viejos de alma. He ahí la raíz de su humilde vocación de artista y de hombre. Descansa en honduras que él mismo se sentiría impotente para apreciar. No se veía a sí propio ni por encima ni por debajo de sus contemporáneos. Aunque hizo profesión de fe dionisíaca, el torrente poético, brotado del corazón, traicionó su grave tristeza. Y hoy vemos el arte tan suyo, tan personal, tan inconfundible, como un florecimiento de su hombría. Lleva las cicatrices de una lucha horrenda y gigantesca contra la humana simulación. Palpita en ella la marca de su vía crucis incomparable en las criaturas de nuestro siglo. Ya hemos ensayado en el curso de estas páginas una definición de la soledad

(1) *Martín Hume:* Españoles e Ingleses en el siglo XVI. *Victoriano Suárez, ed. Madrid. Eveleigh Nash - Londres - 1903.*

personal. Empresa difícil que se presta como ninguna a las interpretaciones equívocas. No debe entenderse por solitario al soledoso de ausencias, sino al velador tenso, cercado de desierto, verdadero centinela de la solidaridad. Porque él siente como nadie las emociones sociales. Se distingue en esto del que pierde su propio espíritu diluyéndose en la masa, y que al final se convierte en una figura retórica, impermeable al dolor colectivo. Modo de inercia pensante que jamás comprenderá a este misterioso celador de quimeras o de realidades que son siempre la misma cosa. En medio de la muchedumbre de amigos, Lasso de la Vega fué hasta cierto punto un solitario. Y ese vaho de enigmas lo envolvió con rayos y nebulosidades de apoteosis, como para hacerlo desaparecer de nuestra mente. Está, empero, más allá del destino. Porque hay un plano de lo imperecedero donde no podemos llegar, sino cabalgando sobre conjeturas. Pero él se hubiera contentado con mucho menos. Quedar solo y olvidado en el infinito de su pensamiento. Al final de todo, sueño sin ensueños. Dormir... Y como fresca lluvia, mirar descender la gracia que le permita asistir a la consumación de su voto. Arrepentirse de algo lejano en el tiempo, fingir contriciones para dar mayor teatralidad a su gloria, le hubiera parecido tan monstruoso como dejarse expoliar el alma por los mensajeros del Diablo.

☆

Entre luces y aplausos, con pañuelos multicolores que millares de manos amigas agitaban en su fantasía, Lasso de la Vega era el matador de imágenes. Diestro de faena agotadora y abstracta, en que sus pases y verónicas se ejecutaban frente a no existencias materiales. A pesar de todo, le indignaba la realidad de las arenas trágicas. El martirio del toro y del caballo, sus grandes amigos, le hacía hervir la sangre en borbollones. Por ley de contraste, como legítimo andaluz, no podía desprenderse, por más que lo deseara, de su empaque de toreador. Esta fué la impresión que le hizo de joven a alguno de nuestros poetas. Pero el muchacho cometió la imprudencia de decírselo. Y Lasso, algo eufórico de libaciones, reaccionó con encrespamiento, cubriéndole de injurias. Estoy seguro que a los diez minutos estaba arrepentido de sus palabras y habría enterrado hasta el re-

cuerdo de su sorprendida cólera. Resistencia innata cuando algo chocaba contra las simulaciones de su alma o los sillares de su apariencia física. Toda indagación de su vida, el sopesar de sus actos no figurados, sino genuinos, le parecía un desafío a los misterios inviolados del templo interior. Y así caminaba hacia la sima final, orillando las curiosidades excesivas que podrían ser profanaciones. Sea como fuere, el bohemio vagabundo empieza desde este momento a entrar por las puertas doradas de la leyenda. Acaso estas páginas tengan su representación astral con ese otro mundo de fulgores y sombras en que nuestra substancia eterna continúa viviendo sus propios sueños después de la muerte. Sería dichoso que llegara hasta Leoncio Lasso de la Vega un reflejo, por más humilde que sea, de la débil luminaria que arde acá abajo, entre cenizas terrenas. Lumbre con llamas de un recuerdo que, por lo inmarcesible, diríase que todavía no ha aprendido a morir.

Leyenda real la de Lasso de la Vega, porque corren frases que él nunca hubiera pronunciado, anécdotas que él mismo se asombraría ahora si pudiera escucharlas, y episodios descomunales que al propio Don Quijote le hubieran parecido absurdos. Mundo de locas fantasías, mundo descabellado, donde la gracia fulgurante del cuento de hadas confina con el disparate. Versos audaces y ripiosos, postizos de sacrílega obcenidad, juguetes de temerario ingenio, que él mismo dió orden de arrojar al fuego. No obstante, eran recitados más tarde con adulteraciones ridículas e injertos que hubieran encendido su ira. Yacente ahora, en cuerpo, aunque no su alma, Lasso de la Vega ha trastornado la fugitiva ronda del Diablo. Todo se esfuma sin esperanza en el horizonte de la muerte. En nuestra pobre América hispana, de vida alegre y confiada, que ha prosperado con el desgarramiento de Europa, y a pesar de ello, se encuentra en la miseria, no vendría a menos la resurrección intemporal de Lasso de la Vega, con su manojo de crudas verdades. Advertencia terrible para nuestros tartamudos mentales, habituados al derroche y a los placeres fáciles. Nos diría él en este presente de angustias que es juego peligroso enriquecerse a costa del dolor ajeno, que habremos

de conocer algún día la dura necesidad de asociarnos en el sacrificio y la austeridad. De su olvidado lecho de piedra, como el burlador de la crónica sevillana, se levantará furiosamente para asistir a su propia glorificación. Cuando los grupos humanos que rechazan el despotismo de la mentira se esterilizan en la crítica, es porque en realidad no se sienten incómodos con las situaciones de las cuales dicen abominar. El ideal y la acción no pueden separarse jamás, porque forman la base misma de nuestra vida. No ha de derrumbarse lo malo nada más que con maldiciones, placenteramente entonadas, bellamente articuladas por voces admirables, pero de eunucos. Aquel empecatado revolucionario, que hubiera invertido los dogmatismos para restablecerlos de nuevo con idéntica furia, no podía soportar el coro de las falsas oposiciones. Le fastidiaba el anatema gorjeado por líricos cantores. La censuras frías y rebuscadas, sin emoción rebelde, eran para él un culteranismo del infortunio. Ni ruidos innobles, ni repudios vacíos, ni desarmonías inútiles. He ahí su mensaje en la hora de la despedida, cuando ya pisaba la frontera de las tinieblas. Le dominaba la idea fija de intemporalidad que serpentea con intermitencias de relámpago en la prosa del granadino Ganivet, otro andaluz maestro de dramáticas inquietudes.

☆

Hay en el alma hispánica una encendida vocación de santidad, no importa cuál sea la clase de su apostolado. Esto me trae el recuerdo de Pablo Iglesias. Ya viejo, la dulce fisonomía, enmarcada en su cerrada barba blanca, traducía aquel sacrificio juvenil, de la época en que no era más que un humilde tipógrafo. Entonces repartía el mísero salario entre sus camaradas tan desdichados como él. No cambió con la celebridad. Fundador de un partido, espiado por negociantes y malandrines, no intentó salir de su pobreza. Y defraudó a los que soñaron con medrar a su sombra. Poseía aquella legendaria austeridad de los místicos, cuyas maceraciones y poderosas influencias puestas al servicio de Dios él las usaba con el objeto de aliviar miserias terrenas, sin preocuparse para nada de sí mismo. Leía en el alma ajena a través de la vestidura corporal, y eran temibles sus portentosas fintas. El que se

allegaba con ánimo adversario se sentía de inmediato desarmado. Se cuenta de Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, republicanos de la hora amarga, que no se atrevían a luchar aisladamente contra aquel brujo del discernimiento, y concurrían a frecuentarlo en pareja, a fin de repartirse las estocadas. Pablo Iglesias era el español de ingenuidad transparente, de recto hablar, que no sabía de trapacerías ni de palabras de doble sentido. (1) Concurría a una peña en las proximidades de la calle Atocha, no muy distante de la casa que habitaba Rafael Barradas en Madrid. Allí le visitábamos de tiempo en tiempo en compañía de Alberto Ghiraldo y del propio Barradas. Su método de exponer las ideas y de interpretar las cosas del mundo me traía a la memoria la imagen lejana de Lasso de la Vega. Aunque Pablo Iglesias poseía una cualidad que nuestro sevillano nunca había conocido: la templanza. Grietas, sin duda, que deterioran las personalidades mejor construídas, pero que no impiden transitar por las sendas de la beatitud. Errores que, al recargar las sombras, avivan y estimulan por contraste la luz de las admiraciones. Más aún cuando ese sentimentalismo, común a entrambos, esas esencias de bondad desleídas en la rudeza de las tormentas que rodearon sus propias vidas paralelas, esos desasosiegos, están esperando la gracia del moderno Plutarco que los ensarte en su sonda de profundidades.

☆

(1) *Vale la pena, ahora que Marruecos ha conquistado su independencia, recordar lo que Pablo Iglesias dijo en 1909, durante el mitin de* Lux Eden, *cuando se preparaba una nueva expedición militar a Africa. Después de declarar que no titubearía en aconsejar medios extralegales para cumplir estrictamente el mandato de oponerse a la guerra recibido del congreso de Stuttgart, agregó estas memorables palabras: "No sería difícil ni extraordinario que cualquier reservista prefiriera acuchillear a un ministro, o a otra personalidad más alta, más bien que ir a matar gentes que defienden su patria con el mismo valor que los españoles defendieron la suya en 1808. En este caso no son los moros los enemigos del pueblo español, sino el gobierno". (Citado por L. Simarro, profesor de Psicología en la Universidad de Madrid, en* El proceso Ferrer y la opinión europea. *Tomo I. Pág. 42-43. Madrid. 1910).*

Nada de medrar sin esperanza, metido en una escafandra impermeable a los rumores del mundo. Había que mezclarse al tumulto, entrar sin reservas en las corrientes impetuosas del universo. De ningún modo cultura puede ser escuela de amansamiento. No hay razones válidas para preferir el hombre domesticado por los prejuicios al montaraz en rebeldía perpetua, porque se siente libre, al salvaje que se levanta y se acuesta con el sol, que bebe el agua pura de las fuentes, y no conoce otra embriaguez que el fascinante misterio de la selva. Porque la civilización fué para Lasso de la Vega una enfermedad peor que la vida. Todo problema humano era para él cuestión de simpatías, o si se quiere, de empatías, como escriben ahora los modernos psicólogos. Cualquier absurdo es bueno cuando quien lo proclama inspira confianza. Pero hay vasos que envenenan el mejor de los contenidos. No existen ideas aceptables, si no creemos en los hombres que dicen vivirlas y sentirlas. Civilización no es solamente cortesía social. Tolerante para las fallas privadas, nada consternaba tanto a Lasso como la quiebra de la moral pública, y de la moral de los hombres públicos. Creía seriamente que, al faltarle a la sociedad humana fustes inconmovibles donde recostarse, era porque nos hallábamos en las antesalas del caos.

Lasso de la Vega no podía soportar al pelmazo que únicamente existe bajo nuestro clima criollo de América y que ahora se ha oficializado con el culto bárbaro del estadismo. Ejemplar caracterizado de intelectualoide verborreico y lleno de simpatía. Muestra típica que no prospera en ningún otro ambiente. Se prodiga a todo trapo, con inaudito desafuero, sin tregua alguna. Publica en todos los periódicos. Habla en el aula, en los entierros, en los casamientos, en los desfiles de modelos, en los concursos de bellezas, en las reuniones deportivas. Habla en todas partes y de cualquier cosa. Y lo más curioso es que habla con más frecuencia de las cosas que ignora, olvidándose deliberadamente de aquello que en realidad domina. Su discurso es siempre el mismo emplasto, exprimido y retorcido, que sirve para todos los usos. No cambia sino de postura, y así podemos mirarlo de frente, de perfil o de espalda, como

si fuera un objeto. Al final nuestro héroe se convierte en un muñeco frivolo, indispensable y querido, fabricado por sus amigos, y muchas veces por sus enemigos. En ciertos casos suele tener talento, que malgasta inícuamente en fruslerías. Y la falta de un fino sentido del ridiculo va desfibrando su personalidad en lamentables orgías de palabras. Si muere a tiempo, una sincera consternación embargará los espíritus, aunque al cabo de algunos meses todo aquel esplendor se deshaga en humo. Pero si vive demasiado, puede asistir él mismo a sus propios funerales, cuando otros más jóvenes y más audaces vengan a ocupar su puesto. El único consuelo que le resta al viejo que se ve relegado a los desperdicios, es que a los nuevos, tan arrogantes ahora, les espera idéntica suerte. Ciclo lastimoso y despiadado, pero crudamente real. Y detrás de todo, silencio y olvido... Nada... A Lasso le inspira piadosa y compasiva inquietud esta fauna exótica que cree despertar admiración nada más que zangoloteando sin concierto su mente, con la misma insensibilidad profesional con que una bailarina menea su trasero. Hay sin duda diversas maneras de suscitar interés, acaso sea entre las más inocentes o las menos impúdicas donde dormitan los precursores del nuevo estilo que anticipa el cataclismo final. Se es algo muchas veces sin darnos cabal cuenta de lo que somos. Como el personaje de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, así también Rousseau era romántico. En la época en que andaba a tientas por los andurriales de *La Nouvelle Héloïse*, esparcía por doquier el virus que derrumbaría la salud mental de su siglo. Es precisamente porque ignoramos nuestra propia enfermedad, que la trasmitimos a los otros con mayor virulencia. El grotesco personaje que hoy se desvive por multiplicarse en gestos y oratoria, habrá de imponerse haciendo cientos a su imagen. Ejemplar plausible, que sería anodino, si no fuera representativo de un estado de espíritu. En ello va la tragedia del mundo de la nada, enfadoso y mohino, que acabará por sumergirnos Lasso cree descubrir también en esa espuria aureola de popularidad la añagaza de que se vale su amigo Lucifer para bastardear las intenciones más puras, el cebo infernal que precipita las grandes crisis espirituales. Bancarrota declamatoria con algo de lirismo y de cursilería, catástrofe de adocenamiento, el fin del mundo por el culto casi religioso de la vacuidad y lo chabacano.

☆

¡Cuán distante y difícil, en cambio, resulta la auténtica disciplina de nuestra fe! Los hontanares del conocimiento constituyen la duda capital de Aristóteles. El estagirita pone sucesivamente en el asombro o en la melancolía el origen del hondo saber. Acicates terribles de nuestra inteligencia, la cual, para ignorarse a sí misma, necesita vivir en las cosas. Más lógica la duda de Descartes que, al huir del idealismo absoluto, se pone frente a la vida misma, que es también exploración, y si se quiere, indecisión, porque sin ella no hay filosofía posible, ni aún las inquietudes que hacen la filosofía. La vida es, después de todo, esperanza. Es fe en las fuerzas misteriosas que nos sostienen, así como incredulidad en las preocupaciones de la muerte. Hasta los desalientos son formas de existencia pensante. Por tanto, nadie más dichoso que quien encuentra en la desesperanza reservas de optimismo que le permiten seguir esperando, vale decir, seguir viviendo. La idea fija de un pasado mejor destruye nuestro sentido necesario de contemporaneidad. No hay verdadera juventud, sino en la esperanza. ¿Por qué desbarrar sobre aureolas efímeras, cuando la naturaleza nos ofrece la certidumbre de futuros renacimientos dentro y fuéra de nosotros? Absurdo atormentarnos con una aurora remota, cuando los veinte años han quedado atrás, y flotan, irisados y distantes, en la noche del tiempo. Para esta clase de melancolía no hay más remedio que conformidad a las leyes del destino. Conformidad que no es sumisión, sino fortaleza espiritual, lucha y fe renovadas.

☆

Lo que escribiera sobre Herrera y Reissig, a la vera del río Negro, al final del pasado siglo, tuvo escasa resonancia. Más tarde, le interesaron vivamente las páginas de Pablo de Grecia, y creyó encontrarse a sí mismo. Vió en ellas la mano providencial de un extraordinario catador de valores que venía en su ayuda, tan cargado de talento como de incurable modestia. Exultaba en su amor por un arte puro, impecable, que a él le había costado tantas fatigas llevar a la comprensión de los otros, a él, a quien lastimara más que la pedante insuficiencia, la irremediable mediocridad. Y fué el primero en

declarar, sin ambages ni rodeos, que no podría hablarse honradamente de Herrera en lo sucesivo sin referirse a Pablo de Grecia. A Lasso de la Vega fascinaba la obra de los solitarios, y haber sacado de su torre al silencioso orfebre, y haberlo traído a la luz, era ya una hazaña que merecía la gratitud de la posteridad. El desamparo es de por sí una ejecutoria de limpieza. La verdad en lo porvenir no habrá de encontrarse entre la faramalla de los que hoy hacen ruido. Todo eso perecerá inevitablemente. Morirá lo que ahora suena entre vanidosas declamaciones de fariseos, con sus pueriles fábricas de homenajes. Los obreros obscuros de la cultura, los que en el presente pasan casi inadvertidos, encontrarán algún día a su Pablo de Grecia, porque ellos delatan la clave secreta de la historia. Quedará la labor escondida de los retraídos, y en ella buscarán su alimento las generaciones que están por asomarse a la vida. Porque, en fin de cuentas, debemos producir con la misma serenidad del árbol que se desinteresa del destino de sus frutos, pues tanto vale que hayan de ser devorados por la tierra, por el hombre o por los insectos. Lasso de la Vega había encontrado en su equilibrio de vehementes inmortalidades y de cosas fungibles el significado español de lo justo. No habría consentido disciplinas sin finalidad ni amenas eutrapelias, en encendida contradicción con la seriedad del alma hispánica. Buscaba más bien aquellos ásperos consejos de Ignacio de Loyola, con descarnaduras de asceta atormentado por el cilicio. No había en ellos falsos atildamientos ni vanas indumentarias. Crisis morales, penuria física y lenta, indigencias. Miseria y pobreza en cualquiera de las dimensiones de la vida. Ensayos de meditación al servicio del hombre, porque el sér humano solamente podía salvarse rompiendo como la crisálida su prisión de materia. Ejercicios espirituales que eran umbral de vida extraterrena, fase preliminar para abandonarse sobre playas de misericordia, en la laxitud del infinito, dejándose dorar por soles de eternidad. Vivió el esplendor de un siglo sin envidias, donde todo no era más que esperanza, y que no habríamos de sospechar siquiera aquellos que alcanzamos la amarga diafanidad de su crepúsculo. Al final leía poco, casi nada. En la cabecera un tomo roído de la *Historia de España* del padre Mariana, con las páginas marcadas a lápiz en los mejores párrafos que más habían impresionado su espíritu. Aquel

jesuita cuatro veces centenario fué en cierto sentido su confesor. No podía haber elegido intelecto de más alta prosapia para que meciera su último sueño. (1) Asistió en el retraimiento al marchitar pausado, sumisamente humilde, de sus inveteradas rebeldías. Se ocultó en el amor de los pájaros, de los seres indefensos y débiles. Esta candorosa amistad con la vida, en la lontananza

---

(1) *En otra parte de este libro indicamos que Mariana, entre los siglos XVI y XVII, explicó la teoría del contrato social. No solamente se adelantó a Rousseau. Fué también el precursos de los terroristas anárquicos de cuatro centurias más tarde, como Caserio, Ravachol, Henry, Bresci y tantos otros que, a costa de su propia vida, hicieron un culto trágico del atentado individual. En los comienzos del XVII su libro* Institución de la dignidad real, *(De rege et regis Institutione) fué quemado en París por la propia mano del verdugo. Se creía, no sin razón, que su lectura había encendido el fanatismo homicida de Ravaillac, matador de Enrique IV. En efecto, Mariana justifica y defiende el tiranicidio contra el abuso de la autoridad de los reyes y como arma lícita para abreviar los despotismos. Pierre Poujade lo ha remozado ahora en Francia, esgrimiéndolo contra la opresión de los tiempos modernos: la tiranía fiscal. Se ha democratizado en el sentido de que la acción directa se recomienda actualmente contra los miembros del parlamento o del gobierno que consoliden con su voto las nuevas expoliaciones. Las semillas de un inesperado tiranicidio, arrojadas hoy con timidez, no tardarán en germinar y dar sus frutos mortales, ayudadas por ese clima de desesperación de los que se sienten arbitrariamente desposeídos. Las proyecciones de estas otras tablas de sangre son incalculables. No olvidemos que el príncipe Kropotkin, en su obra* La Gran Revolución, *se yergue contra la ingenuidad del vulgo que hace partir cronológicamente de la toma de la Bastilla la era revolucionaria. En realidad había empezado dos decenios antes con sangrientas escaramuzas contra los impuestos. De ahí que el formidable soldado de la Compañía de Jesús, a quien leía Lasso de la Vega en los últimos días de su tránsito terreno, aparezca ahora resurgiendo como el más denso revolucionario de todas las épocas. Diríase como recién abarcado en su verdadera dimensión. Habría que señalar, empero, que uno de los mejores ensayos salidos de la pluma de Pí y Margall fué el que consagró al padre Mariana. Hechos recientes demuestran que el impulso de cruenta rebeldía del jesuita español ha llegado hasta la segunda mitad de nuestro siglo.*

de sus desvaríos, fué su postrera y definitiva reconciliación humana.

☆

Le asustaba la inmaculada virginidad de la muerte. Le asustaba nuestro sér perecedero, más que por sí mismo, por su incierto destino. Y más aún retrocedía ante el temor de su porfiada desazón, cual si ella, por sí sola, pudiera avanzar entre quebrantos y tajos, desflorando misterios inviolados. Las materias que, por demasiado serias, se vuelven obscuras, chocaban con su burla. En las difíciles encrucijadas lo salvó ese humorismo de señorío que los triviales ignoran, porque no saben hablar sino solemnemente, aun cuando se refieran a cosas ridículas. En el fondo, postergar la hora de la verdad. Huir de las lámparas votivas que penden de la eterna bóveda. Salir de la seductora nube de mitos que envenenan nuestra conciencia, nos despersonalizan y nos convierten en bienes mostrencos de los ajenos yerros. Escapar a la resolana del milagro, donde todo es ofuscante, donde todo enceguece y deslumbra. Quemó su carne y sus huesos en la fiebre de la contradicción de sí mismo, la verdadera apoteosis del Diablo vertida en silenciosas gotas de llanto. Y pudo así atravesar con sigzagueantes estrías de sangre la llamarada sin escorias de su fatalismo. Hijo del solar de Don Juan, la Sevilla de los Mañara. Vástago de la casona quemada a fuego lento, entre brasas de miseria humana y de amor divino. Brote de una tierra de gladiadores, Lasso capeaba en el ruedo trágico, apretado por su vestimenta de luces, con reflejos fieros de calor afectivo y de tormentos insondables. Abajo le esperaba el bicho astado y negro, de mirada fúlgida, el toro de la fe hispánica, borroso a través de inquietudes, apenas diluído en el gris de la duda. El clamor de la vocación revolucionaria se escuchaba a través de su insobornable espiritualismo de pelea. Estrépito de ideas y de cosas soñadas. Simbolismo de materia que iba afinándose, poco a poco, hasta acabar en un pragmatismo de idealidad. Era la veta minera que se hunde en las entrañas de la tierra, y atravesando las diversas capas geológicas, aflora en la superficie bañada de sol, cual si quisiera desmaterializarse y continuar su camino interplanetario, dejando atrás los espacios infinitos del universo. Porque, ni aún en lo físico, la muerte es acabamiento, sino comienzo. No es crisis

de absoluto final, sino de vida eterna. Lasso de la Vega se adormeció bajo la lluvia de sofismas, dejándose mecer en la incertidumbre del mal tiempo y arrullar por el ruido de la tormenta. Español de soledad inmortal con sentido de tránsito mortal. Su obra era el estilo de su soledad, la impronta de la soledad de España. No comprendo aún cómo se le escapó a Karl Vossler y a su interpretación hispánica, uno de los más puros ejemplares del universalismo español y de su genio solitario. Lasso de la Vega disparó esta flecha de luz al atardecer de su agonía, cuando todo su magnífico historial se disolvía en sueño. Drama impenetrable de una mente arisca que se rinde en sollozos junto a la jaula del canario muerto, el pájaro de oro, y siente todavía revolotear detrás del enrejado la sombra del cantor de sus noches. Raro, ciertamente, el recio despertar de este anacoreta de muchedumbres, cenobita de emociones sociales, ermitaño de fantasías multitudinarias. Increíble que se desprendiese de sí mismo para mostrarnos la contradictoria belleza de su destino. Pero sus votos se han cumplido. Lasso de la Vega descansa ahora en el mirar remoto de lo que fué su vida. Duerme en la soledad de la tierra, bajo la soledad del cielo y a la sombra de su propia soledad.

F I N

DOS RELATOS DE LASSO DE LA VEGA

Nada de evasivas. Nada de deliberadas falencias. Sus verdades lucían como cintarazos. No sabía de comedias, ni de los fingimientos normales que hacen posible la farsa social. Ni método para desdoblarse, ni sistema para el embuste, ni vocación para la intriga. De ahí la burla serena que se disuelve sin rencor en la diafanidad de su sonrisa.

A. A.

UN JUEZ INSOPORTABLE

En el pueblo llamado *Vallehondo* nadie se preocupó del nuevo juez hasta que empezaron a aparecer sus sentencias.

Llegado este caso la estupefacción fué general.

—¡Es un ignorante! —decían algunos procuradores de renombre— no conoce ni los más primitivos fundamentos del derecho.

—¡Es un anarquista disfrazado! —gritaban algunos propietarios de tierras y fincas— ataca descaradamente al capital.

—¡Es un loco! —afirmaban los risueños, esas gentes que pululan por el mundo creyendo que hacer burla de los demás es un acto de supina sabiduría.

Ello es que nadie aprobaba la conducta del juez, sino que, muy al contrario, todo el mundo estaba escandalizado.

Su primera sentencia fué con motivo de una defraudación.

Se trataba de un empleado joven y cargado de familia, que había dispuesto indebidamente de veinte pesos pertenecientes a su jefe de oficina, y el juez resolvió como indica el siguiente resumen:

"Considerando:

"Que diariamente vienen produciéndose defraudaciones en Bancos, sociedades anónimas, etc., preparadas de antemano con malicia suficiente para quedar los culpables al abrigo de las defectuosas leyes humanas, como en efecto quedan:

"Que diariamente vemos quiebras de primera y de segunda y aun de tercera vez, esto es, con reincidencia, en perjuicio de acreedores, que acogiéndose, como último refugio a una transacción, se contentan con el 30 por ciento, y el quebrado queda impune por sentencia legal e incontestable:

"Que en los casos citados, harto frecuentes, la causa de tales actos no ha sido la pobreza, sino la avaricia; no el amor a la familia, sino el amor propio y,

"Considerando, en fin, que no puede existir Justicia sin Igualdad, por ser ésta un constituyente esencial de aquélla:

"Declaramos libre de culpa y cargo al demandado por defraudación

de veinte pesos, sin otra obligación que la de firmar un pagaré al defraudado, con plazo de un año, y sujeto a las leyes comerciales que rigen en la materia."

El alboroto que tal sentencia produjo, fué mayúsculo.

Entonces comenzaron los dicterios de *loco, ignorante, anarquista,* etc.

Ya los empleados se creían con derecho a defraudar a todo patrón que le cayera en suerte, y ya todos se dedicaron a estudiar la curiosa forma de ley que inauguraba el nuevo juez, para medrar con ella y apoyados en ella.

Y en efecto a los pocos días, se presentaron ciento quince casos de defraudación por pequeñas cantidades, y hasta había alguno que tenía sobre sí mismo hasta cinco demandas de distintas personas.

Pero el juez condenó a todos estos.

¡Aquí de los gritos y las protestas!

—¿No invocaba antes la igualdad? —decían— ¿no la trajo a cuento para absolver al primero? pues bien, ya se ha formado jurisprudencia y los demás casos deben juzgarse igualmente ¡igualdad, igualdad, que es el fundamento esencial de la justicia!

Pero el juez decía en uno de los últimos considerando de su nueva sentencia:

"Considerando que el primero obró, sin propósito deliberado de burlar la ley, y los demás han obrado con hipócrita malevolencia, no existe *igualdad* en estos casos y queda a salvo el derecho de justicia, absolviéndose al primero y condenando a los demás."

Poco después cayó bajo su jurisdicción un pobre hombre convicto y confeso de haber robado un pan en una panadería.

(¿No recuerdan los lectores el caso del juez Magnaud?)

Según la declaración del panadero observó en su despacho, que rondaba un individuo de mal aspecto y ávidas miradas: sospechó que pretendía robarle en cualquier descuido, y por probar, fingió retirarse, pero se ocultó con la cortina de la trastienda y atisbando curiosamente, vió que, en efecto, el sospechoso entró con cautela en el despacho, agitado y convulso, se apoderó del pan y guardándolo cuidadosamente huyó... o mejor dicho, pretendió huir, porque, el panadero lo hizo prender en los pocos pasos.

Este fué el hecho: he aquí lo esencial de la sentencia:

—Consideraba que el hurtador tenía dos hijos que no comían desde dos días antes, según constaba de investigaciones fidedignas;

Que había buscado trabajo en las fábricas de los señores R y H, no habiéndolo obtenido.

Que el haber pedido el pan, era de improbable resultado, pues ya lo había hecho sin éxito, en otros establecimientos.

Y consideraba, en fin, que el alimento y la salud de sus pequeñuelos valía mucho más que el pan hurtado.

Y dejaba en libertad al acusado... (aquí de la primera sorpresa) suplicando a los vecinos que suscribieran la lista que el mismo juez encabezaba con diez pesos, y que, en efecto, alcanzó en pocos días la suma no despreciable de cincuenta libras, entregadas religiosamente al ladrón del pan.

Y he aquí, ahora, la segunda sorpresa, mayor que la primera: el panadero fué condenado por el juez a diez días de prisión por no haber impedido el hurto como pudo haberlo hecho, según su propia declaración; más cincuenta panes para los asilos por castigo a su falta de caridad, y al pago de las costas del juicio por la impertinencia de molestar al juzgado con un asunto de tan insignificante valor.

No hay para qué decir hasta qué punto se elevaron las protestas y se aumentaron los dicterios contra el juez, llamándolo *ignorante, demagogo, loco*, etc., etc.

Pero no pasaron muchos días sin que el juzgado se viera ahito de demandas y acusaciones del mismo jaez que la del panadero.

Uno robaba un pan, otro un par de zapatos, aquél un sombrero, y así todos, alegando iguales necesidades que el primer hurtador, y confiando en que la jurisprudencia establecida los dejaría a salvo.

Pero el juez loco dictó sentencia diciendo que aquellos nuevos delincuentes pertenecían a la clase funesta de los que aprovechan las deficiencias de la ley escrita para cometer delitos impunemente, y que por tal motivo no entraban en la jurisprudencia establecida en el primer caso, y los condenaba a tales o cuales penas.

Tal fué la gritería, que de común acuerdo se elevó una solicitud al Tribunal Superior pidiendo la deposición del juez que se atrevía a legislar por sí, y ante sí, en vez de aplicar maquinalmente la ley escrita, buena o mala, como era su deber.

Pidióse declaración reservada, secreta, por su superior jerárquico, en atención al alto puesto que ocupaba, pero el juez se negó a ello y se aferró en su decisión igualitaria de ser juzgado tan públicamente como cualquier hijo de vecino.

Y así fué.

Toda Vallehondo quiso *asistir* al *juicio* en que se *juzgaba* a un *juez*, y la sala de audiencias estaba colmada de asistentes.

—¿Su nombre? —preguntó el presidente.

—Pido que éste quede para el final
—Está bien: ¿su estado?
—Soltero.
—¿Su religión?
—La mía.
—¿Cómo?
—La mía, he dicho.
"Un libre pensador", murmuraron todos.
—¿Puede ahora decir su nombre?
—Sí.
—¿Cuál es?
—Jesús, nacido en Belén, hijo de María, crucificado en el Calvario por haber querido establecer la justicia entre los hombres; vuelto ahora a la tierra con parecido propósito; convencido al presente de que no había justicia en la Tierra mientras ésta se apoye en leyes falseables y no resida en el corazón mismo de los hombres, y decidido, en fin, a no dejarme crucificar otra vez porque ya sé que es tiempo perdido.

El auditorio quedó estupefacto; no sabían qué pensar; unos insistieron en su idea, "está loco"; otros dijeron: "es un impostor".

Pero, repentinamente, el cuerpo del juez se envolvió en una atmósfera de luz, se elevó lentamente y atravesando la elevada techumbre como si su cuerpo no fuera sino impalpable esencia divina, desapareció.

El salón quedó impregnado de suavísima fragancia; todas las rodillas se doblaron temblorosamente; todos los labios exclamaron: ¡milagro! y por algunos instantes no se oyó sino el rezo convulsivo de los que habían presenciado el prodigio.

Durante un mes, los contritos habitantes de Vallehondo fueron justicieros, humanitarios y bondadosos.

Pero pasado el mes... todas las cosas volvieron a su antiguo estado: volvieron los vecinos a devorarse unos a otros, y hasta no faltó quien aprovechara el milagroso caso ocurrido para explotar a los pobres de espíritu.

EL TESTAMENTO DE DON TIMOTEO

Así, secamente, sin ambages ni distingos, dejó destinada su herencia el excéntrico Don Timoteo, en el testamento abierto a las veinte y cuatro horas de su muerte:

"Constituyo heredero universal de todos mis bienes (y se trataba de más de cuatro millones) al habitante, varón, de este pueblo, que demuestre ser el más bruto de todos."

El lector me excusará de relatarle los mil comentarios, ya iracundos, ya grotescos, a que dió lugar tan extraña determinación del moribundo.

No fué, sin embargo, excesiva la extrañeza, por cuanto Don Timoteo estaba reconocido como el más excéntrico de todos los mortales.

No se hizo hincapié en lo que a posible nulidad de testamento pudiera referirse, porque no dejando el testador pariente alguno próximo ni lejano, no había ningún interesado en que se declarase nulo el documento, y en cambio había muchos interesados en que se realizara el interesante concurso, con la esperanza justificada de ganarlo.

¡Y qué ejército de solicitantes apareció desde que se publicó la noticia! Se presentaban los brutos por compañías, por batallones, por regimientos.

Ante la perspectiva de los millones de Don Timoteo, todos se declaraban brutos de primera fuerza, brutos de marca mayor, brutos cuadrados, brutos redondos, brutos como piedra berroqueña, brutos por los cuatro costados.

Y es el caso que todo esto era concienzudamente comprobado por los mismos solicitantes, con tan fuertes razones que no dejaban lugar a duda, y con la narración de muchos actos realizados y más que suficientes para comprobar la singular confesión de los candidatos.

Leyendo aquel cúmulo de declaraciones espontáneas, había que reconocer que en todo el pueblo no había un solo átomo de sentido común.

Se declaró bruto el mendigo, el artesano, el comerciante.

Con no mucha sorpresa del público, se declaró bruto superlativo el médico, mostrando una larga lista de los enfermos que había matado;

bruto piramidal el abogado presentando una famosa lista de barbaridades judiciales realizadas en su larga práctica; y tras de estos entregaron igualmente solicitudes, el cura, el boticario, el maestro de escuela... en fin, aquello era un horror.

—¿Cómo hemos podido vivir entre tanto bárbaro y entre tantas barbaridades?

—¡Justamente por eso! —pensó el abogado, pero no se atrevió a decirlo en voz alta temiendo que lo declararan sabio con pérdida consiguiente de la pingüe herencia.

Pero lo más célebre de aquel famosísimo asunto, jamás visto en algún tiempo ni pueblo, fué, que una vez recopiladas todas aquellas solicitudes, en la secretaría del juzgado, quedó todo paralizado repentinamente, y más paralizados aún los codiciosos habitantes de X.

El caso no era para menos, pues el secretario declaró que no podía organizar el concurso como era su deber, porque se reconocía mucho más bruto que todo el pueblo en masa; y a renglón seguido aseguró el juez que no podría dictar sentencia por cuanto él era muchísimo más bruto que el secretario.

Hubo, pues, que llevar el asunto al juzgado de la capital.

* * *

—Es un vanidoso, un ridículo ese Don Gil *el de los rosales* —decía Pedro en el atrio de la iglesia, paseando con unos amigos... todos ellos solicitantes de la herencia.

—Es un pedante.

—Es un fatuo.

—¡El único del pueblo que no se ha declarado bruto, sin duda muy poseído de su saber!

—Es insultante esa conducta... pero ¿qué entiendo de eso, yo, que soy un grandísimo animal?

—¿Ni yo, que soy mucho más bruto que tú?

—¡No! a bruto no me gana nadie, —añadía un tercero.

¡Vamos, que por aquellos días era una honra en el pueblo declararse necio, animal, bruto y todos los variados sinónimos de la lexicología insultante!

Pero quizás pregunte el lector ¿quién era ese Don Gil *el de los rosales*, ese vanidoso, ese pedante?

Pues era, un buen señor cuya modesta fortuna había sido empleada en una casa pequeña con un jardín muy grande, en el que cuidaba la más rica y variada colección de rosas que puede soñarse.

Tenía la monomanía de las rosas.

Las gentes del pueblo, antes de declararse brutos de solemnidad habían hecho comentarios de la vida y costumbres de D. Gil. Vivía solo, triste, nada comunicativo. Le reconocieron ilustración, inteligencia, aunque sólo se preocupaba de sus rosas. Sabía mucho, al decir de todos aquellos brutos de última hora, pero sólo vivía para sus colecciones de rosas. Hasta suponían que había tenido una vida muy triste, muy desgraciada, pero en suma, todo esto no era, como dice el sainete, sino *"habladurías que hablan por ahí"*.

—Diga, D. Gil, ¿cómo es que Ud. no solicita también la enorme herencia de Don Timoteo?

Así preguntaban muchos a el *de los rosales*, el cual contestaba flemáticamente, a cada uno:

—Como Ud. ha declarado ser un grandísimo bruto, perdería mi tiempo dándole explicaciones... Véngase conmigo al jardín, y le mostraré mi colección de rosales; todo se reduce a mirar: por bruto que Ud. sea no le costará gran trabajo.

Y le llevaba al jardín, y le mostraba sus colecciones de rosales, con un orgullo y una satisfacción de verdadero floricultor.

Con todos hacía y decía lo mismo; ni se preocupó de los trámites de la famosa herencia, ni dejaban los demás de llamarlo pedante, vanidoso, fatuo, que sólo por no darse a sí mismo el calificativo de bruto, no tentaba una ocasión tan bonita para enriquecerse, él, que no poseía más que sus improductivos rosales.

Tan improductivos cuanto que Don Gil hubiera primero arrancado su propia alma del cuerpo, que una rosa de su tallo.

* * *

Era inmensa la ansiedad de los habitantes del pueblo el día en que iba a declararse el nombre del heredero de Don Timoteo.

—¿Quién será el feliz mortal a quien el fallo declare ser el más bruto del pueblo?

¡Así se preguntaban todos!

Esta situación de los ánimos y esta general declaración de inepcia, se prestaría muy oportunamente a una profícua *lata* filosófica, que suprimo por amor a la brevedad y respeto a la paciencia del lector.

Eche una ojeada en torno suyo e induzca él mismo, por cuenta propia, la substancial filosofía que encierra el extraño caso que relato.

Ello fué, volviendo al asunto, que con gran sorpresa de todos, la herencia fué adjudicada tan inesperadamente, que el médico, estupe-

facto, preguntaba, después, al abogado:

—Pero, ¿cómo ha podido ser esto, amigo mío?

—Muy sencillo: cuando el juzgado de la capital supo que había en el pueblo un individuo que no solicitaba la herencia, exclamó con asombro: *¡Valiente bruto! ¡desdeñar esta ocasión de posible fortuna!* Y como natural consecuencia de esta exclamación, escribió a Don Gil una carta, que está incluída en los autos, y que, poco más o menos decía así:

"Aunque está perfectamente comprobado por fehacientes e incontestables testimonios espontáneos, que todos los habitantes de X son unos brutos superlativos, es evidente que han demostrado siquiera un destello de inteligencia, al solicitar la fortuna del testador. Pero Ud., que no ha dado siquiera esa prueba de talento, ¿no será quizás el más bruto de todos? Nos inclinamos a creerlo así (con perdón sea dicho) y necesitando alguna prueba concluyente para nuestro fallo, le aconsejamos que nos manifieste algún rasgo de brutalidad supina que decida en favor suyo.

Esperamos su respuesta hasta las doce de la noche del próximo miércoles."

—¡Pues está bueno el razonamiento! Y Don Gil no tuvo más que aducir cualquier prueba y le otorgaron la herencia, ¿no es eso?

—¡No, hombre! Fué tan bruto que ni siquiera contestó.

—¡Qué bárbaro! ¡Mire que para desdeñar así la fortuna...! ¡Se necesita ser bruto...!

—Eso mismo pensó el tribunal y lo declaró heredero.

*
* *

Don Gil recibió la herencia. Hizo sus maletas; realizó su fortuna; acondicionó esmeradamente la colección de rosales, y se dispuso a salir del pueblo.

—¿Por qué nos abandona, Don Gil? — le preguntó el boticario la víspera de la partida.

—Porque el mal renombre que me adjudica el fallo de los jueces al otorgarme la fortuna de Don Timoteo, (que no he solicitado), quiero desvanecerlo con un rasgo de sensatez.

—¿Cómo?

—No queriendo vivir entre tantísimo bruto declarado.

—(Este bruto es un sabio —dijo el cura—. Apelaré del fallo).

INDICE

Dedicatoria ..... Pág. 3

PROEMIO

La Historia de un Sueño. — Juan Carlos Moratorio despide a Lasso y se despide de la vida. — Reminiscencias de la guerra anglo-boer: *¡Anatema!* — El lírico errabundo. — La sombra de Upton Sinclair. — Andalucía espectral. — Un recuerdo de Antonio Maura. — ¿Occidente invertebrado? — El hispanismo de Lasso de la Vega. — De Joaquín Costa a Ortega y Gasset. — *La Diadema.* — La sugestión de una incógnita. — Los derechos de la mujer. — Bajo el sol de las pampas. — Smith y *El Terruño.* — Ayarragaray y su gauchocracia. — Historia de un monumento. — Luciano Santos, Pintos Valdés y Rosendo Aldao. — De Elías Regules al Viejo Pancho. — Atardecer. — *Io sarò quel rimorso!* — Un laico de la misericordia. — Lasso en Mercedes ..... Pág. 5

LEONCIO LASSO DE LA VEGA Y LA RONDA DEL DIABLO

Lejanías ..... Pág. 29
La noria y la mula .... Pág. 31
Lucha por la quimera .. Pág. 32
Visión andaluza ..... Pág. 34
Si vero solem... ..... Pág. 36
Vidalita ..... Pág. 38
Alcurnia de los Lasso .. Pág. 39
España crucificada ..... Pág. 40
La máscara de Brunetière Pág. 43
Aparición del Diablo ... Pág. 44
Con Quintiliano y Marcial Pág. 47
Filosofía alcohólica ..... Pág. 48
De Goethe a Verlaine .. Pág. 50
El Diablo universal .... Pág. 51
Don Quijote y Fausto .. Pág. 52
La verdad de la mentira Pág. 53
Hambre de ideales ..... Pág. 57
La raza de los incrédulos Pág. 58
Séneca y el desprecio del cuerpo ..... Pág. 62
Transmigración a Drink-water ..... Pág. 64
Violencia y Rebelión ... Pág. 68
Luz muerta ..... Pág. 70
Mi Templo ..... Pág. 72
Diálogo con Lucifer .... Pág. 73
Misa de agonía ..... Pág. 76
Oquedad de hombre moderno ..... Pág. 78
Lasso y Carlos Reyles .. Pág. 79
Nocturno sevillano ..... Pág. 83
El embrujo de la esperanza ..... Pág. 86
El Simbolismo ..... Pág. 87

Muy quedo al oído... ... Pág. 88
Lasso y Carlos Roxlo .. Pág. 90
La pereza bética ..... Pág. 92
Idealismo de Berkeley .. Pág. 94
Lasso y Rafael Barrett .. Pág. 97
Fuerza y simpatía ..... Pág. 100
Horas de humildad .... Pág. 103
Lasso y Florencio Sánchez ..... Pág. 105
Cilicio gaucho ..... Pág. 108
Realismo de Joseph Conrad ..... Pág. 110
Lasso y Batlle ..... Pág. 111
Remembranzas de Acevedo Díaz ..... Pág. 118
Lasso y Javier de Viana Pág. 120
Domingo Arena en el recuerdo ..... Pág. 123
La historia y los historiadores ..... Pág. 127
La idolatría del Estado Pág. 128
Lasso y Jaurès ..... Pág. 131
En el muelle de Pocitos Pág. 133
Julio de 1914 ..... Pág. 138
Las peñas de Lasso .... Pág. 141
Mieses de pedantería .. Pág. 145
Ventura de la Vega .... Pág. 147
Símil de Pio Baroja ... Pág. 148
Definición del solitario Pág. 149
La locura de Don Quijote Pág. 150
Universalidad de las patrias ..... Pág. 153
Lasso y Rodó ..... Pág. 155
El equívoco de las vocales ..... Pág. 156
Liberalismo y Jacobinismo ..... Pág. 157
Reminiscencias mercedarias ..... Pág. 159
Tarrida del Mármol ... Pág. 160
Analfabetos de segunda clase ..... Pág. 163
Paul Claudel y los filisteos ..... Pág. 165
Jacinto Verdaguer ..... Pág. 166
El prelado de *Gil Blas* Pág. 167
El perfume de la Dama Vestida de Negro .... Pág. 168
Ni corregir ni enmendar Pág. 170
Nuestro ayuda de cámara Pág. 172
La errata y sus seducciones ..... Pág. 173
Espejo de las noches .. Pág. 175
La fe del perdón ..... Pág. 177
El diestro y la fiera .. Pág. 178
El doble de Unamuno Pág. 179
Baudelaire y el dolor de los muertos ..... Pág. 180
Relámpagos de inhibiciones ..... Pág. 182
Negación del brahmán Pág. 183
La inocencia de Campanella ..... Pág. 184
El llanto de las cosas .. Pág. 187
Nuestra pelea ..... Pág. 189
La libertad de contradecirse ..... Pág. 191
Glosador amatorio ..... Pág. 192
Al margen de Espronceda ..... Pág. 193
El eterno femenino .... Pág. 194
Estilos del mentir: La Fontaine y el barón de Münchausen ..... Pág. 196
Inflacionismo amoroso . Pág. 197
Las paradojas de Hossein Buezzedin ..... Pág. 200
Resurrección de Maimónides ..... Pág. 202
Futuro de caos ..... Pág. 203

La emboscada de la dialéctica ..... Pág. 204
Materia y espíritu ..... Pág. 206
Arte sin acatamiento .. Pág. 208
Con Eugenio María de Hostos ..... Pág. 210
El español y su humanismo ..... Pág. 211
La ruta de lo inseguro Pág. 213
Hispanidad de Martín Hume ..... Pág. 214
Viejos que son jóvenes y jóvenes que son viejos Pág. 215
Subconsciente de lidiador Pág. 216
El drama de América .. Pág. 217
En el rescoldo de Pablo Iglesias ..... Pág. 218
Pelmazo hablador ..... Pág. 220
Vivir en las cosas ..... Pág. 222
La torre del orfebre ... Pág. 223
El P. Mariana, confesor de prosapia ..... Pág. 224
El toro de la fe hipánica ..... Pág. 225
Responso de soledad ... Pág. 226

DOS RELATOS DE LASSO DE LA VEGA

Nada de evasivas (Portada) ..... Pág. 227
Un juez insoportable ..... Pág. 229
El testamento de Don Timoteo ..... Pág. 233

LAMINAS

Ultimo retrato de Lasso de la Vega ..... Pág. 4
Lasso de la Vega, por Marado ..... Pág. 100
Carta inédita de Rodó ..... Pág. 189

☆

Este libro se terminó de imprimir en el mes de Junio de 1957, en los Talleres Gráficos CASTRO y Cía. Yí 1637 Montevideo

tilo cautivante y la veracidad de sus realizaciones: **Roma y el espíritu de Occidente.**

. . . . . .

Dos grandiosos problemas constituyen el tema de todas las conferencias de nuestro visitante: humanismo y cultura. Son cuestiones que se complementan perfectamente, a tal punto que la cultura es humana, es decir, que ella persigue la plenitud del ser como individuo, como elemento del grupo y como destino extraterreno. Son los elementos o aspectos que integran el concepto de hombre. Por eso, dice Max Scheler en **El saber y la cultura,** esa pequeña obra suya que nunca pierde actualidad, que la cultura es humanización, es decir, es el proceso que nos hace hombres. Si en el hombre se completa sólo el aspecto del individuo, el grupo queda reducido a un tejido de relaciones, como simple consecuencia. En cambio, como elemento del grupo, el individuo desaparece. Es un grano en una parva de trigo que, como unidad, carece de valor. El dualismo individuo-grupo, que la sociología considera teóricamente, es la trágica antítesis del mundo contemporáneo que, planteado en esa forma constituye un callejón sin salida. Agorio dijo en **Ataraxia** que el elemento **pueblo** es un factor pasivo, y que las revoluciones son la obra de las **élites.** Ciertamente, agrega en **Roma y el espíritu de Occidente,** que "sería absurdo concebir una revolución sin pueblo, como no existe estatua sin la arcilla que dé forma objetiva al pensamiento del artista. Necesitamos la materia capaz de ser modelada por el alma en estado de gracia, que, al final de todo, es el supremo escultor de la vida social". El resultado de aquel proceso de equilibrio es la cultura como producto peculiarmente humano, que distingue al hombre de todas las especies vivientes, entendiendo por cultura, en su más amplio sentido, el total desarrollo de la propia personalidad como reflejo de los valores de la vida. En otras palabras, es el humanismo, que es uno de los nombres que la cultura ha tomado históricamente, según dice Pío Baroja, uno de los pilares del alma española desilusionada, juntamente con Unamuno, Ortega y Gasset, Giménez Caballero y otros, que representan el devastador intelectualismo revolucionario. La cultura ha tenido varias formas. En una época se llama Aticismo; en otra, Filosofía; en otra, Humanismo; en otra, Reforma; en otra, Enciclopedia. Hoy el término más dúctil, más adaptable, que ha adquirido ya un sentido preciso, es Humanismo, el humanismo en sentido auténtico, entendido como "plenitud de cultura humana, que permita realizar la armonía individual y fundar la armonía social".

. . . . . .

. . . . . .

(Extracto de la **Revista de la Universidad Nacional de Córdoba.** Año XXVI. Nº 7 - 8. Págs. 1530 y siguientes)